

**TE ESTABA  
ESPERANDO**



*Anna García*

Te estaba esperando...



TE ESTABA ESPERANDO

*Anna Garcia*

Título: Te estaba esperando

© 2019 Anna García

Primera Edición

Licencia: Todos los derechos reservados

Diseño de portada César Gil

Queda prohibido reproducir el contenido de este texto, total o parcialmente, por cualquier medio analógico y digital, sin permiso expreso de la autora con la Ley de Derechos de Autor.

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

**Mi planeta favorito es  
aquel en el que estes tu**

## Índice

[Capítulo 01.....](#)

[Capítulo 02.....](#)

[Capítulo 03.....](#)

[Capítulo 04.....](#)

[Capítulo 05.....](#)

[Capítulo 06.....](#)

[Capítulo 07.....](#)

[Capítulo 08.....](#)

[Capítulo 09.....](#)

[Capítulo 10.....](#)

[Capítulo 11.....](#)

[Capítulo 12.....](#)

[Capítulo 13.....](#)

[Capítulo 14.....](#)

[Capítulo 15.....](#)

[Capítulo 16.....](#)

[Capítulo 17.....](#)

[Capítulo 18.....](#)

[Capítulo 19.....](#)

[Capítulo 20.....](#)

[Capítulo 21.....](#)

[Capítulo 22.....](#)

[Capítulo 23.....](#)

[Capítulo 24.....](#)

[Capítulo 25.....](#)

[Capítulo 26.....](#)

[Epílogo.....](#)

# Capítulo Uno

Por fin viernes... Llevo una semana agotadora y, para rematarla, hoy ha sido un día largo e intenso. A primera hora de la mañana he ido a sacar unas fotos de las obras del metro que están a punto de finalizar, y luego de la inauguración de la nueva exposición itinerante del Metropolitan. Para rematarlo, cuando volvía a la redacción, me llamó mi jefe.

—Alex, cariño, Mike está atrapado en un atasco en la autopista, así que no llegará a tiempo a la rueda de prensa del alcalde. Deberías ir tú. Además, me acaban de informar de unas protestas estudiantiles por la subida de tasas y sería interesante echar unas fotos. Te va de camino cuando vuelvas hacia la redacción, ¿no? Luego, ya tú misma escribes cuatro líneas y con eso llenamos media página.

—Me parece que tu concepto de “ir de camino” y el mío, no se parecen mucho... —Se queda callado mientras yo resoplo, justo antes de claudicar—: Está bien.

—Te debo una.

—Te equivocas. Me debes un millón.

Así pues, después de encargarme de todo, llegué a la redacción agotada, despeinada, con tres bolsas colgadas de los hombros y con el tiempo justo para elegir las mejores fotos, escribir cuatro líneas acerca de las protestas y mandarlo todo a edición. Para conseguir llegar a todo, tuve que renunciar a un pequeño vicio, algo sin importancia... como comer. Así que mi único alimento del día han sido unas galletas Oreo machacadas que encontré en el cajón de mi escritorio, por lo que ahora mismo tengo tanta hambre que sería capaz hasta de comerme ese yogur que lleva en la nevera más tiempo que yo en el piso (regalo de bienvenida del anterior inquilino).

¡Pero no! Ahora mismo no puedo pararme a comer porque tengo una cita. Una cita en el parque. Necesito mi dosis diaria...

A toda prisa, entro en mi habitación, dejo la mochila con las cámaras y me pongo unas mallas y una camiseta. Me calzo las zapatillas de correr, cojo mi iPod, mi cinta para el pelo y la sudadera.

—¿Lista? —Creo que sí.

Compruebo mi reloj: las 18:37. No sé si llegaré a tiempo, así que decido empezar a correr nada más salir de casa. Cuando llego al parque son las 18:42.



—¡Mierda! Creo que llego dos minutos tarde... —Pero justo cuando empezaba a desanimarme y a plantearme volver a casa, le veo aparecer—. ¡No! ¡Ahí está! Disimula Alex, disimula...

Empiezo a correr por el camino que discurre al lado del lago, con los cinco sentidos alerta, esperando a que me adelante en cualquier momento. Echo un vistazo atrás y ahí está, a menos de 5 metros, con pantalón de chándal gris y sudadera negra con la capucha puesta.

Cuando me adelanta, inspiro con fuerza para esnifar su olor y escucho su respiración entrecortada. Le miro de reojo. ¡Por favor, qué guapo es! Me encantan sus facciones angulosas, su hoyuelo en la barbilla y esos pómulos marcados. Además, tiene una boca increíble, con unos labios carnosos que ahora mantiene abiertos por culpa del esfuerzo. Hoy no parece haberse afeitado, porque le asoma una tímida barba.

He llegado a desarrollar un poder sobrenatural que me permite analizarle por completo en una décima de segundo. Son muchos meses admirándole, esperando estos pocos segundos, por eso puedo adivinar tantos detalles.

Aumento el ritmo para intentar seguirle durante unos metros y así poder disfrutar de él un rato más. ¡Madre mía, qué espaldas! ¡Y qué culo! Aún con la sudadera y el pantalón largo, se puede intuir que tiene un cuerpazo de infarto. Espaldas anchas, cintura estrecha, culo prieto...

—¡Alex céntrate, que te caerás y te romperás los dientes!

A los 10 minutos, muy a mi pesar, estoy a punto de echar el hígado por la boca, así que empiezo a bajar el ritmo mientras le veo alejarse. No aparto la mirada mientras su silueta se hace pequeña en el horizonte, y, al llegar al quisco de helados, doy media vuelta para dirigirme de nuevo a casa, maldiciéndome por lo patética que soy y por la pésima forma física que tengo.

Al llegar a casa, enciendo el portátil y, al abrirse el correo electrónico, veo un mensaje de mi hermano. Sé que su único propósito será burlarse de mí, así que no tengo prisa en leerlo, antes necesito una ducha. Abro el grifo del agua caliente y me pongo debajo del chorro durante un buen rato, maldiciendo el día que, en plena borrachera, le confesé a Joey que estaba enamorada de un tío con el que ni siquiera había cruzado una palabra. Desde entonces, no para de meterse conmigo y de recordarme que “se me pasa el arroz” en la mayoría de sus mails y mensajes.

Somos tan diferentes que no parecemos ni hermanos, algo extraño, teniendo en cuenta que somos mellizos. Él es rubio, yo morena. Él tiene los

ojos verdes, yo grises. Él mide 1,85 y yo 1,65. Él siempre ha sido muy extrovertido y, aunque a mí no me ha costado relacionarme con la gente, en el instituto la gente me conocía por ser la hermana de Joey. Él fue el típico adolescente carismático, aficionado a los deportes y ligón al que invitaban a fiestas y yo la chica centrada en los estudios con un grupo reducido de amigos, la mayoría de ellos compañeros del periódico del instituto. Al acabar esa etapa de nuestras vidas, los dos nos mudamos a la ciudad, yo me matriculé en la facultad de periodismo y él se alistó en la academia de policía. Estar en una ciudad desconocida, alejados de casa, nos unió mucho más, y llegamos a salir por la noche en plan “colegas”, borracheras incluidas... La noche de mi confesión, me había invitado a cenar para celebrar su ascenso a detective de homicidios, como los de las series de televisión. El caso es que, después de cenar, me llevó a un club que conocía donde pude comprobar cómo gran parte del aforo femenino del local también lo conocían a él.

—¿Ves esa rubia de allí? Pues me la he tirado. ¿Y esa camarera? Pues me la follé en el cuarto de las bebidas. ¿Y de ese grupito que están sentadas en ese reservado? Pues de las cinco, me he tirado a tres, dos de ellas a la vez.

—¡Joder, Joey...! ¡A ver si ahora se van a pensar que soy otro de tus ligues...!

—Así al menos alguien creerá que tienes vida sexual.

—Gilipollas... —Joey ríe a carcajadas, pasándome un brazo por encima de los hombros—. ¿Y esas tías? No entiendo cómo pueden estar ahí, tan... tranquilas, arrastrándose por delante de ti, poniéndote “ojitos” y saludándote sonrojadas, sabiendo que sólo son una más de las muchas que te has tirado...

—¿Y el buen rato que les hice pasar no cuenta? ¿Y la posibilidad de que se me ocurra repetir con alguna?

—Pobres infelices... A mí no me gustaría convertirme en la muñeca hinchable de alguien como tú...

—Y por eso sigues manteniendo tu deprimente récord de cuatro años sin follar.

—No es deprimente. Simplemente, no me bajo las bragas ante cualquiera. Estoy esperando a mi persona especial —le replico, cada vez más cabreada.

—Vamos, Alex... No te pongas así. Sé que te encanta lo que haces, pero a veces pienso que vives sólo para trabajar. Tienes que salir más y divertirte, y echarte un ligue que te pegue un meneo de vez en cuando. En mi caso, pienso que soy joven y esas chicas también. No tenemos ningún compromiso, no

busco una relación seria y lo dejo siempre bien claro... —Me mira durante un rato, hasta que añade—: Ven, dame un abrazo, toma tu gin-tonic y cuéntame cómo va la búsqueda de ese príncipe azul.

Ese gin-tonic llevó a otro, y luego a otros dos más. Empecé a ver doble y a tener serios problemas para mantener la verticalidad. La lengua se me empezó a trabar y, como sucede siempre que me emborracho, lloro. Y resulta que entre lágrimas le acabé confesando que el hombre por el que suspiraba, el hombre con el que soñaba cada noche, mi príncipe azul, era un total desconocido para mí. Le expliqué con todo lujo de detalles la historia de cómo le conocí, o, mejor dicho, de cómo me convertí en su acosadora personal. Supongo que el alto nivel de alcohol que tenía en sangre no me permitió ver la cara de estupor de mi hermano, así como tampoco me advirtió que acabaría arrepintiéndome de esa confesión el resto de mi vida.

Le conté que la primera vez que le vi fue dos meses atrás, volviendo del trabajo. Estaba nevando y decidí pasar por el parque para sacar unas fotos. Mientras enfocaba al lago, mi objetivo captó la imagen de un chico vestido con un pantalón de chándal y una sudadera con capucha que corría hacia mí. A causa del frío, veía cómo su aliento salía de su boca en grandes bocanadas. Ya tenía que estar loco para salir a correr con ese tiempo, recuerdo que pensé. Al cruzarse conmigo, nuestras miradas se encontraron y entonces fue cuando me quedé petrificada, perdida en sus preciosos ojos azules. Fue tan sólo un segundo, pero su imagen se me quedó grabada como si de una fotografía se tratara.

Esa mirada me dejó tan trastocada, que al día siguiente volví a pasar por el mismo sitio, a la misma hora. Seguía nevando. De hecho, no había parado de hacerlo, pero el corredor misterioso tampoco faltó a su cita. Hacía mucho frío, demasiado para salir a correr y mucho más para estar medio escondida detrás de un árbol y espíarle. Supongo que éramos un par de locos, cada uno a su manera. Su ritmo era constante y tenía estilo corriendo. No es que yo entendiera mucho del tema, pero se notaba que hacía deporte con frecuencia.

Le confesé a Joey que, desde ese día, me las apaño para estar siempre en el mismo sitio y a la misma hora para ver correr al desconocido de ojos azules, a mi chico misterioso.

Le puse un nombre, Neil, y empecé a imaginarme cómo sería su vida. Una vida que, según mi estado de ánimo, variaba de “soltero y sin compromiso esperando a su chica ideal” (o sea a mí), pasando por “con una

novia ninfómana que le pedía sexo a todas horas” (por eso se entrenaba cada día corriendo para mantener la forma) o “felizmente casado con una mujer de clase alta, asiduo a misa, con cuatro hijos y esperando el quinto”. Admitámoslo, esta es la vida que menos me pegaba con su aspecto, pero mi cabeza me impedía obviarla, intentando pintarme un panorama lo más pesimista posible para evitar que mi corazón se encariñara con él.

Con la excusa de hacerle fotos al paisaje, excusa que me ponía a mí misma para no parecer tan loca, le hacía fotos a él también. Si había poca gente en el parque, me daba corte y me escondía detrás de algún árbol. Lo sé. Patético.

Un día me convencí a dar un paso más e intentar acercarme a él: comprarme unas mallas y unas zapatillas para empezar a correr y así poder verle durante algo más de rato. Me compré unos leggins negros monísimos y una camiseta rosa fucsia con unas zapatillas a juego. Y ahí acabó mi intento de acercamiento... ¿Qué os pensabais? ¿Qué iba a hacer como la gente normal y hablarle? No. Preferí sacar el hígado por la boca y sudar lo que no está escrito con tal de verle un máximo de quince minutos al día, que es lo máximo que aguanto corriendo tras él.

Así han pasado dos meses y hablar, lo que se dice hablar, no, pero un día intuí un ligero saludo con la cabeza. Las malas lenguas dirán que es un mero saludo cordial entre corredores. Mentira. Me saludó a mí. Seguro. De forma totalmente consciente. ¡Además, se me está poniendo un culo monísimo de tanto correr!

¿A quién quiero engañar? Joey tiene razón, soy patética. Tengo 28 años y me he enamorado de un tío del que ni siquiera sé el nombre y al que sólo veo un máximo de quince minutos al día.

Salgo de la ducha, me pongo el pijama, caliento el bol de fideos chinos en el microondas, cojo unos palillos y me siento frente al ordenador.

**De: Joey**

**Para: Alex**

**Asunto: ¿TIENES COMIDA?**

**Mensaje:**

**¿Ha habido suerte? ¿Has hablado ya con él? ¿Sabes al menos como se llama realmente? Hermanita, decídetelo ya a hacer algo, o al final**

**acabarás adoptando gatos.  
Que ya tienes una edad...**

Resoplo mientras me dispongo a contestar el mensaje.

**De: Alex**

**Para: Joey**

**Asunto: GORRÓN**

**Mensaje:**

**Siento ser yo la que te recuerde que tenemos la misma edad, y tampoco te veo muy por la labor de sentar la cabeza. Así que, ¿quieres que vayamos juntos a la protectora de animales?**

**¿Cómo te va con tu nueva placa de detective? ¿Has visto ya muchas salpicaduras de sangre y encontrado pelos de asesino? ¿Alguna detective que haya llamado tu atención? Hablando de ello, por favor, recuerda que no está bien visto manchar de tus propios fluidos las escenas del crimen...**

**En respuesta a tu interés, te diré que no, aún no sé su nombre. Y no, tampoco he hablado con él. No todos somos tan lanzados como tú, y tampoco se me ocurre ninguna excusa con la que empezar a entablar conversación. De todos modos, las ideas y consejos serán bienvenidos. Veo que te interesa mucho mi vida social y no quiero que pierdas el sueño por mí.**

**Te quiero, aunque odie reconocerlo,  
Alex**

Recibo su respuesta casi al instante.

**De: Joey**

**Para: Alex**

**Asunto: OFREZCO CONSEJOS A CAMBIO DE COMIDA**

**Mensaje:**

**Voy para tu casa.**

**Tengo la noche libre.**

**Llevo cervezas y una lista de sugerencias para darle un empujón a tu vida amorosa.**

**Te quiero,**

**J.**

## Capítulo Dos

Abro un ojo. Lo cierro de inmediato. Me los froto con ambas manos y lo vuelvo a probar. Varios intentos después, consigo mantenerlos cinco segundos abiertos. Dios mío, ¿por qué hay tanta claridad? ¿Qué hora es? ¿Por qué me duele tanto la cabeza? Intento incorporarme, pero el dolor es insoportable y decido volverme a estirar.

Empiezo a recordar lo que pasó anoche, y llego a una clara conclusión: mi hermano se está convirtiendo en una mala influencia para mí. Cada vez que nos vemos, acabo con una borrachera de cuidado. Espero no haberle contado cualquier otra intimidad. ¡Dios mío! ¡¿Le habré contado que mi amigo a pilas también se llama Neil?! Si es así, seguro que lo averiguaré pronto, ya que es una información demasiado jugosa como para que Joey no la utilice para reírse de mí durante meses.

Necesito un café cargado, así que me dirijo a la cocina y encuentro un papel pegado en la nevera con un imán.

### **“OPERACIÓN MENOS ACOSAR Y MÁS FOLLAR”**

Joder, joder, joder... ¿Cómo dejé que hiciera esto? No fui yo, fue el alcohol...

### **“ACCIONES PARA LLAMAR LA ATENCIÓN DEL CORREDOR BUENORRO”**

Vale, necesito un café sin falta antes de seguir leyendo. Ahí tengo la confirmación de que, efectivamente, anoche me volví a ir de la lengua.

Cuando creo estar preparada, me siento en uno de los taburetes de la cocina y, esperándome lo peor, respiro profundamente antes de volver a clavar los ojos en ese trozo de papel.

1. **“CUANDO ESTÉIS CORRIENDO Y PASE POR TU LADO, PROVOCA UN ENCONTRONAZO. CAEIS AL SUELO, CON SUERTE UNO ENCIMA DE OTRO”**

Reconozco que esta ya se me había ocurrido alguna vez.

2. **“CUANDO ESTÉIS CORRIENDO, Y ESTÉS DELANTE DE ÉL,**

**TE CAES AL SUELO. SE PARARÁ PARA AYUDARTE A LEVANTARTE Y PODRÉIS INTERCAMBIAR UN PAR DE FRASES”.**

¿Y si le da igual que me caiga y ni siquiera se para a ayudarme? Aunque, bien pensado, con esta opción no pongo en peligro su integridad física, como con la opción número uno.

3. **“INTENTAR AVERIGUAR EL RECORRIDO COMPLETO QUE HACE CORRIENDO PARA SABER DONDE VIVE. NO TE FLIPES Y HAZLO EN BICICLETA, NO VAYAS A MORIR EN EL INTENTO”.**

Me parto de la risa, hermanito.

4. **“LLEVARTE AL PARQUE UN FRISBEE O UNA PELOTA, Y CUANDO PASE, ARREARLE UN GOLPE. LUEGO SÓLO TIENES QUE ACERCARTE Y PEDIRLE DISCULPAS Y ENTABLAR CONVERSACIÓN”.**

Esto se empieza a poner violento.

5. **“ESCOTAZO QUE DEJE POCO A LA IMAGINACIÓN, MALLAS MUY CORTAS Y ESTIRAMIENTOS CON EL CULO EN POMPA CUANDO ÉL PASE CERCA. RECUERDA, PEQUEÑA, LOS HOMBRES NO SOMOS DE PIEDRA”.**

Sí, seguro que, con mis encantos y mi agilidad, se queda maravillado, se abalanza sobre mí y me hace el amor allí mismo.

6. **“ACERCARTE A ÉL Y DECIRLE: HOLA, ME LLAMO ALEX. ¿TOMAMOS UN CAFÉ?”**

¿Por qué la opción más sencilla y natural se me antoja como la más



descabellada?

El resto del papel son dibujos obscenos de Joey. No cambiará nunca, pienso, pero, como siempre, consigue sacarme una sonrisa.

Sé que en el fondo tiene razón. Por desgracia, la vida no es como uno de esos anuncios de colonia en el que un tío cachas emerge del agua vestido con un mini bañador blanco y viene hacia ti para plantarte un beso de película. Algunas, para conseguir algo así, tenemos que currárnoslo un poquito más. Así que, más convencida que nunca, decido que esta misma tarde pasaré a la acción. Creo que me decantaré por la segunda opción: hacerme la patosa y caerme delante de él. Me tiento la número uno, chocarme con él, más que nada porque tendría oportunidad de tocarle un poco, pero no quiero hacerle daño, así que optaremos por la opción más segura... al menos para él.



Paso el resto de la mañana en el supermercado. Como no suelo comer en casa y por la noche llego sin ganas de cocinar (tampoco es que sea mi fuerte), lleno el carro con cosas básicas como leche, yogures, cereales... el socorrido sushi para las cenas, pasta preparada, burritos congelados y toneladas de helado y patatas fritas. Justo antes de llegar a la línea de cajas, decido añadir al carro agua oxigenada y tiritas. Y es que me conozco, y el papel se me puede ir de las manos y, en lugar de interpretar un simple tropezón, me veo dándolo todo con un triple salto mortal con tirabuzón y acabar como un trapo machacado.

Al llegar a casa me preparo un plato de espaguetis con tomate, pero dejo la mitad del plato. Tengo un nudo en el estómago, nerviosa por lo que pueda pasar esta tarde. Con la de tiempo que llevo soñando con este momento, idealizando el simple hecho de escuchar su voz, ahora que lo tengo tan cerca, estoy tan nerviosa que no dejo de repasar el diálogo en mi cabeza, una y otra vez...

- Perdona. ¿Te has hecho daño?
- No... (risa coqueta)
- ¿Seguro?
- Sí... (risa coqueta de nuevo)
- Déjame recompensarte.

—No hace falta... (risa coqueta, me peino un mechón de pelo detrás de la oreja y me muerdo el labio inferior).

—Insisto. Déjame invitarte a cenar en el mejor restaurante de la ciudad. Te recogeré a las ocho por tu casa en mi deportivo descapotable.

Ese diálogo lo he imaginado varias veces, pero creo que puede estar algo contaminado por el libro que reposa en mi mesita de noche.

—Perdona. ¿Te has hecho daño?

—No... (risa coqueta)

—¿Seguro?

—Sí... (risa coqueta de nuevo, simulo que me desmayo y él me sostiene entre sus brazos, gritando al cielo desesperado).

Esta es otra de las opciones que barajo, pero puede que la haya copiado un poco de una telenovela que vi el otro día.

—¿Te has hecho daño?

—No... (risa coqueta).

—De acuerdo. Hasta luego.

Reconozcámoslo, esta es la versión menos idílica, pero también la más probable, así que voy a desecher hacerme la coqueta, que, seguro que en mi caso raya la idiotez, y valoro opciones más... al alcance de mi mano.

Quizá después de darle las gracias por haberse preocupado por mi caída, tendría que presentarme y eso le daría pie a decirme su nombre. Punto a mi favor.

Luego, comentaría que corro para guardar la línea, pero que los deportes nunca han sido lo mío...

—No como tú, que se nota que haces deporte regularmente... (toma piropazo camuflado que le he metido).

También podría soltarle algo como que mi trabajo no me deja salir a correr tanto como querría, comentarle que soy periodista, y así darle pie a que me cuente a qué se dedica. Otros dos puntos a mi favor.

Podría preguntarle también cosas acerca del circuito de entrenamiento que hace. A lo mejor de esa manera averiguo donde vive. Otro punto.

Y entonces le suelto que necesito un par de zapatillas nuevas pero que no sé dónde ni qué modelo comprar, y como ya hemos hablado durante un rato y tenemos algo de confianza, le pido que me acompañe a comprar unas.

Y tenemos una cita de película y se da cuenta de que soy encantadora y al dejarme en casa me da un beso tierno cogiéndome la cara entre sus manos. Luego se separa unos centímetros de mí y cuando consigo volver a respirar, le

miro a sus ojos azules y me pierdo en ellos. Le agarro del pelo y le beso como si me fuera la vida en ello, mordiéndole el labio inferior mientras escucho que se le escapa un jadeo. Me coge del trasero y me atrae hacia él para que note su erección. Ambos dejamos de besarnos para recobrar la respiración y nos miramos. Puedo leer en sus ojos que me pide permiso para seguir adelante y mi respuesta es buscar las llaves de mi piso en el bolso. Entramos en casa a trompicones. Suelto el bolso en el pasillo, él se quita los zapatos y los calcetines y mientras se desabrocha la camisa, yo le quito los pantalones. Vestido tan solo con los calzoncillos, me susurra al oído:

—Me parece que no estamos en igualdad de condiciones...

Se separa de mí un poco para mirarme. Uno a uno me desabrocho los botones de la camisa, con toda la parsimonia del mundo. Su respiración se acelera cuando la dejo caer al suelo y empiezo a desabrocharme el vaquero ajustado. Cuando termino, me quedo delante de él, vestida tan solo con un conjunto de encaje negro. Me muerdo el labio inferior mientras observo sus pectorales y bajo la vista hacia sus calzoncillos. Supongo que eso es suficiente para él, y como un animal, me arrincona contra la pared del pasillo. Me arranca el tanga sin ningún miramiento, se baja los calzoncillos y me penetra con fuerza. Pongo mis brazos alrededor de su cuello y las piernas alrededor de su trasero. Él apoya sus manos contra la pared a cada lado de mi cara y me enviste una y otra vez. Echo mi cabeza hacia atrás y cierro los ojos mientras empieza a besarme primero los pechos. Se toma su tiempo en los pezones, lamiéndolos y atrapándolos con los dientes. Luego sigue dándome besos por el cuello y cuando noto su aliento, me hace estremecer. Finalmente, se dirige a mi oreja y me susurra:

—Mírame a los ojos.

Le obedezco y al momento me vuelvo a quedar hipnotizada por ellos. ¿Cómo un azul tan claro puede ser a la vez tan ardiente? Esa mirada provoca tantas cosas en mí, que al momento caigo en un torbellino de sensaciones. Sigue embistiendo sin descanso, pero yo ya he perdido la noción. Estoy perdida en él. Me agarra más fuerte y gritamos juntos...

Me despierto sobresaltada y muy acalorada. Me lleva un rato darme cuenta de que me he quedado dormida en el sofá. De repente, me acuerdo de mi plan de esta tarde y miro el reloj. Son las 18:40 pasadas. No tengo tiempo de ponerme la ropa de correr si quiero llegar, así que cojo el bolso, me arreglo un poco el pelo en el espejo del recibidor y salgo de casa a toda prisa.

Llego al parque diez minutos más tarde. Me acerco al lago y me apoyo

en la barandilla sin saber bien qué hacer. Los vaqueros no parecen la vestimenta más adecuada para correr, así que quizá debería cambiar de plan. Intento pensar en una alternativa que parezca creíble, pero bajo presión no trabajo bien. Miro hacia donde le suelo ver venir, y nada. Abortemos la misión, sin plan y sin objetivo, hay poco que hacer. Me siento en un banco para intentar recuperar el aliento que perdí más o menos cuando me dormí...

—¡Lo sabía! ¡Sabía que la valentía de anoche se quedaría en nada y te cagarías en las bragas! ¿Así es como piensas conquistar a ese tío? ¿Sentadita en un banco? ¿Tienes poderes mentales e intentas que se enamore de ti por telepatía?

—¡Por Dios, Joey! ¡Qué susto! ¿Qué pasa, que no descansas? ¿Ahora eres mi ángel de la guarda o algo por el estilo?

—No me cambies de tema, Alex. ¿Qué pasa con todo lo que hablamos ayer?

—Lo iba a hacer, te lo juro. Incluso decidí qué táctica utilizar... ¡Me había preparado incluso algunas frases para mantener una conversación...!

—Perfecto. ¿Y qué haces aquí sentada?

—Llegaba tarde... No me dio tiempo a cambiarme... y me bloqueé... Pensé que ya no tenía sentido ponerme a correr...

—¿Y decides no hacer nada?

—Joey, en serio, no soy tu proyecto humanitario. ¿No tendrías que estar trabajando?

—Es mi día libre.

—Pues búscate algo que hacer, por Dios, y deja de... acosarme.

—No te estoy acosando. Eso es más de tu estilo. Simplemente, soy tu hermano mellizo y va en mi ADN cuidar de ti. Así que, repito, ¿decides no hacer nada?

—Es tarde. —Me mira arqueando las cejas, sin comprender nada, así que me atrevo a aclararle—: Me refiero a que, normalmente, pasa antes por aquí...

Pero entonces, como si los dioses estuvieran confabulados para echarse unas risas a mi costa, le veo aparecer a lo lejos. Mis habilidades al más puro estilo Robocop se ponen en marcha y le hago mi habitual repaso de arriba abajo, almacenando en mi cabeza el máximo de detalles posibles: pantalón de chándal negro, sudadera gris claro sin capucha, la misma que llevaba el domingo pasado, gafas de sol, gorra con la visera hacia atrás, creo que es la de los Yankees. Tremendo, como siempre... Intento disimular delante de Joey,

pero la cara de tonta que se me suele dibujar al verle es difícil de ocultar, así que enseguida se gira hacia donde se pierde mi mirada.

—¿Es él? —me pregunta. Me humedezco los labios varias veces e intento contestarle, pero no puedo. Muevo las manos como si me pudiera hacer entender por gestos, pero tampoco lo consigo. Aún así, creo que mi incapacidad para comportarme como una persona normal ha respondido a su pregunta—. Parece que sí ha aparecido, al fin y al cabo. ¿A qué esperas, entonces? ¡Ve hacia él! ¡Párale y háblale, mujer!

—Joey, no puedo... No tiene sentido... Soy patética, lo asumo.

—¡Lo que no tiene sentido es que te sientes aquí sin hacer nada! Alex, está a punto de pasar por delante... ¡Alex!

Soy incapaz de moverme. Estoy paralizada. Tiene razón, debería acercarme, pero no puedo porque sé que no servirá de nada. Ese hombre tan perfecto no se fijaría en alguien como yo nunca. Pero entonces, mientras me compadezco de mí misma, veo a Joey alejarse de mí a grandes zancadas.

—¡Neil! ¡Oye, Neil! —le grita para llamar su atención, levantando ambos brazos. De forma inconsciente, me encojo en el banco, agachando la cabeza y tapándome la cara con el pelo—. ¡Neil, soy yo, Joey!

Cuando está a sólo unos pasos de distancia, vuelve a gritar su nombre y Neil, con cara de sorpresa, se para en seco. No sé si quiero asesinar a mi hermano o agradecerle el gesto. Estoy indecisa...

—¿Eres tú, Neil?

—Me parece que me confundes con otra persona... No me llamo Neil...

—Perdona. Pensaba que eras un colega de la universidad al que hace mucho que no veo... Perdona que te haya interrumpido, colega.

—No pasa nada.

Sonríe por cortesía y reanuda la marcha, mientras que mi hermano se acerca de nuevo hasta mí.

—¿Se puede saber qué narices pasa por tu cabeza para hacer una tontería como esa?! Déjame sola, ¿vale? Déjame vivir mi vida.

—¿A esto le llamas vivir tu vida? ¿A sentarte aquí y ver la de los demás pasar por delante de tus narices? Si quieres algo, agárralo por los cuernos y lucha por ello. Si no te arriesgas, cierto, no te harás ningún rasguño, pero no creas que alguien se arriesgará por ti.

—Perfecto. Ya me has demostrado que eres mucho más valiente que yo. Enhorabuena.

—¿Eso crees que he querido demostrarte?! ¡No es cuestión de valentía,

Alex! En dos minutos he conseguido algo que tú no has podido hacer en dos meses: hablar con él. Y no he muerto en el intento, así que, espabila. No muerde y habla nuestro idioma. Ah, y ya puedes inventarte otro nombre, porque no se llama Neil.

## Capítulo Tres

Vuelvo hacia casa sumida en mis pensamientos. Es como si las palabras de Joey me hubieran abofeteado en la cara, obligándome a darme cuenta de la persona en la que me estoy convirtiendo. Ciertamente es que nunca me he caracterizado por ser abierta y decidida, pero pensaba que la madurez me daría esa valentía, o ese sentido común que me hacía falta. Nada más lejos de la realidad. No me comporto como una mujer que ronda los treinta, sino como una adolescente inmadura.

Me paro en la cafetería de la esquina y pido un café con leche. Me siento en una mesa justo al lado de la ventana y pierdo la vista más allá del cristal, viendo a la gente pasar frente a mí: pareja de novios cogidos de la mano, pareja con niños, pareja sin niños, pareja que se convertirán en padres en breve, pareja homosexual, pareja de ancianos... ¡Venga ya! ¿Es que no va a pasar nadie que vaya solo? ¡Ajá! Ahí hay una chica sola, a pocos metros de mí. Parece que hay más gente de mi especie... Pero entonces veo aparecer a un chico por la derecha, abraza a la chica por la espalda, ella se gira, se le tira a los brazos y empiezan a besarse con pasión. Con tanta, que no pueden mantener los pies quietos, y se van moviendo de forma errática, al compás que dictan sus besos, llegándose a pegar contra el cristal de la cafetería, justo al lado de mi mesa.

—Por favor, buscad un hotel... —susurro mientras me pongo en pie para marcharme.

Realizo los pocos metros que me separan del edificio de apartamentos en el que vivo con la cabeza agachada, mirando fijamente mis zapatillas, mientras el resto del mundo me esquiva. Tengo la sensación de ser la única persona que va contra dirección, y no es la primera vez que me siento así...

En cuanto entro en mi edificio, apoyo la espalda y resoplo con fuerza, agotada. El ascensor sigue estropeado, así que subo la escalera, arrastrando los pies.

—Las fuerzas de Lord Vader se acercan, Luke... Tenemos que escondernos... ¡No! ¡Basta ya de esconderse...! ¡Hay que luchar!

Poco antes de llegar a mi rellano, ya escucho la voz del niño que vive al lado. A menudo juega en el rellano, y siempre solo. Rara vez le veo con su madre, aunque las paredes no han impedido que alguna noche la escuchara gritar. Un día, incluso estuve a punto de llamar a la policía cuando escuché sus

llantos acompañados de los gritos de un tipo. Cesaron antes de que yo me decidiera a hacer nada.

En cuanto me escucha, levanta la cabeza. Se aparta el pelo de la cara y entonces me deja ver sus despiertos ojos marrones. Siempre va algo desaliñado, con ropa que parece usada y que, normalmente, le va algo pequeña.

—No puedes pasar —me dice, mostrándome la palma de su pequeña mano.

Empezamos bien... No es que no me gusten los niños, pero no sé cómo comportarme con ellos, y con este crío no es distinto. Además, siempre se empeña en hablarme, aunque yo trate de ignorarle. Es bastante entrometido y siempre tiene algo que preguntarme o algún tema del que opinar.

—¿Y se puede saber por qué?

—Pues porque las tropas de la Alianza Rebelde están protegiendo su campamento a la espera de un ataque de las tropas imperiales comandadas por Darth Vader.

—¿Y tienen que hacer toda esa mierda precisamente delante de mi puerta?

—¡Un respeto por las tropas de la Alianza Rebelde, señorita!

—¿Y por qué el señorito no coge sus tropas y traslada su campamento dentro de su casa?

—Pues porque mi madre está descansando y no la puedo molestar.

—Y para no molestar a tu madre, me tienes que tocar a mí las narices. Perfecto.

—¿Por qué tienes tanta prisa por entrar? No hay nadie dentro. Sé que vives sola. Ni siquiera tienes perro —dice, apartándose de nuevo el pelo de la cara.

El comentario, aún viniendo de un niño que no debe de tener más de ocho años, me duele demasiado, así que le miro con cara de asco y rabia.

—Vivo sola por decisión propia —me descubro justificándome, pero él, como si fuera una reencarnación de mi hermano, me mira con escepticismo, levantando una ceja. Así, presa de la rabia, doy un puntapié a sus figuras, apartándolas de mi puerta.

—¡Nooooooooo!

El crío se abalanza contra mis piernas e intentar pegarme. Le retengo como puedo, intentando cogerle las manos.

—Espera, espera, por favor. Tranquilo. No quiero hacerte daño. Tus



tropas imperiales me bloquean el paso y no puedo entrar en mi propia casa. Y créeme que, después del día de mierda que llevo, lo único que me apetece es ponerme el pijama y estirarme en el sofá a ver la tele mientras me como una tarrina de helado de chocolate de tamaño industrial.

Cuando levanta la cara, veo lágrimas en sus ojos. Respira con violencia, haciendo subir y bajar su pecho sin descanso.

—Mierda... No llores... Lo siento, ¿vale? No llores, por favor...

El crío se seca las lágrimas con el dorso de la mano, y entonces se fija en la bolsa de la compra que llevo.

—¿Tienes hijos?

—Eh... No...

—¿Y todo ese helado es para ti sola?

—Eh... Sí... —Miro la bolsa de la compra y digo algo de lo que espero no arrepentirme—. Escucha, ¿te apetece un poco? Puedes jugar dentro de casa, o podemos... no sé... charlar un poco. —Se queda quieto de inmediato, mirándome sin dejar de parpadear. Desvía la vista hacia la bolsa de la compra, y luego de nuevo a mi cara—. ¿Qué me dices? ¿Firmamos la paz con un bol de helado? Le podemos poner sirope también...

Mira hacia su puerta, se muerde los labios, indeciso, hasta que al final asiente con la cabeza y empieza a recoger sus juguetes con ambas manos.

Poco después, entramos en mi piso, cuelgo el bolso en el recibidor y me dirijo a la cocina. Cuando me doy la vuelta, le descubro parado en mitad del salón, agarrando aún sus juguetes, mirando alrededor, inspeccionando minuciosamente cada rincón con la boca abierta.

—¿Quieres ir a decirle a tu madre que estás aquí? Para que no se preocupe, me refiero...

—Ella no se preocupa por mí —contesta con total frialdad, sin darle importancia a ese comentario que a mí me ha hecho encoger el corazón.

Cuando recobro la compostura, pongo dos bolas de chocolate en un par de cuencos y además le añado unas virutas de colores y sirope por encima. Los pongo sobre la barra de la cocina y me subo a uno de los taburetes.

—Ven —le pido, dando un par de palmadas sobre el otro taburete.

—¿Todo eso es para mí? ¡Madre mía!

Deja caer al suelo los muñecos y corre hasta mí. Tiene algunos problemas para subir, pero cuando finalmente lo logra, no tarda ni dos segundos en hundir la cuchara en el bol y llevársela a la boca. Cierra los ojos y sonrío mientras saborea el helado, haciéndome sonreír, recordándome que,

en efecto, es solamente un niño.

—¿Y bien? ¿No querías hablar?

—Bueno, si te soy sincera, fue una maniobra a la desesperada. No sé de qué hablar con un niño de... espera... ¿cuántos años tienes?

—Ocho.

—¿Solo?

—¿Y tú?

—Veintinueve.

—¿Tantos?

—¡Oye! ¡Eso no se le dice a una dama!

—A mí tampoco me ha sentado muy bien que me trates como a un niño. —Alzando las cejas, le observo alucinada. ¿Cómo es posible que un niño tan pequeño se exprese de esta manera? ¿Cómo puede tener tanta soltura? —. Para querer charlar, se te da fatal, ¿eh?

—¡Serás...! A ver, listillo, elige tú un tema de conversación.

—Pues... a ver.... ¡Ya! ¿Cuál es tu planeta favorito?

—¿Cómo?

—Ya sabes. Planeta... Marte, Plutón, Neptuno...

—Joder, pues nunca lo he pensado...

¿Qué pregunta es esa?

—Has dicho una palabrota... —comenta, sonriendo mientras agacha la cabeza.

—Es una de las ventajas de ser taaaaan mayor... —contesto sacándole la lengua, gesto que a él parece hacerle mucha gracia.

—Que sepas que, a veces, a mí también se me escapa alguna palabrota. Yo te dejo decirlas a ti, y tú me dejas a mí. ¿Trato hecho?

—Supongo... —contesto, no muy convencida.

—Genial. ¿Y bien...? ¿Planeta favorito...? —insiste, moviendo las manos para darme pie a hablar.

—Pues no sé... Supongo que este me parece un lugar aceptable donde vivir... —Tuerce el gesto, demostrando su disconformidad—. ¿Y a ti?

—Pues Saturno me parece chulo porque tiene un aro alrededor como si fuera un hulahop —comenta, muy animado—. Pero Marte también me gusta porque es rojo y es mi color favorito. Pero mi favorito, sin duda, es Makemake.

—Eso te lo has inventado.

—¡Qué va! Makemake es uno de los cinco planetas enanos que hay:

Eris, Haumea, Ceres, Makemake, y desde hace un tiempo, Plutón. Como sabes, los científicos se dieron cuenta de que era tan pequeño, que dejaron de contarle como planeta.

—Sí... Ya... —miento. ¿Es patético que un niño de ocho años sepa ese dato y yo no? Seguramente—. ¿Y dónde has aprendido todo eso?

—En el cole.

—¿Te gusta ir al cole? ¿Tienes muchos amigos?

Entonces, baja la mirada al suelo y arruga un poco la nariz.

—El cole me encanta y mi profe es genial. Nos explica muchas cosas que me gustan, pero no voy todos los días, y por eso no tengo muchos amigos, porque cuando voy, ya no queda ninguno libre, ya tienen otros...

—¿Y por qué no vas todos los días?

—Pues porque a veces mi mami está muy cansada y no se encuentra bien, y no me puede llevar. Alguna vez he pensado en ir solo, porque ya hago muchas cosas solo en casa, cuando mamá está mala, pero creo que no me acuerdo bien del trayecto...

—¿Y tu padre?

—No está. No le conozco. Mi madre me dijo una vez que era astronauta, pero yo sé que es mentira. Yo sé que me lo dijo porque no quiere que me ponga triste. Así que no pregunto mucho para que ella no se ponga triste. No me hace falta un padre...

Llevo un rato con la boca abierta, intentando procesar toda la información. Me cuesta creer lo que me cuenta y además con la madurez que lo hace.

¿Cómo puede ser que este crío viva en la puerta de al lado y no me haya dado cuenta de nada? Es cierto que nunca he visto entrar o salir a ningún hombre, y siempre le veo solo, jugando en el rellano. Pocas veces he visto a su madre, pero lo achaqué a temas de incompatibilidad de horarios. Nunca imaginé nada así.

No sé si sería meterme donde no me llaman, pero quizá podría hablar con la madre de Will y darle mi número de teléfono para que me llame la próxima vez que se encuentre mal. Si me lo pidiera, podría llevarle yo al colegio e incluso recogerle... Podría adaptar el horario...

—Estas fotos son muy chulas.

Me sorprende de repente, devolviéndome a la realidad. Le veo sentado en el sofá con un montón de fotos en el regazo. Son fotos que he ido revelando con la intención de enmarcarlas y colgarlas por el piso. Y en eso se quedó, en

una intención.

—¡Gracias! Las he hecho yo.

—¿Eres fotógrafa?

—Soy periodista. Escribo noticias en un periódico y además hago las fotos porque me gusta mucho —Y así de paso mis jefes se ahorran un sueldo, para qué negarlo... Pero eso me lo callo.

—Mola —contesta, realmente fascinado—. Estas me gustan, porque son del parque. A veces mi madre me ha llevado a jugar allí, pero hace mucho que no voy.

—Oye, ¿qué haces mañana? ¿Te apetece que vayamos por la tarde un rato? —pregunto, sin pensar—. Si quieres podemos llevarnos la cámara de fotos y te enseño a usarla.

—¿Sí? ¿De verdad? —Asiento con la cabeza—. A mí me encantaría.

—Pues tenemos una cita. Vamos, que es tarde. Te acompaño a casa y de paso le preguntamos a tu madre qué le parece el plan.

Al llegar a su puerta, le veo sacar una llave del bolsillo.

—La llevo porque así no molesto a mi madre cuando está descansando.

Entramos en su apartamento y desaparece por el pasillo, llamando a su madre. Echo un vistazo alrededor y veo bastantes platos sucios en el fregadero. El comedor está bastante ordenado, aunque llama mi atención la falta de muebles. Apenas hay un sofá viejo, una mesa y dos sillas de plástico, tampoco ningún cuadro en las paredes ni fotografías.

El crío aparece al rato con una chica que apenas aparenta 20 años. Es rubia y muy guapa, aunque está muy demacrada. Tiene unas feas ojeras de color morado intenso bajo los ojos y está muy delgada. Al verme, se intenta acicalar un poco, peinándose la enmarañada mata de pelo con ambas manos. Al hacerlo y bajársele las mangas de la camiseta, advierto unas marcas rojas a lo largo de sus antebrazos que no me gustan nada.

—Mamá, ella es...

Se queda callado de golpe, de repente consciente de que no sabe mi nombre. Yo tampoco me había dado cuenta hasta ahora de que tampoco sé el suyo.

—Soy Alex, su vecina de al lado.

Doy un par de pasos para saludarla, pero ella parece sentirse incómoda, así que me detengo a medio camino.

—Hola... —contesta con un hilo de voz.

—Voy a ir al parque con ella, ¿vale? Me llevaré mi llave y no te

molestaré. Dejaré todo recogido antes, lo prometo.

Mientras él le habla, yo no lo quito ojo a su madre. Apenas se tiene en pie, y le mira con apatía, como si estuviera dormida. En realidad, me aventuraría a decir que no está enferma, si no drogada, y no puedo dejar de pensar en cómo puede hacerlo teniendo a su hijo con ella. Un niño tan despierto, tan curioso, tan abierto y... feliz a pesar de todo.

—A mí no me importa... Tenía pensado ir al parque a sacar unas fotos, y no me importaría llevarle conmigo. —Él mira a su madre muy ilusionado, y luego me mira muy sonriente. Ella, por su parte, parpadea lentamente, rascándose la cabeza. Parece totalmente ida, y eso me pone enferma. No puedo permitir que el crío pase mucho tiempo aquí dentro. Así que, aunque puede parecer una idea descabellada, y puede que me esté metiendo en un berenjenal, añado—: De hecho, también podría llevarle al colegio cada mañana. Y también recogerle. Tengo un horario flexible y... sé que a él le gusta mucho ir...

El crío me mira con la boca muy abierta, mientras que su madre sigue totalmente ausente. Me pone los pelos de punta y, a pesar de que no me hace mucha gracia dejarle solo, parece desenvolverse bastante bien y yo llego tarde a mi cita diaria.

—Bueno, me tengo que ir. Te recogeré mañana sobre las cinco de la tarde, ¿vale?

El chico asiente lentamente y me acompaña a la puerta.

—¿En serio que me llevarías al cole? —me pregunta cuando ya estoy en el rellano.

—Claro —contesto, agachándome frente a él. Miro hacia el interior del apartamento, pero su madre ya parece haber vuelto a su dormitorio—. Yo no digo mentiras. Palabrotas sí, muchas, pero mentiras, no.

—Me llamo Will, por cierto —dice con una enorme sonrisa en la cara—. Alex, ¿estás libre?

—¿Libre?

—Para ser mi amiga...

—Claro que sí. Estaré encantada de ser tu amiga, Will.



Poco después de dejarle en su casa, empiezo a bajar las escaleras para dirigirme al parque sin dejar de pensar en Will. A pesar de la situación en la que intuyo que vive, no parece infeliz. Se conforma con lo poco que tiene, y no parece quejarse por ello. No sé si es del todo consciente de la gravedad de la

situación de su madre, supongo que es pequeño para darse cuenta, a pesar de que demuestra mucha madurez.

Ya sentada en el banco del parque, empiezo a pensar en cómo ayudarles. Llevar y recoger a Will del colegio es un comienzo, aunque quizá pueda hacer algo más... No sé hasta qué punto está la madre de Will en condiciones para cuidarle. No parece desatendido, pero sé que es porque se cuida solo. ¿Lavará él la ropa? ¿Cocinará? ¿O su madre tendrá momentos de lucidez en los que aprovechará para hacer todas esas cosas? Su apartamento estaba algo sucio, aunque no muy desordenado, pero la cocina era un espanto. ¿Debería alertar a servicios sociales? Quizá sería meterme donde no me llaman, porque Will es feliz a pesar de todo. Vive ajeno a la adicción de su madre.

En ese momento, me doy cuenta de la hora. Levanto la vista y miro hacia el sendero que rodea el gran lago. Solo entonces soy consciente de que mi desconocido se pierde a lo lejos.

Por primera vez en varios meses, no le he prestado atención. Por primera vez en mucho tiempo, otra persona ha ocupado mis pensamientos.

## Capítulo Cuatro

Poco antes de las cinco, vestida con mis vaqueros, una camiseta cómoda y mis Converse rosa, estoy preparando la bolsa de las cámaras de fotos. Además de la mía, decido meter una más pequeña que hace tiempo que no utilizo. Se la dejaré a Will para que haga las fotos que quiera, luego se las imprimiré y se las regalaré. Finalmente, cojo una sudadera por si hace fresco y enrolló mi cuello con uno de mis pañuelos. Cuando estoy en la puerta de Will, a punto de llamar al timbre, se abre de golpe.

—¡Estoy listo, Alex! —Sonriendo, miro hacia el interior del apartamento en busca de su madre, pero no la veo—. Está durmiendo. No ha pasado buena noche.

Con el ceño fruncido, algo preocupada, bajo las escaleras tras él, que lo hace muy ilusionado. Al llegar a la calle, sin yo pedírselo siquiera, me da de la mano, me sonrío y, automáticamente, se me esfuman todas las preocupaciones.

De camino al parque, no para de hablar, contándome todo lo que le gusta. Así, averiguo que le encanta jugar con sus muñecos de Star Wars a hacer guerras, algo que ya imaginaba. También que le encanta mirar las estrellas y que alguna vez le gustaría ver los planetas, porque los ha estudiado en clase. Me cuenta que de mayor le gustaría ser profesor y parecerse al suyo, y enseñar cosas a otros niños. También me entero de que Julie May es mala porque le da patadas por debajo de la mesa y que Samantha Olsen es muy guapa y que le gustaría darse un beso con ella, pero un beso normal, no de los asquerosos, palabras textuales.

Dios mío, creo que me va a llevar un rato procesar toda esa información.

Al llegar al parque, le llevo a uno de mis sitios favoritos. Nos sentamos en la hierba y le enseño el puente de piedra que hay cerca. Entonces, saco las dos cámaras de fotos y le tiendo la que he traído para él.

—He pensado que podrías hacer tú tus propias fotos con esta cámara que he traído para ti. Es una que utilizaba antes de comprarme la que tengo ahora. Y si quieres, luego te puedo imprimir algunas de las fotos que hagas.

—¿En serio? ¡Como mola!

—Ven, que te enseñó cómo funciona.

Es un chico listo y presta mucha atención a mis instrucciones. Lo mira

todo con esos ojos despiertos que tiene, así que, enseguida le veo corretear de un lado al otro fotografiando todo lo que tiene delante. Se le ve feliz y entonces me doy cuenta de que, en una sola mañana, le he visto sonreír más veces que todas esas en las que me lo cruzaba en el rellano de casa.

Me pongo los auriculares para así poner banda sonora a las imágenes que suceden ante mis ojos. Es algo que hago habitualmente y esta es una ocasión perfecta. Solo que esta vez, la noticia es Will y lo feliz que está con algo tan simple. Todas las fotos son en movimiento, sin necesidad de que pose. Le capto corriendo, enfocando concentrado sacando la lengua, sonriendo o saludándome con una mano.

Al rato, se acerca y se sienta a mi lado, agotado pero exultante de felicidad. Me enseña algunas de las fotos que ha hecho, la mayoría desenfocadas por no estarse quieto ni un segundo. Ríe a carcajadas al verlas, y yo aprovecho para hacerle algunas más con la mía. Me encanta su entusiasmo y verle así de contento. Me he vuelto adicta a su risa.

—¿Quieres ir un rato al parque infantil? —le pregunto.

—No. Prefiero quedarme contigo.

—¿Seguro? A mí no me importa. A lo mejor haces algún amiguito.

—Pero yo ya te tengo a ti aquí. No tengo que ir a buscarlo allí.

Le observo sonriente durante un rato.

—De acuerdo. ¿Te apetece un helado? —Asiente con efusividad, así que le guiño un ojo y me levanto a por ellos—. Espera aquí un momento.

Cuando vuelvo poco después, se lo doy y me mira con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué te pasa? —le pregunto, preocupada.

—No lo sé... No estoy triste... Es... raro... Me lo estoy pasando genial, así que no entiendo porque me pesa aquí —dice señalándose el pecho—, y lloro...

Rodeo su cuello y le acerco hasta mí para abrazarle. Él se sienta en mi regazo y se tira un buen rato muy quieto, dejando que le proteja y le acune.

Cuando parece estar mejor, fija la vista en el cielo azul, lleno de nubes blancas y esponjosas.

—Alex, ¿por qué las nubes no se caen del cielo? —me pregunta, dejándome totalmente descolocada.

—Pues... no lo sé, Will. Nunca me lo había planteado...

—Te planteas muy pocas cosas. —Le miro con las cejas levantadas—. El otro día me dijiste que no te habías planteado nunca qué planeta te gustaba



más y ahora tampoco lo de las nubes...

Cuando consigo recuperarme del estupor, pienso durante un rato mi respuesta.

—Supongo que, cuando nos hacemos mayores, tenemos muchas otras cosas en las que pensar, más cosas por las que preocuparnos, y tenemos que elegir cuáles son las más importantes. ¿Lo entiendes?

—Creo que sí.

—Cuando eres niño, hay cosas que te preocupan mucho, pero luego, conforme pasan los años, te das cuenta de que no eran tan graves. En unos años, verás que no era tan grave que Samantha te diera calabazas, porque seguro que habrás encontrado a otra chica mejor.

—Ya... A mí me preocupa que mi mami está siempre mala, pero dentro de unos años, cuando esté recuperada, veré que no era tan grave.

Se me encoge el corazón al escucharle. No conozco el alcance de la dolencia de su madre, pero no me da la sensación de que vaya a ser algo de rápida curación.

—Y tu madre, cuando se encuentra mal, ¿va al hospital?

—No. Se queda en la cama durmiendo y se le pasa. A veces viene algún amigo suyo a ayudarla. Hay unas inyecciones que le van bien, y cuando se las pone, me tengo que ir para no hacer ruido y la dejo dormir todo lo que necesite.

¿No va al médico? ¿Inyecciones? ¿Qué tipo de inyecciones? Ese amigo suyo, ¿será su camello? Está claro que lo que quieren es mantener a Will alejado, algo que no me parece del todo mal, pero cada vez tengo más claro que no es un buen ambiente para que se críe un niño. Pero ¿quién soy yo para meterme?

—Alex, ¿va en serio lo de llevarme al “cole”?

—Claro que sí. Es una promesa. Yo te llevo y te recojo. De todas formas, creo que deberíamos hablar con el colegio, o con tu profesor... A lo mejor tu madre tendrá firmar alguna especie de autorización...

—Vale. *Guay*. Molas mucho, Alex.

—¡Vaya... gracias! Creo que es el mejor piropo que me han dicho en mucho tiempo.

—¿En serio? ¿No tienes un novio que te diga cosas bonitas?

—Pues... no.

—¿Y por qué?

Buena pregunta...

—Pues... porque trabajo mucho y no tengo tiempo —me excuso.

—Pues si pasas mucho tiempo en el trabajo, búscate alguien que te guste en el trabajo. Yo sólo veo niños de mi edad en el cole, porque no vengo mucho al parque, así que supongo que por eso me gusta Sam. Sé que yo no le gusto, pero le voy a regalar cosas bonitas, de esas que les gustan a las chicas, y entonces verá que molo mucho. ¿Te gusta algún chico? Porque podrías regalarle algo que nos guste a los chicos, y entonces podéis ser novios.

—Puede que sea una buena táctica. ¿Quién sabe?

—Entonces, ¿sí hay alguien que te gusta?

Incomprensiblemente, me descubro contándole la verdad. No me da vergüenza contárselo a él...

—La verdad, es que sí me gusta un chico... pero no nos conocemos.

Me mira con la boca abierta. Mi comportamiento le parece raro incluso a un niño pequeño, así que seguramente soy más patética de lo que pensaba.

—Le veo a menudo por... la calle —añado, intentando arreglarlo—. No creo siquiera que se haya fijado en mí, porque no me he atrevido a decirle nada.

Dios mío, esto va de mal en peor...

—Pues dile algo... Acércate y salúdale. Hablas bastante bien y no aburres demasiado...

Se me escapa una carcajada antes la brutal sinceridad.

—Mi hermano Joey me dijo lo mismo, que, simplemente, me acercara e intentara entablar una conversación.

—¿Tienes un hermano? ¿Jugabais mucho juntos de pequeños? A mí me gustaría tener un hermano...

—Sí, y tiene mi misma edad, somos mellizos. La verdad es que de pequeños sí jugábamos juntos, y me hacía reír mucho. Aún ahora, aunque a veces me saca de quicio, me lo paso genial con él. Creo que os caeríais bien... Es policía, ¿sabes?

—¿En serio? —me pregunta con los ojos muy abiertos—. ¿Y lleva pistola? ¿Y me la puede enseñar? ¿Y ha disparado a algún malo? ¿Y un día le puedes decir que me deje montarme en su coche de policía y poner la sirena?

—Sí lleva pistola, pero creo que no va en un coche de los que dices... Hacemos una cosa, cuando venga a verme a casa, te aviso y le preguntas lo que quieras tú mismo.

—Guay... Si no soy profesor, seré policía. ¿Qué me quedarían mejor, las gafas de profesor o una gorra de policía y una pistola?

—Pues no sé... ¿Y quién te ha dicho que todos los maestros llevan gafas?

—El mío las lleva y es muy buen profe, y si algún día fuera uno, me gustaría parecerme a él en todo, incluso en las gafas.

Poco después decidimos volver para casa, porque mañana Will tiene clase y yo trabajo. Antes de despedirnos en la puerta de su casa, me informa de que su colegio está a sólo unas manzanas, así que me dará tiempo de dejarle y coger el metro para llegar a la redacción a tiempo para la reunión matinal. Luego tengo intención de hablar con mi jefe para explicarle la nueva situación. Llevarle cada mañana será fácil, recogerle será algo más complicado de cuadrar, pero estoy dispuesta a hacer el sacrificio.

Después de pegarme una ducha y cenar, ya metida en la cama, caigo en la cuenta de que es el primer día en varios meses que no voy a verle. Y no lo llevo mal... no le he echado de menos... ¿A quién quiero engañar? Me pregunto, abriendo mi mesita para sacar la carpeta. Cojo una de las fotos de dentro y la miro con detenimiento. Es una de las más recientes, en la que se le ve de cuerpo entero, corriendo, con pantalón largo y una camiseta de manga corta sudada que se le pega al pecho mientras que las mangas se le ciñen a los bíceps. También lleva el pelo, el cual no recuerdo que se haya cortado desde que le “conozco”, totalmente empapado...

Dios mío, sí le he echado de menos. Mucho, además. Así que algo tendré que ingeniar para poder estar con mis dos chicos a la vez.



A la mañana siguiente, cuando salgo al rellano, escucho gritos procedentes del apartamento de Will. Con algo de miedo, llamo a su puerta con los nudillos, y Will me abre de inmediato. Cierra la puerta a su espalda rápidamente, respirando de forma acelerada, aún sin levantar la cabeza y mirarme.

—Will...

—¿Nos vamos? —me corta, apartándose el pelo de la cara.

—Will... ¿Tu madre está...?

—Necesita descansar —me vuelve a cortar, agarrándose de la mano y tirando de mí para obligarme a bajar las escaleras.

Durante los primeros metros, camina cabizbajo, enfurruñado. Ya me ha soltado la mano, y se aferra con fuerza a las asas de su mochila. Su paso es apresurado, como si estuviera huyendo de algo. Creo que es la primera vez

que le veo... cabreado con la situación que vive en su casa.

—Tu madre te ha puesto muy guapo... —acabo comentando al cabo de un buen rato, intentando suavizar la situación.

—No ha sido ella. He sido yo.

—Ah. Pues... lo has hecho muy bien.

—No tengo mérito. Es la costumbre.

—¿Haces... muchas cosas solo? —Levanta la cabeza y, por primera vez esta mañana, me mira a los ojos—. Me refiero a... O sea, sé que pasas tiempo solo, pero, a veces, hay cosas que aún eres pequeño para hacer.

—Pero alguien tiene que hacerlas.

—¿Eso quiere decir que, si tú no las haces, tu madre no las hace por ti? —me atrevo a preguntarle al cabo de unos segundos.

Se detiene y me mira apretando los labios. Sé que está dudando si responderme o no y, en caso afirmativo, qué responder. Demasiadas cosas que pensar para un niño de ocho años.

—Es aquí... —dice entonces, señalando el edificio a su espalda.

Cuando levanto la cabeza, me doy cuenta de que estamos parados frente a un edificio de ladrillo rojo, rodeados de niños que gritan y ríen, de padres que sermonean a sus hijos para que se porten bien, de abuelos que abrazan a sus nietos para despedirse.

—¿Te parece bien si entro contigo e intento hablar con tu profesor?

Will asiente y me hace una señal con la cabeza para que le siga.

—Es esta del final.

Miro al interior de la clase y veo a muchos niños dentro, pero su profesor no ha llegado aún.

—Voy a... esperar un poco aquí fuera por si viene... —Me agacho frente a él, alisándole la camiseta y peinándole el pelo a un lado, apartándoselo de los ojos—. ¿Cómo se llama tu profesor?

—Patrick —contesta. Entonces, su expresión se ilumina y señala con el dedo más allá de mi espalda—. Es ese de ahí. ¡Patrick! ¡Patrick!

—¡Hola, colega! ¿Cómo estás?

Will sale corriendo y cuando me doy la vuelta, ya está a mitad del pasillo, hablando con alguien que está agachado a su altura. El crío me está señalando, supongo que explicando que le he traído yo al colegio. Cuando se incorpora y empieza a venir hacia mí, con Will caminando a su lado, y nuestros ojos se encuentran, me quedo totalmente paralizada. Reconocería esos ojos entre un millón. Me flaquean las piernas, las rodillas me tiemblan,

un sudor frío recorre mi espalda y empiezo a respirar con dificultad.

—Tranquila, Alex... —me susurro a mí misma mientras intento esbozar una especie de sonrisa—. Recuerda los consejos de Joey y Will... Qué tranquilizador... Mis sabios consejeros son un policía salido y un niño de ocho años...

Respiro hondo y hago acopio de toda la valentía que puedo. Le observo venir hacia mí, y todo sucede a cámara lenta, como si se tratara de un anuncio de colonia. Él caminando hacia mí, de manera muy sexy, mientras un coro de mujeres vestidas como diosas romanas se desmayan a su paso. Soy consciente de que todo eso es producto de mi imaginación, pero está tan guapo, que cabría la posibilidad de que eso sucediera. Vale, quizá solo soy yo la que corre peligro de desmayo, pero está tan distinto vestido con esta ropa más... formal... Lleva unas zapatillas New Balance marrones, unos vaqueros azul oscuro y una camisa negra por fuera del pantalón, con las mangas remangadas a la altura de los codos. Y entonces, cuando pensaba que el conjunto no podía mejorar, me percaté de las gafas que me dijo Will que llevaba. Son negras, de pasta, y le dan un toque intelectual que me encanta.

—Alex, él es Patrick, mi profe.

## Capítulo Cinco

—Encantado. Soy Patrick, el profesor de Will. Me ha contado que a partir de ahora le traerá usted al colegio...

Asiento con la cabeza, básicamente porque soy incapaz de articular palabra.

—Will entra en clase y vete sentando, que voy enseguida.

Antes de hacerle caso, Will me mira, como si quisiera asegurarse de que cumpliré mi palabra y estaré ahí fuera cuando salga. Asiento y le sonrío.

Cuando la puerta del aula se cierra, los dos nos volvemos a colocar cara a cara. Él me sonrío, haciendo que sus ojos se achinen. Dios mío... Nunca le había tenido tan cerca, nunca le había visto sonreír, y menos a mí. Me gusta mirar a la gente a los ojos cuando me hablan, pero, aunque me quedaría mirándole toda la vida, no puedo mantenérsela durante mucho tiempo. Muevo las manos, las froto contra mi vaquero, agarro el asa de mi bolsa, coloco algunos mechones de pelo detrás de las orejas.

—¿Es usted familiar de Will? —me pregunta.

Ahora que le tengo parado frente a mí, me doy cuenta de que es, simplemente, perfecto.

—No... Soy solo su... vecina. —Patrick asiente sin despegar los labios—. Su madre no puede traerle, tampoco puede venir solo... así que me ofrecí a hacerlo yo... No sé si puedo hacerlo sin más... Es decir, supongo que, al no ser familiar, se tendrá que rellenar algún tipo de consentimiento...

¡Le estoy hablando! ¡Le estoy hablado, Joey! ¡Y creo que disimulo bastante bien que estoy a punto del colapso nervioso!

—Sí, claro. Necesitaremos un consentimiento firmado por su madre. Lo pediré en la secretaría y se lo meteré en la mochila.

Qué bien habla, por favor... Y qué bien le quedan las gafas... Y cómo me gusta cuando se toca el pelo... ¡Alex, reacciona! ¡Di algo!

—Vale... —Qué elocuencia, por favor. Soy patética.

—De todas formas, me gustaría comentarle un par de cosas sobre la madre de Will... No he tenido ocasión de hablar de ello con nadie de su entorno porque, hasta ahora, usted es la primera persona que aparece por aquí... y no sé hasta qué punto sabe algo, pero hay aspectos que me preocupan.

—A mí también, la verdad...

—Supongo que, viviendo al lado, habrá podido comprobar que el

ambiente de esa casa no es el mejor para un niño.

—Sí —afirmo, asintiendo con la cabeza—. Yo también tengo bastantes dudas. He visto a su madre...

Patrick me escucha con atención, con gesto preocupado, los brazos cruzados y tocándose el mentón. Mira hacia la puerta de la clase y echa un vistazo a través de la pequeña ventana para comprobar cómo están sus alumnos.

—Debería entrar antes de que prendan fuego al aula... —comenta, esbozando una sonrisa adorable—. ¿Le va bien que hablemos un rato esta tarde, cuando le recoja?

—Perfecto. A las cuatro.

—De acuerdo. Hasta luego, Alex.

Acto seguido entra en clase.

—¡Hola, tropa! ¿Cómo ha ido en fin de semana?

—¡Hola, Patriiiiiick!

Me quedo un rato plantada en el mismo sitio, asimilando lo que ha pasado. No solo he hablado con él, si no que esta tarde tenemos una cita. De acuerdo, no es la cita con la que yo he soñado varias noches, pero me sirve. Volver a verle tan cerca, sin tener que sacar el hígado por la boca para hacerlo durante más de diez minutos...

Sin darme cuenta, dejo ir un largo y sonoro suspiro que llama la atención de una profesora que camina hacia su aula a paso ligero. Me mira y sonrío, gesto que yo imito antes de empezar a alejarme hacia la puerta.



Lo primero que hago al llegar a la redacción es hablar con mi jefe. Le explico la situación con Will, y no me ha puesto ningún impedimento. En primer lugar, porque tiene ocho nietos por los que daría la vida y la historia le ha entristecido mucho, pero también porque sabe que así puede empezar a devolverme todos los favores que le he estado haciendo durante todos estos años.

Luego me he intentado mantener todo lo ocupada posible para no pensar en la cita de esta tarde. Escribo algunas noticias y después me entretengo revelando las fotos que hicimos Will y yo ayer en el parque. Me descubro emocionada, mirando su cara llena de ilusión, esa que solo yo y Patrick hemos conseguido sacar a relucir.

Patrick... con sus gafas de pasta negras... sus vaqueros y esa camisa...

Caminando hacia mí, peinándose el pelo con una mano... sonriendo...

—Mierda... Mantente ocupada, Alex. Mantente ocupada.

Afortunadamente, mi teléfono empieza a bailar sobre mi mesa, mostrándome el nombre de Joey en la pantalla.

—¡Hola! —contesto, agradecida por la distracción.

—¿Qué pasa, nena?

—Joey, soy tu hermana, no uno de tus ligues de las que no recuerdas ni su nombre. Estoy en la redacción, así que no te puedo dar de comer.

—¿Por quién me tomas? ¿Es que no puedo llamarte solo para interesarme por ti? Además, acabo de llegar al laboratorio y me queda un rato aún por aquí. Llevamos una mañanita complicada. En esta ciudad, la gente está muy loca últimamente... ¿Y tú qué tal? ¿Ves? Estoy charlando, simple y llanamente.

Me quedo en silencio durante unos segundos, respirando profundamente para tranquilizarme y evitar que, como siempre, me saque de quicio. Estoy de buen humor, de muy buen humor, y no voy a permitir que nada ni nadie me lo estropee.

—Pues bien. En realidad, muy bien.

—¿Por?

—Ya sabes por qué.

—La telequinesis no entra dentro de mis habilidades especiales. Siento decepcionarte.

—He hablado con él... —susurro en voz baja, casi como si me temiera que se rompiera la magia.

—¡¿No me digas que me hiciste caso?! Espera, espera, no puede ser. ¡¿Vas en serio?!  
¡¿Vas en serio?!  
¡¿Vas en serio?!

—Tampoco hace falta que lo pregones... —le pido, mirando a un lado y a otro.

—¡Venga ya! ¿En serio te has atrevido? ¿Y cómo lo has hecho? ¿Alguna de mis tácticas ha surtido efecto?

—No. Lo pensé, pero, en realidad, no me ha hecho falta usar ninguna, porque es el profesor de Will.

—Ajá. Perfecto. Fantástico. ¿Y quién es Will?

—Un alumno suyo al que llevo y recojo del colegio cada día. —Silencio al otro lado de la línea—. ¿Hola?

—Perdona, estaba intentando procesar toda la información... ¿Me estás diciendo que has averiguado que es profesor y que te has buscado a un alumno



suyo para hacerle de canguro y así poder hablar con él? ¿No es un poco rebuscado?

—¡Por Dios, Joey! No estoy tan loca... ¿por quién me tomas?

—Claro que no. Disculpe usted, señora acosadora.

—Resulta que mi vecina de al lado, está... enferma, muy enferma, y su hijo no tiene a nadie que le lleve y lo recoja del colegio, así que me ofrecí a hacerlo. Me da mucha pena y no me cuesta nada, en realidad. Además, el crío es genial. Te caerá bien.

—¿Y a mí por qué me tiene que caer bien?

—Verás... es que le dije que tenía un hermano policía y alucinó un poco... Es muy curioso... y le dije que un día vendrías y te podría hacer todas las preguntas directamente.

—¡Uy, qué bien! Con lo que me gustan los niños... —dice con sarcasmo—. O sea, que para que tú te tires a ese tío, no sólo tienes que hacer de canguro de su alumno, si no que me metes a mí en el ajo. ¿Y yo qué gano con todo esto?

—Te invito a comer o a cenar algún día.

—¿Uno solo? Te lo aseguro, los niños me provocan una urticaria...

—Una semana.

—¡Hecho!

Sigo explicándole el encuentro y conforme las palabras salen de mi boca, más inverosímiles me parecen. La verdad es que ha sido una casualidad enorme, pero, ahora que la suerte me ha sonreído por fin, no la pienso desaprovechar.

—Así que esta tarde hemos quedado para vernos en el colegio.

—Alex, ponte escotazo y enseña pechuga.

—Joey, por favor, no es una cita en sí... Vamos a hablar de la situación de Will y de cómo podemos ayudarle. No creo que sea ni el momento ni el sitio más adecuado para enseñarle el canalillo. Además, iré directa desde el trabajo, no desde la disco.

—Vale. De acuerdo. Vas por el crío, pero piensa un poco en ti e intenta sacarle algo de información que te pueda ser útil. Ya te has asegurado de que volverás a verle alguna vez más en el colegio, pero intenta saber algo más de él, coge confianza...

—Ya. ¿Y cómo lo hago? Le digo: la madre de Will es drogadicta. Hablando de aficiones, ¿te gustaría ir al cine conmigo?

—¿La madre de ese crío se droga?

—Eso creo. Bueno, estoy casi segura...  
—¿Y el crío vive con ella?  
—Sí. Es su madre...  
—Y drogadicta... ¿Por qué no intervienen los de servicios sociales?  
—Porque no creo que lo sepan...  
—Sabes que puedo ayudarte en eso... Tengo contactos...  
—Lo sé, Joey. Pero aún no sabemos nada... Dame algo de tiempo, ¿vale? Déjame hablarlo con Patrick primero.  
—Claro, claro... Y así te aseguras alguna cita más...  
—Joey...  
—Está bien, está bien... En fin... Alex, me alegro por ti. Llámame y me cuentas luego, ¿vale?  
—Vale.



Al salir de la redacción me paro en una panadería para comprarle la merienda a Will. Eso provoca que me retrase un poco, y pasan diez minutos de las cuatro de la tarde cuando llego a las puertas del colegio. Hay varios grupos de madres charlando fuera y muchos niños aún en el patio, pero ninguno de ellos es Will, así que cruzo la puerta principal y me dirijo hacia su clase.

Al llegar, me quedo atónita, observando la escena que se sucede ante mis ojos. Will está sentado en la primera fila y Patrick agachado enfrente, separados por el pupitre. Will está escribiendo muy concentrado, sacando la lengua, y Patrick está muy atento a lo que escribe. Al cabo de un rato, Will le muestra el cuaderno y le mira expectante.

—Ahora está perfecto, Will. —Su voz me llega algo tenue, a través de la puerta—. Fíjate bien en la diferencia con lo que habías escrito antes. A mí me da igual lo que tardes, lo que quiero es que te esfuerces al máximo para hacerlo bien.

—Pero los demás ya habían acabado y yo no, y me miraban porque soy lento...

—Vamos a hacer una cosa, ¿sabes guiñar un ojo?

—¡Sí, mira!

Lo intenta, contrayendo toda la cara a la vez. Patrick suelta una carcajada de lo más varonil, y yo me tengo que agarrar con fuerza al marco de la puerta para no desfallecer.

—Vale, tendremos que practicarlo algo más, pero, la próxima vez que hagamos un dictado, voy a ir más lento. Te miraré y hasta que tú no me guiñes un ojo, si puede ser algo más disimulado, no continuaré leyendo.

Seguiría observándolos toda la vida, pero tampoco quiero retrasarme mucho más para no dar mala impresión, así que llamo a la puerta con los nudillos y la abro. Ambos me miran al instante. Will se alegra muchísimo de verme y sale corriendo para darme un abrazo. Me agacho a su altura y le enseño la bolsita de la panadería.

—¿Tienes hambre? Porque te he traído merienda.

Con los ojos abiertos como platos, Will coge la bolsa y se tira a mis brazos. Es una sensación nueva para mí, y sospecho que también para él. Y me encanta. De repente, sé que sería capaz de hacer lo que fuera por él. Patrick interrumpe mis pensamientos.

—Hola, Alex, pase. Mire, este es el papel del que le hablaba esta mañana. Es el formulario habitual que damos a los padres cuando tienen que autorizar a alguien para recoger a sus hijos. Tan sólo hace falta que ponga sus datos, incluido un número de teléfono por si tuviéramos que localizarla en algún momento, y que su madre firme aquí.

—De acuerdo. Esta noche, cuando deje a Will en su casa, intentaré hablar con su madre y que me firme el papel.

—De acuerdo... —Mira hacia Will, que se ha sentado en un pupitre mientras se come el donut que le he comprado, esperando pacientemente, y entonces se acerca algo más a mí y baja su tono de voz a casi un susurro—. Me gustaría hablar con usted un rato, y preferiría hacerlo sin Will delante.

¿Solos él y yo, sin Will delante? ¿Sin nadie más? ¿Solos? ¿Como si fuera una cita de verdad? O sea, ya sé que no sería una cita de verdad, pero... Madre mía, por favor, que sea cierto. Podríamos ir a cenar, aunque también me conformaría con un café... Alex, céntrate, que estás aquí por el bien del niño, no por el tuyo.

—Si no tiene nada que hacer, podríamos ir un momento al parque que hay aquí al lado... —Si se acerca más, creo que me desmayaré. Su voz, ya de por sí algo ronca, suena realmente sexy cuando baja el tono—. Y mientras Will juega, nosotros podríamos... charlar tranquilamente.

—De acuerdo.

Con que una cena, ¿eh? ¿En qué estaría pensando? El único interés de Patrick es Will, no yo.

Le observo mientras coge un puñado de papeles escritos por los niños y

los mete en una mochila. Se guarda también unos libros y coge su cuaderno de notas. Se detiene a buscar algo, mientras se rasca la cabeza como un niño pequeño y mira de un lado a otro. No puedo evitar sonreír, divertida.

—¿Le ayudo?

—Soy un desastre. Creo que he perdido el bolígrafo. Apuesto a que en algún lugar de esta clase hay un agujero negro donde van a parar todos los bolígrafos que pierdo. Y las llaves de casa, y el móvil... —Sonríe avergonzado, como un niño—. Vamos, es igual. Ya encontraré otro. Will, Alex te va a llevar al parque. ¿Me dejas que os acompañe un rato?

—¿En serio? —dice, poniéndose en pie de un salto—. ¡Genial!

Salimos del colegio y nos dirigimos al parque. Will va delante de nosotros, saltando y cantando mientras se acaba su merienda. Patrick camina a mi lado mientras yo le miro de reojo para admirar su perfecto perfil. Es bastante más alto que yo, más o menos como Joey, y camina de una forma elegante.

—¿A qué se dedica, Alex?

—Soy periodista.

—¿Y trabaja en algún medio conocido...?

—En el Times...

—¡Vaya...! —contesta, realmente sorprendido.

—Sí... —digo, algo avergonzada—. Escribo y últimamente también hago las fotos. Ya se sabe que con los tiempos que corren, los que tenemos la suerte de tener un empleo, tenemos que multiplicarnos.

—Eso me resulta familiar... Yo tengo que ocuparme por completo de veinticinco niños. Soy su tutor, su profesor de matemáticas, de lengua, de música... incluso de gimnasia. Así que, si no les caigo bien, lo tienen crudo, porque no se deshacen de mí en todo el día...

Río de forma sincera. Es divertido, desenfadado y muy natural. Estoy disfrutando muchísimo de su compañía, tanto, que me hubiera encantado que el parque estuviera mucho más lejos... a unos cientos de kilómetros, como mínimo.

—Mire, allí hay un banco libre. ¿Le apetece un café? —me pregunta, señalando un quiosco cercano.

—Gracias. Me encantaría.

—Perfecto. Ahora vengo.

Le veo alejarse y no puedo evitar hacerle un repaso de arriba abajo. Se mete la mano en el bolsillo trasero del pantalón para sacar la cartera mientras

le advierte a Will que no se aleje demasiado y le indica donde estamos sentados por si nos busca.

Mientras vuelve con los cafés, me sonrío de forma amable. Agacho la cabeza y miro alrededor. De algún modo, necesito que alguien nos vea juntos y se piense que somos pareja. De hecho, me dan ganas de ponerme en pie sobre el banco y gritar para que me miren y me tengan envidia.

Cuando se sienta, me tiende el café y mira hacia el parque infantil. Will se acerca a unos niños y enseguida entabla conversación con ellos. Está ansioso por salir al mundo, tener amigos y jugar como hacen los demás. No se merece estar recluido en su casa, junto a su madre, así que no me ando con rodeos.

—Patrick... creo que la madre de Will tiene un serio problema con las drogas.

Patrick gira la cabeza hacia mí de golpe, frunciendo el ceño.

—Sabía que algo iba mal, pero... ¿drogas...?

—Eso creo...

—No podemos tener solo sospechas...

—Lo sé, y no la he visto consumir, pero...

—Dios mío... Es peor de lo que pensaba...

—Will cree que su madre está enferma, y que se curará. Piensa que su madre se pincha para curarse...

—Joder... —resopla agachándose, apoyando los codos en las rodillas.

—Y no sé hasta qué punto ella quiere desengancharse... No sé si quiere ayuda para dejarlo... Seguro que quiere a su hijo, pero creo que no es consciente de la responsabilidad que conlleva y del daño que le está haciendo... Él... no debería convivir con eso.

—Puedo enviar a una asistente social a su casa, pero si todo eso se confirma, le separarán de su madre. Eso puede ser realmente duro para él...

Ambos nos quedamos callados mientras Will juega, ajeno a nuestra conversación. Corretea alegre por el parque junto a los otros niños, subiéndose al tobogán, corriendo sobre el puente de madera, riendo a carcajadas.

Qué vida tan injusta. Ningún niño debería pasar por una experiencia tan mala como esta. Todos los niños deberían tener unos padres responsables que les cuiden y los quieran como se merecen. Y pensar que yo estaba contenta por tener la oportunidad de tener esta conversación con Patrick, tomándomela como una cita... ¡¿Cómo he podido ser tan superficial y egoísta?!

Los ojos se me empiezan a humedecer.

—¿Dónde está su padre? —pregunto, secándome las lágrimas.

—Will nunca ha hablado de él, así que no creo que le conociera.

—Si llamamos a servicios sociales, ¿qué pasará con él?

—Quedaría bajo la tutela del estado y un tribunal de menores decidiría qué hacer con él. En estos casos, los niños acaban en casas de acogida...

Seguimos hablando durante un buen rato más. Ya no estoy preocupada por cómo hablar con Patrick, ni por lo que piense de mí. En realidad, me gustaría no tener que estar teniendo esta conversación con él... Lo único que me preocupa es qué hacer para que la vida de Will sea lo más feliz posible.

## Capítulo Seis

Los días posteriores a nuestra “primera cita” resultan ser agotadores. Corro para llegar al trabajo desde el colegio. Corro para cubrir alguna noticia y luego llegar a la redacción para poder escribirla. Corro para volver al colegio a tiempo y que Will no me tenga que esperar durante mucho rato. No quiero que mis nuevas obligaciones influyan en mi rendimiento laboral, pero empiezo a darme cuenta de que compaginar la vida laboral con la “familiar” es bastante complicado.

Los únicos momentos del día en los que bajo un poco las revoluciones es cuando estoy con Will. Estoy descubriendo una nueva faceta de mí, y me gusta mucho. Durante los paseos matutinos, me explica las asignaturas que le tocan, los deberes que ha tenido que hacer o a lo que juegan en el recreo. Por la tarde siempre vamos al parque. Algunos días paseamos juntos, cámara de fotos en mano, para inmortalizar lo que sea que nos llame la atención. Otros días, él juega en el parque infantil mientras yo me siento en un banco y aprovecho para acabar de redactar alguna noticia que haya dejado a medias. Alguna vez, incluso se sienta a mi lado y, mientras yo escribo, él hace sus deberes.

En ningún momento he pensado en Patrick, bueno, al menos no demasiado. Quizá, las palabras correctas serían que en ningún momento me he obsesionado con él. Tampoco hemos tenido oportunidad de hablar. Para poder llegar a tiempo al trabajo dejo a Will en la puerta del colegio, esperándome a que entre, y salgo corriendo. Por las tardes, cuando le recojo, nuestro contacto se limita a intercambiar un par de frases acerca de Will, excepto ayer. Cuando llegué, le vi hablando con un par de madres. Les debía estar contando algo preciosísimo, porque ellas no paraban de reír e incluso de tocarle el brazo, las muy... Perdón... A lo que iba... Me vio mirándoles mientras nos íbamos, nos dijo adiós con la mano y me regaló una de esas sonrisas que hacen temblar a mis piernas. Y ahí se acabó todo. A ver si va a resultar que ahora que le tengo más accesible, tengo que volver a calzarme las zapatillas deportivas para poder verle y hablar con él...

Al detenernos frente a su puerta, Will saca su llave de un bolsillo de la mochila. Nada más abrir la puerta, veo a la madre de Will y a otro tipo sentados en el sofá del salón. Ambos tienen el mismo aspecto demacrado, pero lo que más me preocupa es la aguja que ella tiene entre las manos y que se

apresura a esconder, con bastante torpeza, por cierto.

En cuanto me doy cuenta de lo que está pasando, me agacho al lado de Will y, agarrándole por los hombros, le doy la vuelta.

—Escucha... Si quieres, puedes venir un rato a casa...

—No... Tranquila... —dice, echando vistazos hacia el interior del apartamento—. Ese es el amigo de mamá que viene a veces a curarla...

—Hola, cariño... Pensaba que llegarías más tarde... —le saluda ella.

—¡Hola, mamá! —Will corre hacia ella, y se sienta a su lado mientras el otro tipo se pone en pie, escondiendo la aguja en la mano, y empieza a alejarse hacia la puerta.

Pasa por mi lado esquivando mi cuerpo y mi mirada. No le quito ojo de encima hasta que se pierde por la escalera. Cuando vuelvo a mirar al interior del apartamento, Will le está contando a su madre todo lo que ha hecho en el colegio mientras ella le mira con la mejor sonrisa que su pésimo estado le deja poner.



Como no he dormido nada, mi viernes empieza muy pronto. Me ducho y preparo el desayuno como un autómata, porque mi cabeza no está pendiente de lo que hago. Lo único en lo que pienso es en Will. A su manera, él es feliz con su madre. Vive en una realidad engañosa, donde para él, las drogas son medicinas para curarle una enfermedad que no logra entender. Sé que no es el ambiente idóneo para que un crío tan pequeño crezca, pero no sé hasta qué punto me puedo entrometer. Si lo hago, los de servicios sociales pueden alejarle de su casa y ambos sufrirían.

De todos modos, mientras me tomo el café, intento idear planes para que Will pase el menor tiempo posible en su casa. Se me ocurre que podría llevarle al Museo de Historia y aprovechar para ir también al planetario. Luego, podemos ir a comer por ahí e incluso al parque, y así pasar juntos todo el día. Y el domingo podría invitarle a casa para que haga los deberes.

Durante nuestro trayecto matutino al colegio, le cuento a Will los planes. Se detiene de golpe, mirándome con los ojos muy abiertos.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—¿Es en serio?

—¿El qué? ¿Lo del museo...? —Asiente con la boca abierta—. Pues claro que va en serio.

—Pero no tengo dinero para pagarte, y tampoco se lo puedo pedir a



mamá...

—No te preocupes por eso. Yo invito.

—Genial... —dice, mordiéndose el labio inferior, justo antes de empezar a caminar de nuevo, hablando sin parar—. He leído sobre los planetarios y se ve que te ponen películas de las estrellas y los planetas en el techo de un cine. Está todo oscuro, y una voz habla muy fuerte. Pero no para asustarte, si no para explicarte cosas de la galaxia. Alex, creo que, si prestas atención a lo que nos digan, a lo mejor puedes decidir cuál es tu planeta favorito...

—Claro, porque no puedo ir por la vida sin saber qué planeta me gusta más de todos... Si es que soy una insensata —digo irónicamente, mirándole de forma cariñosa.

—A lo mejor tu hermano Joey puede llevarnos en su coche de policía.

—No lo creo, cariño. Joey trabaja mañana y, de todos modos, los museos no son lo suyo... Igualmente, le llamaré para ver si puede hacernos una visita el domingo y así os conocéis y le haces todas las preguntas que quieras —digo, a sabiendas de que Joey me va a odiar con todas sus fuerzas cuando se lo cuente.



Como cada día, el tiempo vuela a mí alrededor, sin tiempo siquiera para comer, así que, al salir de la redacción, compro un bocadillo en el bar de la estación del metro y me lo como por el camino. Al llegar al colegio, Will me espera en la puerta, hablando con otros niños y niñas. Al verme, baja los cinco escalones de un salto, con una enorme sonrisa en la cara.

—¡Adiós, Will! —le dicen.

—¡Hasta el lunes! —contesta él.

—Veo que ya empiezas a tener amigos... —comento, mirándole con complicidad.

—Sí... Se pensaban que era un rarito, pero han visto que soy guay y normal porque vengo al cole todos los días.

—Es un comienzo... —sonrío—. ¿Te apetece que vayamos al parque?

—Guay. Patrick nos ha puesto pocos deberes. Dice que quiere que nos lo pasemos bien el fin de semana.

Qué considerado es...

—Perfecto. Si quieres, puedes venir a casa el domingo y los hacemos en un momento los dos juntos.

—Vale —contesta, muy entusiasmado. Entonces, se queda un rato callado y pensativo—. ¿Sabes? Hoy me han preguntado si soy pobre.

—¿Pobre?

—Dicen que llevo siempre la misma ropa y mis zapatos están sucios y un poco rotos.

—¿Y tú qué les has contestado?

—Que me gustan mi ropa y mis zapatos —contesta, encogiéndose de hombros.

Se me escapa una larga carcajada mientras él me observa sin entender mi reacción. Y entonces, cuando estamos a punto de entrar en el parque, creo escuchar su voz, llamándonos a gritos. Estoy tan mal, que creo escucharle en todas partes.

—¡Alex! ¡Will!

O puede que no esté soñando...

Me doy la vuelta, aún no muy convencida y, a lo lejos, corriendo hacia nosotros, veo a Patrick. Automáticamente, como si de una película se tratara, la escena se sucede ante mis ojos a cámara lenta. Incluso mi cabeza empieza a tararear la melodía de la película “El guardaespaldas”.

Al mirar a un lado y a otro para cruzar la calle, su pelo se mece y luego él se lo peina con una mano, justo antes de volverse a colocar bien las gafas.

—Pensaba que no os pillaba... —dice.

—¡Hola, Patrick! ¿Vienes al parque con nosotros? —le pregunta Will antes de que yo sea capaz de abrir la boca.

Me mira, no sé si intentando averiguar qué me parece la idea. La expresión patética que tengo dibujada en mi cara no creo que le dé muchas pistas, pero parece ser un tipo valiente.

—Vale, me apunto.

Empezamos a caminar hacia el parque. Will no para de hablarle, así que yo aprovecho para intentar recomponerme, parecer más adulta, intentar recuperar la voz y, ya de paso, hacerle un repaso de arriba abajo.

Madre mía. Ahora que ya casi no me acordaba de él...

—¿Nos sentamos en ese banco de allí? —me pregunta.

Cuando miro alrededor, me doy cuenta de que Will ya ha salido corriendo hacia los columpios y que ha hecho cargar a Patrick con su mochila.

—Perdone... —le digo, cogiéndosela.

—Espera... Esto de tratarnos de usted, ¿no te suena un poco raro...? No es por falta de respeto, pero...

—Sí... —río—. A mí también me cuesta.

—Perfecto, entonces, Alex. Romperé yo el hielo... ¿Sabes? Will habla constantemente de ti —dice, nada más sentarnos.

—¿Sí...? Bueno, yo también me lo paso bien con él. Además, lo hago encantada. Es un crío estupendo.

—Le estás salvando la vida. Will es un chico con suerte.

—Bueno, nos ayudamos mutuamente. —Me mira con curiosidad, pero ni por todo el oro del mundo me iría de la lengua—. Cosas mías...

Cosas mías que te incumben, pienso.

—Me ha contado que mañana vais al planetario...

—Sí. He pensado que, como le gustan tanto los planetas y como está tan preocupado en que elija mi favorito... Además, necesito mantenerle todo lo alejado posible de ese apartamento. El otro día, cuando llegamos, pillamos a su madre y a un tipo pinchándose. Will cree que ese tipo es un amigo que la ayuda a curarse, y las inyecciones son medicinas... —Dejo escapar un largo suspiro—. No es el hogar ideal para criar a un hijo... Y sé que es su madre y no tengo derecho a alejarle de ella, pero...

—Eres increíble.

Esa frase me deja sin habla, y supongo que él está esperando a que yo reaccione de alguna manera a ella, porque nos quedamos los dos callados sin saber qué decir. No quiero hacerme ilusiones, pero ser increíble para alguien, y más para alguien como él, hace temblar mis piernas y me seca la garganta. Tengo ganas de empezar a dar saltos de alegría, pero estoy conteniéndome, apretando mi culo contra la madera del banco.

También pueden ser simples imaginaciones mías. Que haya soltado esa frase para quedar bien, para ser políticamente correcto... ¡pero a mí me da igual!

—Esto... Alex. En realidad, quería veros para comentarte que yo tengo entradas para el museo. A los maestros nos las regalan, así que, si las quieres, son tuyas.

—Pues... suena estupendo. Si tú no las vas a utilizar...

—He ido varias veces, solo y con el colegio, así que lo conozco bastante bien. No pasa nada.

Pues podrías venir con nosotros. No suena tan difícil de decir en mi cabeza... Así que venga, atrévete y dilo, suéltalo sin más... Eres una cagada. La lucha interior entre la versión atrevida de mí (la imaginaria) y la cagada (la verdadera), es encarnizada.

—¿De qué habláis? —nos pregunta Will de repente, al que descubrimos a nuestro lado.

—Patrick tiene entradas para el museo y nos las va a dar para mañana. Así no tendremos que hacer ni cola para entrar.

—¡Genial! ¡Oye, ¿y por qué no vienes con nosotros?!

—¡¿Qué?! ¡Bueno...! ¡Seguro que tiene cosas que hacer...! —me descubro diciendo en un tono de voz demasiado estridente, demasiado... nervioso.

Cuando me doy cuenta de ello, cierro la boca, apretando los labios con fuerza, esperando a que diga algo, mientras mi cabeza repite una y otra vez “di que sí”, “di que sí”, “di que sí” ... Soy consciente de que es muy triste confiar mi vida amorosa a un niño de ocho años.

—Eh, bueno, no querría molestaros... —balbucea él.

—Pero sería genial que vinieras —insiste Will.

—Bueno, no tengo nada que hacer... No tengo una vida social demasiado ajetreada... Si a Alex no le importa, podría hacerlos de guía.

Dos pares de ojos me miran entonces fijamente, obligándome a parecer normal de repente. Siento mi cara arder y tengo la garganta seca, aún así, consigo hablar.

—¿Importarme? ¡Qué va! ¡En absoluto! ¡Sería genial que nos acompañaras!

Quizá con demasiado ímpetu. Tampoco quiero parecer desesperada, ni nada por el estilo.

—Genial... ¿Nos vemos a las diez en la puerta del museo? —pregunta Patrick, con una sonrisa preciosa dibujada en los labios.

—Genial... —repito. Soy idiota—. Nos vemos allí.

—Luego, Alex me va a llevar a comer y después al parque —interviene de nuevo Will.

—Qué buen plan.

—¿A que sí? ¡Pues vente!

—Eh... Bueno... Vale... —contesta, titubeante.

—¡Genial! ¡Vamos a pasar todo el día juntos!

No me lo creo. Mi yo interior está saltando y bailando como si llevara cinco copas de más. Voy a pasar un día entero con el tipo que protagonizaba todos mis sueños húmedos, con el motivo de mi obsesión, y no he tenido casi que hablar para conseguirlo. Le debo más a este crío de lo que se imagina.

—Bueno, me tengo que ir, que quiero salir a correr.

—Ah, ¿corres a menudo? —pregunto, como si no supiera perfectamente la respuesta.

—Sí, intento salir cada tarde. Me sirve para desfogarme y para mantenerme en forma y seguirles el ritmo a estos monstruos.

—Alguna vez me he planteado salir a hacer algo de ejercicio —digo.

—Yo siempre corro por Central Park, así que, si te animas algún día...

Si tú supieras, pienso, haciendo verdaderos esfuerzos para contener la risa.

Nos despedimos y, disimuladamente, me quedo embobada mirándole mientras se aleja. Lo que acaba de pasar no ha sido producto de mi imaginación, ¿no? No sólo pasaremos el día juntos, ¡si no que además me ha invitado a correr con él alguna vez! Cuando llegué a casa leeré mi horóscopo, porque hoy debe haber una conjunción cósmica y tengo la suerte de cara.

—Te gusta —interrumpe Will mis pensamientos.

—¿Cómo? ¿Qué dices? ¿Por... por qué dices eso?

—Porque no dejas de mirarle. Y cuando hablas con él, te pones nerviosa. Y repites palabras. Y te tocas así el pelo muchas veces —dice, imitándome.

—No me gusta.

¿Qué pasa? ¿Ahora resulta que el enano es psicoanalista? ¿Desde cuando es tan observador? ¿O será que mi comportamiento estúpido es muy evidente...? Madre mía, qué follón... Will no puede saberlo porque, con lo que habla, se lo soltaría nada más verle.

—¡No pasa nada porque te guste! ¡Mola mucho, en realidad! Además, yo creo que es mejor que te guste Patrick al otro tipo, ¿no? ¡Al menos, con Patrick hablas!

Entorno los ojos y le miro fijamente. ¿Cómo puede tener ocho años?

—Te lo repito: Patrick no me gusta. Simplemente, tenemos una cosa en común... algo que mide 1,30 m. y es bastante incordio, por cierto. ¿Te suena quién puede ser?

—Lo que tú digas...



A la mañana siguiente me levanto más contenta de lo habitual. Tengo una cita con mis dos chicos favoritos. Me ducho y desayuno con una rapidez inusual, ya que, normalmente, la pereza se adueña de mí y suelo tardar una hora en hacer ambas cosas.

La cosa cambia cuando tengo que decidir qué ponerme. ¿Existe una norma de vestimenta para una primera cita? ¿Una que en realidad no lo es, con el hombre de tus sueños y un niño de ocho años? ¿Una ropa que además parezca que la has escogido nada más abrir el armario pero que se note que te has tomado la molestia de esforzarte un poco? Esa pregunta es muy difícil de responder, hecho que he podido comprobar tras una hora delante del espejo, probándome todo lo que había en mi armario. Al final me he decidido por unos vaqueros ajustados, una camiseta de tirantes ceñida al cuerpo y una camiseta de cuello ancho encima, dejando al descubierto uno de mis hombros. Remato el conjunto con mis Converse rosa y un pañuelo anudado el cuello. Si Joey me viera, me diría que no enseño suficiente carne, pero no dejo de repetirme una y otra vez que no es una cita al uso. En el fondo, sólo viene con nosotros porque Will se lo ha pedido, así que he optado por la comodidad.

Cojo mi mochila con la cámara de fotos, solo para hacerle alguna a Will, claro, no penséis mal... Aunque si sale Patrick de refilón..., tampoco nos vamos a poner quisquillosas con eso... Cuando abro la puerta de mi apartamento, Will está sentado en el rellano, cabizbajo.

—¡Joder...! —me sobresalto—. ¿Qué haces aquí?

—Te estaba esperando... —susurra levantando la cabeza, haciendo un mohín con la boca.

—¿Estás bien? —le pregunto al verle tan triste. Aprieta los labios y se le escapa alguna lágrima que seca rápidamente con el dorso de su mano—. ¿Es por mamá? ¿Ha pasado algo?

Veo cómo sus ojos miran hacia la puerta de su apartamento, pero luego, de repente, se pone en pie y me agarra del brazo.

—Vámonos. Corre —dice, tirando de mí.

Durante un rato, estoy dudando si insistir, pero cuando llegamos a la calle, su humor parece haber cambiado. Empieza a hablar sin parar de todo lo que quiere que hagamos hoy, mientras yo no puedo hacer otra cosa que observarle alucinada.

—Corre Alex, que Patrick nos estará esperando ya. ¡Llegamos tarde porque seguro que has tardado mucho en vestirte!

¿Qué pasa? ¿Este niño me espía o qué? ¿Me lee la mente?

—¿Qué dices? Si me he puesto lo primero que he encontrado en el armario...

—Lo que tú digas... Llevaba un buen rato esperándote en la puerta.

Puede que eso sea cierto, que llevara un buen rato en el rellano. Pero me

temo que no es que yo me haya retrasado, si no que él necesitaba salir huyendo de su casa, aunque sé que nunca lo reconocerá abiertamente. Así pues, no le replico y dejo que tenga la última palabra.

Cuando por fin llegamos, el museo ya ha abierto. A lo lejos, vemos a Patrick sentado en las escaleras de acceso, y Will sale corriendo hacia él. Mientras, yo observo la escena y le hago mi habitual repaso. Me alegro de haber acertado con mi vestimenta, ya que él también ha elegido algo cómodo, vaqueros, una camiseta, zapatillas deportivas y una sudadera que lleva en la mano. Vuelve a llevar esas gafas que me gustan tanto y que no había descubierto hasta que conocí su faceta de profesor, así que doy por hecho que las lleva siempre, excepto cuando sale a correr.

—Dios mío... Me doy miedo a mí misma... —susurro.

Al vernos, se pone en pie, justo cuando Will se tira a sus brazos. Tengo problemas para mantenerme en pie y no emocionarme, porque esa es la escena más bonita que he visto en mucho tiempo. Y creo que Will está muy falto de esos abrazos.

—Llegamos tarde porque aquí la señorita ha tardado mucho en decidir qué ponerse —escucho que le dice Will a Patrick cuando llego a su altura.

—Pero ¿qué dices? Pero si me he puesto lo más... —Patrick me hace un repaso de arriba abajo mientras mi cara arde. Luego esboza una preciosa sonrisa que me desarma e incapacita para continuar con la frase.

—Will, tú mandas. ¿Qué quieres ver primero? —le pregunta poco después, aún sin darme tiempo a recobrar la compostura.

Mientras Will nos lleva de una sala a otra del museo, Patrick nos va explicando mucho de lo que vemos. Es una gozada, porque es como tener a nuestro propio guía particular. Además, tiene muchísima paciencia y responde a todas las ocurrencias de Will, por muy raras que parezcan. Me encanta verlos juntos y, aunque me gustaría que me prestase algo más de atención a mí, me parece muy sexy que un hombre tenga tan buena mano con los críos.

—¡Sabes un montón de cosas, Patrick! ¡Qué pasada! —dice Will, dando saltos a su alrededor.

—Bueno, llevo más de cinco años acompañando a clases de veinticinco preguntones como tú... Aunque tengo que reconocer que tú eres de los más... curiosos con lo que he tenido que lidiar... —asegura, mientras Will le mira enseñándole las dos filas de dientes.

Cuando llegamos al planetario, el nivel de excitación de Will es el mismo que si hubiera bebido diez cafés dobles. Nos dan unas gafas para ver

todo en tres dimensiones y nos dirigimos al interior.

—¡Qué más puedo pedir en mi primera cita! —pienso—. ¡Hasta hemos venido al cine! Si no fuera porque la película no tiene pinta de ser muy romántica y que cierto mocoso tiene intención de sentarse entre los dos...

Justo antes de empezar, toda la sala se oscurece y aparecen sobre nuestras cabezas millones de estrellas. Me quedo boquiabierta, totalmente abducida por esa bellísima imagen. Es como si estuviera estirada en la mullida hierba de Central Park, sobre un mantel de picnic, bajo cielo oscuro estrellado... Es todo tan romántico, que, si estuviera al lado de Patrick, no sé si podría reprimirme de cogerle de la mano, pienso con una sonrisa bobalicona en los labios.

—Psss... Alex. Oye. —Cuando vuelvo a la realidad y agacho la mirada hacia el aguafiestas que me ha arrancado de malos modos de mi imaginación, veo a Will observándome fijamente—. Estate atenta, que seguro que explican lo de los planetas.



Cuando a Will le empieza a rugir el estómago, decidimos dar por finalizada nuestra visita al museo. A petición suya, acabamos en una hamburguesería. No nos hemos podido resistir cuando nos ha dicho que nunca ha comido en “un sitio de esos donde a los niños les dan un juguete con su comida”. El colmo de su éxtasis viene cuando ve que el regalo es un mini balón de fútbol americano. Devora la hamburguesa y las patatas sin parar de decir que le encanta y bañar todo en cantidades industriales de ketchup.

—Bueno, Will, ahora nos toca decidir a Alex y a mí, y creo que hablo en nombre de los dos cuando digo que ahora nos encantaría tomarnos un café en una terraza al sol.

—Secundo la moción, y me atrevo a añadir que sé de un kiosco en el parque que cumple todos los requisitos. Buen café, terraza y... parque infantil para ti, enano.

—Está bieeeeeen... Los mayores necesitáis descansar...

—¡Pero serás...! —Patrick sale corriendo tras él mientras Will grita y ríe divertido.

Cuando llegamos a la terraza, Patrick se detiene y Will le hace burla, justo antes de perderse por los columpios con el balón en la mano. Enseguida le vemos buscar algún compañero de juego, que no tarda en encontrar.

—Deja que esta vez te invite yo al café, Patrick —digo antes de



sentarme, mientras él asiente.

Mientras espero a que me los preparen, le observo por el rabillo del ojo. Se ha cambiado las gafas por unas de sol, alzando la vista al cielo, como si quisiera absorber los rayos de sol.

—Por Dios, qué sexy es... —me susurro a mí misma.

Me encantaría besar ese cuello...

—Venga, valor. Vuelve a la mesa e intenta disimular el sofoco... Aquí tienes —digo, sonriendo de oreja a oreja.

—Necesitaba uno de éstos —comenta Patrick, después de llevarse el vaso a los labios.

—Sí... Estoy agotada... ¿Cómo puede tener tanta energía? Nosotros estamos derrotados y él sigue jugando como si nada —digo, mientras observo a Will corriendo por el parque.

—Deberías ver a mis veinticinco saliendo al recreo. Pobre de ti que te cruces en su camino... Son críos. Cuando eras pequeña seguro que tú eras igual.

—Bueno, yo era algo más tranquila. Mi hermano sí era como Will. Quizá incluso peor.

—¿Tienes un hermano? —me pregunta, sonriendo.

—Joey. Hermano mellizo, además, pero somos muy diferentes. De hecho, a mucha gente le costó creer que fuéramos siquiera hermanos. A mí siempre me ha gustado leer y he sido buena estudiante y él, en cambio, fue el típico crío movido, deportista y mal estudiante. Él era el rey de las fiestas y yo me quedaba siempre en casa. Vamos, la noche y el día —digo mientras veo que sonrío—. ¿De qué te ríes?

—Creo que tu hermano hubiera sido el hijo perfecto para mi padre. Siempre quiso que su hijo, o sea yo, jugara al fútbol americano como él hacía en su juventud. Imagínate el disgusto cuando vio que estaba más interesado en los libros que en los balones... ¿A quién le apetece que le aplasten un montón de tíos por el mero hecho de tener un balón en las manos? Aun así, insistió e insistió y tuve que jugar en el equipo hasta acabar el instituto.

—Pues suena justo a lo que le gustaba a Joey, y que le sigue gustando. Todos los deportes que tengan algo que ver con darse golpes contra alguien, le encantan. ¿Y no tenías otro hermano sobre el que hacer caer esa responsabilidad?

—Dos hermanas. Soy el mayor y el único chico. De hecho, mi padre echa la culpa de mi falta de interés por los deportes a, según sus palabras, la

mala influencia de mi madre y mis hermanas. Creo que incluso se debe de pensar que soy gay. Como tampoco he llevado nunca a una chica a casa...

—¿No has...? ¿No has tenido nunca novia? —le pregunto, tirándome a la piscina.

—¡Sí, sí! O sea, no me mal interpretes... no soy gay —se apresura a aclarar, quizá un poco nervioso—. Tuve alguna novia en la universidad, pero nada serio. Supongo que aún no he encontrado a esa persona especial. Estaba bastante más centrado en mis estudios y ahora en mis niños. No tengo mucho tiempo de salir por ahí entre semana ya que me llevo mucho trabajo a casa y los fines de semana me apetece hacer cosas más tranquilas como leer un libro o ver alguna serie... Aunque ahora que me escucho, sí parezco un poco bicho raro, ¿no?

—Mi hermano me llegó a pegar en el frigorífico un panfleto informativo acerca de un monasterio de clausura. Supera eso.

—¡Venga ya!

—Te lo juro. Joey es así de simpático. Yo no soy de discotecas, aunque he ido con amigos o incluso con Joey, pero los tíos que se me acercaban tenían serios problemas para mantener el equilibrio y a mí no me conquistan de ese modo...

—¿Y cómo se te conquista? —me pregunta de repente, agachando la cabeza y clavando la vista en su vaso de café.

—Pues... no sé... No soy demasiado exigente... Llevándome a un museo, a pasear, al cine, a ver las estrellas, invitándome a comer o cenar...

—Bueno, parece que voy por buen camino, entonces... —dice, abriendo los brazos y moviendo las cejas arriba y abajo.

¿Ha dicho eso? ¿Alguien más lo ha oído? A mí me ha sonado a insinuación, ¿no? No estoy loca, lo ha dicho. ¿Y ahora qué hago? ¿Le confirmo que esta es mi cita ideal? ¿Le confieso además que él es... especial para mí?

—¿Venís a jugar? *Porfi...* —escucho en cuanto abro la boca.

Ya decía yo que llevaba mucho rato sin cortarnos el rollo...

—Venga va, trae ese balón. Vamos a pasárnosla —dice entonces Patrick, poniéndose en pie de un salto.

Vamos a una zona de césped enorme en la que mucha gente está jugando. Patrick le lanza el balón a Will con mucho estilo.

—Vaya, no se te da nada mal... —le digo.

—Ya te dije que la insistencia de mi padre no tenía límites y, a la fuerza, aprendí algunas cosas. Así que, si un día tu hermano quiere que nos echemos

unos pases, podré defenderme para no quedar tan mal —me dice, guiñándome un ojo.

Entonces, Will me lanza el balón a mí. La cojo con poquísima gracia, a punto incluso de dar un traspies y caerme al suelo.

—¡Aquí Alex, aquí! —me la vuelve a pedir Will.

Entonces, Patrick se coloca entre los dos, con intención de interceptarnos el pase. Yo dudo unos segundos, hecho que Patrick aprovecha para acercarse a mí a toda prisa.

—¡Corre, Alex, pásamela! —grita Will.

Al ver que Patrick corre hacia mí, huyo de él con el balón en las manos, aunque sin saber qué hacer con él. Mientras me persigue, escucho la risa de Will a lo lejos. Entonces, unos brazos rodean mi torso, agarrándome por la espalda. El tiempo se detiene para mí en ese preciso instante. Siento el pecho de Patrick contra mi espalda, moviéndose al compás de su respiración, y su aliento en mi nuca.

—Ya no tienes escapatoria —susurra en mi oído, como si yo estuviera tan loca como para querer escapar de aquí...

Me da la vuelta, sin dejar de abrazarme. No puedo dejar de mirarle a los ojos y perderme en ellos. Él me sonríe y pasea su vista de mis ojos a mis labios. Nuestras bocas están a tan sólo unos centímetros de distancia y no puedo evitar mordirme el labio inferior. Si no muerdo el mío, no sé si me podré resistir a morder el suyo.

—Ahora, Patrick, ¡quítale el balón!

Y entonces él reacciona y me quita el balón de las manos.

—Vale, vosotros ganáis. Me rindo. Voy a sentarme un rato en el césped.

Las piernas aún me tiemblan y las rodillas me flaquean cuando Patrick me suelta, y tengo serios problemas para mantener la verticalidad. Entonces cojo la cámara y aprovecho para sacarles algunas fotos mientras se pasan el balón. Juegan, incansables, hasta que empieza a oscurecer y decidimos volver a casa.

—Os acompaño —dice Patrick.

—No hace falta... —respondo, aunque, en realidad, estoy deseando que lo haga.

—Insisto. —Vale, ya. Quédate calladita, que estás más mona.

Nuestro paseo de vuelta no es ni mucho menos como me imaginaba, porque Will no para de hablar, enumerando otros sitios a los que podemos llevarle. Realmente, no me importaría repetir, y no solo por Patrick, si no

también por ver a Will tan feliz.

—¿Estás cansado? —le pregunta Patrick al verle bostezar.

—Un poco...

Patrick le coge en brazos y Will rodea su cuello con los brazos, apoyando la cabeza en su hombro. No hemos dado ni diez pasos, que ya está dormido.

—No me lo puedo creer... —susurro en voz baja, para no despertarle.

Al llegar a nuestro bloque de apartamentos, cojo las llaves del apartamento de Will de su bolsillo y, tengo que reconocer que, con algo de miedo, abro la puerta. Todo está a oscuras y la puerta del dormitorio de la madre de Will está cerrada, así que damos por hecho que debe estar dentro, durmiendo. Patrick mete a Will en la cama y, después de echar un vistazo por el salón y comprobar que no hay agujas ni drogas a la vista, cerramos la puerta y nos quedamos plantados en el rellano, al lado de mi puerta.

—No me hace mucha gracia dejarle ahí dentro —dice él, señalando con el dedo hacia el apartamento.

—Vivimos puerta con puerta. Te prometo que estaré atenta.

Nos quedamos un rato callados, mirándonos con una sonrisa en la cara.

—Bueno... —decimos los dos a la vez, echándonos a reír.

—Primero yo —digo—. Gracias por un día maravilloso. Ha sido genial ver a Will tan contento.

—Yo no he hecho nada, en realidad. La culpable de que Will esté tan contento eres tú, Alex. Lo que estás haciendo por ese crío es... increíble. — Agacha la cabeza con timidez, como antes en la terraza—. Tú eres increíble.

Eso es un piropo. Lo es, ¿verdad? Sí, seguro. Lo es, no lo he soñado. Y no sé bien cómo actuar ante ello, porque no estoy acostumbrada. Tengo unas ganas locas de besarle, y no quiero precipitarme, pero entonces Patrick se me acerca hasta dejar su cara a escasos centímetros de la mía.

—A riesgo de no ser correspondido, si luego me das un tortazo por la osadía, lo entenderé, pero no quiero quedarme con las ganas.

Entonces, me coge la cara con ambas manos y me da el beso más tierno que me han dado en la vida. Lento y suave, recreándose durante un buen rato en mi labio inferior, mordiéndomelo, tirando de él. Y entonces, aunque yo seguiría e incluso le dejaría entrar en casa, se detiene bruscamente y apoya su frente contra la mía, respirando profundamente. Me da un último beso, muy corto, se da media vuelta y se va.

## Capítulo Siete

El sol empieza a asomar por la ventana de mi habitación. Me remuevo en la cama y empiezo a desperezarme. Al instante, recuerdo el día de ayer y, sobre todo, cómo acabó. Me toco los labios con dedos temblorosos. Sé que no ha sido un sueño, aunque fue un momento con el que he soñado miles de veces.

Fue perfecto: tierno y sensual. Con sus manos cogiendo mi cara. Lento, sin prisas. Entonces apoyó su frente contra la mía... ¿estaría esperando una reacción por mi parte? ¿Debería haberle besado yo entonces?

—¡Pues claro, so tonta! Joder... —maldigo.

No quiero que piense que yo no deseaba ese beso y ahora me doy cuenta de que mi reacción puede haberle dado a entender eso.

Me levanto y me meto en la ducha para despejar mis ideas. Mientras el agua resbala por mi cuerpo, no dejo de darle vueltas a mi “no reacción” ... Me quedé paralizada, y no porque no me gustara, ni muchísimo menos, si no porque no me creía lo que estaba pasando. Tan sólo cerré los ojos y me dejé llevar. Si Patrick no me hubiera estado agarrando, me habría caído al suelo redonda.

Al salir de la ducha, me anudo una toalla alrededor del cuerpo y me planto frente al espejo empañado. Después de frotarlo con el brazo, me peino el pelo con los dedos y luego, simplemente, observo mi reflejo. Mi piel pálida, mis ojos grises, las pecas de mi nariz, mis labios... Esos que ya nunca más me pertenecerán. Desde ayer, son propiedad de Patrick.

Entonces cierro los ojos y rememoro todo lo que pasó anoche. Y cuanto más lo pienso, más convencida estoy de una cosa: soy tonta del culo.

El timbre de la puerta me devuelve a la realidad de golpe. Me giro en esa dirección y automáticamente pienso en Patrick. ¿Será él? ¡Por favor que no sea él! ¿O sí? No, ¿verdad?

—¡Alex, soy yo! —escucho gritar a mi hermano.

Con una mezcla de alivio y decepción, arrastro los pies hasta la puerta, que abro con apatía, apoyándome en ella con pesadez.

—¿Qué pasa?

—Tanto entusiasmo me abruma... —me contesta, arqueando una ceja—. Estoy por largarme y zamparme yo solo estos donuts...

—Lo siento Joey, pero es domingo... Y es muy temprano...

—¿Temprano para ti? Ni que te hubieras ido de fiesta...

—Por el pestazo a alcohol que pegas, tú sí, ¿verdad? ¿Has dormido algo?

—Sí y no.

—Madura un poco, Joey, por favor... Que no tienes dieciocho años...

—Ni tú ochenta. Además, estoy en ello, pero los cambios no suceden de la noche a la mañana... —Pongo los ojos en blanco mientras me aparto para dejarle entrar—. Y volviendo al tema de antes, he venido porque sabía que estarías despierta. Te conozco, hermanita, y sé que ayer te fuiste a dormir, como mucho a las once de la noche, después de una apasionante velada de lectura.

Resoplando, entro en la cocina para empezar a preparar café.

—No, no, ya sé qué hiciste, te ligaste a un tío y habéis estado follando toda la noche y ahora está durmiendo en tu cama —prosigue, incansable—. ¡No, mejor! ¡No es sólo un tío, son dos y habéis hecho un trío!

—Basta ya, Joey... —le pido, con la voz tomada por la emoción.

Y como me conoce más que yo misma, sabe al instante que algo me pasa.

—Alex... ¿estás bien? Normalmente, encajas mis bromas muy bien...

—¡Pues hoy no, ¿vale?! —

Con el ceño fruncido, se acerca hasta mí y extiende los brazos hasta abrazarme. Es entonces cuando me empiezo a derrumbar.

—Ayer salí con Patrick y...

—¡¿Qué?! ¿Con Patrick...? ¿Ese Patrick? ¡¿Y por qué me entero ahora?! —

—Bueno, salí con Patrick y Will. De hecho, no fue una cita en sí. Yo quería llevar a Will al museo y Patrick tenía entradas gratis. Will le insistió para que viniera con nosotros, luego fuimos a comer, pasamos la tarde en el parque, charlamos durante bastante rato... Cuando Will se durmió, Patrick lo trajo a casa en brazos y al despedirnos... me besó.

Nos quedamos en silencio un buen rato, y cuando levanto la cabeza para mirarle, le descubro observándome fijamente, con las cejas levantadas y los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Y lo sueltas así? ¿Sin inmutarte? Alex, deberías estar dando saltos de alegría. Te has enrollado con el tipo por el que llevas meses colgada. ¿Qué mas da si fue después de una cita romántica, de haber corrido una maratón o tras asistir a una conferencia acerca de las consecuencias del cambio climático en la gestación de la mariquita común?

—Sí, y estoy contenta, mucho. Fue increíble...

—¿Tan mal besa?

—No es eso...

—¿Y entonces...?

—Pues que me quedé parada, Joey. Que no me moví. ¡No le devolví el beso! Y te juro que quería hacerlo... Madre mía si quería... ¡Me hubiera gustado meterle la lengua hasta la yugular!

—¡Esa es mi chica! —dice, aplaudiendo mientras ríe a carcajadas.

—La he cagado...

—Vamos a ver, Alex, tranquila. ¿Qué pasó exactamente?

—Pues que me dio el beso más tierno, romántico y sexy que me han dado en la vida, y yo no moví un músculo. ¡Ni uno! Y luego apoyó su frente contra la mía, creo que, esperando una reacción por mi parte, y no hice nada. Así que me dio otro beso, muy corto y casto, y se marchó. Creo que estaba decepcionado. Se va a pensar que cometió un error, que yo no quería ese beso, se arrepentirá de haberlo hecho y no querrá volver a verme.

—Alex, créeme, si una chica no quiere que la beses, se mueve, pero para darte un tortazo. No se queda parada...

—Joey, es que no podía moverme porque realmente no creía que lo que estaba pasando fuera real. Simplemente cerré los ojos y me dejé llevar. Estaba incluso mareada y mis piernas parecían de goma...

—Vale. Te toca mover ficha, entonces.

—¡No! ¿Por qué?

—Es lo justo. Él dio el primer paso anoche, ahora te toca darlo a ti. Llámale. Dile que ayer te lo pasaste muy bien y que quieres repetir.

—No tengo su número.

—Qué pardillos... En fin. Ya que estoy aquí, ¿por qué no me presentas a ese enano?



Will y Joey se caen bien al instante. Will no para de hacerle preguntas acerca de su trabajo de policía y Joey, encantado de fardar, se las contesta todas. Incluso le ha prometido llevarle un día a la central y a dar una vuelta en un coche patrulla.

—¿Y tienes esposas para atrapar a los malos?

—Te voy a contar un secreto... No solo sirven para atrapar a los malos... Puedes usarlas para otras cosas, como...

—¡Joey! ¡Que te estoy escuchando!

—Vale, vale... Tranquila... Pensaba que, como vosotros os dedicáis a llevarle a museos y pijadas de esas, alguien se tendrá que encargarse de enseñarle las cosas importantes de la vida.

—No solo hicimos cosas de empollones —se apresura a intervenir Will, que nos mira con los ojos muy abiertos, afortunadamente, sin entender nada—. Patrick sabe jugar súper bien y me estuvo enseñando a lanzar el balón.

—Yo te llevaré un día a ver deporte de verdad... ¿Qué prefieres fútbol, béisbol o hockey hielo?

Se pasan un buen rato hablando de todo lo que les gusta: deportes, televisión... incluso de chicas. Ya imaginaba que iban a tener muchas cosas en común, porque el nivel de madurez de Joey es casi idéntico al de Will. Cuando hablan de chicas tengo que echarle alguna que otra mirada a Joey, reprendiéndole, pero, en el fondo, me alegro de que hable con él en vez de conmigo... teniendo en cuenta el número de conquistas de cada uno, salta a la vista que ha elegido bien.

Mientras, recojo un poco el dormitorio y, al abrir un cajón de la cajonera, encuentro la carpeta donde guardo las fotos que le he ido haciendo a Patrick durante estos últimos meses. Al abrirla no puedo evitar soltar un suspiro de resignación porque, cuanto más lo pienso, más segura estoy de que la he cagado, pero bien. ¿En qué cabeza cabe que se te presente la oportunidad que llevas esperando tanto tiempo y la dejes pasar? Ese beso lo recibe cualquier chica normal, con más de dos dedos de frente, y le mete la lengua hasta el tuétano y ahora mismo estaría aun durmiendo en la cama al lado de Patrick, descansando después de una noche entera de pasión y desenfreno.

—¡Imbécil! ¡So tonta! —me maldigo a mí misma.

Al volver al salón, les encuentro cuchicheando:

—La pillé varias veces mirándole fijamente. Y a veces le miraba el culo —susurra Will, soltando una risita—. Pero cuando le dije que le gustaba me dijo que no. Debe de estar enamorada de ese chico que me dijo una vez que no conocía...

—¿Y él? ¿Te fijaste si la miraba?

—¿Pero esto qué es? ¿Qué estáis cotilleando? —les corto porque no sé si quiero escuchar la respuesta a esa pregunta.

—¡Nada! —contestan los dos a la vez.

—¿Vamos a salir un rato, Alex? —pregunta Will.

—¡Claro! Podemos ir al parque —contesto yo.

—Tengo una idea mejor —interviene Joey.



Media hora después, estamos comiendo unos perritos en un puesto callejero que, según Joey, son los mejores de toda la ciudad. Está empeñado en enseñarle a Will otras cosas... diferentes. Según él, cosas que nadie le enseñará en el colegio.

—Will, esta es una de las lecciones más importantes que tienes que aprender en esta vida. Aquí, en este puesto, hacen los mejores hot dogs de todo Nueva York, ¿de acuerdo?

—Ajá.

—Siguiente lección: baloncesto. Te gusta, ¿verdad?

—Supongo...

—¿Supongo? Eso no se puede suponer. O te gusta, o no. No, olvida eso. Te tiene que gustar, por obligación...

—Joey... Córtate un poco... —le pido, pero él pone un dedo delante de mi cara para hacerme callar.

—Y como te gusta, tienes que ser los Knicks.

—¿Qué son los Knicks?

Creo que a Joey le ha dado un ataque al corazón. Se queda muy quieto, mirándole con los ojos tan abiertos, que parece que se le van a salir de las cuencas. Entonces, sin mediar palabra, comprueba la hora en su reloj de pulsera y coge de la mano a Will, tirando de él en dirección contraria.

—¿Se puede saber qué haces? —le pregunto, mientras intento darle alcance.

—Poner remedio a esto. Ahora mismo nos vamos al Madison Square Garden para ver si quedan entradas para el partido de esta tarde.



La verdad es que hemos acabado pasando una tarde muy divertida. Antes de empezar el partido, Will miraba alrededor con la boca abierta, entre asombrado y puede que algo asustado. Pero poco a poco, se fue animando, imitando a Joey en todo lo que hacía. Se levantaba cuando él, gritaba cuando Joey lo hacía e incluso profería los mismos insultos. Yo me lo pasé genial viéndolos y, la verdad, me ayudaron a olvidarme durante unas horas de mi más que probable futuro de celibato cuidando gatos. Al salir, Joey le prometió a Will que otra tarde le llevaría a ver un partido de los Yankees. Parece que mi hermano está despertando la afición por los deportes de Will, y este, a su vez, el instinto paternal de mi hermano.

Son casi las siete de la tarde cuando entro en casa después de dejar a

Will en la suya y comprobar que todo estaba en calma. Antes de calentarme la cena, pongo a cargar el móvil, que se me ha quedado sin batería hace unas horas. En cuanto se enciende, emite varios pitidos seguidos. No son de Joey, porque he pasado la tarde con él, así que, con el ceño fruncido, me dispongo a comprobar quién me ha echado tanto de menos...

**“Hola, Alex. Soy Patrick. Ayer lo pasé muy bien. Quizá podríamos repetir...”**

—¿Cómo ha conseguido mi número? —me pregunto en voz alta, hablando sola—. ¡Claro! ¡De la autorización de recogida de Will...! ¿No es un comportamiento algo... espeluznante? ¿Espeluznante como alguien que acosa, espía y babea por alguien, escondida detrás de un árbol...?

Cuando leo el siguiente mensaje, escrito varios minutos después, el corazón me late con tanta fuerza que parece que me vaya a hacer estallar el pecho.

**“Espero que no te molestara mi atrevimiento. Yo no suelo ser así de impulsivo... Realmente, no quería hacerlo... O sea, sí lo quería hacer, pero normalmente hubiera esperado más tiempo a dar el paso...”**

Con el móvil en la mano, empiezo a dar saltos de alegría por todo el apartamento, intentando atinar para abrir y leer el siguiente mensaje. Porque sí, hay otro mensaje.

**“Puedo rectificar... O sea... Si crees que voy muy rápido y tú prefieres ir... con más calma, podemos volver atrás e intentaré por todos los medios convencerme de que nada de eso pasó y... esperarte. Piénsalo porque, en mi caso, tengo la sensación de haberme pasado la vida esperando y cuando te vi, supe que tenía que hacer algo y lanzarme...”**

—¡Le gusto! ¡Le gusto! ¡Y no quiere esperar! —recito, como si estuviera cantando, hasta que leo el último de los mensajes, enviado bastante después que el anterior.

**“Me estoy volviendo loco... Estoy pensando que puede haber otra posibilidad... que simplemente no quieras nada conmigo y te trae sin cuidado si me lo tomo con calma o no... Lo entiendo y no pasa nada. De verdad. No te quiero incomodar. No hace falta que me digas nada. No quiero que esto influya en Will”**

—¡Joder! ¡Pues claro que quiero! —le grito al teléfono.

Rápidamente, con el corazón latiendo a un ritmo endiablado y las manos temblando, le escribo un mensaje de respuesta.

**“Patrick, me había quedado sin batería. Yo también me lo pasé muy bien y por supuesto que me gustaría repetir... Todo. Ese beso de despedida también”**

Lo envió a toda prisa, antes de que mi versión más miedosa salga a relucir e imponga una censura.

Espero una respuesta durante horas hasta que, agotada y prácticamente sin cenar, me estiro en la cama. Miro fijamente la pantalla del teléfono durante lo que se me antojan horas, y así, con el móvil en la mano, me quedo dormida.

## Capítulo Ocho

Me suena el despertador y me despierto sobresaltada. Con las sábanas enrolladas en mis piernas, el pelo alborotado y la boca pastosa, me abalanzo sobre el teléfono, llevándome un chasco al comprobar que sigue sin responderme. Me dejo caer de espaldas sobre el colchón, abriendo los brazos y fijando la vista en el techo, maldiciendo mi mala suerte.

Cuando consigo ponerme en marcha, mientras me visto y desayuno, mantengo la vista fija en el móvil, como si le estuviera mandando señales telepáticamente.

Ya con Will en la calle, de camino al colegio, mientras él habla sin descanso, yo imagino mil y un motivos para no haberme respondido. Algunos son optimistas, otros no tanto. Y mientras los recito en mi cabeza, todo a mi alrededor deja de parecer real. Las calles, las personas, los edificios, todo se tiñe de blanco y negro.

Conforme nos acercamos al colegio y mis nervios van en aumento, el pesimismo se ha apoderado de mí por completo y estoy convencida de que, si no me ha contestado, es porque se ha cansado de esperar una reacción por mi parte. Entonces, ¿cómo tengo que reaccionar cuando le vea? Barajo varias opciones, que van desde la más valiente de todas hasta la más cobarde. Es decir, desde ir hacia él, devolverle el beso en plan peliculón romántico y luego preguntarle si eso responde a sus dudas, hasta dejar a Will en la esquina y salir huyendo.

—¿Qué te parece? —me pregunta entonces Will, estirando de la manga de mi chaqueta.

Cuando le presto atención, me doy cuenta de que estamos ya frente a la puerta, así que ya no quedaría bien dejarle solo y huir a la esquina. Tampoco voy a optar por la opción más osada, así que me limito a mirar a un lado y a otro sin levantar la cabeza.

—¿Alex? —insiste Will.

—Dime.

—Que si te parece bien.

—¿El qué?

—¿Has escuchado algo de lo que te he contado?

—Por supuesto que sí. Casi todo.

—Hoy estás rara —asegura sonriendo, moviendo la cabeza de un lado a

otro.

—No... Estoy como siempre...

—Si tú lo dices... —dice, encogiéndose de hombros mientras yo me agacho para darle un beso en la mejilla—. ¿No entras conmigo para ver a Patrick?

—No. Mejor que no. Eh... llego algo tarde.

Will me mira frunciendo el ceño, nada convencido con mi respuesta.

—¿Quieres que le diga algo?

—¿A quién?

—A Patrick.

Ni siquiera intento disuadirle. Lo de este niño es increíble. Mi súper poder para poner bandas sonoras a mi vida cotidiana mola mucho, para qué negarlo, pero el sexto sentido que tiene Will conmigo, su capacidad de meterse en mi cabeza es, cuanto menos, inquietante.

—Puedes contarle lo que hicimos ayer, si quieres. Dile que has conocido a Joey y que te llevó a ver un partido de los Knicks.

—Me refería a algo de ti.

—¿De mí...?

—¿Le digo que te gusta?

—Ni se te ocurra. Corre. Largo.

—¡Vale, como quieras! —ríe mientras corre escaleras arriba.

—Adiós, cariño.

Le observo hasta que entra en el edificio y, cuando me doy la vuelta, le veo venir caminando desde el final de la calle. Mi respiración se acelera y me pongo nerviosa, sin saber qué hacer. Disimulo mirando de nuevo hacia el interior del colegio, como si vigilara a Will, mientras por el rabillo del ojo controlo a Patrick. Me está mirando. Aún no está lo suficientemente cerca como para ver la expresión de su cara, así que no sé si se alegra de verme o, por el contrario, me está fulminando con la mirada.

Pero entonces decido tomar las riendas de la situación y averiguarlo. Voy a ser valiente, así que un pie tras otro, empiezo a acercarme a él. Conforme me acerco, puedo ver más clara la expresión de su cara, y así comprobar para mi regocijo, que luce una sonrisa de medio lado muy sexy. Como una adolescente de manual, me sonrojo y recojo un mechón de pelo detrás de la oreja, mordiéndome el labio inferior para intentar disimular la enorme sonrisa que casi desencaja mi mandíbula.

Y entonces, cuando estamos a unos metros, una chica llama su atención.

Lleva una cartera en la mano y va muy bien vestida. Debe rondar los treinta y cinco, es rubia y lleva el pelo recogido en un moño. A simple vista, parece la típica profesora estricta chapada a la antigua, pero tiene un cuerpazo que no me gusta nada de nada... Patrick se gira hacia ella y, cuando están uno junto al otro, ella le muestra unos papeles. Están parados a unos metros de mí, mientras yo me quedo inmóvil.

Trago saliva y, resignada, decido seguir mi camino y dirigirme hacia el metro para ir a trabajar. Cuando estoy a punto de rebasarles, de forma disimulada, Patrick levanta los ojos de esos dichosos papeles y me mira de reojo. Me sobresalto al sentir esa mirada azul clavada en mí. Me obligo a no apartar la mirada, ambos lo hacemos, hasta que sus labios se mueven.

—Te veo luego.

Las susurra sólo para mí. El ruido alrededor desaparece y escucho esas palabras sonando en mi cabeza, con su propia voz.

Así que, a pesar de que la interrupción de la rubia estirada ha conseguido frenar mi repentino momento de valentía, no consigue borrar la sonrisa de la cara durante el trayecto a la redacción. Nada más llegar, en la reunión matutina, me asignan dos reportajes que debo entregar en un plazo máximo de una semana. Así pues, como puedo tomármelo con un poco de calma, me siento en mi escritorio, enciendo el portátil y, mientras espero, cuando saco el móvil del bolso, recibo un mensaje.

**“Siento la interrupción de esta mañana”**

El remitente ya no es desconocido. Anoche grabé su número en la agenda. Pero antes de que pueda contestar, recibo un segundo mensaje.

**“También siento no haberte contestado anoche, me dormí. Tengo que confesarte que me encantó leer tu respuesta esta mañana.”**

Automáticamente, se me escapa una risa casi infantil e incluso me sonrojo. Con dedos temblorosos, pulso responder.

**“No me importa que nos hayan interrumpido... Siempre y cuando siga en pie la promesa que he leído antes de tus labios”**

Mientras espero su respuesta, siento un cosquilleo en el estómago. Me da algo de vergüenza admitir que es la primera vez que lo siento. Ni siquiera Jeff, mi novio de la universidad, consiguió hacerme sentir como ahora. Estuve enamorada de él, o al menos eso pensaba yo, pero lo que siento por Patrick es muy diferente. Jeff era muy guapo y el sexo con él era fantástico, pero todo lo que le sobraba en la entrepierna le faltaba en la cabeza. Corté con él porque, aunque mi cuerpo estaba encantado y muy satisfecho, mi cabeza necesitaba

nuevos retos y Jeff no me aportaba nada intelectualmente hablando. No es que me creyera una lumbrera, pero me interesaban otras cosas aparte de cuantos whiskies con cola era capaz de aguantar un cuerpo humano en una sola noche o cuantas abdominales podía hacer en una hora (y doy fe que eran muchísimas, porque las tuve que contar en más de una ocasión). En ese momento, suena mi móvil de nuevo, devolviéndome al presente, y borrando a Jeff de un plumazo.

**“Por supuesto que sigue en pie. ¿Nos encontramos en el parque?”**

Intento contener las ganas de dar saltos de alegría por toda la redacción y me centro en el mensaje en sí. Supongo que el parque es la mejor opción, ya que yo no me puedo deshacer de Will... y no quiero, que conste (bueno, quizá un poco y un ratito, sí), así que llevarle al parque y encontrarme allí con Patrick será la opción menos arriesgada y la que levantará menos sospechas.

**“Me parece bien. ¿Me invitas a un café mientras Will juega en los columpios?”**

En el fondo, este ingrediente de secretismo no me desagrade del todo. Lo hace más excitante.

Su respuesta no se hace esperar, y esta vez, son varios mensajes seguidos. Me apresuro a insonorizar el teléfono, porque algunos compañeros empiezan a mirarme de reojo.

**“Mmmm... Qué encuentro más romántico en el parque infantil...”**

**“Es broma. Me da igual. Mientras te vea, me da igual donde”**

**“Aunque a ver cómo me lo monto para aguantar las ganas besarte de nuevo”**

¿Besarnos de nuevo? Dios mío... solo pensarlo, el corazón retumba con tanta fuerza en mi pecho como si lo quisiera romper. A mí también me apetece. Mucho. Quizá demasiado. Diría incluso que estoy algo ansiosa. Pero estamos de acuerdo en que no es buena idea hacerlo delante de Will. Digamos que él tiene ciertas dificultades para mantener la boca cerrada en según qué momentos, y yo no quiero que Patrick se meta en problemas en el colegio por... relacionarse íntimamente con... la... canguro de uno de sus alumnos. Así es como mejor puedo explicar nuestra relación actual.

Entonces, es mi turno para enviarle unos cuantos mensajes, que escribo sin poder reprimir la risa. Una risa algo tonta e infantil, para qué engañarnos.

**“Me parece que me conformaré con mirarte, siempre y cuando no me tengas en cuenta la cara de idiota que pondré”**

**“Normalmente suelo parecer más madura”**

**“Es por tu culpa”**

**“¿Te parecerá bonito lo que estás haciendo conmigo!”**

**“A todo esto... ¿Tú no tendrías que estar dando clase?”**

¿Cómo lo está haciendo? ¿Lleva el móvil en la mano mientras da la clase?

**“¿Niños? ¿Qué niños? ¡Joder, es verdad! Espera, que levanto la cabeza para ver si siguen aquí...”**

**“Sí, confirmado, siguen aquí delante y me miran fijamente. Se supone que tengo que enseñarles algo, ¿no?”**

**“Ahora en serio. No quiero que te lleves una impresión equivocada de mí. Necesitaba hablar contigo para intentar aclarar lo de esta mañana, así que les he puesto una película para tenerles distraídos. Estoy sentado al fondo de clase con el móvil en silencio”**

**“Normalmente suelo parecer más maduro”**

**“Es por tu culpa”**

**“¿Te parecerá bonito lo que estás haciendo conmigo!”**

Qué ocurrente es, ¿verdad? Es tan... maravilloso.

—Y yo tan idiota —me contesto a mí misma al darme cuenta de lo cursi que parezco.

**“¿Nos vemos luego!”**

Escribo, intentando recuperar la poca dignidad que me queda.

**“Te tomo la palabra”**

Se me escapa un largo y sonoro suspiro que llama la atención de Peter, que está sentado a mi lado, mientras yo me hundo en la silla, escondiendo la cabeza entre los hombros, aún con el teléfono entre las manos. Cuando le veía correr, tenía que imaginarme cómo sería hablar con él y, admitámoslo, podría haberme “salido rana”, pero, además de ser tremendamente guapo, tiene “chispa”. No es sólo un cuerpo, y menudo cuerpo, sin cerebro, si no que además es inteligente y ocurrente.



—Te quiero, Joey.

—Oh, joder. ¿Ahora te me vas a poner sentimental? ¿Para eso me has llamado en realidad? Sabes que no me van estas mierdas...

—No son mierdas. Es lo que me dicta el corazón. Quiero darte las gracias por tus consejos, porque, aunque a veces parezcan descabellados, me sirven de ayuda.



—Vale... Pues de nada, supongo...

—¿Sabes? Deberías aplicarte esos sabios consejos...

—Esto suena a sermón... —contesta, haciendo ver que se ha dormido y está roncando.

—Joey, ya tienes edad de sentar la cabeza.

—¡Ja! ¡Me parto! ¿Has salido un par de veces con un tío y ya te crees con la experiencia necesaria para abrir un consultorio amoroso?

—No me refiero a casarte y eso. Ni sentar la cabeza a ese nivel, pero tener a alguien que se preocupe por ti que no sea yo, no estaría mal...

—¿Tú sabes lo bien que me lo paso?

—¿Y quién te dice a ti que, con una relación formal, no te divertirías igual?

—Paso.

—No te cierres en banda...

—De acuerdo, si me encuentras a alguien, hablamos.

—Genial. Pasaré tu currículum por la redacción, a ver si alguna se quiere arriesgar. Y no me distraigas más, que tengo mucho curro que acabar antes de recoger a Will.

—Lláname luego para contarme qué tal te ha ido con tu novio formal.

—Idiota —digo, justo antes de colgar.



—¿Vamos al parque? —me pregunta Will nada más llegar hasta mí, después de saltar las escaleras—. Esta mañana metí el balón en la mochila, así podemos practicar un poco los pases.

—Ya viste que el fútbol no es lo mío... —contesto mientras miro a un lado y a otro con disimulo, para ver si le veo.

—¿Y Patrick no viene hoy?

¡Venga ya! ¡¿Me lee el pensamiento o qué?

—No lo sé. ¿Le has dicho tú que viniera?

—No, pero como sois novios, supuse que vendría.

—¡¿Novios?! ¡¿Pero qué dices?! ¡¿De dónde sacas eso?! ¡¿Quién te ha dicho que somos novios?! ¡¿Patrick te ha dicho que somos novios?!

Will me mira con los ojos muy abiertos, pestañeando cada pocos segundos.

—Lo supuse yo, por como os miráis. ¿Por qué te pones tan nerviosa?

—No me pongo nerviosa.

—No. Qué va.

—Pues no. —Cuando me doy cuenta de que me estoy comportando como si tuviera la misma edad que Will, me calmo y sigo hablando—: A lo mejor viene o a lo mejor no. De todos modos, seguro que habrá algún niño en el parque que quiera jugar contigo.

Will tuerce el gesto, seguro que no muy convencido, aunque se le pasa en cuanto llegamos al parque. Saca el balón, me encasqueta la mochila y sale corriendo hacia la zona infantil para buscar a alguien con quien jugar. Yo me dirijo hacia uno de los bancos y, en cuanto me siento, saco el móvil para enviarle un mensaje a Patrick, pero él ya se me ha adelantado.

**“Salgo en cinco minutos. ¿Estáis ya en el parque?”**

**“Sí. Will ha traído el balón y está jugando con otros niños. Yo estoy sentada en un banco. ¿Tú les has insinuado que habíamos quedado?”**

**“¿Yo? No... No se me ocurriría en la vida...”**

**“Pues empiezo a sospechar que es capaz de meterse en mi cabeza porque me ha preguntado si ibas a venir... Además, está empecinado en que somos novios”**

No voy a negar que contengo la respiración mientras espero su respuesta. Y tengo pánico a leerla. No sé si prefiero que encuentre la idea descabellada o, por el contrario, que esté encantado con ella.

**“Ya he salido”**

Bueno. No es una de las respuestas que barajaba. No sé si me sienta muy bien que “escurra el bulto” y se haga el tonto, pero al menos no he sentido miedo al leerla. Algo es algo.

Levanto la vista para comprobar que Will está bien, y le veo enseguida, jugando con un par de niños más. Escucho su risa contagiosa, esa que no me canso de oír y que es tan fácil provocar. Sigo sin comprender a la madre de Will... No sé qué la llevó a consumir, pero no me cabe en la cabeza que no haga nada para intentar alejar a su hijo de ese mundo...

**“Estás preciosa”**

Leo en mi teléfono y sonrío de oreja a oreja. Me giro y le veo acercarse a mí, sonriendo de forma discreta y saludándome. Apoya ambas manos en el respaldo del banco y se agacha levemente, sin perder de vista la zona infantil.

—Hola... ¿Qué tal tu día? —me pregunta, a escasos centímetros de mi cara.

—Largo... —le contesto, mirando sus labios.

Coloca su mano sobre la mía y empieza a acariciármela. Gira la cabeza

y nos miramos a los ojos, indecisos, sin saber si avanzar un paso más.

—Si te beso ahora mismo, estaríamos jugando con fuego, ¿verdad? —le pregunto, mordiéndome el labio inferior.

Antes de contestar, fija su mirada en ellos, y veo cómo su nuez sube y baja por su cuello.

—Veamos... Will está a tan sólo diez metros de distancia en esa dirección, hay un grupo de alumnos de cuarto curso del colegio con sus respectivas madres por esa otra... Sí, digamos que sería algo atrevido y temerario...

—No pretendo meterte en líos —digo, agachando la cabeza.

—Yo empiezo a pensar que merece la pena arriesgarse, pero algo me dice que, de momento, la prudencia es lo correcto. Déjame tantear un poco el terreno primero...

Sigue acariciándome el dorso de la mano de forma disimulada, y me mira a los ojos. Son completamente transparentes, no sólo por el color azul, si no porque son sinceros. Se abre a mí a través de ellos, y veo deseo y felicidad, ilusión y nerviosismo. Son tan francos como él.

—Voy a saludar a Will, ¿vale?

Asiento con la cabeza mientras le veo alejarse y acercarse al niño. Will, al instante, se le cuelga del cuello y le empieza a explicar alguna cosa de las suyas. Se han convertido en muy poco tiempo en mis dos hombres favoritos, y me encanta verlos juntos.

Patrick vuelve y se sienta a mi lado en el banco. Voluntariamente rozo mi pierna con la suya y él, disimuladamente, me coge la mano.

—Patrick, siento mi reacción de ayer... No quiero que pienses que yo no... no quería...

—Yo siento haberme ido y haberte dado la impresión de que estaba... cabreado o decepcionado. Decepcionado, quizá un poco, pero por mi culpa. Fui un ingenuo al creer que me lo devolverías, porque, en realidad, no me conoces de nada... En realidad, me fui porque, si hubiera seguido un poco más, no hubiera sido capaz de parar. Me gustas mucho, Alex... creo que demasiado.

—¿Te puede gustar algo demasiado?

—Por supuesto que sí.

—¿Y eso es malo?

Patrick lo piensa durante unos segundos, justo antes de proseguir:

—A mí, por ejemplo, me encanta el huevo cocido, tanto, que cuando era pequeño, me empaché. Mi madre había hecho un montón para hacerlos

rellenos, pero los vi en el frigorífico, y me los zampé todos. Dios mío, qué mala noche pasé... Por eso digo que me gustan demasiado, porque puede llegar a ser contraproducente... ¿Lo entiendes?

—¿Soy un huevo cocido?

—Para mí, sí —contesta, riendo a carcajadas—. Te has convertido en una especie de obsesión para mí. Y aún no sé si para bien... De momento, me has provocado insomnio, distracciones varias, dolor de estómago... Definitivamente sí. Eres como un huevo cocido para mí.

Río a carcajadas hasta que me doy cuenta de que podemos estar llamando la atención de la gente que nos rodea y, secándome las lágrimas, intento tranquilizarme. ¿Es lícito que me lo pase tan bien con el profesor de Will?

—Verás... En realidad, me gustaría que lo de ayer se repitiera... Puede que esté algo loca porque nos conocemos desde hace muy poco tiempo, pero... —digo al fin, encogiéndome de hombros.

—Genial.

—Y a lo mejor estoy siendo una imprudente, pero sólo se me ocurre una solución para poder... repetir el beso de ayer... Y es... que... vengas a mi casa después de que hayamos dejado a Will en la suya. —Patrick me mira con una enorme sonrisa, así que, como parece que la idea le gusta, me atrevo a añadir —: Empezando desde hoy.

La expresión de Patrick cambia radicalmente. Abre los ojos como platos y me mira fijamente, apretando los labios hasta que forman una fina línea.

—¡Will! ¡Nos vamos! —le grita de repente.

—¿Ya? —contesta el niño, extrañado—. Pero si acabamos de llegar...

Will se despide de sus amigos y se acerca a nosotros.

—Otro día estaremos más rato —le promete Patrick.



El trayecto a casa se me hace eterno, y eso que Will no ha dejado de hablar en ningún momento. Patrick y yo nos lanzamos miradas prometedoras, de esas que consiguen que las rodillas me tiemblen.

Ya frente al apartamento de Will, mientras él abre la puerta, le siento pegado a mi espalda, rozando mi cintura con los dedos de sus manos, provocando que unas descargas eléctricas me recorran todo el cuerpo. Will entra corriendo, informando a gritos a su madre de que ya está en casa,

momento que yo aprovecho para apoyar la espalda en su pecho. Siento su aliento en mi cuello y cierro los ojos mientras mi mano le agarra de la nuca.

Quiero llegar a mi apartamento. Lo necesito, de hecho. Igual que Patrick, según puedo sentir en mi espalda. Y me siento una verdadera egoísta por querer “deshacerme” de Will para estar a solas con Patrick.

Entonces, los gritos de Will me hielan la sangre.

—¡Alex! ¡Patrick! ¡Venid rápido! ¡Mamá no se despierta!

## Capítulo Nueve

Como un resorte, salimos corriendo hacia la habitación de Brooke, la madre de Will. Al entrar, le encontramos arrodillado al lado de la cama de su madre, cogiéndole la mano. Entonces nos mira con ojos aterrados y la cara bañada en lágrimas.

Patrick reacciona en una décima de segundo. Coge a Will en brazos y me lo da.

—Sácale fuera —me pide con autoridad, para que lo aleje de esa escena.

Mientras lo hago, se agacha al lado de Brooke y le toma el pulso. Gira la cabeza hacia mí y niega con la cabeza. Will grita e intenta zafarse de mis brazos mientras camino por el pasillo, llevándole a mi apartamento.

—¡Suéltame! ¡Déjame! ¡Quiero ir con mi mami! ¡Suéltame!

Al entrar en casa, le siento en el sofá, pero él, al instante, se levanta e intenta salir corriendo hacia su casa. Forcejamos durante un rato, hasta que opto por cerrar la puerta con llave.

—¡¿Qué estás haciendo?! ¡Quiero ir con mi madre! ¡Ella me necesita!

Mi cara está bañada en lágrimas y no tengo fuerzas para secármelas. Sé que lo que estoy haciendo es lo mejor para Will, pero me duele en el alma verle sufrir de esa manera.

—¡Te odio! ¡Te odio por no dejarme ir con ella! ¡Llévame! ¡Déjame salir! —sigue gritando, sin consuelo.

Lo único que se me ocurre hacer es sentarme a su lado en el sofá y abrazarle. Al principio me golpea con los puños para intentar zafarse mientras sigue llorando y gritándome que le deje ir. Pero poco a poco se va rindiendo. Sigue llorando y sollozando durante un buen rato, aunque ya no intenta separarse de mí. No habla y yo tampoco le fuerzo. Me limito a mecerle en mis brazos, intentando que se dé cuenta de que no pienso dejarle solo.

He perdido la noción del tiempo, pero ya no oigo sus sollozos. Se ha dormido, así que le estiro con cuidado en el sofá y le tapo con la manta. Le observo durante unos segundos, dándome cuenta de que es la primera vez que le veo callado durante tanto tiempo. Su expresión, a pesar de estar dormido, no es relajada. Frunce el ceño y mueve los labios, nervioso. Así que, al final, me estiro a su lado, boca arriba. Saco el móvil del bolsillo y le escribo un mensaje a Patrick.

**“Will se ha quedado dormido en mis brazos. He tenido que cerrar con llave la puerta de casa para que no saliera corriendo hacia allí. ¿Cómo vas? ¿Necesitas ayuda?”**

Dejo el teléfono sobre mi pecho y vuelvo a mirar a Will. Le seco con el dedo las marcas de las lágrimas, intentando imaginar qué pasará con él. Se me agolpan un montón de preguntas en la cabeza y, aunque trato de darle respuesta a todas, me es muy difícil pensar con claridad.

¿Tendrá algún familiar con el que se pueda quedar?

¿Tendrá que ir a un hogar de acogida? ¿Será como uno de esos que salen en las noticias? ¿De esos en los que maltratan a los críos? Me parece que he visto demasiadas películas y noticias de sucesos...

¿Seré capaz de permitir que le alejen de mí? Sé que no soy nadie lo suficientemente cercano, pero Will me ha cambiado la vida. No sé si lo que siento es algo parecido al instinto maternal, pero le he cogido mucho cariño.

¿Cómo puedo impedir que le alejen de mí? No tengo ni idea acerca de los trámites y requisitos necesarios para adoptar a un niño hoy en día, pero pienso averiguarlos.

¿En serio quiero adoptarle? ¿Querrá él que le adopte? ¿Estaré capacitada para ello? ¿Estoy dispuesta a hacerlo? ¿Estoy pensando con claridad?

En ese momento, recibo la respuesta de Patrick.

**“Han llegado los de emergencias... Parece sobredosis... Buscando entre los papeles de Brooke, he visto que tenía contratado un seguro de vida. He llamado a la compañía y estamos ahora con los papeles. También han llegado los de la funeraria y se llevarán el cuerpo en un rato. El entierro será pasado mañana”.**

Todo está sucediendo demasiado rápido. Éramos un par de extraños para Brooke, y aquí estamos, rebuscando entre sus cosas y cuidando de su hijo.

**“¿Qué pasará ahora con Will? No puedo dejar de pensar en ello...”**

E imagino que él tampoco...

**“No existe testamento y Will no tiene asignado ningún tutor. Así que irá a un hogar de acogida”**

Las lágrimas empiezan de nuevo a brotarme de los ojos. No lo voy a permitir. Estoy convencida. No puedo dejar que vaya a vivir con extraños que no sepan cuál es su planeta favorito o no sepan responderle por qué las nubes no se caen del cielo.

En ese momento, llaman a la puerta. Me levanto de forma sigilosa, dejando a Will estirado en el sofá y bien tapado con la manta. Cuando abro, con las lágrimas cayéndome por la cara sin pausa, descubro a Patrick apoyado en el marco de la puerta. Tiene los ojos cansados y tristes, y el pelo despeinado. Me precipito hacia él y, al instante, cuando sus brazos me rodean, empiezo a sentir consuelo. Entramos en casa, cierra la puerta y apoya la espalda en ella, sin soltarme.

—No es justo —consigo decir entre lágrimas—. No es justo...

—Lo sé, pero tarde o temprano, este momento iba a llegar. Creo que incluso Will lo imaginaba. Es un chico listo y se da cuenta de más cosas de las que nos pensamos.

—¿Qué va a pasar con él? ¿Un hogar de acogida? ¿Sin nadie que le quiera? ¿Sin... nadie conocido? —digo impotente, golpeando con los puños el pecho de Patrick, justo como antes me hacía Will.

Patrick me abraza con más fuerza, estrechándome contra su pecho, intentando calmarme.

—No voy a permitir que sufra más. Patrick no voy a permitir que se lo lleven. Quiero que se quede conmigo.

—Tranquila. Mañana lo hablamos con calma. No es algo que puedas decidir de la noche a la mañana. Un niño trae consigo muchas responsabilidades...

—Pero...

—Shhhh... Necesitas descansar.

Y entonces, me coge la cara entre sus manos y apoya los labios en los míos, sin más. Poco después, siento sus dedos acariciando mis mejillas, secando todo rastro de lágrimas.

Empiezo a sentirme mejor. Su contacto me calma. Sus besos, aunque no curan la tristeza que siento, son como una aspirina que consigue aliviarla. Apoyo la cabeza en su pecho y me relajo al escuchar el latido de su corazón. Una de sus manos acaricia mi espalda y la otra mi pelo. Cierro los ojos y, de repente, ya no estoy en mi apartamento. Estamos en una playa, abrazados y relajados, escuchando el sonido de las olas, mientras el agua nos moja los tobillos. A lo lejos escucho la risa de Will.

Cuando vuelvo a la realidad, levanto la cabeza y miro a Patrick a los ojos. Y, sin pensármelo dos veces, enredo los dedos en su pelo y le beso con premura, sin delicadeza. Por fin siento que tomo las riendas de mi vida, que hago lo que realmente me apetece hacer.



—Alex... —susurra entre beso y beso.

La respiración de Patrick se agita, su pecho sube y baja con rapidez y sus manos cobran vida a mi espalda. Una de ellas sube hasta mi nuca y me agarra del pelo hacia atrás, dejando mi cuello expuesto. Siento sus dientes en mi piel a la vez que su otra mano desciende hacia mi trasero y me aprieta contra él.

—¿Paro o sigo? —me pregunta, sin dejar de besar mi cuello.

A modo de respuesta, meto las manos por debajo de su camiseta y arañó su espalda. Luego trazo una línea imaginaria por sus abdominales, bien marcados gracias al ejercicio diario, del cual doy fe y agradezco enormemente. Los acaricio con la yema de los dedos y subo hacia su pecho mientras él empieza a subirme la camiseta.

—¡No, no! ¡¿Mami?! ¡No...! ¡Mami!

Nos separamos al instante y miramos hacia el sofá. Will sigue dormido, pero está teniendo una pesadilla. Mueve su cabeza de un lado a otro y está sudando mucho. Me acerco a él y me agacho a su lado, poniéndole una mano en la frente.

—Shhhh... Tranquilo —le susurro.

Se despierta de golpe, respirando con ansiedad, mirándonos a los dos, muy desubicado. Agarra mi mano, como si buscara protección.

—¿Quieres que te lleve a la cama y me estire contigo? —le pregunto.

Asiente sin decir una palabra, así que le cojo en brazos y le llevo a mi dormitorio. Le estiro a un lado de mi cama, le tapo con el edredón y me estiro a su lado, abrazándolo. Poso los labios en su pelo y los mantengo ahí hasta que su respiración vuelve a calmarse y se duerme.

Cuando levanto la vista hacia la puerta del dormitorio, veo a Patrick apoyado en ella, observándonos con el pelo revuelto y una sonrisa en los labios.

—Lo siento —le digo.

—No te preocupes. —Se acerca a la cama y se sienta en ella—. Ahora Will te necesita más que yo.

—¿Te quedas con nosotros? ¿Te estiras a mi lado?

—Claro.

Se quita las zapatillas y se estira a mi lado, abrazándome por la espalda. Hunde su nariz en mi pelo y me aprieta con fuerza contra él.

—Así no es, ni remotamente, como había imaginado nuestra primera noche juntos.

—Parece que los Dioses se han aliado en nuestra contra —me dice—. Pero no te preocupes, ya llegará nuestro momento. Y te advierto que cuando llegue, no permitiré que nada ni nadie nos interrumpa.

—Suena genial...

Me besa el hombro con ternura y lo siento como un gesto muy familiar, nada extraño. Parece mentira que hace sólo unos días no me atrevía a hablar con él y ahora lo tengo estirado en mi cama, abrazándome y susurrándome al oído.

—Patrick, no voy a permitir que se lleven a Will. Necesito saber qué requisitos necesito...

—Es una locura, Alex.

—¿Una locura? Lo que es una locura es enviarle a un sitio que no conoce con gente extraña, justo después de perder a su madre.

—Adoptar a un niño es una cosa seria. Es como tener un hijo al que no conoces, con todos los problemas que eso acarrea.

—Me da igual.

—Pero a los de servicios sociales, no.

—¿Crees que no soy lo suficientemente responsable? ¿Crees que no soy capaz?

—No es cuestión de lo que yo piense, por desgracia. No depende de mí.

—Patrick. Quiero hacerlo. Voy a hacerlo —afirmo con rotundidad.

—De acuerdo, tranquila —me corta—. Mañana llamaré a un tipo que conozco. Es asistente social y seguro que nos podrá asesorar. Igualmente, eso llevará unos días y los de servicios sociales vendrán antes a por él.

—¿Cómo?

—Alex, Will no tiene a nadie y...

—Pero él sí tiene a alguien —le corto—. Nos tiene a nosotros.

—Oficialmente, no.

Las lágrimas vuelven a brotar de mis ojos. No puedo hacerme a la idea de separarme de Will. No quiero ni pensar lo solo que se sentirá en un sitio extraño, justo después de perder a su madre.

—Tranquila. Entre los dos lo arreglaremos, te lo prometo.

Mientras me acaricia la mejilla con una mano, poco a poco me voy tranquilizando y siento cómo los párpados se me cierran hasta quedarme dormida.



Veo a Will correr por la playa de nuevo. Está más alto y delgado, como si fuera mayor. Tiene la misma cara de espabilado, con esos ojos tan expresivos. Lleva el pelo más corto y se ha convertido en un chico muy guapo. Entonces me fijo que lleva a otro niño de la mano. Es bastante más pequeño que él, de unos tres años, con pelo castaño claro y unos ojos azules impresionantes, un color de ojos que sólo he visto en otra persona. Los dos corren por la arena de la mano, se acercan a la orilla y, justo cuando el agua va a tocarles los pies, corren en dirección contraria, riendo como locos. Ambos van vestidos con pantalón corto beige y una camiseta blanca, y van descalzos.

Entonces unos brazos bronceados me agarran por la espalda, abrazándome. Me besa en el cuello y los hombros. Sé que es Patrick, porque reconocería esos besos entre un millón.

—Hola, cariño —me dice.

Sonreímos y volvemos a mirar hacia la orilla. Los chicos corren hacia nosotros, mientras el pequeño grita:

—¡Mami, mami!

Se echa a mis brazos mientras Patrick coge a Will. Parecemos una familia.

—Alex, me voy... Alex.

Siento cómo me zarandean suavemente y entonces me despierto. Abro los ojos con dificultad, frotándomelos para desperezarme.

—Hola... —le saludo, acariciando sus mejillas. Parece cansado, con unas notables ojeras bajo los ojos—. ¿Qué hora es?

—Son las seis de la mañana. Me voy a casa a ducharme y cambiarme de ropa antes de ir a trabajar. Tú sigue durmiendo.

—Luego llamaré a la redacción para pedir un par de días libres que me deben. Tienes aspecto de no haber dormido nada...

—Bueno... Will se despertó unas cuantas veces asustado por culpa de alguna pesadilla, y tú tampoco has dormido demasiado relajada... No parabas de moverte e incluso has hablado en sueños.

—Sí... Creo que cuando me has despertado, estaba dentro de un anuncio de colonia.

—¿Cómo?

—Cosas más...



Aunque lo intenté, ya no pude dormir más, así que al final decidí ponerme en marcha. Con un café en la mano, llamé a la redacción para hablar con mi jefe y explicarle la situación. A cambio de faltar un par de días, acepté encargarme de un par de artículos más y prometí entregárselo todo a finales de semana. Una vez hecho eso, centrada del todo en Will, empecé a navegar por internet para hacer una búsqueda acerca de los procesos de adopción. Se me pasan las horas, inmersa entre montones de datos y requisitos. Cuando vuelvo a mirar el reloj, me doy cuenta de que son las diez de la mañana, así que voy al dormitorio a ver a Will. Está despierto y, aunque me acerco a él, ni siquiera me mira.

—Hola, cariño. ¿Cómo estás?

No recibo ninguna respuesta, pero no me rindo.

—¿Tienes hambre?

Tampoco recibo respuesta, así que decido no forzarle. Voy a la cocina y regreso al dormitorio con un vaso de leche y unas galletas que dejo sobre la mesita de noche.

—Te lo dejo aquí, por si te entra hambre más tarde.

Y regreso al salón, dándole ese espacio que creo que necesita ahora mismo. Me dejo caer en el taburete de la cocina y cojo al móvil para escribirle un mensaje a Joey y contárselo todo. Poco después, recibo un mensaje de Patrick.

**“Hola. Ya estoy en el colegio. ¿Cómo estáis?”**

**“Hola. No lo sé. No sé cómo está Will porque no me habla. Estoy preocupada por él, pero no quiero hacerme pesada, así que le dejé un vaso de leche con galletas... ¿Como si eso pudiera arreglarlo todo! ¿Qué idiotez! Tampoco sé cómo estoy yo. Tengo tal mezcla de sentimientos, que no sé cómo describirme ahora mismo”**

**“Has hecho bien. No le agobies. Necesitará un tiempo y él mismo decidirá cuando estará preparado para... abrirse de nuevo y dejarse ayudar. Esta tarde he quedado con el asistente social que te comenté. Me ha prometido que se encargará personalmente del expediente de Will”**

**“¿Vendrás a mi casa después?”**

**“¿Quieres que vaya?”**

**“Claro que quiero”**

**“Pues iré. Llevaré algo de cena”**

Y entonces, en un arrebató de valentía y quizá insensatez, escribo:

**“Tráete ropa de recambio y así te puedes quedar a pasar la noche aquí sin tener que levantarte muy temprano para ir a tu casa a ducharte y cambiarte”**

Ya está. Lo he hecho. Le acabo de invitar a pasar la noche conmigo. Y esta vez, oficialmente. Sé que, técnicamente, ya la ha pasado, pero fue algo improvisado, sin petición expresa. Lo más extraño es que no se lo he pedido porque tenga intención de acostarme con él, si no porque quiero que esté conmigo, que se acueste conmigo y me abraza mientras dormimos. No pido más.

**“Me parece una idea fantástica”**



Sobre las cinco de la tarde, llega Joey. Will sigue sin hablarme y tampoco ha comido nada. Sigo dejándole espacio, pero empiezo a estar realmente preocupada.

—Hola, hermanita...

Automáticamente, me lanzo a sus brazos y las lágrimas vuelven a aflorar. No sabía que era capaz de llorar tanto sin estar borracha. He soltado más lagrimas en veinticuatro horas que en todo el último año.

—Lo siento mucho... ¿Cómo está Will?

—No lo sé... No ha dicho ni una palabra en todo el día. Ha pasado mala noche. Hemos dormido los tres en mi cama para que se sintiera seguro.

—¿Los tres? ¿Tienes una mascota?

—Patrick se quedó con nosotros. —Viéndole la cara, sé que necesita muchas respuestas, y que no parará hasta conseguirlas—. No es lo que piensas. Bueno, casi sí, pero no.

—Ah, vale. Ha quedado todo clarísimo.

—Teníamos intención de venir a mi casa después de dejar a Will en la suya, pero entonces pasó lo de Brooke. Por eso te digo que sí teníamos intención, pero pasó lo que pasó y fue una larga noche. Y le pedí que se quedara con nosotros.

—Tienes suerte de que sea poli y esté entrenado en técnicas de interrogatorio para poder montar la secuencia de sucesos con la mierda de datos que me has dado. Por otro lado, siendo periodista, tu elocuencia debería ser algo más apurada... —Le miro entornando los ojos, a lo que él se apresura a seguir hablando—: ¿Está aquí? Patrick, me refiero.

—No, esta mañana se ha marchado a trabajar y al salir tenía una cita con un asistente social que conoce y que llevará el caso de Will. Joey, si él quiere, voy a hacerme cargo del crío. Quiero adoptar a Will.

—¿Tú? —Me mira con los ojos muy abiertos—. Alex, tú matas plantas. Se te mueren hasta los cactus. Eres una asesina en serie del mundo vegetal. Si pasas cerca de una floristería, las flores se marchitan.

—¿Y qué tiene que ver una cosa con la otra?

—Se te da mal cuidar de los seres vivos.

—¡Eso no es verdad!

—Ah, ¿no?

—¡No! ¡¿Acaso no te cuido a ti?! —Joey me mira durante unos segundos, valorando mis palabras, así que insisto—: Sé que es una gran responsabilidad, pero quiero hacerlo. No puedo imaginarle sufriendo y quiero que esté conmigo. Si él quiere, quiero adoptarle. Estoy convencida. Ese niño me cambió la vida, Joey, y tengo que cambiar la suya. Además, no estoy sola...

Le miro esbozando una tímida sonrisa que consigue ablandarle.

—Creo que estás muy loca, aunque también admiro tu valentía.



Dos horas más tarde, Patrick aparece en mi puerta. Nada más abrirla y verle, me doy cuenta de lo mucho que le he echado de menos. En pocos días, me he acostumbrado a su presencia. Lleva la mochila colgada al hombro, un portafolio lleno de papeles en una mano y una bolsa de la compra en la otra.

Lo deja todo sobre la barra de la cocina y me agarra de la cintura, besándome con pasión, con urgencia, como si le faltara el aire. Después, abrazándome, me dice al oído:

—Te he echado mucho de menos... No me he podido concentrar en todo el día... Mi cabeza estaba aquí, contigo y con Will.

—Yo también te he echado mucho de menos...

En ese momento, escuchamos un carraspeo a nuestra espalda.

—¿Es que siempre nos tiene que interrumpir alguien? —me susurra en la oreja.

No puedo evitar esbozar una sonrisa, la primera en muchas horas.

—La leche. Eso sí que es un recibimiento en condiciones. Conmigo no se alegra tanto de verme, te lo puedo asegurar. Joey. Soy su hermano —le saluda, acercándose hasta estrechar sus manos.

—Patrick...

De repente, Patrick frunce el ceño, pensativo, y entonces un sudor frío recorre toda mi espalda. ¡Mierda, no me acordaba! ¡Joey y Patrick ya se habían visto anteriormente en el parque! ¡Joder, qué fallo! Alex, piensa... Vamos...

—Encantado, Patrick. —Joey reacciona rápidamente y frunce el ceño, pensativo—. Oye, tu cara me suena de algo... ¿No hemos coincidido antes?

—Estaba pensando exactamente lo mismo...

—¡Ya sé! En el parque. Te confundí con un amigo mío. ¡Qué casualidad!

—¡Es verdad! ¡Ahora lo recuerdo!

La expresión de Patrick parece de alivio, y enseguida empieza a sonreír, quitándome varios kilos de encima.

—¿Os conocéis? —intervengo yo, disimulando.

—En realidad no, pero cruzamos unas palabras en el parque hace unos días, cuando le confundí con mi amigo Neil. ¿Te acuerdas de él?

—Neil... No sé... ¡Ah, sí! Neil. Ya me acuerdo.

Los tres nos quedamos callados, mirándonos sin saber qué decirnos. Es un silencio algo incómodo, hasta que Joey se encarga de rellenarlo...

—¿Y bien? ¿Cómo os va?

—Bien. Me va bien.

—Me refiero a juntos. Cómo os va juntos. Como pareja.

Los dos nos miramos, muy incómodos. Patrick sonríe y agacha un poco la cabeza mientras yo gesticulo sin decir nada. Joey asiste a la función que se desarrolla frente a él con las cejas levantadas y una mueca de estupefacción en la cara.

—Bueno, llevamos poco... —digo.

—Nos estamos conociendo... —añade Patrick.

—¿Cuántos años tenéis? ¿Quince?

—Bueno, supongo que no hemos tenido un comienzo muy... convencional. Lo que viene siendo una cita, vamos. Nos conocemos hace sólo unos días, y con lo que ha pasado, no hemos tenido mucho tiempo para estar a solas —aclara Patrick.

—Sí... Además, lo estamos llevando un poco en secreto porque no queremos que lo sepan en el colegio. No quiero que Patrick pueda llegar a tener problemas con el equipo directivo.

—¿En serio, tío? ¿Por liarte con una tía? ¿Qué pasa, que los “profes” sois como una especie de secta extraña anti-sexo?

—No hombre, no —ríe Patrick—. Pero no quiero que haya rumores ni

habladurías... No quiero que seamos la “comidilla” del colegio. Me gustaría tantear el terreno antes de meterme en él. Quiero asegurarme antes de dar un paso en falso.

—Sois muy raros, tío. Pero, teniendo en cuenta que solo os podéis dar el lote en la intimidad, me parece que me voy a largar y así os dejo a vuestras anchas... Patrick, un placer. Espero que nos volvamos a ver y así nos tomamos unas cervezas en plan cuñados, ¿no? Y ya sé que es un tópico y pareces de fiar, pero, aún así, como se te ocurra hacerle daño a mi hermana, te juro que te arrepentirás. Soy poli, llevo pistola y lo más importante, sé cómo hacer desaparecer un cuerpo sin dejar rastro.

Dicho esto, se larga. Sin más. Sin despeinarse. Tal y como ha salido del embrollo, con muchísima naturalidad y sin pestañear. Si no hubiera sido policía, podría haberse pasado al otro bando, sin problemas.

Patrick va a ver a Will mientras yo guardo la compra, pero sale poco rato después.

—Sigue sin hablar y sin probar la comida —dice, dejando el vaso de leche y el plato con las galletas sobre el mármol de la cocina.

Empezamos a preparar la cena entre besos y abrazos. Me doy cuenta de que se mueve con agilidad por la cocina, manejando los cuchillos, ollas y sartenes con destreza, algo que encuentro realmente sexy. Cuando acaba de prepararla, sirve tres platos y le lleva uno a Will.

Me siento en uno de los taburetes y Patrick abre la botella de vino que ha comprado para la ocasión. Me sirve una copa y me la tiende, haciendo una reverencia.

—Señora, espero que el vino y la cena sean de su agrado.

—Mmmm... Se te da muy bien cocinar —apunto con sinceridad después de dar el primer bocado.

—Bueno, sólo son unos espaguetis. No me pidas nada mucho más elaborado que esto.

—Yo solo sé calentar comida preparada en el microondas, así que esto me parece un manjar. ¿Tienes alguna otra sorpresa que darme? ¿Algún otro don que quieras confesarme?

—Déjame pensar... Tampoco se me da mal bailar.

—¡Te estás quedando conmigo! —grito, mirándole de arriba abajo, realmente sorprendida.

—¿Qué pasa? No es tan raro, ¿no?

—¿No serás homosexual?



—¿Por qué sé cocinar unos espaguetis y seguir un ritmo no demasiado enrevesado?

—Es que recuerdo las palabras de una amiga de la universidad que una vez salió con un tío que resultó ser gay. No entendía como no se había dado cuenta antes porque, según ella, cumplía con las tres premisas. Era guapo, bailaba bien y vestía bien. Tú eres guapo, mucho para ser más precisos, alardeas de bailar bien, y vestir, a simple vista —digo, volviéndole a hacer un repaso de arriba abajo—, no vistes mal. Si además le sumamos que te defiendes en la cocina, empiezo a estar realmente preocupada.

—He exagerado, entonces. Tampoco bailo tan bien —se apresura a aclarar, guiñándome un ojo.

Entre risas y confidencias acerca de nuestro pasado, acabamos de cenar. Al ir a ver a Will, compruebo con satisfacción que ha comido algo de espaguetis y vuelve a estar dormido. Le acaricio el pelo y le doy un beso en la mejilla.

—¿Cómo está? —me pregunta Patrick cuando vuelvo al salón.

—Ha comido algo y se ha vuelto a dormir.

—Eso es bueno. ¿Sigues con la idea de adoptar a Will? —Asiento convencida, y Patrick sonríe de forma cariñosa—. Pues ven, que te enseñe la documentación que me han dado y te explico un poco.



Cuando Patrick se quita las gafas y se frota los ojos, miro el reloj. Hemos perdido la noción del tiempo, y son las doce de la noche.

—Vamos a la cama. Tienes mala cara y las ojeras te llegan a los pies. Anoche casi no pegaste ojo, y necesitas dormir.

—De acuerdo...

—Voy al baño a ponerme el pijama y desmaquillarme. Estás en tu casa.

Me doy toda la prisa posible en salir, así que puede que no me haya quitado todo el rímel, pero me da igual. Patrick también se ha cambiado de ropa, y ahora lleva un pantalón corto y una camiseta de la Universidad de Columbia. Se queda muy quieto mirándome, serio.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—¿Qué llevas puesto?

—¿Mi... pijama...? —contesto, agachando la cabeza para mirarme.

—Tenemos un problema... —Frunzo el ceño, realmente confundida—. No puedo, simplemente, estirarme ahí, sin más... No seré capaz. Y necesito

dormir, pero contigo así vestida, tan cerca... No voy a poder. Así que voy a dormir en el sofá.

—Pero... No hace falta... Yo...

—Créeme, sí hace falta —me corta—. No pasa nada, de verdad.

Y después me acompaña hasta el dormitorio, me regala una sonrisa y el beso más casto que le es posible darme, justo antes de cerrar la puerta.

# Capítulo Diez

Me suena el despertador a las siete de la mañana. Tengo mucho que hacer antes del funeral, como por ejemplo ir a casa de Will y mirar si tiene en su armario algo que ponerse para la ocasión. Aún no sé si quiere ir porque no lo hemos hablado aún. De hecho, no hemos hablado de nada. En realidad, ni siquiera ha abierto la boca.

Voy a la cocina para encender la cafetera y veo a Patrick durmiendo en el sofá. Me acerco con sigilo y le beso en los labios. Se revuelve, frunciendo el ceño, pero enseguida se relaja de nuevo. No pretendo despertarle aún porque creo que necesita recuperar sueño atrasado. Está tan increíblemente guapo, que me quedaría horas mirándole, pero no quiero parecer una loca obsesiva, como esas que salen en algunas películas, que acosan al tipo que les gusta... ¿Sabéis las que os digo...? Pues eso, así que me contengo y me alejo.

Me tomo el café tranquilamente, leyendo las noticias en mi móvil, me ducho y me pongo algo cómodo. Cuando vuelvo al salón con la intención de ir a casa de Will, Patrick está recién levantado, bostezando y rascándose la cabeza delante de la cafetera. Me muerdo el labio de abajo, mirándole de arriba abajo como una perra en celo.

—Virgen santísima, ¿en qué me he convertido...? —susurro, aunque no lo suficientemente bajo, porque parece haberme oído y se gira para mirarme—. Buenos días, dormilón.

—Buenos días —me responde, con una sonrisa soñolienta y el pelo revuelto—. ¿Qué tal has dormido?

—Bastante bien. ¿Y tú?

—He dormido algo, que ya es mucho. Me he levantado un par de veces para comprobar cómo estabais...

—Gracias por preocuparte y cuidar tan bien de nosotros —le digo, abrazándole por la cintura, mientras él apoya los labios en mi pelo—. Voy a ver si en el armario de Will hay algo que se pueda poner para el funeral.

—De acuerdo. Yo luego bajaré un momento al coche, que guardé mi traje en el maletero.

—¿Coche? No sabía que tuvieras coche.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí aún...

—¿Te estás poniendo misterioso?

—En realidad, no. Solo uso el coche cuando voy a las afueras, a casa de

mis padres. Normalmente, voy a todas partes en bicicleta, en metro o caminando. Fin del misterio.

—Está bien... por ahora. Ya seguiremos indagando.

Patrick sonríe, mirándome con picardía.

—¿Está despierto?

—No. Ayer le expliqué todo lo iba a pasar hoy, pero no dijo nada, así que no sé si quiere venir o no... Creo que es algo que tiene que decidir él.

—¿Le hablaste de... lo de servicios sociales...? —Niego con la cabeza —. Alex, vendrán hoy a recogerle...

—Tenía esperanza de que... No sé... creía que con todo lo del funeral, lo retrasarían todo un poco...

—En realidad, ya se lo deberían haber llevado, pero el tipo que conozco movió un poco los hilos...

—Y si le explico mi plan y él accede, ¿no puede vivir ya aquí, conmigo?

—No es ni tan rápido ni tan fácil.

No quiero escucharle más, así que, contrariada, me doy media vuelta y, cogiendo las llaves del apartamento de Will, salgo al rellano escuchando cómo Patrick me llama. Acallo su voz cerrando la puerta a mi espalda.

Antes de entrar, respiro profundamente. Es la primera vez que entro desde el terrible suceso. Cuando me decido por fin, el silencio que reina me abruma. La cocina sigue desordenada y los muebles mantienen la capa de polvo que tenían. Todo sigue igual.

Camino por el pasillo hasta que doy con la que debía ser la habitación de Will, y se me cae el alma a los pies. Solo hay una cama, cubierta por una raída manta. No hay ningún armario, así que la poca ropa que tiene está apilada dentro de una caja de cartón. A un lado, en el suelo, están la mochila del colegio y la bolsa con sus muñecos de Star Wars que, a simple vista, parecen ser los únicos juguetes que tiene. Se me saltan las lágrimas, desolada, imaginando cómo había sido la vida de Will viviendo aquí. Siento un enorme peso en el corazón al recordar sus sonrisas, sus ojos despiertos y sus ganas de vivir a pesar de no tener prácticamente nada.

Necesito salir de aquí, pienso mientras, aturdida, doy vueltas sobre mí misma. Corro a través del pasillo, con lágrimas nublando mi vista, y entro en mi apartamento, cerrando la puerta de un fuerte portazo. Nada más hacerlo, me freno en seco y me abrazo el cuerpo con ambos brazos, sollozando sin control.

—He bañado a Will y... —Levanto la vista y veo a Patrick, mirándome

preocupado—. Alex... ¿Qué pasa...?

Corro hasta sus brazos y me dejo abrazar por él. ¿Por qué nunca se quejó? ¿Por qué nunca me lo contó? ¿Por qué nunca me pidió ayuda? ¿Por qué parecía volver siempre contento a casa? ¿Cómo permite una madre que su hijo viva en esas condiciones mientras ella se gasta el dinero en drogas?

—No tiene nada, Patrick... No tiene...

—¿El qué no tiene? —me pregunta, separándose para mirarme, cogiendo mi cara entre sus manos.

—Su ropa está metida en una caja y... no tiene casi juguetes... Su habitación... No es justo...

—De acuerdo. Tranquila —dice, abrazándome de nuevo—. ¿Sabes qué? Da igual cómo vaya vestido al entierro. Le compraremos ropa nueva y juguetes, ¿te parece?

Asiento, apoyando la frente en su pecho y agarrándome de su camiseta.

—He estado hablando con él. Le he contado lo que sucederá hoy... Le he dicho que ninguno de los dos le dejaremos solo, que estaremos cerca para cuando nos necesite.

—¿Y qué ha dicho?

—Nada. ¿Quieres probar tú mientras bajo a por mi traje y me ducho?

Cuando entro en mi dormitorio, veo a Will sentado en la cama, con una toalla envolviendo su cuerpo y el pelo mojado y despeinado. Tiene la vista fija en la ventana, mirando a través de ella, y parece no haberse percatado de mi presencia. Entonces, me arrodillo frente a él.

—Hola, Will... —susurro. Gira la cabeza y me mira con esos ojos sin vida, esos que hasta hace un par de días brillaban de pasión por todo lo que le rodeaba. Le peino el pelo, apartándoselo de los ojos—. Patrick te ha contado un poco, ¿verdad?

Al no recibir respuesta, recojo del suelo la ropa que llevaba ayer. El vaquero no está demasiado sucio, aunque tiene un roto en la rodilla. No tiene importancia, ahora se llevan así. La camiseta tampoco parece estar mal y también tendrá que volver a usar el calzoncillo que llevaba ayer, así que, con las prendas en la mano, me vuelvo a acercar a él.

—Will, ¿te ayudo a vestirte? —Mira la ropa, pero no me contesta así que, despacio, le empiezo a meter la camiseta por la cabeza—. Oye... Me gusta que estés conmigo... Es decir, en mi casa, viviendo aquí... Y, si quieres, te podrías quedar aquí conmigo a... vivir. Tengo una habitación que no utilizo y... Me he acostumbrado a tenerte cerca...

Entonces Will se me tira a los brazos y me abraza. No me dice nada, pero no hace falta, esa es su respuesta y me basta para decidirme.

Patrick sale del baño con los pantalones del traje y la camisa abierta. Nos mira, sonrío y yo le devuelvo el gesto, con los ojos vidriosos. A pesar de que veo algo borroso, no se me escapa lo sexy que está con el pelo mojado y los pies descalzos...

Mientras ayudo a Will, no dejo de mirar a Patrick, de reojo, que se está abrochando los botones de la camisa, uno a uno, lentamente. O no, puede que lo haga a la velocidad normal, pero mi mente se empeña en mostrármelo así. Luego se desabrocha el botón del pantalón y se mete la camisa por dentro de la cintura. Cuando se empieza a abrochar los botones de los puños de las mangas, levanta la vista y me pilla mirándole. Coge la corbata con una sonrisa de medio lado dibujada en la boca, y entonces no me puedo contener más. Dejo a Will ocupado con los cordones de los zapatos y me acerco a Patrick. Le quito la corbata de las manos y se la empiezo a anudar alrededor del cuello, despacio y sin dejar de mirarle a los ojos. Traga saliva y, echando un rápido vistazo por encima de mi hombro, se acerca a mi oreja.

—Me encantaría que me la quitaras luego... —susurra, rozándome el cuello con la nariz, sonriendo con picardía.

Con ese simple gesto, me hace estremecer y me pone la piel de gallina. No quiero ni imaginar cómo será cuando nos acostemos por fin. Si es que eso sucede algún día, porque con nuestra mala suerte, no tengo esperanzas de que eso suceda en un espacio corto de tiempo.

—Will, ve a ver la televisión un rato mientras me cambio —le digo.

Will nos mira sin demostrar ninguna expresión en la cara, pero me hace caso y sale del dormitorio arrastrando los pies. De espaldas a Patrick, abro mi armario, saco el vestido que he elegido ponerme, lo dejo encima de la cama y empiezo a quitarme el pantalón de pijama. Lo hago lentamente, consciente de que Patrick me está mirando. Me alegro de haberme puesto este conjunto de ropa interior negro esta mañana, que se piense que toda mi ropa interior es sexy... Nota mental: deshacerse de todas las bragas de color carne. Aún sin darme la vuelta, me subo las medias, muy despacio, acariciando mi pierna a la vez. En realidad, me siento algo ridícula porque no estoy acostumbrada a hacer estas cosas y no sé si parezco sexy o loca de remate, pero entonces escucho a Patrick jadear, así que debo estar haciéndolo bien. Cojo el vestido y empiezo a ponérmelo, subiéndolo por las caderas y pasando las mangas por los brazos. Cuando me doy la vuelta y le encaro por fin, me mira de arriba

abajo y su pecho sube y baja con rapidez.

—¿Me subes la cremallera? —le pido mientras me doy la vuelta y me retiro el pelo de la nuca, dejándola al descubierto.

Sin decirme nada, noto que una de sus manos coge la cremallera y empieza a subirla mientras la otra se posa en mi cintura.

—¿Qué estás haciendo conmigo, Alex? Me vuelves loco. Esto... no me había pasado nunca. Siento como si hubiera perdido el control de mi vida... No... No puedo hacer nada sin pensar en ti. Me siento como un títere en tus manos. Me... controlas.

—¿Yo? —le pregunto, sin poder reprimir la risa—. ¿En serio?

—¿No te lo crees? —Me gira y me mira extrañado—. ¿Acaso te piensas que miento?

No sé qué contestar. Sé que le gusto... Bueno, al menos, eso espero. Aunque los tíos también pueden prometer el cielo con tal de unas buenas sesiones de sexo... Pero no puede estar... enamorado de mí. Yo estoy enamorada de él, pero le llevo unos meses de ventaja, esos en lo que yo aún no existía para él, pero mi única misión en la vida era verle unos minutos cada tarde.

—Bueno... Es solo que es todo tan... surrealista...

—¿Surrealista? ¿Te parece surrealista que me gustes? —Me encojo de hombros—. ¿Por qué?

Será mejor que me calle antes de que averigüe mi pasado como acosadora, así que intento cambiar de tema.

—Es igual. Son tonterías mías. Estoy un poco nerviosa por lo de Will y no estoy centrada...

Me mira serio, apretando los labios, hasta que me quita el pañuelo de las manos y me lo coloca sobre los hombros, tapándome también el cuello.

—Mucho mejor así.

—¿Qué haces, tonto?

—No quiero que cojas frío ahí fuera —contesta, mirándome de reojo.



Los entierros nunca son alegres, pero este ha sido el más triste en el que he estado nunca. Ha sido sencillo, sin nadie más aparte de nosotros tres, el cura y los empleados del cementerio, que esperan para echar la tierra en el agujero. Y ha sido corto, quizá demasiado, como si ni siquiera el cura tuviera nada bueno que decir de ella.

Will me cogió de la mano nada más llegar, y no la soltó hasta que Patrick se agachó a su lado y le explicó que la ceremonia había acabado y que, si le apetecía, era el momento de decirle adiós a su madre. Le dejamos solo durante unos minutos en los que él se limitó a mirar el ataúd, ya dentro del agujero. Pasado un tiempo prudencial, Patrick se acercó y, después de cogerle en brazos, le hizo una señal con la cabeza a los operarios para que empezaran a echar la tierra.

Ahora está sentado en el sofá, con el mando a distancia de la televisión en la mano, cambiando de canal sin prestar atención a nada en particular. Patrick ha recogido de casa de Brooke los pocos juguetes que tiene para meterlos en una mochila, y ha hablado con el casero.

Entonces, suena el timbre y miro a Patrick muy asustada. Él se levanta, muy serio, y se acerca al interfono.

—¿Sí? Sí... Suban...

Will sigue sin reaccionar, con la vista fija en la pantalla del televisor. Patrick me mira, esperando a que haga algo, pero soy incapaz de moverme del sitio. Así pues, se agacha frente a Will.

—Will, tenemos que explicarte una cosa. Van a venir unos señores para llevarte a una casa... —Will frunce el ceño, confundido, y me mira.

Solo entonces reacciono yo e, intentando secar las lágrimas que ya ruedan por mis mejillas, me acerco a ellos.

—Will, sabes que quiero que te quedes conmigo, pero tenemos que rellenar todos los papeles y tienen que comprobar que... puedes hacerlo.

Empieza a negar con la cabeza, muy asustado y cada vez más nervioso.

—No, no, no, no, no... No me quiero ir... —susurra sus primeras palabras en varios días.

—Will... Escucha... —interviene Patrick, intentando agarrarle de las muñecas.

—¡Dijiste que podía quedarme contigo! —me grita— ¡Me prometiste que estarías a mi lado y que cuidarías de mí!

—Will, no puedo hacer nada —balbuceo a duras penas—. Yo quiero que estés conmigo, pero ahora no puede ser.

En ese momento, llaman a la puerta y Patrick va a abrir. Entra una mujer con cara afable, que saluda a Will con una mano, acompañada de un tipo con mirada fría y pose estirada. Entonces, Will me coge de las manos y, con cara de susto, me ruega:

—Me portaré bien. No te molestaré, te lo prometo, pero déjame



quedarme contigo. No quiero estar solo. Por favor... Por favor, Alex. No me dejes. No seré pesado. Te lo juro.

Las lágrimas me nublan la vista y no soy capaz de decir nada, sólo de abrazarle. Patrick aparece entonces, apartando a Will de mi lado.

—Will, tienes que ser valiente. Alex te está diciendo la verdad. No podemos hacer nada hasta que se tramiten los papeles y, mientras eso pasa, no puedes estar aquí. Es la ley.

—¡Patrick, me lo prometiste, me dijiste que cuidarías siempre de Alex y de mí!

—Lo sentimos, pero tengo que llevármelo... —dice la mujer.

—¡No! —grita, intentando agarrarse a mí. Entonces Patrick le detiene y le agarra en volandas, mientras Will forcejea con fuerza para que le deje ir—. ¡Suéltame! ¡Déjame ir!

—¡Patrick, por favor! —grito entonces—. ¡Le vas a hacer daño! ¡Está asustado!

Pero él no me escucha y se acerca al tipo, al que le tiende a Will. Este le agarra por los brazos con fuerza, impidiendo que se retuerza, como si le hubiera puesto una camisa de fuerza.

—Esta es la dirección de la casa de acogida —le dice la mujer, tendiéndole una tarjeta—. Pueden visitarle llamando antes a este número de teléfono.

—¿Tenemos que pedir cita para verle?! —grito, totalmente fuera de mí, mirándolos de forma acusadora a los tres, incluido Patrick.

—¡Te odio, Patrick! ¡Te odio! ¡Eres un mentiroso! ¡Decías que querías cuidar de mí, pero ahora me doy cuenta de que sólo quieres cuidar de Alex porque te gusta y yo te molesto! —le grita Will—. ¡¿Pero sabes qué?! ¡Que yo tampoco te quiero! ¡Quiero quedarme con Alex, pero a ti no te quiero ver más en mi vida!

Se empiezan a alejar hacia la puerta, mientras Will extiende los brazos hacia mí. Patrick, con la vista fija en el suelo, me cierra el paso, impidiéndome pasar y facilitando así que se lo lleven.

Segundos después, la puerta se cierra y los gritos de Will solo se escuchan a lo lejos. Sollozo sin control y, alejándome de Patrick, me dejo caer en el sofá, tapándome la cara con las manos. Cuando vuelvo a levantar la cabeza, varios minutos después, Patrick sigue inmóvil en el mismo sitio, con la vista fija en el suelo.

—Alex, yo...

—¡Calla! ¡No...! ¡No quiero que estés aquí! ¡No le entiendes! —le grito de repente, alzando la mano para intentar poner una barrera entre los dos—. ¡No entiendes lo asustado que está!

—Lo siento... —susurra él finalmente.

Se acerca para dejar sobre el reposabrazos del sofá la tarjeta que le ha dado la asistente social y luego, sin decir nada más, se va.

# Capítulo Once

Mis días de permiso se acabaron y la rutina me ayuda a no pensar en lo que tuve y me arrebataron.

Como cada mañana, me arrastro hasta la ducha y dejo correr el agua por mi cuerpo. Esta noche, tampoco he sido capaz de pegar ojo, preocupada por Will, triste por lo sucedido, cabreada con Patrick por cómo reaccionó... y sintiéndome muy sola de nuevo, sin ninguno de los dos a mi lado.

Me tomo el café rodeada de un completo silencio que me aplasta. El mismo que se instaló en mi casa desde que apartaron a Will de mi lado.

Es curioso lo rápido que me acostumbré a la presencia de ambos en esta casa. De repente, me vi rodeada de sus risas, de sus conversaciones, avasallada por las miles de preguntas curiosas de Will, acompañada siempre por la mirada azul de Patrick...

Y ahora no me queda nada de eso...

Vivo sin ganas, como apuntó Joey hace un par de días, cuando me vino a ver y me encontró tirada en el sofá, con una camiseta manchada de chocolate, el pelo despeinado y una caja de pizza en el suelo. No me molesté en contradecirle.

Lo único que he hecho estos días a conciencia fue rellenar los papeles de adopción de Will. Creo que para lanzar un cohete de la NASA al espacio se necesita menos papeleo, pero no me rendí, e incluso añadí una carta manuscrita explicando los motivos por los que creo que Will debe vivir conmigo. Cuando los entregué, incluso me vestí para la ocasión. Quise lucir un aspecto de institutriz juvenil, alguien capaz de ser recta y responsable, pero con la juventud suficiente como para poder aguantarle el ritmo a un niño. Mi plan no resultó salir como yo imaginaba...

—Espero haber rellenado todo bien... —dije, nada más sentarme en la silla, intentando llamar la atención de la funcionaria de turno.

—La llamarán si creen que no es así —me contestó, cogiendo el sobre y poniéndolo sobre una de las pilas que reposaban sobre su mesa.

—Incluso he incluido algo más... a título personal...

—Ajá.

—A modo de información adicional... ya sabe.

—Muy bien —contestó, aún sin levantar la cabeza.

—Como esas escenas añadidas al final de algunas películas. —En ese

momento, se escuchó el pitido que indicaba el cambio de turno, y enseguida se plantó a mi lado un tipo trajeado con un maletín en la mano. Le miré, pero decidí ignorarle y seguir hablándole a la mujer—. Soy consciente de que es más difícil que le den la custodia de un niño a una mujer soltera... Me he estado documentando... Quizá mi nivel de ingresos no es... bueno... no soy rica, pero puedo cuidar de él.

—Si me disculpa... —dijo el tipo del maletín, haciendo un gesto con su mano para que le cediera el asiento.

—Un momento... No he acabado —dije, justo antes de volver a hablarle a la mujer—. Y tengo un trabajo liberal, así que puedo estar en casa si se pusiera enfermo, por ejemplo. Todo eso es lo que he escrito en esa carta.

—Ajá...

—Pero... ¿Ni siquiera va a abrir el sobre y echar un vistazo a todo? —le pregunté, ya algo desesperada.

—No es mi trabajo.

—Pero...

—Un asistente social se pondrá en contacto con usted en unos días.

—¿Cuántos días son unos días? —La mujer me miró por fin, aunque solo para encogerse de hombros—. Días pueden ser días, o semanas... Meses, incluso.

—Soy consciente de ello.

—Señora, su turno ha acabado... —insistió el tipo trajeado.

—¡Y una mierda! ¡No pienso permitir que acabe mi turno sin que ella sepa algo de Will! ¡Necesito que sepa que no tiene a nadie más que a mí, así que no puede pasarse meses en una casa extraña!

—Señora, si no se calma, me veré obligada a llamar a seguridad.

—¡Me da igual! ¡Llamen a la policía, incluso! ¡Y de paso, pregunten por el detective de homicidios Joseph Mason! ¡Es mi hermano, por si se lo preguntan!

—Señora, cálmese... —intervino entonces otro tipo que apareció a mi lado de repente—. Aquí nadie va a cometer un asesinato, espero, así que no hará falta que llamemos ni a su hermano ni a nadie de la policía. Mi compañera se refería al guardia de seguridad de la puerta, pero, entre usted y yo, tampoco intimidado.

Por primera vez desde que entré, sentí que alguien era amable conmigo. No es que me fuera a solucionar nada, pero al menos me hablaba de forma comprensiva y sonreía. Consiguió calmarme en cuestión de segundos, pero

seguía sintiéndome totalmente derrotada y desanimada. Me levanté y arrastré los pies hasta la salida, totalmente derrumbada.

No entendí, y creo que nunca lo haré, cómo puede ser todo tan deshumanizado. Estamos hablando del futuro de un niño que está solo en el mundo, que solo me tiene a mí, y esa mujer se ha limitado a apartarle a un lado. Sin más. ¿Quién sabe si mi sobre no se traspapela, o no cae de la pila y acaba debajo de una de las mesas? Quizá incluso lo barra la brigada de limpieza y acabe todo en la basura...

Sí, así de pesimista estoy.



En la redacción, mi ánimo no ha mejorado demasiado, y me he limitado a teclear en el ordenador sin parar, transcribiendo las notas que había tomado para acabar uno de los reportajes que me asignaron. Es un artículo de opinión acerca del uso que se le debería dar a un edificio abandonado en el Bronx que ahora sirve de hogar para drogadictos. El ayuntamiento baraja desalojarles y tapiar el edificio mientras que la gente del barrio apuesta por convertirlo en un centro de desintoxicación. Algo así como, en lugar de echarles a la calle, les dejamos quedarse, pero si aceptan recibir ayuda. Y eso estoy haciendo, transcribiendo punto por punto la opinión que recabé de la gente del barrio, sin molestarme siquiera a preguntarme a mí misma qué opinión tengo de ello.

Llego a casa agotada y sin ganas de nada. Abro la nevera con la intención de prepararme algo para comer, pero acabo por coger una lata de Coca-Cola y tirarme en el sofá. Agarro el teléfono y, como cada día desde que se lo llevaron, llamo a la casa de acogida donde está Will, recibiendo una versión de la misma respuesta.

—Will no está receptivo... No quiere ver ni hablar con nadie... Dele su tiempo. Cambiará de opinión, se lo aseguro.

En el fondo, le entiendo. Yo tampoco estoy receptiva. Con nadie. Ni siquiera con Patrick, del que tampoco sé nada desde la misma noche que me quitaron a Will. Se marchó dolido y sé que soy yo la que tengo que dar el siguiente paso, pero, simplemente, me siento traicionada. Y sé que nada de esto dependía de él, pero... le necesitaba. Necesitaba que él gritara tanto como yo. Quería que estuviera furioso con el sistema y con todos. Quizá, si él hubiera opuesto resistencia, les habría costado más llevárselo. No entendí que mantuviera esa actitud tan tranquila, como si no le importara, como si le pareciera bien que se lo llevaran.

Pero esta vez estoy enfadada. Mucho. Incluso con Will. Así que, a pesar de que no quiere verme, me pongo en pie, cojo las llaves y salgo de casa dispuesta a ponerle remedio.

Me lleva casi una hora en metro llegar hasta Brighton Beach, al este de Brooklyn. Compruebo con la boca abierta que es un barrio de casas majestuosas y calles sin salida, muy cercano a la playa. Los jardines delanteros de las casas están llenos de bicicletas y juguetes varios. A simple vista, es un sitio ideal para criar a los niños... pero me quito esa idea de la cabeza rápidamente. Me planto frente a la enorme, blanca e impoluta casa. Tiene un porche precioso, con un balancín muy grande repleto de cojines, y un montón de farolillos con velas. Sobre el césped delantero cuento cinco bicicletas. Subo decidida los tres escalones del porche y llamo al timbre de forma insistente. Al rato, se abre la cortina de detrás de la puerta y alguien me mira a través del cristal de la puerta.

—Soy Alex Mason y vengo a ver a Will —digo, a pesar de que la puerta no se ha abierto aún.

Cuando lo hace, una mujer mayor aparece tras ella. Me mira, seguro que muy confundida, pero estoy decidida a verle, así que no quiero perder el tiempo.

—¿Dónde está Will?

—Arriba, en su habitación —me contesta, muy calmada.

—Pues... díglele que salga. Tengo que verle.

—Me temo que no va a ser posible. Conoce las reglas. Las citas tienen que concertarse con antelación, siempre y cuando el menor acceda a ellas...

—Pero yo necesito verle —insisto, un poco desesperada.

—Y él necesita su tiempo.

—¡Usted no puede impedir que le vea!

—En realidad, sí puedo.

—¡Will! ¡Will, soy Alex! —grito, poniéndome de puntillas para asegurarme de que me escuche. La mujer resopla, gesto que me pone muy nerviosa y me hace estallar del todo—. ¡Usted no se va a quedar con él! ¡No le conoce de nada!

—Will parece un chico muy listo. Y aunque sea solo un crío, tiene derecho a estar enfadado.

—¿Le ha contado por qué no quiere verme?

—No hace falta que me diga nada...

Resignada y abatida, dejo caer los brazos y agacho la cabeza.

—Venga —dice, tendiéndome una mano que, no sé bien por qué, agarro confiada y me dejo llevar.

Nos sentamos en el balancín, que se mece levemente. Cierro los ojos por unos segundos, abrazándome el cuerpo con ambos brazos.

—Él está bien, Alex. Es un niño muy listo. No ha hablado prácticamente nada aún, pero lo veo en sus ojos.

Cuando giro la cabeza para mirarla, veo que me mira sonriendo, así que, poco a poco, mi cabreo se va disipando.

—Lo es... —me descubro susurrando—. Es muy curioso. Siempre tiene algo que preguntar. No entendía que yo no sintiera curiosidad por algunas cosas inverosímiles que él se plantea.

—Estaré preparada, entonces.

—Hará bien... Siento... Siento lo de antes... —digo, señalando hacia la puerta con un gesto de la mano.

—No te preocupes. En realidad, me alegro mucho por Will. —Frunzo el ceño, confundida, pero Alice enseguida prosigue—: Es muy afortunado por tener a alguien que le quiera tanto como para luchar con tanto empeño por su custodia. Ojalá todos los niños de esta casa tuvieran la mitad de su suerte...

—¿Cuántos niños viven en esta casa?

—Ahora mismo, doce.

—¿Y...? ¿Los van a...? ¿Adoptar...?

Ella se encoge de hombros.

—¿Quién sabe? Desde luego, solo Will tiene a alguien tan... empeñado en darle una segunda oportunidad. —Agacho la cabeza y me miro las manos, que froto una contra la otra sobre mi regazo—. No quiero desanimarte, pero los trámites suelen ir muy lentos...

—Pero, ya he entregado los papeles, y me tienen que llamar para hacerme una entrevista...

—Lo sé... Y en esa entrevista evaluarán si tú y tu entorno sois aptos. Si podrías hacerte cargo de Will. Pero, aparte de eso, hay otros factores que se tienen muy en cuenta, como la unidad familiar. Se suele dar prioridad a las parejas...

—¿Por qué? No lo entiendo. Nadie puso en duda nunca que la madre de Will estuviera en condiciones de ser madre... y... ella era una yonky y... Joder... Siento ser tan cruel. Sé que no estoy siendo justa, pero...

Alice me coge la mano y me la aprieta, como si quisiera transmitirme que está de mi lado... que, de alguna forma, entiende mi postura.

—Ese crío me cambió la vida, Alice. Sé que es difícil de entender, porque, aunque siempre ha vivido en el apartamento de al lado, nunca entablamos conversación hasta hace unas pocas semanas, pero es así. Es como si le conociera de toda la vida y me siento con el deber de intentar devolverle toda la felicidad que él me ha regalado. Estoy segura de que no habrá nadie capaz de hacerle tan feliz como yo. Da igual que yo esté... sola, o... Lo que quiero decir es que tengo amor de sobra para Will.

—No pareces muy convencida cuando hablabas de estar sola... — insinúa, sonriéndome con picardía.

—Bueno... En realidad, no sé si lo estoy... O sea, no estoy sola en el mundo... Tengo a mi hermano y a mi madre, aunque esté lejos.

—Me refería a sentimentalmente hablando...

—Es complicado.

—Ya veo.

—No soy una desequilibrada, ¿sabe? Hasta hace unos meses, yo era más... normal, pero... de un tiempo a esta parte... Desde que le conocí a él, y luego a Will... En fin. Mejor debería callarme e irme para no estropear más las cosas.

—Créeme, no estás estropeando nada. Solo estás demostrándome que eres muy humana —afirma—. Les cojo mucho cariño a mis niños y me gusta conocer a las personas que quieren adoptarlos o acogerlos. Necesito saber que van a estar bien. Ya tenía muy buenas referencias de ti, y no se equivocaron.

Mientras intento digerir sus palabras, escuchamos un ruido procedente de la puerta y vemos a Will asomándose a ella. Me pongo en pie de un salto y me llevo las manos a la cara, muy emocionada.

—Hola, cariño... —digo, sollozando.

Alice se levanta también y se acerca a Will. Se agacha frente a él y le habla durante un rato, con mucho cariño, alisándole la camiseta, una que me parece no haberle visto nunca. Entonces ella se pone en pie de nuevo, me mira y esboza una sonrisa justo antes de meterse en su casa. Will se queda plantado fuera, mirándome indeciso, sin saber si acercarse o no.

—Te he echado de menos, Will. Ya sé cuál es mi planeta favorito: la Tierra, porque es donde estás tú.

Will corre entonces hacia mí y deja que le estreche entre mis brazos durante mucho rato. Al final, sin soltarle, me siento en el balancín y él, sentado en mi regazo, se apoya de lado en mi pecho.

—Estoy muy triste, Alex...



—Lo sé, cariño.

—He perdido a mi mamá, aunque, en realidad, yo ya sabía que se moriría. Y cuando parecía que había encontrado a la persona perfecta para quedarse conmigo y cuidarme, me traen aquí... Y esto está bien. Alice es muy buena, Charlie es muy divertido y me lleva y recoge del colegio, y juego mucho con los otros niños, pero... no es mi casa. Siento como si nada de esto fuera mío y...

—Lo sé, cariño. Te entiendo. Pero quiero que sepas que ya entregué los papeles y... ahora solo queda esperar.

—¿Es en serio? ¿No es una mentira?

—¡Claro que no!

Asiente muy serio, abrazándose a mí.

—Te he traído una cosa...

Abro mi bolso y le tiendo el sobre con las fotos que he revelado para él. La mayoría son de aquella tarde en el parque, cuando Patrick y yo no teníamos nada aún. Con ojos llorosos, las mira una a una, sonriendo a la vez, hasta que llega a mi favorita, una en la que salen él y Patrick, jugando al fútbol. Entonces, las guarda dentro del sobre, rápidamente, y sorbe por la nariz, intentando recomponerse.

—Oye, ¿y en el colegio qué tal? —le pregunto entonces, para intentar cambiar el tono de nuestra conversación.

—Bien. Ya sabían todos lo que le había pasado a mamá, y no he tenido que explicarlo.

—¿Y con... Patrick...? —me atrevo a preguntarle al cabo de un rato.

—No quiero hablar de él —me responde muy cortante, frunciendo el ceño incluso, demostrándome que sigue muy enfadado con él—. Me alegro de que no venga al cole.

—¿No...? Espera... ¿No va al colegio?

—No. No le veo desde ese día. Tenemos a una profesora sustituta que nos ha dicho que estará unos días sin venir. ¡Y me alegro! ¡Porque le odio!

—No digas eso, cariño... —le pido, acariciando su cabeza.

—No quiere que viva contigo. Te quiere solo para él, y yo le sobro.

—Eso no es verdad, Will... Yo tampoco le veo desde ese día.

Will se despega de mí unos centímetros y me mira frunciendo el ceño. Se humedece los labios unas cuantas veces, hasta que, cada vez menos convencido, vuelve a hablar:

—Pero... estoy aquí por su culpa. Él impidió que me quedara contigo.

—En el fondo, sabes que eso no es cierto. Estás aquí porque tiene que ser así. Créeme, a mí también me ha costado mucho entenderlo y, en cierto modo, también lo pagué con él, y ahora me doy cuenta de que fui muy injusta.

Dejo la mirada perdida en el horizonte, de repente dándome cuenta de lo realmente injusta que fui. Le grité y pagué mi frustración con él, culpándole de la situación. Y me odio por ello.

—¿Le echas de menos? —Le miro fijamente, valorando mi respuesta hasta que en mi rostro se dibuja una sonrisa rota y él se responde a sí mismo —. Sí le echas de menos... Te gusta... Realmente te gusta...

Se me empiezan a escapar algunas lágrimas, así que, mirando al techo, vuelvo a acercarle a mí y le abrazo mientras nos mecemos en el balancín.

—Seguro que él también te echa mucho de menos. A él le gustas un montón —le escucho decir—. Lo sé. Se lo noté, igual que te lo noté a ti. No quiero que os enfadéis por mi culpa...

—No es tu culpa, Will. Nada de esto lo es.



Ir a ver a Will se ha convertido en una rutina que cumplo cada tarde desde hace un par de semanas. Tiempo durante el cual me ha dado tiempo a conocer un poquito más a Alice y Charlie, y saber de primera mano la gran labor que hacen con estos niños. Tardes en las que he podido disfrutar de Will y ayudarle a hacer los deberes, salir a pasear por la playa o jugar en el jardín.

Es cierto que mi vida durante este tiempo se ha resumido en trabajar por las mañanas y estar con Will por las tardes, pero no me importa.

No sé nada de Patrick, aunque tampoco se puede decir que haya hecho algo para remediarlo. Aún está de permiso en el colegio, según me ha dicho Will. Podría enviarle un mensaje al móvil, o llamarle, en un arrebato de valentía, pero mi ego no me lo ha permitido.

Agotada, dejo resbalar mi bolso del hombro hasta que cae al suelo. Me recojo el pelo en una cola alta, aunque no muy lograda, me quito la ropa, dejándola tirada en el suelo de mi dormitorio y me pongo mi “disfraz de vagabunda”, como dice Joey, lo que viene a ser mi opción para estar cómoda en casa. En ese momento, alguien llama a la puerta.

—¿Sí? —digo.

—¿Señorita Mason?

—Sí —contesto, echando un vistazo por la mirilla.

—Venimos de servicios sociales a hacerle la entrevista personal y a ver

el apartamento.

—Sí. Sí. Claro.

Doy una vuelta sobre mí misma, aterrada al ver el estado deplorable del piso. Desesperada, entro en la cocina y tiro a la basura unos cuantos envases de fideos chinos del restaurante de la esquina, justo en el momento en el que vuelve a sonar el timbre y me veo obligada a abrir la puerta.

—Hola —me saluda nada más verme, tendiéndome una mano, que estrecho segundos después—. Soy Amanda Harris y él es Howard Conrad, el psicólogo.

—Siento... Acabo de llegar... No sabía que iban a venir y...

—De eso se trata. Si le parece, charlamos un poco y luego vemos el apartamento. ¿Dónde nos sentamos? —Miro alrededor, confundida, como si no viviera en el piso y no supiera qué responder, así que ella toma la iniciativa—. ¿En el sofá está bien?

—Sí... Sí, claro...

Mientras nos acercamos, ellos sortean mi bolso, que sigue en el suelo y que yo recojo de forma apresurada, escondiéndolo detrás del sofá al sentarme.

—De acuerdo... —Abre una carpeta, escribe algo en un papel con aspecto de formulario y, antes de que yo pueda leer nada, la cierra y me mira—. ¿Qué le ha motivado a solicitar la adopción de William?

—Eh... Pues... —Reconozco que la pregunta me ha pillado de sorpresa—. No sé... —Si no espabilo, esto va a durar bien poco y perderé a Will para siempre—. Le necesito. Sé que puede parecer algo egoísta, pero desde que Will está en mi vida, soy feliz de verdad. Junto a él me han pasado la mayoría de las cosas buenas. Él me ha devuelto las ganas de vivir...

—¿Acaso ha pasado por un periodo de depresión?

—No, no, no... No me malinterpreten. Antes, mi vida se centraba solo en trabajar, pero gracias a él empecé a vivir más... a salir, a divertirme... De repente, tenía algo más que hacer...

—Entiendo.

Los dos escriben algo en sus respectivos cuadernos, y eso me pone muy nerviosa. ¿Habré respondido lo correcto?

—Creo que yo necesito a Will más que él a mí, en realidad —me descubro confesando.

Y es la verdad. Creo fervientemente en ello. Por mucho que él gritara que me necesitaba, llorando desconsolado, yo le necesito más.

—¿Cómo describiría su relación con su madre y su hermano? ¿Con qué

frecuencia se ven? ¿Cómo vivió la marcha de su padre? ¿Cuántos amigos tiene?

Las preguntas personales se sucedían sin cesar. Quizá fueron las más difíciles de responder, porque cuando mi padre nos abandonó fue un momento traumático tanto para mi hermano como para mí, y desde entonces, la relación con mi madre se resintió. También me preguntaron por la educación que recibí, los castigos, o si había sido objeto de malos tratos.

Con las preguntas acerca de mi profesión y situación económica, me sentí algo más cómoda, aunque ninguno de los dos dejó de tomar notas con expresión indescifrable.

Luego se sucedieron una serie de preguntas incómodas acerca de mis relaciones sentimentales. Ellos ya sabían que soy soltera y se aseguraron de que fuera consciente de la dificultad que representaba intentar adoptar a un crío en solitario. Luego me preguntaron si había tenido pareja formal en alguna ocasión, o si, por el contrario, era muy promiscua.

En total fueron cerca de dos horas agotadoras, que luego culminaron con la temida visita guiada por mi apartamento. No dejé de disculparme por el desorden, achacando que pasaba todas las tardes con Will haciéndole compañía en la casa de acogida. No sé si mis excusas les convencieron, pero yo me esforcé al máximo en hacerles ver que estaba preparada para hacerle un sitio a Will en mi casa y en mi vida.



Incapaz de pegar ojo, estoy tirada en el sofá con una copa de vino en la mano. Tengo la sensación de haberla cagado tanto en la entrevista, que no puedo parar de llorar. Imagino la decepción que se llevará Will cuando sepa que no soy apta...

—¿A quién pretendías engañar? —me descubro interrogándome a mí misma mientras me sirvo otra copa de vino—. ¿Quién en su sano juicio pensaría que estás capacitada para hacerte cargo de la vida de un niño? Si ni siquiera eres capaz de cuidar de ti misma... Mira este sitio... Está desordenado, y... en lugar de tener una mesa de comedor decente como existe en todas las casas, te gastaste el dinero en ese tocadiscos. ¿Cómo pretendes que coma Will? ¿Y la nevera? —digo, abriéndola para mirar el interior—. Un brick de leche a punto de caducar, refrescos, tres tabletas de chocolate... y ni una triste lechuga. No me extraña que Patrick haya huido en cuanto ha tenido la oportunidad...

Me quedo callada de golpe, consternada por las palabras que yo misma me estoy dedicando. Me sirvo la tercera copa de vino en pocos minutos, acabando con la botella.

—Patrick no huyó... —susurro, como si intentara replicar mis propias palabras—. Él... A él le gusto. Lo dice Will.

Entonces, en un arrebato de locura, decido demostrarme a mí misma que puedo ser una persona madura y hago lo que debería haber hecho hace varias semanas. Me llevo el teléfono a la oreja y escucho sucederse los tonos de llamada. No debe tener el teléfono cerca, porque no parece oírlo, pienso, hasta que me doy cuenta de que son las dos de la madrugada y cuelgo rápidamente.

—¿Ves? Ya te estás cagando de miedo...

No. No tengo miedo. Es solo que no son horas para llamarle...

—Gallina. —Chasqueo la lengua y, aún con el teléfono en la mano, maldigo mientras le escribo un mensaje—. Mierda. Joder...

**“Hola, Patrick. Soy Alex. No sé si has borrado mi número, así que creo necesario recordarte quien soy. Soy esa a la que abandonaste, y desde entonces todo me ha salido mal. Ni siquiera tengo lechuga en la nevera”**

Envío el mensaje sin releerlo y sin pensar, pero entonces me doy cuenta de que mi mensaje puede que no tenga ningún sentido, y le escribo otro.

**“Yo de nuevo. Te escribo solo para demostrarme a mí misma que soy madura y que llevo el timón de mi vida”**

—Esto no está saliendo como yo esperaba... —digo después de leer el segundo mensaje. Encuentro otra botella de vino, la abro y me sirvo otra copa—. ¿Desde cuándo tengo tantas botellas de vino en casa?

**“También quiero decirte que voy a ver a Will cada tarde. Para tu información, porque sé que no le has visto desde esa tarde, está bien. Ya está. Ya no te escribiré más. No hace falta que me contestes. Ahora sí, si no lo has hecho ya, puedes borrar mi número”**

Chasqueo la lengua, que siento rasposa a causa del vino, y me seco la comisura de los labios. Leo una y otra vez el mensaje, esta vez satisfecha con mis palabras, con mi decisión y mi valentía. Aunque una parte de mí no lo está del todo, y vuelvo a teclear de nuevo como una loca.

**“En realidad, sí que me gustaría que me dijeras algo, a quién quiero engañar. Me gustaría que me dijeras que soy lo mejor que te ha pasado en mucho tiempo. Y que me echas de menos porque llevas días sin verme y**

**antes no podías estar siquiera unas horas separado de mí. Porque eso es exactamente lo que yo siento. Porque te quiero. Ya lo he dicho. Te quiero. Toma ya. Ahora ya puedes salir huyendo con motivo”**

Poco después de ese mensaje, el alcohol hace mella en mí y caigo redonda en la cama.



Mi teléfono vibra sobre la mesita de noche mientras la sintonía martillea mi cabeza. Intento acallarla tapándome la cabeza con la almohada, pero, quien sea, no se da por vencido. Finalmente, estiro una mano y, a tientas, cuelgo la llamada.

Las llamadas.

Las seis.



Ruido.

Golpes.

Me desvelo poco a poco y, cuando consigo ser consciente de dónde estoy y centrar mis sentidos, escucho el timbre y unos golpes en la puerta. La almohada tampoco consigue amortiguar el ruido, y esta vez no puedo, simplemente, alargar la mano, así que, a trompicones y apoyando las manos en las paredes, llego al salón. Al encender la luz, tengo que taparme los ojos para intentar calmar el dolor de cabeza.

—Mierda de resaca... —susurro, justo antes de llegar a la puerta—.  
¿Quién es?

—Yo.

Su voz consigue despertarme de golpe. Antes de abrir, me acerco al espejo y, en un intento inútil por acicalarme un poco, me peino el pelo con las manos. Recién levantada doy miedo, imaginaos con resaca...

Cuando abro la puerta me quedo sin respiración. Como si se tratara de uno de mis sueños, Patrick aparece frente a mí totalmente empapado. El pelo le gotea y se peina hacia atrás con una mano. Tiene la camiseta completamente pegada al cuerpo, marcándole todos los músculos, como si de una segunda piel se tratara. Lleva en la mano el móvil y parece nervioso, aunque no creo que más que yo.

—¿Está lloviendo...? Qué pregunta más tonta... Claro que debe estar

lloviendo, si no, no te presentaría de esta manera en mi casa. ¿No tienes paraguas...? ¿Qué estoy diciendo...? Pasa —le pido, apartándome a un lado para que pase.

Cuando me hace caso, cierro la puerta y apoyo la espalda en ella, expectante.

—¿Me quieres? —me pregunta de sopetón, con la cabeza agachada.

—¿Cómo? Ah... Por el mensaje, lo dices... Me tomé unas copas de vino y se me soltó la lengua... —digo, riendo de forma nerviosa, hasta que su voz me deja muda de nuevo.

—¿Me quieres? —repite, levantando poco a poco la cabeza hasta mirarme directamente a los ojos.

Y entonces sé que estoy perdida. Ese color azul me hipnotiza de inmediato, haciéndome incapaz de racionalizar.

—Joder... Soy una bocazas, o estoy así de loca. Quiero que sepas que entiendo que te fueras y eso, pero sí, te quiero. No lo puedo evitar. Te quiero y estoy completamente enamorada.

—Entonces, ¿en qué quedamos? ¿Me quieres o me odias?

—Esa noche no sentía lo que dije. Hoy sí.

Entonces se abalanza sobre mí y, cogiéndome la cara con ambas manos, empieza a besarme lentamente. Sin ser consciente del todo, empezamos a movernos por la habitación, chocando con los pocos muebles que hay, hasta que damos con el sofá y él me recuesta con delicadeza.

—¿Estás sola? —me pregunta, casi sin despegar sus labios de los míos —. ¿Esperas a alguien?

—Pues claro que estoy sola y no espero a nadie.

Se separa de mí y se da la vuelta, corriendo hacia la puerta principal, y pone el pestillo.

—Por si acaso. No quiero interrupciones —dice, justo antes de acercarse de nuevo a mí.

Lo hace lentamente, con su manera de caminar sexy, sin dejar de mirarme a los ojos. Se tumba sobre mí y me acaricia los brazos con la nariz, besándome a la vez, hasta llegar al cuello. Me muerde el lóbulo de la oreja, obligándome a echar la cabeza hacia atrás.

Al dejar de sentir sus labios durante unos segundos, abro los ojos y entonces le veo quitarse la camiseta, lanzándola a un lado.

—¿Dónde has estado? —le pregunto entonces.

Me mira muy serio, justo antes de volver a inclinarse sobre mí.

—Echándote de menos... Yo también te quiero...



## Capítulo Doce

Abro los ojos, acostumbrándome poco a poco a la luz que entra por la ventana. Empiezo a recuperar la conciencia y la memoria. Lo de ayer no fue un sueño, ¿verdad? No, no lo fue. Este brazo que rodea mi cintura, el torso desnudo contra mi espalda, su pierna enredada entre las mías o su aliento haciendo cosquillas en mi cuello, son prueba de ello.

Me giro lentamente, intentando no despertarle. Permanece en la misma postura, así que puedo verle dormir. Es, simplemente, perfecto, con sus rasgos marcados y esa barbita de varios días. Bajo la vista, levantando un poco la sábana, relamiéndome en silencio. No me culpéis, llevaba meses observándole de lejos, soñando con su cuerpo sudoroso, y anoche le tenía encima de mí. Y debajo. Y a mi lado.

Ayer, en mitad de nuestro... escarceo amoroso, me dijo que me quería. No lo imaginé, estoy segura de ello. ¿Fue un acto reflejo, producto del calentón del momento, o realmente lo siente?

Me gustaría tocarle el pecho y cada uno de los músculos, pero se le ve tan relajado... A la mierda, es mío y haré con él lo que quiera. Así que mi mano cobra vida propia y empiezo a dibujar una línea imaginaria, pasando de sus hombros hasta el cuello, bajando por el pecho y acabando por todos y cada uno de sus abdominales marcados. Acercó la nariz a su pecho para que su olor corporal me invada por completo. Cuando reposo mi mano en su cintura, se remueve y abre la boca levemente. Tengo que besarle. No me puedo resistir. Al principio, no me lo devuelve, pero pasados unos segundos, abre un ojo y, sonriendo de medio lado, me agarra por la nuca e introduce su lengua en mi boca. Después de unos maravillosos minutos, se separa de mí, dejándome los labios enrojecidos. Los acaricia con el pulgar y yo aprovecho para metérmelo en la boca, chupándoselo provocativamente.

—Buenos días a ti también —dice entonces, sonriendo.

—Hola —contesto—. ¿Has dormido bien?

—Ni te lo imaginas.

—Necesito una ducha. ¿Haces café? La cafetera está al lado del microondas.

—¿Y me dejas así? —me pregunta, echando rápidos vistazos a su entrepierna.

—No me creo que tengas tan poco autocontrol... —le contesto mientras

me levanto de la cama y, desnuda y contoneándome de forma algo exagerada, camino hacia el baño.

No es mi estilo ser así. De hecho, creo que nunca me las he dado de provocadora, pero ahora sí. Me apetece y, por lo que puedo comprobar, funciona.

Abro el grifo del agua y, mientras espero a que salga caliente, enciendo el reproductor de música. Cuando me coloco bajo el chorro, paso mis manos por el pelo, peinándomelo hacia atrás, y empiezo a tararear las canciones, hasta que acabo cantándolas a pleno pulmón pocos minutos después.

Estoy a punto de finalizar una de mis actuaciones más memorables cuando se abre la mampara. Al girarme, encuentro a Patrick mirándome fijamente a los ojos. Se acerca a mí, quedándose justo bajo el chorro de agua. Toda la escena en conjunto parece sacada de uno de esos anuncios de colonia en los que un tipo se tira desde un acantilado y nada desnudo hasta la modelo protagonista. Pues bien, no tengo acantilado, pero sí a un tío sexy desnudo dentro de mi ducha y no, no soy modelo ni mucho menos, pero, por primera vez en mi vida, soy la protagonista.

Patrick me agarra por la cintura y me acerca a él, con firmeza, mirándome muy serio. Me besa con rudeza, como si realmente me necesitara. Producto de su pasión, la cabeza me da vueltas y mis rodillas empiezan a flaquear, así que me rindo a él.

Da un par de pasos, obligándome a mí a retroceder hasta que mi espalda toca contra la pared de frías baldosas, haciéndome estremecer. Atrapa mis manos contra la pared, a ambos lados de mi cuerpo. El contraste entre la fría pared de la ducha y su cuerpo caliente y mojado contra el mío es maravilloso y excitante.

Siento sus labios y sus dientes en mi cuello y luego en los hombros, trazando un camino que está siendo mi perdición, hasta que, de repente, siento mucho frío. Descolocada, abro los ojos y me encuentro sola en la ducha mientras él, totalmente empapado, guiñándome un ojo y con una sonrisa de suficiencia en la cara, se aleja con una toalla en las manos.

—¿Perdona?! ¿A dónde te piensas que vas?!

—A prepararte un café, como me has pedido.

—¿Ni se te ocurra salir por esa puerta! —le amenazo.

—¿Por qué? ¿En qué quedamos, quieres un café o no?

—¿Y me dejas así?!

—Espera... ¿cómo era la frase? No me creo que tengas tan poco

autocontrol...

Y, sin más, sale del baño, dejándome con cara de tonta.

—Me lo tengo bien empleado, por ir de lista —pienso.

Sin molestarme siquiera a taparme con el albornoz, con las gotas resbalando por mi cuerpo, salgo del baño a toda prisa hasta darle alcance en el dormitorio, donde parece con intención de vestirse. Le doy la vuelta, agarrándole por los hombros y le empujo de espaldas sobre la cama. Me siento a horcajadas y me inclino sobre él, dejando que mi pelo mojado caiga a ambos lados de su cara.

—Me da la sensación de que tienes otros planes para mí...

Sin contestarle, le quito las gafas y las dejo con cuidado sobre la mesita de noche. Le tengo a mi merced, él lo sabe y no opone ninguna resistencia. Me humedezco los labios y mientras le miro de arriba abajo, mordiéndome el labio de pura lujuria. Quiero morderle y no puedo resistirme, así que, sin pensármelo demasiado, siguiendo mis instintos más primitivos, le doy un pequeño mordisco en el mentón, gesto que repito luego con su labio inferior.



Exhaustos y resoplando, nos estiramos boca arriba en la cama. Nuestras respiraciones son aceleradas, y estamos bañados en sudor, pero, aún así, sonreímos de oreja a oreja. Ruedo hasta quedar estirada de lado, apoyando la barbilla en su pecho. Poso la palma de la mano sobre su corazón, sintiendo sus frenéticos latidos.

—Ahora ya puedes ir a hacerme un café —le digo al cabo de un rato, cuando recupero el aliento.

—Sus deseos son órdenes, señora.

—Y yo, mientras tanto, me voy a duchar. Otra vez.

Lo hago sin poder borrar la sonrisa de mis labios, hasta que huelo el inconfundible aroma de café recién hecho, y corro a su encuentro. Me visto con lo primero que encuentro en el armario, sin secarme el pelo, y cuando llego a la cocina, me siento en uno de los taburetes. Coloca una taza frente a mí y, con la suya en la mano, se sienta a mi lado. Me mira y enseguida agacha la cabeza, sonriendo con timidez. El Patrick apasionado de hace unos minutos me encanta, pero su lado más tierno, su faceta más tímida, me tiene robado el corazón.

—Siento lo que pasó, Patrick.

—Yo también.

—Me refiero a lo de gritarte, y eso... Pagué contigo mi frustración.

—Tranquila. No pasa nada.

—No siento nada de lo que dije, ¿sabes? No te odio.

—Creo que me lo has dejado algo claro esta noche...

Ambos sonreímos, zanjando el tema. Se acerca a mí y me da un beso corto en los labios.

—Seguro que Will tampoco hablaba en serio. Él sentía que...

—Le fallé, Alex —me corta—. Confió en mí, y yo no estuve a la altura de sus expectativas. No fui capaz de hacer que fuera lo menos traumático posible para él.

—Pero no podías hacer nada...

—Pero le hice creer que sí. Me equivoqué al asegurarle que no permitiría que sufriese más, porque hay factores que no podemos controlar. A los niños no se les puede engañar.

—¿Y por eso no has ido al colegio?

—He estado... pensando mucho. Necesitaba un tiempo para... digerir lo que pasó. De repente, me di cuenta de que os había perdido a los dos y me sentí derrotado. Pero he aprovechado para hablar con gente que conozco, mover algunos hilos para intentar agilizar algo los trámites de su adopción e intentar averiguar cómo va. No sé si ha servido de algo, aunque tengo entendido que ya vinieron a hacerte la entrevista y a ver el apartamento, ¿no?

—Oh, sí... Por Dios... —digo, tapándome la cara con ambas manos—. No me lo recuerdes... Creo que la cagué mucho, Patrick.

—Seguro que no fue tan mal.

—Parecían dos agentes de la Gestapo, interrogándome e inspeccionando el piso.

—Es su trabajo. Y tienen que ser concienzudos. De su decisión dependerá el bienestar de un niño que, por regla general, ya ha sufrido demasiado como para llevarse otra decepción.

—¡Miraron incluso dentro del frigorífico!

—¡Ahora lo entiendo! —dice, riendo a carcajadas, mientras yo le miro muy seria, con una ceja levantada—. ¡Por eso me escribiste algo de una lechuga...!

—¡Santo Dios! ¿Hice eso? Juro que no volveré a beberme una botella de vino yo sola.

—No pasa nada por no tener lechuga. Creo que miran por si hubiera cantidades indecentes de alcohol... o cabezas humanas en el congelador.

—¡Venga ya! ¿En serio ha pasado eso alguna vez? —pregunto, pero entonces a él se le escapa la risa, y le doy un manotazo en el brazo—. Ojalá tengas razón. Además, no tenía lechuga, pero sí varias tabletas de chocolate, y a los niños les encanta el chocolate. Eso sí debe de contar, ¿no?

—Ni la lechuga resta puntos, ni el chocolate los suma —aclara, llevándose el vaso a los labios y apurando su café.

—Patrick. —Cuando me mira, prosigo—. Gracias por todo lo que estás haciendo. Y no te preocupes por Will, se le pasará. Es imposible odiarte durante mucho tiempo.

Se gira hacia mí y me mira levantando una ceja mientras yo le guiño un ojo.

—Es un consuelo. Entonces, ¿cómo le va a Will en la casa de acogida?

—No se puede quejar. Está súper bien cuidado. Al principio le costó adaptarse, y no salía de su habitación ni hablaba con nadie. Estuve llamando todos los días, y siempre recibía la misma respuesta: que Will no quería ver a nadie. Hasta que una tarde me planté allí. Estuve charlando con Alice, la señora que lleva la casa. Me cayó bien. De hecho, creo que es fantástica. —Acabo confesando—. A Will también le cae muy bien. Ya sabes cómo es, y cuando se le pasó el cabreo y empezó a socializar con el mundo de nuevo, enseguida se la metió en el bolsillo.

—Genial... —contesta, sonriendo sin despegar los labios, con la mirada perdida en algún punto del salón—. Me alegro mucho por él. Y por ti. Que ella te guste, es un alivio y una tranquilidad.

—Sí. El primer día no llegué muy receptiva, y no me apetecía hablar con esa mujer que me había robado a mi niño. Sé que no es estrictamente así, pero ¿qué quieres? Estaba cabreada con todo el mundo. Pero entonces, dijo que les cogía tanto cariño a esos niños, que le gustaba conocer en profundidad a las personas que tenían intención de adoptarles, aunque eso no fuera asunto suyo en realidad, porque eso es trabajo de la gente de servicios sociales. Me dio la impresión de que se preocupa por esos niños, que no los acoge sin más, como si su casa fuera un hotel. ¿Y sabes qué? Creo que yo también le caigo bien. O sea, si le pidieran opinión a ella, creo que hablaría en mi favor.

—Ah, ¿sí? ¿Y... qué le dijiste para que te diera su beneplácito?

—Bueno, no lo sé... Es más, una sensación. Presiento que le caigo bien. No para de recordarme que tengo que tener paciencia, y también me ha advertido que suelen dar prioridad a las parejas antes que a personas solteras... Supongo que piensan que es más fácil cuidar a un niño entre dos

personas que siendo solo uno.

—Cierto, aunque no es una norma escrita.

—Lo sé, pero también me lo advirtieron cuando vinieron a hacerme la entrevista. Y tanto a unos como a otros les respondí lo mismo: que Will me ha cambiado la vida y que no quiero separarme de él, que se lo debo por haberme hecho tan feliz y ahora quiero hacerle feliz yo a él.

—No me extraña que le cayeras bien —dice poniéndose en pie y colocándose entre mis piernas.

—Lo sé. Tengo un encanto irresistible. Además, Alice también me dijo que le habían dado buenas referencias de mí. No sé quién ha podido ser, pero todo lo que sume, mejor para mí. Además, aunque no se lo dijo a ninguno de ellos, también tengo otras cosas que agradecerle a Will: haber conocido a cierto profesor sexy...

Pongo mis brazos alrededor del cuello de Patrick y él me rodea con los suyos por la cintura.

—Así que soy sexy, ¿eh? Lo tendré en cuenta.

—Como si no lo supieras.

—¿Lo dices por la cola de mujeres que tengo apostadas cada día en la puerta del colegio, esperándome?

—Patrick, quizá tú no seas consciente de ello, pero las madres del cole te miran mucho...

—¡Venga ya!

—Y ciertas profesoras, también.

—¿Profesoras? —Con el ceño fruncido, piensa durante unos segundos —. ¿Te refieres a Claire?

—No sé cómo se llama la rubia buscona.

—¿Rubia buscona?

—¿Rubia, seguro que, teñida, alta porque lleva unos tacones de diez centímetros y tan estirada que viste con un traje chaqueta con falda de tubo que la hace parecer una pija a la vez que una cincuentona?

—Eh... Supongo, pero ella no...

—Pues entonces sí, es la rubia buscona.

—¿Estás celosa?

—No lo sé. ¿Existe algún motivo para estarlo?

—¡No! Claire es muy simpática, pero no me atrae.

—Pues el otro día, parecías muy interesado en ella.

—Tú dirás. Es la directora del colegio, no una profesora. O sea, lo que

viene siendo mi jefa.

—Pues te mira como si te estuviera desnudando —insisto, aunque tengo que reconocer que me estoy quedando sin argumentos.

—Que me mire como quiera. Yo sólo tengo ojos para ti. —Y así, sin más, zanja el tema y mis celos se esfuman de un plumazo. Me muerdo el labio inferior, agachando la cabeza—. ¿Contenta?

Me agarra en volandas y yo enrosco las piernas alrededor de su cintura y los brazos alrededor de su cuello. Camina sin rumbo por el salón, mirándome como si me adorase.

—Soy un tío con suerte —dice.

—La verdad es que sí —afirmo, mientras él prácticamente me lanza al sofá y, colocándose sobre mí, inmoviliza mis manos y empieza a hacerme cosquillas con su incipiente barba.



Detiene el coche delante de la casa.

—Es ahí —le informo—. ¿A que el barrio es precioso?

—Sí.

—¿No te parece un sitio perfecto para vivir?

—Supongo —contesta, mirando la fachada de la casa.

—¿Seguro que no quieres venir conmigo?

—Seguro. A partir de mañana me tendrá que ver en clase, así que aquí, en esta casa, prefiero que pase contigo el máximo de tiempo posible. Yo aprovecharé para salir a correr, que lo he abandonado desde hace un tiempo.

Salgo del coche y le digo adiós con la mano, hasta que pone el coche en marcha y yo camino hasta la puerta.

—Hola, soy Alex. Vengo a ver a Will —saludo a la chica que me abre, a la cual no conozco aún.

—Claro, pasa. Está en la cocina, con mi madre —me informa, muy amable.

¿Con su madre? ¿Esta chica es hija de Alice? ¿Y vive en esta casa con ellos y todos los otros niños en acogida? ¿O es que acaso ella también está en acogida y la llama mamá?

No soy cotilla. Soy periodista. O, al menos, esa es la excusa que suelo poner.

Cuando entro en la cocina, me encuentro a Will subido en una silla, con un delantal puesto. Tiene un rodillo de madera en las manos, y está intentando

aplanar la masa que reposa sobre el mármol. Está tan concentrado, sacando la lengua a un lado, que ni se ha percatado de mi presencia, observándole desde el umbral de la puerta. Todo él está manchado de harina, incluso el pelo.

—¡Hola, querida! —me saluda Alice al verme.

—¡Hola, Alex! ¡Mira lo que estamos haciendo! —me saluda entonces Will, intentando quitarse un pegote de masa que se le ha quedado pegada a los dedos—. ¡Son galletas! Bueno, lo serán. Ahora es una masa que se empeña en pegarse en mis dedos.

—¡Hola! Ya veo... Espero que me dejéis probarlas cuando estén hechas.

—Te daremos para que te lleves a casa, ¿verdad, Alice?

—Claro que sí. De aquí saldrán muchas galletas.

Alice ayuda un poco a Will a extender la masa y él sigue sus instrucciones atento, con sus ojos curiosos, ávidos de conocer el mundo que le rodea. Le miro sonriendo, orgullosísima de él y de cómo está afrontando todo lo que le está pasando.

—Te veo muy contenta hoy... —dice Alice, de repente a mi lado, mirándome con curiosidad.

—¿Eh? Ah, ¿sí? Pues no sé...

—Ya está, Alice. ¿Ya puedo hacer las galletas con las formas de letra?

Alice se acerca de nuevo a Will y le explica cómo hacer las formas, y cuando cree que le puede dejar solo, prepara café y, sin preguntarme siquiera, me sirve una taza. Nos sentamos en la mesa de la cocina.

—Ya parece el Will de siempre... —comento, mirándole.

—Sí. Está resultando ser un niño muy hablador... y curioso.

—¡Dímelo a mí! La de reprimendas que me he llevado cuando no tenía respuesta a algunas de sus preguntas. ¡Me decía que no sabía cómo podía ir por la vida sin saber esas cosas!

Reímos con complicidad, hasta que, aprovechando un momento de silencio, me atrevo a preguntarle por la chica que me ha abierto la puerta y luego se ha perdido escaleras arriba.

—Alice, la chica que me ha abierto la puerta...

—Megan.

—Se ha referido a ti como su madre.

—Ajá. Ella es mi hija pequeña.

—¿Y vive aquí, con todos?

—Bueno, es nuestra casa... —me contesta, divertida—. Mi marido y yo soñábamos con tener muchos hijos, pero me diagnosticaron un cáncer de



útero... Conseguí vencer la batalla, pero tuve que pagar un precio muy alto: el de no poder tener hijos.

—Lo siento... Debió ser muy duro.

—Solo al principio, hasta que nos dimos cuenta de que no todos los hijos tienen que ser biológicos. Descubrimos la cantidad de niños que esperan un hogar, y como vivíamos en esta casa tan grande, tomamos la decisión de acogerlos y ayudarles a tener un sitio estable y acogedor donde estar mientras esperaban a ser adoptados. Me enorgullezco de decir que todos los niños que han pasado por esta casa son parte de mi familia.

—¿Pero Megan, entonces...?

—Tenemos tres hijos adoptados y Megan es una de ellos. Los tres estuvieron con nosotros aquí, fueron uno de esos niños que acogimos, esperando a que alguien les adoptara, pero por una razón u otra, no tuvieron suerte, así que lo hicimos nosotros. A eso me refería cuando te comenté que ojalá todos los niños tuvieran la misma suerte que Will.

Asiento con la cabeza, muy atenta.

—¿Por qué... no... les adoptaban? No tiene que contestarme si no quiere...

—No importa. El mayor de mis hijos llegó aquí con su hermano. Su madre era drogadicta y murió de una sobredosis. —Como Will, pienso de inmediato, y ella se da cuenta de ello, porque hace una pausa—. Su hermano mayor se escapó una noche, dejándole aquí. Él estaba convencido de que algún día regresaría a por él y por eso, cada vez que una familia estaba interesada en adoptarle, él convertía su vida en una pesadilla para que le devolvieran y así quedarse en mi casa y seguir esperando a su hermano. Decidimos adoptarle y le dijimos que así, cuando su hermano volviera a buscarle, estaría aquí. Pero nosotros sabíamos que no volvería nunca y creo que, en el fondo, él también.

—Vaya... Qué triste, pero qué bonito por su parte...

Da un trago a su café y prosigue con su historia.

—Sara llegó a casa después de que ella y sus padres sufrieran un accidente de coche. Ellos murieron en el acto, y ella sobrevivió. No abrió la boca durante mucho tiempo. Algunas familias la quisieron adoptar, pero desistieron ante la negativa de la niña a comunicarse. Era una niña tan buena... pero nadie supo verla, así que la adoptamos nosotros. Cinco años después, empezó a hablar como si nada hubiera pasado.

Se levanta a ver los progresos de Will, dándole unas últimas

indicaciones, y cuando vuelve a sentarse conmigo, añade:

—Y a Megan ya la conoces. Llegó con doce años, demasiado mayor para que alguien quisiera adoptarla.

—¿Cómo?

—Querida, la gente quiere bebés o niños muy pequeños, no preadolescentes...

—Entonces, ¿su marido y usted viven aquí con los doce niños y sus tres hijos?

—No, con nosotros solo vive Megan. Mis hijos mayores ya no viven con nosotros. Son adultos responsables —me dice, con una sonrisa de orgullo en la cara.

—Will ha tenido mucha suerte... —susurro.

Ella sonrío, apretándome la mano con complicidad, justo antes de levantarse para ayudar a Will a meter la bandeja de galletas en el horno.

—Mira, Alex, van a salir galletas con forma de letra. Tranquila, he hecho muchas A, para Alice, para Adam, que duerme en la habitación de al lado, y para ti.

—Me parece genial. Oye... ¿me podré llevar alguna para Patrick? ¿Has hecho galletas con la letra P?

Will arruga la nariz y rehúye mi mirada. Sigue enfadado con él, se nota.

—Sí he hecho, pero para él no hay.

—No estás siendo justo con Patrick, Will. Está muy afectado por lo que le dijiste, cariño... Os quiero mucho a los dos, y no puedo soportar que estéis enfadados.

Mis palabras parecen haber encendido un interruptor en su cabeza. Me mira con cara de asombro y los ojos se le vuelven vidriosos. De repente, salta de la silla y sale corriendo escaleras arriba.

—¿He dicho algo malo?

—Al contrario. —Al ver mi cara de confusión, se ve obligada a aclarármelo—: Estos niños no están acostumbrados a que les digan que los quieren muy a menudo y de forma tan clara y directa. Por eso, Will no ha sabido cómo reaccionar y se ha asustado. Dale tiempo.

—Parece que voy a necesitar de su ayuda para... entender algunas de sus reacciones.

—Yo no tengo todas las respuestas, Alex. Si algo he aprendido durante todos estos años es que cada niño es un mundo, así que nadie se puede considerar un experto. Y en cuanto al cabreo de Will con Patrick, se le pasará.

Tranquila.

—Eso espero...

—No sufras por ello.

—En poco tiempo, se han convertido en las personas más importantes de mi vida, y no me quiero ver en la encrucijada de tener que elegir entre uno de ellos, porque no podría...

Las lágrimas vuelven a rodar sin freno por mis mejillas, una tónica habitual de un tiempo hasta ahora. Es la primera vez que hablo abiertamente con alguien de mi relación con Patrick y, en lugar de hacerlo con una sonrisa en los labios, lo hago llorando a moco tendido. Alice me abraza, consolándome, y acto seguido me coge de la mano y me arrastra escaleras arriba, hasta la habitación de Will.

—Habla con él —me susurra, abriendo la puerta y empujándome dentro.

Will está sentado en la cama con algo entre las manos que rápidamente dobla y esconde en el bolsillo de atrás de su pantalón. Se seca las lágrimas con el dorso de la mano, sorbiendo por la nariz.

—¿Estás triste porque me he enfadado con Patrick, Alex?

—Sí. No te quiero mentir. Yo quiero estar contigo, pero también con él.

—Entonces, ¿os gustáis de verdad?

—Sí, cariño, nos gustamos, pero no queremos hacer nada que te moleste o que afecte a tu proceso de adopción. ¿Sabes qué ha estado haciendo Patrick estos días que no ha ido al colegio? —Él niega con la cabeza, apretando los labios—. Intentando agilizar los trámites de tu adopción. ¿Te acuerdas de la entrevista que me hicieron el otro día? Pues fue tan pronto gracias a él. Quiere que estés conmigo lo antes posible, incluso si sigues enfadado con él y tiene que verme menos por ello.

—Yo no quiero que estéis tristes. Si te gusta Patrick y a él le gustas, deberíais estar juntos... No le odio. Eso que dije aquel día, no es verdad, pero me mintió. Me hizo daño. Me dijo que no dejaría que nada malo me pasara y que me separaran de ti...

—Pues no veo que te haya mentido —le corto—. No te ha pasado nada malo. Alice y Charlie son geniales y te están cuidando muy bien. Y, además, nadie te ha separado de mi. Vengo a verte todos los días y los trámites de adopción están en marcha.

Al cabo de un rato, después de sopesar mis palabras, se abalanza sobre mí para darme un gran abrazo.

—¿Me quieres? —susurra en mi oído, usando el mismo tono de

asombro que el de Patrick de hace unas horas.

—Claro que sí —contesto, separándole unos centímetros para mirarle a los ojos.

—¿Y Patrick? Has dicho que él también... me...

—Mucho, y si quieres, puedes preguntárselo a él mismo cuando quieras.

Vuelve a fruncir el ceño y agacha la vista hacia su regazo. Se humedece los labios varias veces, indeciso si decir algo o no.

—Venga, volvamos abajo. Ya huelo a galletas.

Una vez de vuelta en la cocina, Alice está sacándolas del horno y Will corre a comprobar su aspecto. En ese momento, recibo un mensaje de Patrick.

**“Hola. ¿Cómo va? ¿Te paso a recoger?”**

Tengo que hacer verdaderos esfuerzos para reprimir una sonrisa, pero, por lo que veo, no lo logro del todo.

—Te gusta, pero mucho...

Will me observa detenidamente y poco a poco, se sonroja y sonrío también.

—Va a venir a buscarme en un rato — le confieso.

—Vale, entonces tenemos un rato más para jugar.



El jardín trasero está lleno de reclamos para los chicos. Hay una cama elástica, un columpio, una canasta de baloncesto, una portería de fútbol, algunos patinetes y balones esparcidos por todo el césped.

**“Hola, preciosa. Estoy aquí fuera”**

**“Ahora salgo”**

—Will, Patrick ha venido a recogerme. Me tengo que ir. Pero mañana vuelvo, ¿vale?

Entramos en la casa, pasando por el salón para despedirme de todos y luego voy a la cocina a decirle adiós a Alice, que está haciendo la cena para su regimiento.

Al abrir la puerta, siento a Will pegado a mi costado, así que, antes de salir, me agacho a su altura. Lleva lo que me parece que es una foto doblada en las manos, y me da la sensación de que es lo que se metió en el bolsillo del pantalón cuando entré en su habitación. Will mira por encima de su hombro, hacia el coche de Patrick, al que veo apoyado en el lateral. Alice se acerca

hasta nosotros, se agacha también, y le dice:

—Cariño, si quieres dárselo, dáselo. No dejes que el rencor o la vergüenza te impidan hacer nada en esta vida.

Les observo sin atreverme a intervenir. Alice parece saber qué lleva Will en las manos, y parece haber dicho las palabras adecuadas para hacerle reaccionar. Sin pensárselo dos veces, sale disparado hacia Patrick. Este se agacha y, cuando llega a su altura, le coge en brazos y le abraza. No soy inmune a esa imagen, y se me escapa algún sollozo. Luego Will le enseña la foto y hablan durante un rato. La vista de Patrick viaja de la foto al rostro del niño, escuchándole atentamente. Al final, se vuelven a abrazar y veo a Patrick cerrar los ojos, respirando profundamente, seguro que quitándose un enorme peso de encima.

Cuando Will vuelve, exultante de felicidad, me da un abrazo y un beso y se mete dentro de casa. Tardo unos segundos en reaccionar, hasta que me despido de Alice y corro hacia Patrick.

El camino de vuelta a mi casa lo hacemos totalmente en silencio. Aún no sé muy bien qué ha pasado entre los dos. Creía que algo bueno, a juzgar por la cara de Will, aunque no estoy tan segura viendo la de Patrick. Lleva callado y pensativo desde que ha arrancado el coche y no me atrevo a preguntarle el motivo. Siento como si tuviera que darle tiempo, ese que tanto Alice como el mismo Patrick me pedían que le diera a Will.

Entonces, al llegar a mi apartamento, mientras yo me estoy cambiando de ropa, siento su presencia a mi espalda. Me doy la vuelta lentamente, recogíendome el pelo en una coleta. Se acerca y me tiende la foto que le ha dado Will. La reconozco porque es mi favorita, una de las que yo le regalé en mi primera visita.

—Me encanta esta foto. Os la tomé en el parque, ¿te acuerdas?

—Dale la vuelta —me pide.

Cuando lo hago, veo algo escrito con letra de niño.

**“Mi papá y yo”**

—Me ha dicho que él nunca conoció a su padre, pero que, en sus sueños, se parece a mí.

—Pero eso es precioso, Patrick —susurro—. Deberías estar feliz.

—Lo sé. Pero estoy asustado por lo que siento ahora mismo. Mi vida ha dado un giro de ciento ochenta grados en cuestión de días y... estoy abrumado —confiesa, gesticulando, muy nervioso—. Tengo miedo de cagarla. No quiero haceros daño ni a ti ni a Will. No quiero decepcionaros. No sé si voy a ser

capaz de cargar con esa responsabilidad sin equivocarme.

Su cara muestra realmente la preocupación que demuestran sus palabras. Me acerco y le abrazo por la cintura, apoyando mi cabeza en su pecho.

—No estás solo, Patrick. No sólo es tu vida la que ha cambiado radicalmente. También la mía, pero estoy convencida de que ha sido a mejor. Y claro que te equivocarás, y yo también. Pero lo haremos juntos, intentando ser lo más felices que podamos. ¿Estás conmigo?

## Capítulo Trece

Abro los ojos y me doy la vuelta, pero él ya no está a mi lado en la cama. Me incorporo y entonces me llega algo de ruido procedente del salón. Al mirar la hora, me doy cuenta de que son las diez de la mañana. Últimamente, duermo más de lo habitual... Será por el ejercicio físico nocturno, pienso, con una sonrisa pícaro en los labios.

Patrick está sentado en uno de los taburetes de la cocina, trabajando con su portátil.

—Buenos días, guapo.

—Buenos días —me contesta, estirando los brazos para acogerme entre ellos.

—¿Por qué no me has despertado?

—¿Y por qué debería haberlo hecho? Además, he aprovechado para prepararme un poco las clases de esta semana, y contigo despierta me resulta imposible.

—¿Intentas hacerme sentir culpable?

—Tú dirás... Mi vida antes de conocerte era muy ordenada y se limitaba a trabajar, comer, correr y dormir. Ahora, trabajo solo el tiempo que estoy en el colegio, como pensando en ti, no corro y duermo poco...

—¡Oye! ¡Que yo tampoco es que esté haciendo muchos méritos en el trabajo que digamos...! Tengo dos reportajes para entregar la semana que viene, pero no me apetece sentarme frente al ordenador. ¿Me pregunto de quién será la culpa?

Apoya la frente contra la mía, acercando la boca para besarme. Luego cierra los ojos y respira profundamente.

—Podría quedarme así para siempre —le susurro al oído—. No dejes de abrazarme nunca.

—No tengo intención de hacerlo...

Sus manos se deslizan por mi espalda hasta que se posan en mi trasero, atrayéndome hacia su entrepierna. Hunde la boca en mi cuello, activando ese botón invisible que me convierte en un títere a su merced. Cuando se pone en pie, ya jadeando los dos, me empieza a sonar el móvil.

—Ya decía yo que hacía tiempo que no nos interrumpía nadie —se queja Patrick.

—No seas bobo.

—No lo cojas.

—No puedo hacer eso... —balbuceo mientras intento resistirme a él y a sus besos perversos—. ¿Y si es importante? ¿Y si son mi hermano o mi madre?

—¿Una llamada suya es más importante que una sesión de sexo desenfrenado conmigo?

—Eh... —Abro la boca, aunque enmudezco enseguida al darme cuenta de que tiene razón—. ¿Y si son los de servicios sociales?

Patrick me deja ir, rindiéndose y agachando la cabeza. Rebusco en mi bolso hasta dar con el teléfono y, al comprobar el número en la pantalla, asustada, levanto la vista hasta Patrick.

—Es de la casa de acogida...

Él se incorpora de golpe, frunciendo el ceño.

—¿Sí? ¿Hola? Hola, Will...

Patrick me interroga con la mirada, inquieto y diría que incluso preocupado, hasta que me ve sonreír.

—Es para ti.

—¿Para mí? —Me limito a sonreírle y me aparto para darle espacio. Emocionada, junto las manos delante de mi boca, escuchándole—. De acuerdo. Dame media hora para cambiarme y paso a recogerte, ¿de acuerdo? Sí. Nos vemos en un rato. Hasta ahora.

Cuelga y, aún con el teléfono en la mano, se queda inmóvil, con los ojos y la boca abierta.

—Me ha preguntado si puedo llevarle al parque. Dice que quiere pasar un rato conmigo —me informa al final.

—No le culpo —contesto.

—¿Qué hago? ¿Cómo me comporto con él? Después de lo de la foto... no sé... es como si... —resopla, confuso y molesto al verse incapaz de encontrar las palabras adecuadas.

—Patrick, tranquilo. Solo quiere pasar un rato contigo. Sin más.

—¿Quieres venir...?

—No —contesto, negando incluso con la cabeza—. Él quiere estar contigo y tú necesitas pasar un rato con él. Aprovecharé para poner orden en la que será la habitación de Will.

—Alex...

—Lo sé. Ya sé que no tengo que hacerme ilusiones, pero no lo puedo evitar.





Llevo un par de horas limpiando la habitación que hasta ahora era una especie de trastero donde metía todo lo que no quería tirar, pero no sabía donde poner. Cosas inservibles que nunca uso pero que no me atrevo a tirar. Ahora, por fin, está libre de trastos. También he enmarcado algunas fotos y las he colgado formando un collage. Estoy echándoles un último vistazo cuando me llama mi madre al móvil. Resoplo contrariada, porque no me apetece nada hablar con ella... Siempre se las apaña para dejarme hecha polvo cuando cuelgo, recordándome lo sola que estoy en el mundo. Todos sus consejos se reducen a que pierda peso, encuentre un marido “como Dios manda” que me mantenga y me ponga a parir hijos como una coneja.

—Hola, mamá —contesto, sin mucho entusiasmo.

—¡Hola, cariño! ¿Qué haces?

Limpiar la habitación del niño al que voy a adoptar mientras mi novio le lleva al parque. Ah, y lo siento, sigo usando una talla cuarenta y cuatro de pantalón. Con esa respuesta me la quitaría de encima, pero creo que sería para siempre porque le daría un ataque al corazón, y tampoco me molesta tanto. Nunca nos hemos llevado demasiado bien porque somos muy diferentes, pero tampoco es cuestión de planear su muerte.

—Nada, limpiar un poco —decido contestar al final.

—Alex, cariño, ¡es domingo! ¡Sal ahí fuera con tus amigas... o mejor aún, con un chico!

Ya está. Ya lo ha dicho. Ahora es cuando empezará con su interrogatorio, charla y reprimenda. Tres en uno.

—Cariño, te lo he dicho muchas veces, estoy preocupada por ti. Deberías salir más. Sé que tu trabajo te gusta y te importa mucho, pero te centras demasiado en él. Tienes casi treinta años, y deberías buscar a ese chico con el que labrar un futuro juntos.

Y en ese preciso instante, desconecto. Me sé este discurso de memoria. Me lo da cada vez que hace un paréntesis en su ajetreada vida, se acuerda de que tiene dos hijos y nos llama.

Primero llama a Joey y a él le pega una charla distinta a la mía. Aunque parece orgullosa de sus conquistas, últimamente le sermonea con que asiente la cabeza. Le pide que deje ya de ir de flor en flor, que algún día tendrá un disgusto y se verá teniendo que mantener a un bebé con una mujer que no quiere.

Mi charla es totalmente opuesta. Me pide que salga de casa y vaya a conocer a chicos para poder encontrar al indicado. Que pruebe en discotecas que hay muchos chicos solteros. Que ya sabe que no me gustan esos sitios, pero que, si sigo pensando que el chico ideal lo encontraré en la biblioteca o en el museo, me quedaré soltera para toda la vida.

Me lo dice mi madre, una experta en bodas. De hecho, está casada por cuarta vez. Cuando mi padre nos abandonó, mi madre, una mujer dedicada por entero a su familia hasta aquel entonces, dio un giro radical a su vida. Salía muchas noches e incluso hacía algún que otro viaje. Desde entonces, tres bodas nada más y nada menos. Nosotros sólo convivimos con el primero de esos tres, Robert. Era un buen hombre, pero supongo que no lo suficiente para mi madre, ya que poco después de mudarnos Joey y yo a Nueva York, le abandonó y empezó una relación con Phil, el que se convertiría en su tercer marido. A este pobre hombre, Joey y yo le vimos poco. Pero entonces conoció a Jack, con el que lleva ya más de diez años casada y la verdad es que tanto Joey como yo le hemos cogido cariño. Es un santo con mucho dinero que hace lo que mi madre quiere porque está muy enamorado de ella. Como dice Joey, ese hombre es un santo no sólo por aguantarla si no por tenerla tan ocupada y alejada de nosotros.

—¡Mira tu hermano! Se ha dado cuenta de que con la vida que llevaba no era feliz y ahora tiene novia formal.

¡¿Cómo?! ¡¿Joey con novia?! ¡¿Desde cuándo?! Sé que es mentira, y que solo lo ha dicho para que le deje en paz. Será... cabronazo. Necesito hablar con él, así que corto a mi madre.

—Tienes razón, mamá. Lo haré.

—¡Claro que sí, cariño! ¡Sal ahí fuera y busca a tu hombre! —Por favor... qué vergüenza escuchar esas palabras en boca de tu madre—. Pero, cariño, cuando salgas, arréglate un poco, no como vas habitualmente. Y haz algo de dieta. A los hombres no les gustan las lorzas.

Entorno los ojos y aprieto los labios para no soltar ningún impropio. Respiro profundamente para calmarme.

—Vale, mamá —contesto, entre dientes—. Te tengo que dejar. Adiós.

Y cuelgo rápidamente para marcar el número de mi futuro difunto hermano. Mamá suele llamarnos el mismo día a ambos, así que ya se debe esperar mi llamada.

—¡No me mates, por favor!

—¡¿Pero tú eres gilipollas o qué te pasa?! ¡¿Cómo le dices a mamá que

te has echado novia?!

—¡Porque imaginé que tú le contarías lo de Patrick...! Me cagué y pensé que me pegaría una de sus charlas y no tenía ganas de que me diera la brasa, así que antes de que lo hiciera, lo solté, sin pensar.

—Pues genial, porque la brasa me la ha pegado a mí.

—¡Lo tenias a huevo! Para una vez que tienes algo que contarle que le haría ilusión... ¿Por qué no le hablaste de Patrick?

—Porque no estoy preparada. Ni yo misma sé qué tengo con Patrick, como para explicárselo a ella. No sé si somos novios, o solo amigos que se acuestan... Ni siquiera hemos tenido una cita de verdad... —resoplo.

—Pues entonces, lo siento, Alex... Pensé que se lo dirías y me bloqueé. Por cierto, ábreme la puerta.

—¿Qué? —pregunto, mientras alguien llama a la puerta.

Abro y me encuentro delante de Joey, los dos con el teléfono en la oreja. Me mira haciendo un mohín con una boca, pidiéndome perdón.

—¿Me perdonas? Traigo cerveza. —Resignada, me aparto a un lado y le dejo pasar—. Además, ahora me tendrás que ayudar... Necesito buscar a alguien que, en el caso de una más que probable visita, quiera hacerse pasar por mi novia delante de mamá.

—Porque lo de buscarte una novia de verdad, ¿no entra en tus planes?

—Déjame pensar... Paso. ¿Estás sola?

—Patrick está con Will.

—Vaya... Las cosas van rápido...

—Menos de lo que me gustaría. Me estoy empezando a poner nerviosa, y ya sé que sólo han pasado unas semanas, y que lo normal es que un proceso de adopción tarde meses. No hace falta que me lo digas...

Joey me muestra las palmas de las manos, justo cuando se abre la puerta principal.

—¡Alex! —grita Will, corriendo hasta mí, tirándose a mis brazos.

—¡Eh! ¡Hola!

—Hemos venido a comer contigo, y luego Patrick me llevará de vuelta a casa de Alice.

Después se lanza sobre Joey y empiezan a revolcarse por el sofá, haciéndose cosquillas. Mientras, me acerco a Patrick, que está en la cocina cargado con unas bolsas y dejando unas pizzas sobre el mármol.

—Hola, guapo —le saludo, dándole un casto beso en los labios.

—Hola. Hemos preferido venir a comer contigo. Lo ha decidido él, y

me ha hecho comprar para un regimiento, así que si Joey se quiere quedar... — me informa mientras acaricia mis brazos con las yemas de sus dedos, sin dejar de mirar a Will por si nos estuviera mirando.

—¿Cómo ha ido? —le pregunto.

—Genial. Ha sido genial —contesta, agachando la cabeza y con la sonrisa más grande y sincera que le haya visto jamás—. Me cogía todo el rato de la mano y ha sido una sensación extraña, pero... fantástica. Me sentía como... responsable de él, pero no como cuando me llevo a los alumnos de excursión. Era... diferente y no sé bien porqué.

—¿Te lo digo yo? —Patrick asiente con la cabeza y yo rodeo su cintura—. Porque él es mucho más que un alumno para ti. Quieres a ese niño como si fuera... tuyo.

—Tengo hambre —dice Will desde el sofá, interrumpiendo nuestra conversación.

—Pues no se hable más —contesta Patrick, apartándose de mí de un salto—. Joey, hay pizza de sobras. Te quedas, ¿verdad?

—Nunca le digo que no a una pizza y a una cerveza bien fresquita.

Siento a Will en uno de los taburetes. Solo queda uno libre, que Patrick me señala con una mano para que lo ocupe yo. Joey, se queda de pie, con un trozo de pizza en una mano y la cerveza en el otro.

—Vale, sí. Tengo un pequeño problema de espacio... Nada que una visita a Ikea no solucione.

—Oh, mierda. Ya sé cómo va esto. Ahora tienes novio, así que conmigo no cuentas para acompañarte al infierno —asegura Joey.

—¡Sois novios...! —interviene Will, tapándose la boca con ambas manos mientras se le escapa la risa.

—¿Y bien? ¿Qué habéis hecho esta mañana? —le pregunto para cambiar de tema.

—Patrick me llevó a tomar un batido de chocolate. Y luego me compró unos comics de Star Wars y una camiseta de Darth Vader que voy a estrenar mañana mismo para ir al cole. Y después fuimos a Times Square y entramos en una tienda de deportes donde me ha comprado unas zapatillas para salir a correr juntos. ¿A que es genial?

—Mucho, mucho —le contesto.

Will está emocionadísimo y por lo que adivino en su cara, Patrick también. Para ambos, lo que sienten es una novedad y parece que les gusta. Nuestras miradas se encuentran y nos sonrojamos. Él sonrío, agachando la

mirada hacia su plato y yo no puedo evitar mordirme el labio inferior. Will nos mira atentamente.

—¿De qué te ríes, enano? —le pregunta Patrick.

—Estáis enamorados. Los dos. Os miráis raro... como si no os conocierais... Y agacháis la cabeza como si os diera vergüenza. Yo no sé mucho de amor, pero me parece extraño porque, si estáis enamorados, os deberíais dar la mano y estar más juntos... y daros besos, no hacer ver que no os conocéis.

Ambos nos quedamos parados, sin saber bien qué decir, hasta que veo a Joey gesticular detrás del crío, haciendo ver que aplaude y le hace reverencias.

—¿No vas a ver los cambios que he hecho en tu habitación?

—¿Cambios? ¿En mi habitación? ¿Tengo una habitación?

Muevo la cabeza afirmativamente y entonces sale disparado hacia allí, seguido por Patrick.

Cuando nos quedamos solos los dos, Joey me mira fijamente.

—¿Qué? —le pregunto cuando se me acaba la paciencia.

—El crío tiene razón. Parecéis un par de adolescentes bobos. Si os besáis no va a pasar nada. Nadie se va a escandalizar.

—Joey, no lo entiendes. Las cosas han ido muy rápido y no hemos tenido un comienzo de noviazgo, o lo que sea que seamos, digamos... convencional. Justo después de conocernos, cuando prácticamente solo nos habíamos dado un beso, pasó lo de la madre de Will, y desde entonces, hemos estado liados con el tema de la adopción. No hemos salido los dos solos, no me ha llevado a cenar, al cine o a bailar, o lo que sea. Y ya te comentamos que no queremos que se sepa nada en el colegio.

—Perfecto, pero delante del crío, no hace falta que disimuléis. — Entonces se levanta y me da un beso—. Me voy ya, que esta noche curro. ¡Adiós, Will! ¡Hasta luego, Patrick!

—¡Hasta luego, Joey! —dicen los dos a la vez.

—Patrick, ¿te apetece ir a ver a los Giants la semana que viene? —le grita desde el recibidor— ¡Puedo conseguir entradas para los tres!

—Vale, si a Alex le parece bien... —responde Patrick desde la habitación.

—Calzonazos... —susurra, justo antes de dirigirse de nuevo a mí—. Por cierto, si te pregunta mamá cuando te vuelva a llamar, mi novia es alta, rubia, pechugona y se llama Kate.

—Serás cretino... —Le doy un manotazo en el brazo mientras él ríe a carcajadas.

—Ahora en serio... Si realmente conoces a alguien que cumpla con esas características, podría darle una oportunidad, y así matamos dos pájaros de un tiro.

En cuanto se va, me dirijo a la, esperemos, futura habitación de Will. Patrick le sostiene en brazos para que vea mejor todas las fotos que le he colgado. Me quedo en la puerta, observándoles con el corazón en un puño, hasta que se dan la vuelta y me descubren, sin tiempo de disimular la cara de boba.

—¿Te gusta? —le pregunto.

—¡Me encanta! —contesta Will, corriendo a mis brazos—. ¡Tengo una estantería para libros y un cojín enorme para sentarme en el suelo! Voy a poner en ella los cómics que me ha comprado Patrick. Oye, ahora que lo pienso, esta tarde podríamos salir a correr, ¿no?

—¿No te has cansado suficiente esta mañana?

—No. Además, antes me has dicho que hace días que no sales a correr y si quieres participar en la maratón, tendrás que entrenar.

—Pero aquí no tengo la ropa adecuada, así que tendremos que dejarlo para otro día.

—Pues yo no sé por qué no traes toda tu ropa aquí, si te pasas con Alex todo el día.

—Will, con respecto a eso... —digo, agachándome a su altura—. Verás, aunque Patrick y yo estemos juntos, sólo lo sabéis tú y Joey, ¿vale? De momento, nadie más se puede enterar.

—¿Por qué?

Miro a Patrick, suplicándole que me eche una mano, y se agacha a mi lado.

—Es complicado. Cosas de adultos. De momento, nos gustaría que fuera un secreto. ¿Nos ayudas a mantenerlo?

—¡Vale! Pero delante de mí, no hace falta que disimuléis. Podéis cogeros de la mano y daros besos, que no os dé vergüenza.

—Lo tendremos en cuenta —contesto, después de mirar a Patrick.



—Patrick, ¿crees que, si entreno mucho, podré correr la maratón contigo?

—Siento comunicarte que es sólo para mayores de edad.

—Pues que te acompañe Alex.

—Sí, en eso mismo estaba yo pensando —intervengo—. No se me ocurre nada mejor que hacer que echar el hígado por la boca en una carrera. Yo os acompaño a correr para que no se diga, pero a la que me canse, me siento en un banco a comerme un helado. No entiendo ese afán de correr hasta perder el sentido sin que te persiga nadie.

—Lo creas o no, engancha. Yo empecé a correr al dejar de fumar, por eso de seguir un régimen de vida sano y para no coger muchos kilos... Pero una cosa llevó a la otra y ya he corrido varias carreras.

—Y yo allí estaré para animarte —le digo, guiñándole un ojo.

Will está encantado con sus zapatillas y su ropa nueva, corriendo de un lado a otro para calentar. Patrick va vestido con un pantalón corto y una camiseta de manga corta. Verle así me traslada hasta hace unas semanas, a esos días en los que lo máximo que me acercaba a él era a unos diez metros, apostada detrás de un árbol o disimulando sentada en un banco. Y hoy, miradme. Aquí estoy, a su lado.

—La vuelta entera son diez kilómetros, aunque creo que mejor vamos a empezar con una distancia más corta. ¿Qué os parece si damos una vuelta al lago, que son dos y medio, y luego vemos qué tal estáis?

—Tú mandas —le respondo.

Si se piensa que voy a ser capaz de correr esa distancia sin parar, es que tiene un concepto muy equivocado de mí. Además, ahora no tengo que esforzarme corriendo hasta perder el aliento para verle. Así que imito sus ejercicios para calentar, poniendo especial atención en los músculos de sus piernas, hasta que su voz me desconcentra.

—La próxima vez, señorita, si se pone unas mallas y una camiseta tan ceñida, no responderé de mis actos.

Qué lástima... Se piensa que habrá una segunda vez... Además, si él supiera la de veces que he vestido de esta guisa delante de él y no me ha mirado siquiera...

—Venga. ¿Empezamos?

Al principio, vamos a un ritmo lento.

—Ah, bien. No está mal. Puedo seguirlo bien —susurro, como si quisiera animarme a mí misma.

Cinco minutos más tarde, empiezo a notar cierto dolor en las rodillas.

Diez minutos más tarde, empiezo a respirar con dificultad. Miro a Will

y, aunque se le ve sudar, no muestra signos de querer parar en un espacio corto de tiempo. Se fija mucho en Patrick, en el ritmo que lleva, y sigue al pie de la letra las instrucciones que este le va dando. Dios mío, no sé cómo es capaz de correr y hablar a la vez sin siquiera cortársele la voz.

Cuando llevamos quince minutos, estoy sudando la gota gorda, siento un dolor punzante en un costado y estoy a punto de vomitar el desayuno, así que, en cuanto diviso un trozo de césped a la sombra a una corta distancia, decido pararme.

—Chicos, yo me quedo aquí —consigo articular, dejándome caer de golpe.

Patrick se me acerca y se agacha a mi altura.

—¿Estás bien? Llevamos solo medio circuito.

—¿Te parezco capaz de dar un solo paso más? —le pregunto, levantando una ceja—. Además, si tú quieres que esta noche te sea útil en la cama, créeme, por tu bien, mejor será que me quede aquí sentadita.

—Que no se hable más. Quédate aquí y en un rato te recogemos. ¿Quieres que te traiga algo? ¿Una botella de agua? ¿Un café? ¿Un helado? ¿Una revista?

—Largo, interesado.

Al cabo de unos quince minutos, los veo venir a lo lejos. Juegan a hacerse la puñeta, adelantándose el uno al otro. Les saludo con una mano cuando me ven.

—¡Te gané! —grita Will, tirándose encima de mí, respirando con esfuerzo, mientras que Patrick no parece estar ni sudando.

—¿Cómo ha ido? —le pregunto, apartándole el pelo de la frente.

—¡He hecho el recorrido entero sin parar! ¡Mira qué fuertes se me han puesto las piernas! —me dice.

—¡Vaya! ¡Es verdad! —digo mientras le toco el gemelo y los brazos—. Pero vamos a tener que hacer algo con este pelo, ¿eh? Lo tienes demasiado largo ya y te tapa la cara.

—Vale —me responde y, en un arrebato, le empiezo a dar besos por el cuello y a hacerle cosquillas.

—Oye, yo también he hecho el recorrido entero. ¿No me merezco una recompensa? —me pide Patrick, sentándose a mi lado.

Verle así, sudado y con el pelo mojado, despierta mis instintos más primitivos. Mi imaginación sólo piensa en sentarme a horcajadas encima de él y meterle la lengua hasta la yugular. Pero en lugar de eso, me limito a mirarle



de forma cómplice y contenida.

Patrick me mira a los ojos y, por unos segundos, siento que lee mi mente y sabe exactamente lo que estoy pensando. Le da a Will un billete de cinco dólares y le pide que se vaya a comprar un helado al quiosco de al lado. Observamos cómo se aleja y, de repente, Patrick me estira en el césped, cubriéndome con su cuerpo.

—Estoy cansado de esconderme —susurra, con sus labios a escasos milímetros de los míos.

Cuando siento su contacto, cierro los ojos y todo desaparece a mi alrededor. Me da igual que alguien nos mire, me da igual que alguien nos reconozca. Por mí, como si pasa por delante un grupo entero de madres o la fantástica Claire. Es más, si pasa ella y nos ve, mejor. De repente, somos una pareja normal que no tienen nada que esconder.

—¡Madre mía! Yo no entiendo mucho de besos, pero ese puede salir en una película.

Patrick apoya la frente en la mía mientras los dos estallamos en carcajadas.

## Capítulo Catorce

—No te importa, ¿no?

—No.

—¿Segura?

—Vete y divértíos.

—Vale.

Me da un beso corto, sonriendo, y luego da media vuelta y se marcha. Nada más cerrar la puerta, llaman al timbre. Cuando abro, me planta otro beso, este, más largo e intenso.

—Mejor —dice cuando nos separamos unos centímetros—. El otro no me ha parecido a la altura de los acontecimientos.

—Patrick, solo vas a un partido de fútbol.

—Pero te dejo sola.

—Y desvalida, pobre de mí —me mofo—. Anda. Largo.

Le doy un empujón cariñoso y le aparto, cerrando la puerta mientras él no me pierde de vista en ningún momento. Apoyo la espalda en la madera y miro al techo, mordiéndome el labio inferior. Intento recordar cómo he llegado hasta aquí, cómo he pasado de espiarle en el parque a empujarle para apartarle de mí. Soy muy feliz a su lado, y me he acostumbrado muy rápido a su constante presencia.

Llevamos varios días conviviendo. No de manera oficial, porque él sigue yendo a su casa de vez en cuando, pero ya he bajado un par de veces al cuarto de las lavadoras con ropa suya en el cesto. Digo yo que cuando empiezas a lavar la ropa interior de otra persona, significa que la relación ha pasado a un siguiente nivel, ¿no?

Aparte de lavar su ropa, también estoy descubriendo cosas nuevas de él. Como, por ejemplo, que perdió la virginidad con una tal Christine, en el instituto, con diecisiete años.

—¿Duró mucho lo vuestro?

—Qué va. Me dejó por otro poco después. —Chasquéé la lengua, intentando parecer comprensiva, aunque, en realidad, cualquiera que se haya acercado a él lo más mínimo, me pone enferma—. Me usó y luego se... deshizo de mí, como si nada. Me dolió, ¿sabes? Imaginé que lo nuestro sería para toda la vida. Qué ingenuo, ¿eh?

—Un poco, la verdad. Los amores de instituto solo sobreviven en las

series de televisión de adolescentes —contesté, apoyando la cabeza en una mano, mirándole embelesada—. Pero a mí me encanta que seas tan... blando.

—¡Oye! ¡Yo no soy blando! —me reprochó, mientras se abalanzaba sobre mí.

También he descubierto que sacaba matrículas en la universidad para recibir becas y así poder costearse la carrera, algo que sus padres no podían hacer.

—Así que un empollón, ¿eh? Debí imaginarlo. Por las gafas y la pinta de niño bueno, digo...

Patrick me miró sonriendo de medio lado.

—Supongo que un poco. Yo tenía muy claro lo que quería hacer con mi vida, pero no podía hipotecar la vida de mis padres. Así que... —dijo, encogiéndose de hombros—. No salía mucho, aunque tampoco es que tuviera muchas propuestas...

—¿Perdona? ¿Las chicas de tu facultad eran ciegas o qué?

—Las gafas han empezado a ser un complemento sexy hace bien poco.

Nuestra convivencia en pareja también ha afectado de algún modo a Will. Para poder seguir rindiendo en nuestros respectivos trabajos, de lunes a viernes nos turnamos las tardes con Will. Sé que él preferiría tenernos a los dos a la vez, y se lo recompensamos los fines de semana, pero eso será complicado hasta que no obtenga su custodia. Lo sé, no debería dar nada por sentado, pero por mi cabeza ni se pasa la idea de que me la denieguen.

Pongo un disco en el tocadiscos, cerrando los ojos para deleitarme con el sonido de la aguja rasgando el vinilo antes de empezar a escucharse la música. Luego, camino hacia la cocina para prepararme la cena cuando suena el timbre.

—¿Quién es?

—Yo.

Confundida al escuchar su voz, abro la puerta para descubrirle con las manos en los bolsillos y una sonrisa de medio lado, vestido con un vaquero oscuro y una camisa color azul cielo, apoyado en el marco de la puerta, con la pose más sexy que le he visto nunca.

—No entiendo nada...

—Me parece que te debo una cita.

—Pero... ¿tú no...?

—¿En serio pensabas que prefería ir a ver a veintidós tíos darse de hostias que estar contigo?

—Bueno... Era una especie de salida de tíos...

—Eso era, pero no pienso salir por ahí con ningún tío antes que contigo. Te lo debo, te lo mereces y pienso hacer de esta primera cita la mejor que hayas tenido en tu vida.

—Pero... Joey y Will te estarán esperando, ¿no?

—No te preocupes, Joey y Will saben que van a ir solos al partido.

—¿Lo teníais todo planeado?

—Ajá. Y, además, que sepas que no tenemos toque de queda. Joey se ha ofrecido a llevar a Will a casa de Alice.

—Estoy... alucinando. ¿Todo esto lo has montado por mí?

Me sonrío, abriendo los brazos.

—Pues claro. Eres mi chica, ¿no?

—¿Lo soy?

Y acercándose a mí lentamente, con andares de seductor, agachando la cabeza y levantando la vista hacia mí, me agarra por la cintura y me susurra en el oído:

—Lo eres todo para mí.

Un escalofrío que recorre todo mi cuerpo me obliga a cerrar los ojos. De repente, estoy totalmente a su merced, otra vez. Siento su nariz en mi cuello y cómo me mece de un lado a otro, bailando al compás de la música que suena a través de mi tocadiscos.

—Aunque pensándolo mejor... nos podemos quedar en tu casa...

—¡Ni hablar! Quiero mi cita. Ahora no te puedes rajar —le amenazo, señalándole con un dedo mientras me alejo hacia mi dormitorio—. No te muevas. Me voy a cambiar. No te sientes. No te pongas cómodo porque tardo solo cinco minutos. Esta noche eres todo mío.

Abro el armario de par en par y analizo todo su contenido en décimas de segundo. Me decido por unos vaqueros pitillo de color negro y una blusa verde y me calzo los zapatos negros de tacón. Son los únicos que tengo, en realidad, pero no tengo muchas oportunidades de usarlos. Ya en el baño, me recojo el pelo en una cola alta y me maquillo lo justo, sólo para darme algo de color a las mejillas, con el sofoco que llevo encima, no me hace falta mucho más.

Cuando salgo al salón, Patrick está sentado en uno de los brazos del sofá, ojeando un cómic de Will, totalmente absorto. Se coloca bien las gafas, sin apartar los ojos de las páginas. Si no fuera porque tengo muchas ganas de salir con él, ahora mismo le tiraría al sofá de un empujón y le arrancaría toda

la ropa, dejándole solo con las gafas puestas.

—Lista —digo, tratando de llamar su atención, sin éxito.

Así pues, me acerco, agarro el cómic y lo aparto de sus ojos. Entonces levanta la vista y, con la boca abierta de par en par, se pone en pie.

—¿De verdad que no prefieres que nos quedemos aquí?

—Quiero mi cita. Contigo.

—Y la tendrás. Aquí. Solo conmigo.

—Ni hablar. Quiero salir ahí fuera y... pasear cogida de tu mano, o sentarme a tu lado en el cine, o cenar a la luz de las velas frente a ti, o bailar colgada de tu cuello.

—¿Todo eso te piensas que vamos a hacer?

—No lo sé. Simplemente quiero... salir y dejarme llevar.

Me mira sonriendo con ternura.

—De acuerdo, entonces.

Durante todo el trayecto en su coche, no puedo borrar la sonrisa de mis labios. Son cerca de las siete y media y empieza a oscurecer. Miro por la ventanilla, totalmente extasiada de felicidad. Estamos rodeados por los millones de luces de la ciudad, acompañados por los miles de personas que pasean, callejean o se apresuran hacia sus destinos.

De repente, me doy cuenta de que el coche se ha detenido. Patrick se apea, abre el maletero, coge una mochila y corre para abrirme la puerta, ofreciéndome la mano para ayudarme a salir.

—Señora —dice, haciendo una reverencia con la cabeza—. Primera parada de su cita.

—¿Primera? ¿Habrá más?

—Puede.

—¿A dónde vamos?

—En breve lo averiguarás.

—No me estás siendo de ayuda.

—Podrás vivir con ello.

Tira de mi mano con tanta decisión, que me hace imposible fijarme bien por dónde vamos, hasta que llegamos a la entrada de un hotel.

—¿Un hotel...? ¿Qué hacemos aquí?

—Shhhh...

—Patrick, por si no lo habías notado, estábamos solos en casa...

—Alex...

—Tu obsesión para que no nos interrumpen está llegando a límites un

poco exagerados, ¿no crees?

Me mira sonriendo mientras niega con la cabeza, acercándonos al mostrador de recepción.

—Hola. ¿En qué puedo ayudarles? —nos pregunta la recepcionista, mirándonos con una sonrisa de oreja a oreja, seguro que imaginándose el motivo de nuestra visita.

—Hola. Estoy buscando a Steven.

—Por supuesto. ¿Quién le digo que le busca?

—Patrick.

Nos vuelve a mirar, sonriendo, antes de coger el teléfono y llamar a alguien.

—¿Señor Campbell? Hay una pareja en la recepción que preguntan por usted. Patrick. De acuerdo. —Cuelga el teléfono con la misma sonrisa—. Ahora baja.

—Gracias.

Nos separamos unos pasos del mostrador y esperamos.

—¿Quién es Steven?

—Un amigo de la infancia. Y director de este hotel.

—Ah...

Miro alrededor, confundida a la vez que expectante. El hotel guarda un estilo antiguo, aunque reformado, con suelos de mármol, pilares y madera de calidad. Las lámparas simulan ser enormes candelabros y los sofás son de terciopelo. Todo muy opulento y horrorosamente caro, seguro.

—¡Patrick! —Nos giramos al escuchar la voz.

Steve resulta ser un chico de más o menos nuestra edad, vestido con un traje carísimo y unos zapatos tan brillantes que podría pintarme la raya de los ojos mirándome en ellos.

—¡Eh, Steve!

—¿Cómo estás, colega?

—No me puedo quejar.

—Ya veo... Esto ha quedado genial.

—Ya puede. He invertido en la reforma los ahorros de mi vida.

Para poder hacer esto, yo tendría que invertir los ahorros de todos mis descendientes, pienso.

—Ella es Alex —dice entonces Patrick, devolviéndome a la realidad.

—Hola —saludo.

—Encantado. Guau. —Patrick le da un codazo y Steve enseguida se

recompone—. Quiero decir... me han hablado muy bien de ti.

Sonríó mirando a Patrick, que me observa con los ojos llenos de orgullo.

—Toma las llaves. Ya sabes el camino. Ojo con los andamios, que aún no está lista del todo. Quedaos el tiempo que queráis.

—Gracias. Te debo una.

—Sabes que no.

Bajo la atenta mirada de la recepcionista, caminamos hasta los ascensores. Nos metemos en el primero que abre sus puertas y Patrick pulsa el botón del último piso.

—Patrick, ¿se puede saber a qué viene todo esto...?

Me hace callar, poniendo un dedo sobre mis labios y luego me besa. En cuanto sus labios rozan los míos, olvido que estamos en el ascensor de un hotel. En realidad, me da igual donde estemos, siempre y cuando sea así, juntos.

El ruido de las puertas al abrirse nos obliga a separarnos. Caminamos a través de un largo pasillo, algo escaso en iluminación. No parece haber habitaciones en esta planta, ya que no he visto aún ninguna puerta, excepto la que está al final del pasillo.

—Hemos llegado —dice entonces Patrick, justo antes de meter la llave que le dio su amigo en la cerradura—. Te voy a tapar los ojos...

Enseguida, una corriente de aire nos envuelve y sé que ya estamos en el exterior.

—No abras los ojos... Espera un momento... Ya está. Abre los ojos... — me pide mientras destapa mis ojos.

Entonces veo decenas de bombillas colocadas estratégicamente en varios andamios. Giro sobre mí misma para darme cuenta de que estamos en la azotea del hotel. Parece que la están reformando, ya que hay restos de cascotes de obra por todas partes. Estamos rodeados por cientos de edificios, todos iluminados, incluyendo los más míticos como el Empire State Center, el Rockefeller y, al fondo, el One World Trade Center. Me acerco lentamente a una de las barandillas de piedra, mirando donde pongo los pies, y observo el magnífico paisaje con la boca abierta.

—¿Te gusta? —Me doy la vuelta para mirarle a los ojos, descubriéndole a mi espalda, muy cerca—. ¿Recuerdas cómo me dijiste que se te conquistaba? Llevándote a un museo. Hecho. Paseando. Hecho. Al cine. Fácilmente solucionable. A cenar, algo que haremos en un par de horas y

llevándote a ver las estrellas. Aquí en la ciudad es difícil verlas, pero ¿qué se puede parecer más que las luces de la ciudad? Si le echas imaginación, puedes imaginar que nos rodean...

—Esto es... —Tardo unos segundos en acabar la frase porque estoy muy abrumada—. Increíble.

Patrick parece desinflarse, quitándose un enorme peso de encima.

—Joder, qué alivio... Las azoteas están de moda, y es complicado hacerse un hueco en alguna, así que recordé que mi amigo Steve estaba en pleno proceso de reforma de su hotel y que la azotea aún estaba por terminar... Así que es solo para nosotros. Hay un inconveniente, y es que, como ves, el bar aún no está operativo, pero...

Corre hacia su mochila y saca un par de botellas de cerveza. Me las enseña con gesto triunfal, sacándome una carcajada.

—Eres increíble... —digo, rodeando su cuello con los brazos.

—Y... Aguanta las cervezas un momento... —Saca el teléfono del bolsillo del pantalón, abre el reproductor de música y me mira moviendo las cejas arriba y abajo—. También tenemos música.

—Has pensado en todo... Qué romántico...

—Tengo mis golpes escondidos... —dice, mientras empieza a sonar la música.

Coge su botella de cerveza de mis manos, me guiña un ojo y se aleja hasta que le pierdo de vista. Sonriendo ilusionada, le busco con la mirada, hasta que le veo aparecer de nuevo, caminando despreocupado, con una mano en el bolsillo del pantalón, mirando a un lado y a otro. Se comporta de forma extraña, como si lo viera todo por primera vez. Entonces me mira y se queda parado de golpe, con la boca abierta. Frunzo el ceño, algo confundida, mientras miro detrás de mí. Cuando me vuelvo a girar, le veo acercarse.

—Hola. Soy Patrick —dice entonces, tendiéndome la mano.

Sonriendo, entorno los ojos, intentando adivinar sus intenciones hasta que, al final, claudico y le estrecho la mano.

—Hola... —respondo.

—¿Vienes mucho por aquí? —me pregunta, mirando alrededor de nuevo. Niego con la cabeza, aún descolocada—. Yo tampoco. De hecho, es la primera vez que vengo. Pero la verdad es que es impresionante...

Patrick se acerca a la barandilla de piedra y mira el precioso paisaje de las siluetas iluminadas de los edificios. Lentamente, camino hasta colocarme a su lado.



—Es precioso —afirmo.

—Las vistas son inmejorables...

Ambos nos quedamos callados, admirando todo a nuestro alrededor. La música está acompañada por los sonidos de nuestra ciudad, formando un dueto perfecto. Entonces, al encararle, veo que no está mirando el paisaje, si no a mí. Agacho la cabeza, sonrojada, al comprender que el piropo iba dirigido a mí.

—¿No me vas a decir tu nombre? —insiste.

—Alex.

Entonces sé lo que está haciendo. Quiere que simulemos que empezamos de nuevo, desde el principio. Quiere regalarme esa primera cita que nunca tuvimos. Quiere que tenga esa noche de cuento que nunca vivimos.

—Alex... De acuerdo... Te invitaría a una copa, pero veo que ya tienes una... —Miro la botella en mi mano y asiento—. ¿Has venido... sola?

—Puede —respondo, haciéndome la interesante—. ¿Y tú?

—Sí.

—¿Y sueles hacerlo a menudo? Esto de salir solo, me refiero...

—No. Ni solo ni acompañado.

—¿Eres una especie de ermitaño?

—Puede —contesta, imitando mi tono de voz enigmático de antes.

—¿Y qué te ha llevado a actuar de forma diferente esta noche?

—El destino.

—¿En serio crees en eso?

—¿Cómo si no íbamos a poder explicar que yo esté aquí ahora mismo, a punto de invitar a bailar a la chica más guapa que he visto en mi vida, en lugar de en mi casa, a punto de corregir cien exámenes? Creo fervientemente en el libre albedrío, en el poder de cada uno de tomar sus propias decisiones, pero también sé que algo pasó para que tú y yo nos conociéramos, y no puedo, simplemente... desoírlo.

Le miro con la boca abierta, totalmente hipnotizada. Sé que espera una respuesta por mi parte, y me empeño en intentarlo, abriendo y cerrando la boca en varias ocasiones, sin éxito.

—Así que no puedo quedarme de brazos cruzados y marcharme por donde he venido. Siento la imperiosa necesidad de darte todo lo que deseas, como mover cielo y tierra para tener esa cita que nunca tuviste.

Movida por un irrefrenable deseo, me pego a su cuerpo. Siento su brazo en la cintura y su otra mano en la nuca. La barba de su mejilla rasca la piel de

la mía, y su aliento hace cosquillas en mi oreja.

—¿Quieres bailar?

Me limito a asentir, incapaz aún de hablar, y segundos después, siento cómo nos mecemos suavemente, cambiado el peso de una pierna a otra. Estamos tan pegados que puedo sentir los latidos de su corazón en mi pecho. Emocionada, se me escapan algunas lágrimas que intento disimular, pero él se da cuenta enseguida de ello.

—¿Tan mal bailo? ¿Te he pisado un pie? —me pregunta, haciéndome reír de inmediato.

A escasos centímetros el uno del otro, busca mi mirada con insistencia. Cuando nuestros ojos se encuentran, siento de nuevo esa punzada en el corazón. Cada vez que me mira, cada vez que me hace sentir como que no existe nadie más en el mundo que yo.

Y entonces nos besamos y juro por Dios que siento como si su cuerpo se desinflara. Como si, de nuevo, no tuviera del todo claro que esto iba a suceder. Como si una parte de él aún esperara el rechazo.

Nos besamos y bailamos como si se hubiera detenido el tiempo a nuestro alrededor. Nos miramos de vez en cuando, sonriendo o, simplemente, estudiándonos con la mirada, como si quisiéramos memorizar cada poro de nuestra piel y cada segundo de esta maravillosa cita. Sin necesidad de abrir la boca en ningún momento.



—¿Tienes hambre?

—No lo sé... —Confundido por mi respuesta, me mira frunciendo el ceño—. En realidad, no quiero hacer nada que rompa este momento. No quiero que esto se acabe...

—Esto no ha hecho más que empezar.

—¿La cita?

Niega con la cabeza.

—Tu vida conmigo.



Me acurruco en el asiento del coche mientras miro por la ventana. La bajo y dejo que el aire golpee mi cara. Cierro los ojos e inspiro con fuerza.

Cuando siento que el coche circula a menor velocidad, callejeando de

forma incesante, vuelvo a abrir los ojos. Estamos en mi barrio favorito de toda la ciudad, el Greenwich Village.

—Me encanta este barrio. Es como vivir en un pequeño pueblo dentro de la vorágine de la ciudad.

—Me alegro de que te guste —dice, aparcando el coche en una calle estrecha, cerca de un café con una pequeña terraza situada en plena acera, donde solo caben un par de pequeñas mesas redondas.

Sin quitarme ojo de encima, camina agarrado de mi mano, tirando de mí, hasta que nos detenemos frente a un edificio de ladrillo rojo.

—Pensaba que íbamos a cenar.

—Y vamos a hacerlo.

—Pero esto no es ningún restaurante...

—No. Es mi casa.

—¿Tu... casa? ¿Vives aquí?

—Ajá.

—¿Es... tuya?

—Técnicamente, del banco, pero sí, de momento, la disfruto yo y espero que algún día sea solo mía. Y esta noche, espero que la disfrutes tú también.

Abre la puerta, enciende la luz al entrar y se aparta a un lado para que pase.

Me tapa los ojos con la mano y me conduce por la estancia, hasta que entonces siento una fina brisa en mi piel. Cuando me destapa los ojos, veo que estamos en un pequeño jardín iluminado por completo por tenues lucecitas blancas colgadas a ambos extremos del jardín. Sin poderlo evitar paseo mi vista de un lado a otro boquiabierto. Estamos justo en la puerta que da a ese jardín, bajo una pérgola de madera con un toldo blanco. En frente nuestro hay una mesa rectangular con dos sillas, también de madera. La mesa está preparada para cenar, con un mantel blanco de lino, platos grises y unas copas de vino. Dos velas cuadradas son la única iluminación de la mesa. Las luces blancas cuelgan de unas celosías que delimitan el jardín a ambos lados y enfrente. Hay dos árboles a ambos extremos y macetas con flores siguiendo un camino junto a las celosías. Es precioso, pequeño, pero muy acogedor.

Veo que Patrick no ha parado de mirarme en todo el rato. Se diría que está expectante por lo que pueda yo decir.

—¿Y bien? ¿Te gusta?

—Patrick, es precioso.

Se mete las manos en los bolsillos y como con algo de vergüenza dice:

—Bienvenida a mi casa.

Doy una vuelta sobre mí misma para observar la fachada que da al jardín. Es una pequeña casa adosada dos plantas más lo que parece una buhardilla.

—Ven, que te la enseño —dice cogiéndome de la mano.

Entramos en un pequeño salón donde hay un sofá de dos plazas y una butaca a un lado. La televisión está pegada a la pared, aunque lo que realmente llama mi atención son las estanterías plagadas de libros. Hay tantos, que muchos están colocados de forma desordenada. Como una polilla atraída por la luz, me dirijo a una de ellas y paso los dedos por los lomos. Me giro para mirar a Patrick, que me observa ilusionado, así que yo sigo mi inspección hacia el comedor y la cocina americana. Detrás de la mesa hay una chimenea de ladrillos pintados de color blanco, y sobre la repisa de esta hay más libros. Los señalo con un dedo y él se encoge de hombros.

—Lo sé. Soy un poco adicto a las librerías...

—A mí me pasa lo mismo.

—Pues tendríamos un serio problema de espacio.

La cocina es más bien pequeña, con baldosas rectangulares blancas y encimeras y muebles de madera oscura.

—Arriba están las habitaciones. Ven.

Subimos las escaleras y veo tres puertas. Entramos en la primera, donde hay un escritorio, la mochila de Patrick, una bicicleta, muchos papeles apilados y, de nuevo, libros.

—Estos son de trabajo. Lo juro —se excusa al verme con las cejas levantadas.

—El despacho, supongo —digo.

Afirma con la cabeza, justo antes de dirigirnos a la siguiente puerta, tras la cual hay una gran cama de matrimonio con dosel y una preciosa colcha blanca, un armario grande y una butaca, sobre la cual hay toneladas de ropa.

—Tu habitación —digo, señalando a la montaña a punto de derrumbarse.

—Lo has adivinado. Lo siento, no me dio tiempo a más —se disculpa, rascándose la cabeza con una mano.

Hay otra puerta dentro de la habitación que resulta ser un baño, donde hay una ducha y un lavamanos sobre un antiguo mueble de madera. Sorprendentemente, está bastante bien recogido, y aún huele a la loción de afeitarse de Patrick.

Finalmente, nos dirigimos a la tercera habitación, que está sin amueblar, pero llena hasta arriba de cajas, un banco de abdominales y un juego de pesas.

—El gimnasio barra cuarto trastero.

Al salir de nuevo al pasillo, me señala una trampilla en el techo.

—Es un desván lo suficientemente grande como para convertirlo en otra habitación, pero tendría que ponerme a ello porque ahora está bastante dejado. Pero es genial, porque tiene una pequeña ventana que da a la calle principal y un par de claraboyas en el techo, que tiene vigas de madera. En realidad, me enamoré de la casa por ese desván. Me imaginé lo que me hubiera gustado dormir en uno de pequeño...

Patrick sonrío satisfecho al ver mi cara de asombro y mis ojos abiertos como platos, antes de que empecemos a bajar de nuevo hacia el piso inferior.

—¿Y bien...? —me pregunta ya de nuevo en el jardín.

—Estoy enamorada.

—Yo también —añade él, mirándome a mí.

Aprieta los labios y sonrío, justo antes de retirar una de las sillas, como un verdadero caballero, invitándome a sentarme. Cuando lo hago, se marcha al interior. Le veo trastear en la cocina a través de la ventana que da al jardín, desenvolviéndose con soltura. Sale poco después, con una botella de vino en las manos, y me sirve un poco en una copa.

—Ahora vuelvo —me dice, corriendo de nuevo al interior.

—¿Quieres que te ayude? —le pregunto, estirando el cuello para verle a través de la ventana.

—Ni hablar. Eres mi invitada. Y está todo controlado. Más o menos.

Poco después, sale con unos cuantos platos, que intenta hacer caber en la pequeña mesa.

—¿Esto lo has cocinado tú? ¡Está delicioso! —digo, después de haberme llevado el primer bocado.

—Tengo que confesarte que no. Lo he encargado en el restaurante tailandés del final de la calle. Lo siento.

—No tienes que pedirme disculpas por nada. Todo lo que has hecho esta noche por mí es... alucinante.

—Llevaba días intentando pasar algo de tiempo contigo a solas, pero entiendo que quieras pasar el máximo posible con Will. Entonces me llamó tu hermano, y me dijo que te quejaste de que no habíamos tenido una cita como Dios manda aún...

—¿Y le pediste que se quedara con Will?

—Le pedí que le llevara al partido y él se ofreció también a llevar a Will de vuelta a casa de Alice, y que así pudiéramos disfrutar tranquilos toda la noche.

—Eso suena a demasiado detallista y romántico para ser mi hermano...

—Bueno, en realidad, he suavizado un poco sus palabras.



Después de habernos bebido un par de botellas de vino, estoy algo achispada cuando Patrick saca el postre: un cupcake de chocolate con una pinta espectacular.

—Tampoco lo he hecho yo. Los he comprado en la pastelería Magnolia.

—¿En serio? —Asiente con la cabeza—. Realmente, parece que has planeado todo has el último detalle...

—Te lo debía y quería estar seguro de hacer todo lo necesario para conquistarte.

—A mí me tienes conquistada desde hace muchos meses.

Patrick frunce el ceño, y entonces me doy cuenta de mi error. No hace tanto que nos conocemos, al menos, oficialmente. Entonces, para intentar desviar la atención, acerco la silla a la suya y acaricio sus mejillas con ambas manos, justo antes de darle un largo beso. Parece funcionar porque, al rato, resopla con fuerza y se obliga a separarse de mí unos pocos centímetros. Apoyando la frente en la mía y con los ojos cerrados, susurra:

—Tengo algo que decirte...

—Oh, mierda... Ahora viene cuando me confiesas que estás casado, o que tienes una enfermedad terminal, o que te tienes que marchar al extranjero a trabajar.

—¡¿Qué?! ¡No! No es nada... grave. Espero. Yo solo quería confesarte en voz alta lo que creo que es un secreto a voces... Te necesito, Alex. Ya no puedo vivir sin ti. Te amo con todas mis fuerzas, tanto, que incluso me duele.

Se me escapa un sonoro sollozo y, avergonzada, me tapo la cara con ambas manos.

—Joder... Mierda...

—Vaaaaale. Quizá no era esa la respuesta que esperaba escuchar en estos momentos, pero... creo que me conformaré.

—Es que... me has dejado... prácticamente... sin palabras.

—No pasa nada. Si la cara es el espejo del alma, me doy por satisfecho.

—Pero...necesito hacerlo. Quiero que sepas lo que todo esto significa

para mí... que estés aquí, conmigo...

Sonríe de oreja a oreja, enseñándome las dos filas de dientes, justo antes de agarrarme por la nuca y besarme con premura, como si fuera la primera vez que lo hacemos, casi sin darnos tiempo a respirar.

—A riesgo de sonar como Joey... te arrancaría ahora mismo la ropa y te follaría encima de esta mesa.

—Vale... Me parece que esos fueron los planes de mi hermano desde el principio. ¿Me equivoco?

—Ni lo más mínimo.

—Pues no me parece tan mala idea, después de todo...

# Capítulo Quince

Empiezo a notar algo de calor en las piernas. Cuando me doy la vuelta, la claridad que se hace paso a través de la ventana, me deslumbra. Tapándome los ojos con una mano, puedo abrir los ojos para descubrir que no hay persiana y que la cortina se reduce a una tela de gasa blanca. Cual vampiro, me tapo la cabeza con la almohada, dándole algo más de tiempo a mi mente y a mi cuerpo para recuperar la conciencia.

La cita fue perfecta, toda ella. El rato que pasamos en la azotea de ese hotel fue súper romántico, la cena en su casa fue deliciosa y muy distendida, y el sexo de después fue rudo y apasionado. Me mostró dos facetas muy diferenciadas: la del Patrick racional, tímido y comedido del cual me enamoré. El que se tomó mucho tiempo en tener todos los detalles de la cita controlados, el que no dejó nada al azar. El lugar, la música, la idea de estar solos los dos a pesar de vivir en una ciudad con más de ocho millones de personas, la decoración de su casa... Pero entonces apareció el Patrick dominante, el que me prohibió mover mis manos y tocarle, el que me hizo el amor de un modo rudo y primitivo que erizó todo el vello de mi cuerpo y provocó un intenso orgasmo que me recorrió desde la punta de los dedos de los pies hasta el pelo de mi cabeza.

Alargo la mano para tocarle, pero entonces reparo en que hay un hueco vacío a mi lado. Me siento en la cama y miro alrededor, buscando mi ropa, sin éxito. Espera... ¿me quitó la ropa abajo? No me acuerdo de nada. O sea, de nada relevante. A esas alturas de la noche, donde quedarán mis bragas me traía sin cuidado. Entro en el baño en su busca, pero y allí tampoco están. Aprovecho para lavarme la cara y recogerme en pelo en una coleta con la goma que llevo en la muñeca.

Al salir, decido vestirme con ropa de Patrick, así que abro la cómoda y me pongo unos calzoncillos que encuentro en el primer cajón. Del segundo cajón cojo una camiseta.

Ya en el pasillo, no oigo ni veo señal alguna de Patrick, así que bajo las escaleras poco a poco y, ya en la planta baja, me dirijo a la cocina. Junto a la cafetera hay una nota:

**"Son las 6:30. He salido con la bici. Tardaré unas 2 horas. Estás en tu casa. ¡Te quiero!"**

¿Con la bici? ¿A las 6:30? ¿Acaso es un robot que no necesita dormir y



no se cansa nunca?

El reloj de la cocina marca las 8:30, así que debe de estar a punto de llegar. Me sirvo café en una taza y echo un vistazo a toda la estancia diáfana. De día, aún es más bonita que de noche. Es muy luminosa y acogedora, con los suelos de madera rústica, las paredes de color gris claro y el color blanco que domina en toda la planta baja: en los ladrillos de la chimenea, en la mesa y las sillas del comedor, en la manta sobre el sofá o los muebles de la cocina. Todo muy acogedor a la vez que moderno.

Me dirijo lentamente hacia el jardín. Hace una temperatura ideal y ya no hay signos de nada de lo que pasó anoche. Está claro que Patrick ha recogido todo antes de salir esta mañana. Camino alrededor, oliendo las flores y me acerco al pequeño huerto. Luego, me siento en una de las sillas y encojo las piernas, apretando mis rodillas contra el pecho y tapándomelas con la camiseta de Patrick. Definitivamente, me siento muy cómoda en esta casa, y creo que me podría acostumbrar a vivir aquí.

En ese momento, aparece Patrick por la puerta. Lleva el casco en una mano y la bici en la otra, y me deleita la vista con una camiseta de manga corta pegada al cuerpo y el pelo totalmente mojado. Cuando me ve, sonrío desde la entrada y viene hacia mí, dejando la bici apoyada en la escalera.

—¿Tú no duermes? —le pregunto.

—Buenos días para ti también —me dice, dándome un beso lento y pausado.

—Tengo la solución a tu problema de insomnio: persianas —insisto.

—No soporto el ruido del despertador y el sol es silencioso y cálido.

—Pero sale demasiado temprano.

—Pero me permite salir a correr o en bici y a la vez pasar el mayor tiempo posible contigo. Me voy a la ducha y a afeitarme —dice, antes de besarme de nuevo.

—Por cierto, ¿dónde está mi ropa?

—Estaba toda esparcida por el suelo, así que la cogí y te la dejé doblada encima del sofá. Aunque tengo malas noticias en cuanto a tus bragas... Me parece que me excedí con la fuerza al quitártelas...

—Bueno, a tu favor diré que no te tenía por un “rompe bragas”, pero me gusta que tengas esos golpes escondidos. Te tomaré prestados los calzoncillos.

—La culpa es tuya, por sacar a relucir mi lado más salvaje. Bajo en un rato.

Cuando me termino el café, subo hacia el dormitorio con mi ropa en la

mano, dispuesta a darme una ducha cuando él acabe. Abro la puerta del baño y veo a Patrick frente al espejo del lavamanos, con una toalla anudada alrededor de la cintura y la cuchilla de afeitar en la mano. Tiene el pelo mojado y gotas de agua en el torso. Me mira de reojo mientras la cuchilla se desliza por su piel.

—No sé realmente qué he hecho para merecer este regalo, pero gracias... —susurro, mirando al techo.

Me siento en el lavamanos, frente de él. Apoya las manos en el mármol a ambos lados de mis piernas, y me mira levantando las cejas.

—No contenta con inmiscuirte en mi rendimiento laboral, en mis horas de sueño o en mis momentos de ocio, ¿ahora también vas a boicotear mis momentos de aseo personal?

—¿Yo? Pobre de mí...

Sin dejar de mirarme, sumerge la cuchilla en la pica llena de agua y, echando la cabeza hacia atrás, dejando al descubierto su cuello, se da otra pasada con la cuchilla.

Sin lugar a duda es la imagen más sexy que he presenciado en mi vida. Le cojo la cuchilla de la mano y la acerco con cuidado a su mejilla. No deja de mirarme mientras, pasada a pasada, le afeito cada centímetro de piel. Luego, le cojo del mentón y le obligo a mirar al techo para afeitarle el cuello. Mientras lo hago, veo su nuez subir y bajar al tragar saliva. Me encanta el sonido de las cuchillas al rozar su piel, así como el de su respiración pesada. Cuando acabo, cojo una toalla de mano y le quito los pocos restos de gel de afeitar que le quedan en la cara y cuello, y alcanzo la loción para después del afeitado. Me echo un poco en las manos y me las froto para luego aplicárselo con cuidado sobre la piel. Le acaricio con ternura y, cuando ya no me conformo con su cara y cuello, mis manos se dirigen a su pecho, deslizando los dedos hasta el borde de la toalla.

Patrick acerca la boca a mi cuello, provocando que su olor corporal me invada por completo. A punto de estallar de pura lujuria, le susurro:

—Me voy a duchar. ¿Te vienes?

A su respuesta no le hacen falta palabras. Me quita la camiseta y los calzoncillos que le he cogido prestados y, tirando la toalla al suelo, camina hacia la ducha, arrastrándome con él.



—Entonces... ¿la cita cumplió tus expectativas?

—¿En serio necesitas que responda a eso? —Patrick ríe a carcajadas, mientras se mete la camiseta por el cuello—. Pensaba que mis jadeos te lo habían dejado claro...

—Ya vi que mis habilidades en la cama te trastocan bastante. Te hacen decir cosas sin sentido.

—¿Como qué?

—Como que yo te había conquistado hace muchos meses. ¿Tanto tiempo te parece que hace que nos conocemos? ¿Tan largo se te ha hecho?

Vale, parece que sí se dio cuenta de mi comentario. Esto de mentir no es lo mío. Soy demasiado impulsiva como para ir midiendo mis palabras. ¿Ahora cómo salgo de ésta?

—Lo que tú dices... Parece que tienes demasiada influencia en mí. La próxima vez, bésame antes para impedir que diga más tonterías...

—La próxima vez, ¿pasamos directamente a la cama? Me ahorraría bastantes quebraderos de cabeza, la verdad. —Le saco la lengua y acabo de vestirme, hasta que recibo un mensaje de texto en el móvil y me acerco para leerlo—. Es de mi hermano.

—¿Alguna noticia de Will?

**“Hola, tortolitos. Todo ha ido genial. Will se lo ha pasado en grande. Ha aprendido como una docena de nuevos insultos y estamos perfeccionando el arte del eructo. Son las 22:30 y le acabo de dejar en la casa de acogida. Patrick, espero que te hayas comportado, aunque no quiero detalles porque te partiría la boca. Alex, llámame para contármelo y decidir si se la parto o no”**

Nos miramos con los ojos muy abiertos, incapaces de contener la carcajada.

—A ver cómo me lo monto yo en clase cuando Will se empeñe en mostrar sus nuevas habilidades a los demás...

—Hablando de Will, hoy me gustaría pasar la tarde con él.

—De acuerdo.

—¿Te apuntas?

—La verdad es que tengo que preparar algunas clases y corregir unos trabajos para mañana... Con todo el lío de la cita, he estado algo distraído... Pero te llevo y te recojo cuando me lo pidas.

—Tranquilo. Voy y vuelvo en metro.

—Pero... —Le pongo un dedo sobre los labios para hacerle callar.

—Tú espérame en mi casa, con la cena hecha, y estaremos en paz. Toma

las llaves.



—Y mira. Tengo una camiseta y una gorra nuevas. Me las compró Joey.  
¿A que molan?

—Mucho —contesto sonriendo al ver a Will exultante de felicidad.

—Parece que te lo pasaste en grande...

—Mucho. ¿Y tú?

Me mira sonriente, enseñando las dos filas de dientes, moviendo las cejas arriba y abajo.

—¡Oye! ¿A qué viene esa cara?! —le pregunto, revolviéndole el pelo de forma cariñosa.

—¿Te gustó? —Asiento sin despegar los labios, realmente emocionada —. Se lo curró mucho, ¿verdad? Estuvo preparándolo todo durante días. Le gustas un montón. Yo creo que tanto como para querer casarse contigo.

—¡Pero bueno...! —me sonrojo de golpe, apurada, sin saber dónde meterme.

—¿Por qué te pones tan nerviosa? ¿Acaso tú no querías casarte con él?

—¡No!

—¿No te casarías con Patrick?

—¡Sí! ¡Pero no!

—Aclárate, mujer.

Escucho a Alice reír a carcajadas a mi espalda, pero Will no parece satisfecho e insiste con la mirada para que le dé una respuesta.

—Es muy pronto para hablar de eso, Will. Aún nos estamos conociendo.

—¿Y cómo se sabe cuando ha llegado el momento? Quiero decir, ¿suena una alarma en tu cabeza, como la del horno de Alice cuando hace galletas, que te dice que estás lista para casarte?

—Eh... No. Pero se sabe con el tiempo.

—Pues yo creo que Patrick ya lo sabe.

—¡Will! ¡Ven! —le grita otro niño desde el interior de la casa.

—Ahora vengo —me dice, justo antes de alejarse corriendo.

En ese momento, Alice se sienta a mi lado, en las escaleras del porche trasero. Me mira e intento sonreírle, aunque las palabras de Will siguen resonando en mi cabeza. ¿Qué quiere decir con que Patrick ya está preparado? ¿Acaso le ha insinuado algo, o es una invención producto de la imaginación de un niño de ocho años?

—¿Alguna novedad de servicios sociales?

—No.

—No te preocupes. Seguro que el asistente social está haciendo todo lo posible. Charlie y yo hemos hablado a tu favor. No sé si servirá de mucho, pero queremos hacer todo lo que esté en nuestra mano para que Will esté contigo.

—Gracias, Alice —le digo, abrazándola—. Se lo agradezco mucho.

—Aunque a veces te meta en un apuro...

La miro, frunciendo el ceño.

—¿Por lo de... Patrick, dice?

Alice asiente.

—Will me ha hablado mucho de él. Me ha contado que es su profesor y que es genial. Que sabe muchas cosas de todo, que es divertido y que tiene mucha paciencia.

Incapaz de hablar, asiento de forma distraída, sumida en mis pensamientos.

—Pues que sepas que el amor te sienta bien, querida, porque estás muy guapa.

—Gracias, Alice.

—Es un chico afortunado.

—Créame, no más que yo —contesto, abrazándome las rodillas mientras miro el cielo—. Es... perfecto. Y no solo porque sea endiabladamente guapo y sexy. —A Alice se le escapa una risa cómplice, asintiendo con la cabeza—. Además, es cariñoso y atento; divertido, inteligente e incluso algo tímido. Todo en su justa medida, como si lo hubieran creado solo para mí...

—Todo el mundo intenta encontrar a la persona adecuada, pero pocos se preocupan por ser la persona indicada. Me da la sensación de que Patrick ha empleado bien su tiempo en conseguirlo.

—Pues me asusta un poco estar tan... así.

—¿Enamorada?

—Ajá.

—¿Por qué?

—Porque si un día se tuerce, nos haremos demasiado daño.

—En la vida, no se trata de no tener miedo. Se trata de no dejar de intentarlo aún teniéndolo. Y si se tuerce, levantarse y volverlo a intentar. Nada es para siempre, Alex, excepto la muerte.

La observo durante un rato. No creo que sea consciente de la magnitud

de sus palabras, de lo reconfortantes que son. Hay personas que se gastan miles de dólares en psicólogos, mientras que yo soy muy afortunada de obtener estos consejos gratis y a diario.



—Insisto.

—Pero puedo volver en metro.

—Estoy segura de ello, pero así nos quedamos más tranquilos.

—No te preocupes —interviene Charlie—, estoy acostumbrado a hacer de taxista.

Después de intentar negociar durante unos minutos más, claudico y nos montamos en la furgoneta, que, como la casa, es enorme y totalmente adaptada para niños, con algunas sillas infantiles en los asientos posteriores.

Charlie trastea la radio un rato hasta que da con una emisora en la que están radiando un partido de fútbol.

—Espero que no te importe —me dice.

—Faltaría más.

Nos mantenemos callados, acompañados en todo momento por la voz del locutor deportivo. Mientras cruzamos el puente hacia Manhattan, miro por la ventanilla, absorta en mis pensamientos, recordando los sabios consejos de Alice. Con el paso de los días, me doy cada vez más cuenta de la suerte que hemos tenido en dar con ella. Estoy convencida de que estaba predestinada a no tener hijos para así poder cuidar a cuantos más niños mejor.

—Si Patrick no te trata bien, me lo dices y le pateo el culo, ¿de acuerdo? —suelta Charlie de repente.

—Lo tendré en cuenta —le respondo, divertida, justo en el momento en que el teléfono vibra en mi mano.

**“No quiero parecer machista, pero ¿tengo ropa limpia en tu casa?”**

**“Sí, señor. El otro día hice la colada. Busca en los cajones del dormitorio”**

Converso un rato más con Charlie hasta que de repente me doy cuenta de lo que acabo de hacer. Le he dado vía libre a Patrick para fisgar en los cajones de mi dormitorio y las decenas de fotos que le hice hace tiempo están en uno de ellos.

Un sudor frío empieza a recorrerme todo el cuerpo. ¡¿Cómo he podido ser tan tonta?! ¿Y si encuentra las fotos, qué le digo? Se va a pensar que estoy

loca... Por favor, por favor, que no las haya visto...

Con el teléfono aún en las manos, mira la pantalla fijamente, expectante por si recibo algún mensaje suyo. Mueve las piernas de forma compulsiva, muy nerviosa.

Por fin, Charlie detiene el coche en doble fila, delante de mi edificio, y me despido de él rápidamente. Corro escaleras arriba y solo me detengo al llegar a mi rellano para respirar hondo antes de abrir la puerta.

—¡Hola! —grito, tratando de parecer lo más natural posible.

No recibo respuesta, hecho que me pone mucho más nerviosa. La luz del dormitorio está encendida y me dirijo hacia allí. Cuando llego, veo a Patrick sentado en la cama con el fajo de fotos en las manos. No me acordaba de que había tantas... pienso, tragando saliva con dificultad.

Él no parece haberse percatado de mi presencia, totalmente concentrado en las instantáneas que sostiene en las manos.

—Patrick... —susurro al final.

—¿Qué...? ¿Qué es esto? —No sé qué contestar. No sé cómo explicárselo todo sin parecer una pirada—. Este soy yo. ¿Me hiciste tú estas fotos? ¿Cuándo...? Y... ¿por qué?

—Es... complicado.

—No. Es raro de cojones, Alex. ¿Qué es todo esto? —insiste, extendiendo las fotos sobre la cama—. ¿Me espías?

—Ya no.

—Pero... ¿por qué?

—Estaba... enamorada de ti. No me atrevía a hablar contigo, pero no podía dejar de verte... Joey me aconsejó que hablara contigo, pero nunca me atreví...

—¿Joey?! ¿Qué tiene que ver tu hermano en todo esto? ¿Me espiabais los dos?

Su tono de voz es cada vez más alto, casi histérico, mientras las lágrimas empiezan a brotar de mis ojos sin remedio.

—Un día le conté que estaba enamorada de alguien con quien no había cruzado ninguna palabra. Solo eso. Me aconsejaba, pero nunca me atreví a hacerle caso...

—¿Y qué papel juega Will en todo esto? ¿Le...? ¿Le utilizaste también a él para acercarte a mí?

—¡No! ¡Nunca haría eso! ¡Nunca le utilizaría!

—¿Y cómo quieres que te crea?

—Sé que es difícil de creer, pero que resultaras ser el profesor de Will, fue una casualidad. ¡No lo sabía! ¡Te lo juro!

—No puedo creerte...

—Patrick, por favor —digo, arrodillándome frente a él. Patrick se pone en pie, esquivándome, mostrando las palmas de las manos—. ¡Por favor...!

—¡No tienes ni puta idea de por lo que está pasando Will! ¡Y no puedo creer que le hayas utilizado de esta manera!

—Te lo prometo, Patrick. Will y tú sois lo más importante para mí...

—No te conozco, Alex...

Incapaz de reaccionar y de decir nada más, me quedo plantada en el sitio. Intento elegir las palabras adecuadas, pero ninguna suena creíble. De repente pasa por mi lado, sin siquiera mirarme, coge la mochila y la sudadera y se dirige a la puerta.

—Patrick, espera... Te lo iba a explicar...

—¿Explicarme el qué? ¿Explicarme que lo nuestro se basa en una enorme mentira? —me pregunta sin girarse, y sin esperar mi respuesta, se marcha de mi apartamento y de mi vida, dando un fuerte portazo.



## Capítulo Dieciséis

Me duele la cabeza de tanto llorar. Llevo horas sentada frente al ordenador de la redacción sin haber sido capaz de tocar una sola tecla. Esta mañana necesitaba salir de casa. Necesitaba alejarme de las decenas de fotos despedazadas que con tanto esmero y devoción guardaba hasta hace unas horas. Por culpa de estas malditas instantáneas me veo como estoy. Por culpa de ellas he perdido al amor de mi vida. Por culpa de ellas, mi vida ha vuelto a como estaba hace unas semanas, vacía.

¿A quién pretendo engañar? La culpa no es de estas fotos, si no de quien las hizo: yo. Es lógico que haya huido al verlas. ¿Quién en su sano juicio tiene semejante colección de fotografías de alguien desconocido? Una loca obsesionada como yo. ¿Por qué no me comporté entonces como una persona adulta y me acerqué a él a hablarle? O, ¿por qué no le conté lo de las fotos cuando tuve la oportunidad? Incluso, ¿por qué narices no las tiré cuando ya no necesitaba mirarlas cada noche porque podía verle en persona, a mi lado en la cama?

Por otra parte, me duele en el alma que piense que utilicé a Will para acercarme a él. No puedo creer que me crea tan cruel e insensible como para utilizar a un niño de ocho años para acostarme con un tío. Quiero con locura a ese niño y realmente quiero hacerme cargo de él. Aunque, por otro lado, ¿cuáles son las probabilidades de que te obsesiones con un tío y que resulte ser el profesor del niño que cuidas? Muy pocas en una ciudad normal, ínfimas en una ciudad como Nueva York.

Cuando el reloj marca las tres de la tarde, me levanto, me cuelgo el bolso al hombro y me dirijo hacia la puerta de la redacción.

—¿Estás bien? —me pregunta mi jefe.

—Más o menos...

Esbozo una sonrisa de circunstancias y poso la mano en su antebrazo para intentar tranquilizarle.

De camino al colegio, compruebo mi teléfono para ver si tengo noticias de Patrick. He intentado contactar con él varias veces desde que se marchó, llamándole y mandándole mensajes. Necesito que me crea. Entiendo su enfado por las fotos. Me comporté como una acosadora obsesiva y no me extrañaría incluso que me denunciara. Pero lo que no puedo permitir es que crea que utilicé a Will para llegar a él, y es lo que insisto en explicarle.

Cuando llego a la puerta del colegio, no hay ni rastro de Patrick y tampoco de Will, aunque algunos de sus compañeros de clase ya están por aquí fuera. Me apoyo nerviosa en la barandilla, mirando a un lado y a otro a través de mis gafas de sol. ¿Estará hablando con Patrick? ¿Saldrá con él? Poco rato después, aparece Will. Solo.

—Hola, Will —le saludo, intentando simular normalidad.

—Hola. Patrick no va a venir en un tiempo —me dice, dejándome muda. Siento los latidos de mi corazón retumbando en mis oídos—. Me ha dicho que tiene mucho trabajo y que intentará venir a verme el sábado, si tú quieres.

Oficialmente, nos acabamos de convertir en un matrimonio divorciado con la custodia compartido de un hijo.

Al llegar al parque, como es habitual, Will sale corriendo a jugar mientras yo me dejo caer en un banco. Le observo correr, riendo despreocupado. Al principio, barajé no contarle nada, pero sé que acabará sospechando. Además, parece que Patrick ha allanado un poco el terreno y ya le ha dejado caer que por las tardes dejará de venir con nosotros.

Totalmente sumida en mis pensamientos, no me doy cuenta de que se ha sentado a mi lado hasta que escucho su voz.

—¿Qué haces? ¿No vas a jugar?

—Estás triste.

—No... No te preocupes. Es solo que he tenido mucho trabajo y tengo muchas cosas en las que pensar.

—Tengo ocho años, pero no soy tonto. Te pasa algo con Patrick.

—¿Con Patrick? ¿Por qué dices eso?

—Porque él está igual que tú: callado y distraído. Y nunca habíais preferido trabajar a veros.

Había olvidado que Will es ese niño que me dejaba alucinada con sus preguntas y ocurrencias, fijándose en cosas que se le escapan a la mayoría.

—Patrick y yo hemos discutido —digo, sin rodeos.

—¿Por qué? ¿He hecho algo? —pregunta, realmente preocupado.

—No, cariño. Tú no has hecho nada. Verás... ¿Recuerdas que te hablé una vez de un chico que me gustaba antes de conocer a Patrick? —Will asiente con la cabeza—. Era Patrick.

—No... No lo entiendo...

Y entonces se lo cuento todo. Empezando por mis paseos por el parque, cámara en mano, continuando por mi incapacidad para entablar conversación con Patrick, para acabar con mi asombro al ver que el chico con el que estaba

obsesionada era su profesor.

—¿Y entonces, encontró las fotos?

—Todas ellas.

—¿Cuántas tenías?

—No lo sé... Muchas. Cien. No sé.

—¿Y por qué se ha enfadado contigo?

—Porque se ha asustado un poco. Yo le perseguía como una espía. En plan... loca.

—Pues no es para tanto. Si una chica me persiguiera y me hiciera fotos, creo que me gustaría. Sería como si yo fuera un cantante famoso.

No puedo aguantar la risa. ¡Qué fácil lo ve! Aunque tengo que reconocer que consigue animarme. Así que decido serle franca del todo.

—Patrick piensa que te he utilizado para acercarme a él. Yo te conocía mucho antes de saber que Patrick era tu profesor. Pero él cree que me enteré de que era tu profesor y que entonces me ofrecí a llevarte al cole y cuidar de ti para estar cerca de él.

—Pero eso no es verdad.

—Lo sé, cariño. Y quiero que me crea, pero lo más importante es que tú lo tengas claro. Tú estás por encima de Patrick para mí. Puedo estar sin él, pero no sin ti.

—Pero yo quiero que estéis juntos... ¿Y si hablo con él?

—No. No queremos inmiscuirte en esto. Ninguno de los dos.

Se pone en pie y se sienta en mi regazo, abrazándome. No puedo parar de darle besos. Él es el que me dará fuerzas para seguir adelante. Estoy convencida de ello.



Cuando llegamos a la casa de acogida, Will no se quiere despegar de mí. Agarrándose de mi mano, se resiste a hacerle caso a Alice, que le pide que suba a pegarse una ducha antes de cenar.

—Cariño... Haz caso a Alice.

—¿Estarás bien?

—Claro que sí. Te lo prometo.

Cuando por fin consigo convencerle, siempre bajo la atenta y creo que preocupada mirada de Alice, Charlie se acerca a mí.

—¿Patrick va a venir a recogerte? —me pregunta.

—Tiene trabajo —contesto, negando con la cabeza.

—Pues te llevo a casa.

Como la vez anterior, hacemos el trayecto en silencio, aunque esta vez no deja de echarme rápidos vistazos, hasta que, al parar el coche delante de casa, dice:

—Los hombres somos muy simples y tontos, nos asustamos con facilidad. No sé lo que ha pasado ni quiero inmiscuirme, pero hazme caso, dale tiempo para pensar. —Asiento, sonriendo sin ganas de disimular mi tristeza—. Y si en un tiempo no lo ha hecho por sí mismo, avísame y le pateo el culo.



—¿Cómo estás? —me pregunta Joey.

—Bien.

—Ajá. Ahora dime la verdad.

—Es... extraño. Estoy siguiendo un sabio consejo que me dieron, y le estoy dando tiempo, aunque me muero de ganas por saber de él. Ni siquiera le pregunto a Will porque no quiero meterle en medio... Sé que va al colegio, pero me esquivo... Tengo ropa suya en casa y no sé siquiera cómo devolvérsela...

—De acuerdo... ¿Sabes qué vamos a hacer? Mañana vamos a salir.

—No me apetece.

—Me da igual. Vamos a tomar una copa, en plan tranquilo.

—¿Plan tranquilo? ¿Tú? No me hagas reír.

—De acuerdo. Haces bien en no creerme porque vamos a salir a darlo todo. Vamos a beber hasta perder el sentido y bailar hasta que nos sangren los pies.

—¿Y eso es divertido?

—Por supuesto que sí. ¿Quién sabe? A lo mejor conoces a alguien con quien compartir cama...

—No puedo ni quiero olvidar a Patrick de la noche a la mañana.

—Nadie ha dicho que le tengas que olvidar, pero un polvo es un polvo. Prométeme al menos que lo pensarás.

—Lo pensaré.



**“¿Te parece bien si mañana paso a recoger a Will y paso el día con**

él?"

El mensaje de Patrick me pilla por sorpresa y me deja sin habla. No ha contestado a nada de lo que le he preguntado, ni respondió mis llamadas y decide hacerlo para... arrebatarme de algún modo a Will. Sin un hola, sin preguntarme siquiera cómo estoy. ¿No me está echando de menos como yo a él? ¿Ya ha hecho borrón y cuenta nueva?

**“De acuerdo”**

He intentado sonar tan fría como él, aunque no sea mi estilo. Me quedo con ganas de hacerle millones de preguntas. Necesito saber si lo está pasando tan mal como yo, si me echa de menos, si todo le recuerda a mí, si pagaría dinero por verme, aunque fueran dos segundos, si cada vez que alza la vista al cielo y ve las estrellas se acuerda de la maravillosa cita que tuvimos, si cada noche al acostarse se gira hacia el lado vacío de la cama y llora...

Al escuchar el timbre del colegio anunciando la salida de los alumnos, guardo el teléfono en el bolso y espero a Will con la mejor de mis sonrisas. Pero me conoce demasiado, y enseguida sabe que me pasa algo. Sin decir nada, me coge de la mano, apretándomela con fuerza.

—¿Sigues triste?

—Un poco. Pero cada día voy mejor.

—¿Es una mentira piadosa?

—¿Cómo sabes lo que es eso?

—Porque Patrick me ha explicado lo que significa. Es una mentira que se dice para no hacer daño a la otra persona. Los dos decís mentiras piadosas para no hacerme daño. —Pongo una mano sobre su hombro y le atraigo hasta mí—. Me tomaré eso como un sí. ¿Y bien? ¿Qué planes hay para este fin de semana?

—Mañana estarás con Patrick.

En la cara de Will se dibuja una sonrisa enorme hasta que se da cuenta de algo...

—Pero eso quiere decir que tú no vendrás.

—Yo vendré el domingo. ¿Te parece bien?

—No —responde con una sinceridad brutal—. Pero ya sé que no puede ser, así que me conformo.

Cuando llegamos a casa de Alice, están todos en el patio de atrás. Los chicos están jugando al fútbol, mientras Alice y Charlie están sentados observándoles.

—Hola, querida. Siéntate con nosotros un rato —me pide Alice.

—¿Qué quieres tomar? ¿Café, té, zumo...? —me pregunta Charlie, levantándose de la silla.

—Una cerveza, si tienen.

—Me gusta mucho esta chica —le susurra Charlie a su mujer en el oído, aunque lo suficientemente alto como para que yo le escuche.

Cuando nos quedamos solas, Alice me mira fijamente.

—¿Día duro? —me pregunta.

—Ni se lo imagina.

—¿Cómo lo llevas?

—¿En el trabajo o con el tema de Will?

—En general. Patrick incluido. —Al ver mi expresión, añade—: Tu cara dice muchas cosas desde hace días... y Will me ha contado que os habéis peleado.

—Trato de centrarme en el trabajo y en Will, y pensar lo menos posible en Patrick.

—¿Y en ti quién piensa, cariño? ¿Eres feliz?

—Will me hace feliz. Mi hermano también. Venir aquí cada tarde...

—¿Habéis hablado desde que discutisteis?

—Ni siquiera nos hemos visto —digo, negando con la cabeza—. La única comunicación ha sido hoy, cuando me ha enviado un mensaje preguntándome si me iba bien que mañana pase él el día con Will. Parecemos una pareja divorciada peleando por la custodia de su hijo.

Alice menea la cabeza, contrariada, mientras Charlie sale de nuevo con mi cerveza y, al ver nuestras caras, levanta las manos.

—Mejor os dejo solas...

Va hacia los chicos y se pone a jugar con ellos, cerveza en mano. Me encanta este hombre.

—Verá, yo... estaba enamorada de Patrick desde mucho antes de conocernos...

Siento la necesidad de contárselo todo a Alice. Algo me dice que hablarlo con ella me hará bien, al igual que lo hizo hablarlo con Joey. Le explico toda la historia, incluyendo mis momentos de locura acosadora. Ella me escucha atentamente, sin interrumpirme, sin juzgarme, hasta que cuando acabo el relato, simplemente añade:

—¿Quién no ha hecho alguna locura por amor?

—Supongo que se le puede llamar así, siendo muy benévola. Pero entiendo que Patrick se asustara.

—Querida, no has matado a nadie. Son sólo unas fotos.

—Pues me parece que él no lo ve así.

—A lo mejor es que nunca ha estado enamorado.

Esa frase me deja pensativa.

—Puede ser... Lo que me preocupa es Will. Necesito que Patrick me crea, que se dé cuenta de que nunca se me ocurriría utilizarle para llegar hasta Patrick.

—No creo que lo piense de veras. No hace falta más que verte con el chico para darte cuenta de ello. Yo creo que lo dijo enrabiado, para hacerte daño.

Las palabras de Alice me reconfortan. Tengo la suerte de haberme rodeado de gente que me hace sentir bien, protegida, y eso es un tesoro que quiero guardar para siempre.

—Alice, si finalmente me dieran el visto bueno para adoptar a Will, me gustaría seguir viniendo aquí para ayudarte en lo que haga falta... No me gustaría perderos ni a ti ni a Charlie y, por supuesto, no me gustaría que Will os perdiera.

—Y a nosotros nos encantaría que siguierais visitándonos.

Damos algún sorbo de nuestras bebidas mientras observamos a los chicos jugar. Will corre de un lado a otro del jardín con el balón en las manos mientras Charlie le da instrucciones para lanzar el balón.

—¿Qué tal está Joey? Me pareció un chico muy simpático cuando vino a traer a Will hace unos días. Y revolucionó un poco a las chicas de por aquí...

—Suele tener ese efecto entre el público femenino, sí. Está bien. Ahora, emperrado en que salga con él para divertirme un poco e intentar olvidarme de Patrick.

—Pues creo que deberías hacerle caso.

—Pero es que yo no quiero olvidarle... —susurro.

—¿Quién ha dicho que para divertirme tengas que hacerlo?

Me la quedo mirando durante un rato, pensativa. La verdad es que tiene razón. Serán sólo unas horas, pasaré tiempo con Joey, beberemos, nos divertiremos y, cuando me canse, me voy.

—¿Sabe qué, Alice? Creo que tiene razón.



Ya enfundada en mi precioso y entalladísimo vestido negro, maquillada y peinada para la ocasión, Joey llama a la puerta. En cuanto abro, me mira con

los ojos abiertos como platos, silbando.

—Perdone, me he equivocado de piso.

—Ven aquí, tonto —digo, cogiéndole de las solapas de la chaqueta de cuero y haciéndole entrar.

Entonces me coge de ambas manos y se retira unos pasos para mirarme de arriba abajo.

—Madre mía, Alex... Estás impresionante.

—Tú tampoco estás nada mal...

—Estoy buenísimo. No hace falta que seas tan comedida. ¿Nos vamos? —me pregunta, ofreciéndome su brazo para cogerme.

Cojo un pañuelo de color violeta para atarme al cuello, el bolso y agarro el brazo de Joey. El local al que quiere llevarme está en el Upper East Side, y allí nos dirigimos en su Range Rover. Aparcamos cerca y vamos dando un paseo.

—¡Está muy de moda! —me grita una vez hemos entrado, después de hacer una larga cola—. ¡Te gustará!

Me dirige a través de la multitud, saludando a algunas personas. Al llegar a la barra, consigue un taburete para mí y le hace una señal con la mano a la camarera. Esta se acerca de inmediato, sonriendo de forma sensual y apretando los brazos contra sus pechos para enmarcarlos, como si se los estuviera poniendo en bandeja a Joey. Este no es inmune a sus “encantos”, y le mira como un bobo.

—¡¿Qué tal, Joanne?! —la saluda, dándole un beso en cada mejilla.

—Te he echado de menos... —susurra ella e, incomprensiblemente, se hace oír entre el bullicio.

Entonces se da cuenta de mi presencia, y su expresión cambia de inmediato. Si pudiera, saltaría la barra con el picahielos en la mano y me apuñalaría con él.

—¡Es mi hermana...! ¡Alex!

—Prométeme que hoy no te irás sin despedirte... —le susurra después de servirnos las bebidas.

—Me ha puesto cachonda hasta a mí —bromeo cuando nos deja solos.

Joey se estira para poder verle el culo, y ella lo sabe, porque se contonea de forma exagerada. O a lo mejor camina así... ¿Quién sabe?

—¿Sabes algo de Will? —me pregunta, llevándose la copa a los labios.

—Hoy ha pasado el día con Patrick... Le ha comprado una bicicleta.

—Muy bien.



—No. Muy bien, no. —Al ver que Joey me mira con los ojos muy abiertos y su copa a medio camino a la boca, le aclaro—: No sé qué pretende. ¿Comprarle, de algún modo? Y encima me envió alguna foto, poniendo la excusa de que fue Will quien le pidió que lo hiciera. Pero yo sé que no... Que solo quería echármelo en cara...

—Alex, id con cuidado, por favor...

—¿A qué te refieres?

—Ese crío está en medio de los dos. Y si la cosa entre vosotros explota, la onda expansiva puede “matarle” —afirma, entrecomillando con los dedos sus palabras—. Tened cuidado de que él no sea un daño colateral.

—Lo sé... —resoplo—. Es que... Joder... Necesito... ¡Mierda!

—Yo sé lo que tú necesitas. O, mejor dicho, a quién. Déjame que te haga una foto.

—¿Vas a colgarme en tu Instagram?

—No. Voy a enviársela a Patrick para que se dé de cabezazos al ver lo que ha dejado escapar.

—¡Ni se te ocurra, Joey!

—¿En qué quedamos? No quieres olvidar a Patrick, pero no me dejas hacer nada para que no tengas que hacerlo.

—No hagas nada. Sin más.

—De acuerdo... Fase dos: a rey muerto, rey puesto —dice, dándose la vuelta para hacer un barrido visual por el local—. Ese de allí tiene buena pinta. Y es vulnerable.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque no lleva anillo de casado, pero no para de tocarse el dedo mientras habla. Así que, o es recién divorciado, o viudo. La presa perfecta.

—No pienso aprovecharme de nadie... Ni a acostarme con nadie. Ni a hacer nada con nadie.

—Pues tendrás que contratar a un guardaespaldas yendo así vestida. Y yo siento comunicarte que no estoy disponible, porque acabo de ver a una firme candidata a pasar una noche de diversión y lujuria conmigo.

—Voy al baño. No requiero de tus servicios. Gracias —digo, mientras me hago paso entre el gentío.

Me lleva un buen rato llegar. Luego soporto una cola de cerca de quince minutos, durante los cuales he estado seriamente tentada en meterme en el baño de los hombres. Cuando salgo, empiezo a caminar en busca de Joey, hasta que, después de tres vueltas completas al local, me hago a la idea de que

le he perdido. Mi sentido de la orientación es nulo, lo sé, pero, aún así, creo haber pasado un par de veces por la barra en la que estábamos sentados antes, y él ya no está allí.

—Enhorabuena. Ya puedes dejar de buscar.

Me doy la vuelta poniendo los ojos en blanco. Me encuentro con un chico que debe de tener mi edad. Ni demasiado alto, ni demasiado bajo. Ni demasiado gordo, ni demasiado delgado. Ni guapo, ni feo. No es demasiado de nada. Y no sé si eso es bueno o malo, pero casi una hora después, he averiguado que se llama Henry, me ha invitado a unas cuantas copas, y sé que no se le da nada mal bailar. También ayuda el hecho de que la música del garito es genial. Han sonado canciones de The Counting Crows, de The Goo Goo Dolls e incluso de Nirvana, y me lo he pasado en grande bailando y brincando desinhibida.

—¿Quieres otra copa?! —me pregunta Henry, a gritos.

—¡No debería! —le respondo.

—¡Vamos! ¡Nos estamos divirtiendo!

—¡Pero estoy a dos copas de perder el sentido!

—¡Genial! ¡Tenemos margen, entonces! —me guiña un ojo y, de sopetón, me da un rápido beso en la boca.

Me sorprende, pero no me resulta extraño del todo. No me parece un crimen. En realidad, no estoy haciendo nada malo, así que le sonrío y le observo mientras se aleja. Cada pocos pasos, echa la vista atrás y me mira, exultante de felicidad.

Entonces, cierro los ojos, abro los brazos y empiezo a mecarme al compás de la música. Totalmente desinhibida, río a carcajadas cuando Henry rodea mi cintura con un brazo y me planta una bebida de un color rosa chillón frente a mis narices. Acercó los labios a la pajita mientras él entierra la cara en mi cuello y me hace cosquillas con la nariz. Siento su aliento caliente en mi piel, pero no me aparto.

De repente, abro los ojos y levanto la vista. Dejo de bailar al instante, nada más verle, y todo desaparece a mi alrededor. Ahora estamos solos. A través de sus gafas veo sus brillantes ojos azules, resaltados por el láser de la discoteca, y sé que me está mirando fijamente, con una expresión entre herida y decepcionada. Su pecho sube y baja con rapidez, y aprieta los puños con fuerza contra ambas piernas. Entonces, a su lado, veo a una mujer despampanante. Me lleva un rato reconocerla, pero esa melena rubia es inconfundible. Claire, la directora del colegio, miro alrededor, sonriendo, y

entonces se acerca a él y le susurra algo al oído. Sin pensárselo dos veces, Patrick la mira y, agarrándola por la cintura, le da un largo beso. Ella parece sorprendida al principio, ya que no se mueve, pero luego enrosca los brazos alrededor de su cuello.

Me siento traicionada, aunque no ha hecho nada distinto a lo que estaba haciendo yo hace unos segundos. Y entonces ya no me apetece estar aquí. Necesito... escapar. Necesito alejarme de él porque verle con otra me hace demasiado daño, y porque me acabo de dar cuenta de que, si me ha visto antes con Henry, entiendo perfectamente su dolor.

Corro hacia la salida, escuchando a Henry llamarme a gritos, muy confundido. Las lágrimas me impiden ver con nitidez, y choco con varias personas de camino al exterior. Incluso cuando salgo me siento perdida, mirando a un lado y otro de la calle.

—¡Alex, espera! —la voz de Patrick me alerta, y empiezo a correr calle abajo.

—¡Patrick, ¿a dónde vas?!

Oh, mierda. Esto se pone cada vez peor, pienso al escuchar la voz de Claire llamando a Patrick.

—¡Alex, por favor...! —Patrick me alcanza y me agarra por el codo, deteniéndome y dándome la vuelta para encararle—. ¡Escúchame!

—¡¿Por qué tengo que escucharte?! —grito.

—¡¿Alex?! —Entonces, Joey aparece por la puerta del local, viendo cómo Patrick me está agarrando—. ¡Eh, capullo! ¡Suéltala!

Nada más llegar a nuestra altura, Joey le da un fuerte empujón para apartarle de mí. Este, en lugar de rendirse, se vuelve a levantar e intenta acercarse a mí.

—Alex, solo quiero hablar contigo...

—¿Ahora? ¿Por qué ahora? ¿Por qué no ninguna de las veces que intenté hacerlo yo? —le pregunto.

—Alex, no tienes que hacer lo que él te diga —interviene Joey.

—De repente, quieres hablar conmigo, solo cuando me has visto besándome con ese tipo.

—Alex, volvamos dentro —insiste mi hermano—. Espera, ¿al final te estabas enrollando con un tío? ¡Bien por ti, hermanita!

—Patrick, ¿qué pasa aquí? —pregunta entonces Claire—. ¿Qué es todo esto...?

Joey la mira, descubriéndola de repente. No creo que mi instinto

femenino esté ahora mismo en plenitud de facultades, pero creo adivinar cierto rubor en la cara de mi hermano. Entorna los ojos, mirándola de arriba abajo.

—Claire, yo... —balbucea Patrick.

—Te ha utilizado —interviene de nuevo Joey—. Le envié un mensaje con una foto de mi hermana, su exnovia, para que viera lo que se está perdiendo y... *voilà*. Apareció aquí por arte de magia, contigo. Supongo que para darle celos...

—¿Es eso verdad, Patrick? —le pregunta Claire.

—Yo...

Patrick hunde las manos en su pelo, intentando disculparse con Claire, aunque incapaz de hilvanar una frase con sentido.

—¿Qué has hecho qué? —le pregunto a mi hermano—. Joey, te lo advertí.

—Yo sólo... bueno... cuando te fuiste al baño... te hice una foto disimuladamente y se la envié al móvil. No sabía que iba a aparecer por aquí, te lo prometo...

—Alex, por favor... —insiste Patrick.

Agobiada, levanto ambas manos para hacerles callar a los dos.

—¿Te vas? —me pregunta Joey.

—¿Tú qué crees?

—Te acompaño.

—No. Quiero estar sola.

—No te vayas, por favor. Alex, por favor... —interviene Patrick, corriendo hasta volverme a agarrar—. Háblame, por favor...

—¡Déjame en paz!

—No, Alex. Me... estoy volviendo loco...

—¿Tú?! ¡¿Tú te estás volviendo loco?! ¡Pues, hasta ahora, lo has disimulado muy bien!

Me remuevo para soltarme de su agarre, pero él usa entonces ambas manos, inmovilizándome con rudeza.

—¡Suéltame! ¡Déjame! —grito.

Y entonces, Joey se abalanza sobre él, dándole un fuerte puñetazo.

—¡Te está diciendo que la dejes en paz! ¿Eres sordo o qué te pasa, gilipollas?

Patrick se levanta del suelo y se toca la boca con la mano, limpiándose un hilo de sangre que sale de su labio. Se coloca bien las gafas y me mira. Al verme llorar, tuerce el gesto y, agachando la cabeza, intenta acercarse a mí,

pero Joey se lo impide.

—Ni se te ocurra volver a acercarte a mi hermana —le amenaza este, agarrándole de la camisa.

—Eso lo tendrá que decidir ella, ¿no crees?

Y, sin moverse del sitio, me vuelve a implorar.

—Alex, no puedo verte llorar... Por favor...

Da un paso adelante y Joey le empuja con fuerza y le empotra contra un coche. Patrick se duele, pero se vuelve a incorporar y sigue mirándome directamente a los ojos, intentando acercarse de nuevo.

—Alex, hágame, por favor.

Claire observa la escena, atónita.

Al dar el siguiente paso, Joey le pega un puñetazo en el vientre que le obliga a doblarse para, acto seguido, soltarle otro directo que impacta en un ojo, partiéndole la ceja. Patrick sigue sin devolverle los golpes. Se sigue levantando y mirándome fijamente. Recojo sus gafas, que han salido disparadas por el golpe.

—¡Joey, basta, por favor! —le grito.

Joey me mira extrañado, con el puño en alto. Patrick se agarra el costado y respira con dificultad por la boca. Escupe al suelo, y la saliva está completamente teñida de rojo.

—Tienes suerte de que ella sea tan buena contigo... A pesar de todo lo que le has hecho —dice, mirando a Patrick—. Te mereces que te esté dando hasta que se me canse el brazo. Por gilipollas tío, por gilipollas... ¿Sabes que te digo? Que Alex estará mejor sin ti, tú te lo pierdes, porque ella vale demasiado como para perder el tiempo con un tío como tú. El único delito que cometió fue enamorarse de ti perdidamente.

Patrick le escucha sin quitarme los ojos de encima. Tiene la cara magullada y llena de sangre, pero parece darle igual. Se mantiene en pie básicamente porque se apoya en el coche, de lo contrario, creo que no podría mantener la verticalidad.

Me acerco a mi hermano, y hablándole muy tranquila, le pido:

—Ya está, Joey, por favor. —Le pongo una mano en el pecho—. Vete, luego te llamo.

Joey me mira frunciendo el ceño y me coge con suavidad de ambos brazos, apartándonos un poco para tener más privacidad.

—¿Qué vas a hacer?

—Dejarle las cosas claras. Confía en mí, por favor. Estaré bien. Luego

te llamo.

—¿Cómo volverás a casa?

—Por favor, soy mayorcita y existe el metro. Te mandaré un mensaje cuando llegue a casa. Prometido.

—No se lo merece. No... No caigas, Alex...

—Lo sé, pero no le puedo dejar aquí tirado, así...

—Que le cuide su amiguita —dice, mirando a Claire.

Como la vez anterior, se queda absorto en ella durante más tiempo del estrictamente razonable. Conozco a mi hermano lo suficiente como para saber que esa mujer le ha trastocado de algún modo.

—Puede que ella necesite una copa... ¿Quién sabe si de toda esta noche, alguien puede sacar algo bueno?

—Joder... —resopla, rascándose la nuca—. Se suponía que esta noche tendrías que habértelo pasado en grande... Lo siento...

—Tranquilo. Vete con ella... —concluyo, poniendo ambas manos en sus mejillas.

Cuando Joey se aleja con Claire, me cruzo de brazos y miro a Patrick, que sigue agazapado, apoyado en el coche, respirando con mucha dificultad. Al rato, me acerco a él, le tiendo las gafas y me quedo a escasos centímetros. Patrick traga saliva. A pesar de mi aspecto calmado, le estoy intimidando, lo noto. Tiene el jersey completamente manchado de la sangre que no para de manar de la ceja, que, por otra parte, se le está inflando por momentos, obligándole a cerrar el ojo.

—¿Has venido en coche? —le pregunto. Patrick asiente con la cabeza—. Tengo que llevarte a un hospital. ¿Recuerdas donde está aparcado?

Patrick vuelve a asentir. Entonces, saco un paquete de pañuelos de papel del bolso y me acerco para ver bien la herida de la ceja. Con mucho cuidado, lo pongo encima de la herida. Él aprieta los dientes a causa del dolor y me coge la mano.

—Toma, aguanta así el pañuelo. Y ahora vamos hacia el coche.

Él sólo me mira, sigue sin decirme nada en absoluto. Yo no le miro a los ojos, no quiero caer en su trampa, mientras cojo otro pañuelo y, con cuidado, empiezo a limpiarle el labio. Su respiración sigue muy agitada y por su aliento, sé que ha estado bebiendo. ¿Habrá llegado bebido a la disco o habrá estado aquí más tiempo del que yo creía? Mientras una de mis manos sujeta el pañuelo del labio, y nuestros cuerpos están más juntos de lo que mi fuerza de voluntad puede resistir. Él sigue buscando mi mirada y yo me sigo resistiendo.

—El corte de la ceja no me gusta. Creo que necesitas puntos de sutura. Yo conduzco.

Cuando llegamos a su coche, con más dificultad de la que yo pensaba, Patrick se dirige al asiento del copiloto. Mientras conduzco, le voy observando de reojo. Tiene el cuerpo y la cabeza recostados contra el asiento y ha cerrado los ojos. Sigue aguantando el pañuelo contra la ceja, el cual vuelve a estar completamente teñido de rojo e incluso tiene el jersey manchado.

Cuando aparco al lado de Urgencias y le ayudo a bajar, me doy cuenta de que cada vez le cuesta más caminar, así que me paso uno de sus brazos por mis hombros y le sostengo mientras entramos.

—Ahora vengo —digo, dejándole sentado en la sala de espera, mientras le doy todos los detalles a la enfermera de recepción.

Hemos tenido suerte, porque no hay mucha gente, así que me asegura que en breve le atenderán. Me da el impreso y me siento al lado de Patrick para rellenarlo. ¿Nombre? Patrick. ¿Apellido...?

—Patrick, no sé cuál es tu apellido —susurro.

—Wilson.

—¿No te parece significativo? —Él se encoge de hombros—. Sabemos bien poco el uno del otro...

—Solo es un apellido, Alex.

Tuerzo el gesto y vuelvo a centrar mi atención en el formulario, justo en el momento en el que una enfermera le llama por su nombre.

—¿Patrick? Ya puedes pasar. —Y dirigiéndose a mí, añade—: Deme el formulario, que ya acabamos de rellenarlo nosotros con él. Usted puede esperarle aquí, si quiere. Será rápido.

—Vale.

Patrick me mira y asiente. Da la sensación de estar ahora tan indefenso y perdido que lo único que me apetece es abrazarle y decirle que todo irá bien, pero no debo olvidar el motivo por el que estamos aquí. ¿Cómo se nos ha ido esto tanto de las manos?

Mientras espero, salgo y llamo a Joey, que contesta al momento.

—¿Estás bien?

—Sí, tranquilo. Estamos en el hospital. Le has dado fuerte.

—Menos de lo que me hubiera gustado. Se lo merecía y él lo sabe, porque no se ha molestado en devolverme ni un solo golpe. ¿Habéis hablado? ¿Te ha dicho por qué lo ha hecho?

—No, hemos venido directos para aquí. No está en condiciones de hablar. A duras penas se tiene en pie. ¿Y tú...?

—Bueno... He estado con Claire...

—¿Y...?

—Y hemos charlado, y bebido un par de copas, y hace cosa de media hora la he dejado en su casa sana y salva.

—Te gusta.

—¿Qué dices?

—Vi cómo la mirabas antes, y que no hayas intentado nada más, que hayas querido hacer las cosas de diferente manera, confirma mis sospechas.

—Qué clarividente eres cuando se trata de la vida amorosa de los demás, ¿no crees? En fin... Déjale las cosas claritas, le pegas la patada y te vuelves a casa. ¿De acuerdo?

—Vale.

—Oye —me dice antes de colgar—, hazle una foto para que vea como le he dejado...

—Joey...

Cuelgo y suspiro, tapándome un poco con el pañuelo del cuello. Mi corazón no para de decirme que ha cometido un error, al igual que yo cometí el error de no hablarle antes de la existencia de las fotos y que todos necesitamos una segunda oportunidad. Pero mi cabeza me dice que haga caso a Joey. Fuera por despecho o por lo que sea, se merece un escarmiento ya que me ha hecho mucho daño.

—Hola.

Me giro y veo a Patrick. Lleva la camisa ensangrentada en la mano, dejando al descubierto una camiseta blanca de manga corta. Me acerco a él para ver las heridas. El labio, aunque inflado, no tiene mala pinta. La ceja es otro cantar. Le han cosido el corte y la tiene mucho más inflada que cuando llegamos y la piel de alrededor empieza a ponerse morada. A consecuencia de ello, ese ojo lo tiene prácticamente cerrado del todo.

—Vamos, que te llevo a casa.

Cuando le agarro por la cintura para ayudarlo a caminar, se queja y me detengo en seco. Me mira, se levanta la camiseta y veo que tiene todo el estómago vendado.

—También tengo una fisura en un par de costillas —me informa. Al ver mi gesto preocupado, vuelve a hablar—: Me lo tengo merecido. Siento mucho lo que ha pasado, Alex. Necesito que me perdones.



Conduzco hasta su casa sin decirle nada, momento que él aprovecha para intentar explicarse.

—Cuando recibí la foto que me envió Joey, no sabía qué hacer. Al principio, seguía demasiado enfadado e intenté hacer ver que me daba igual lo que hicieras. Luego, empecé a imaginarte allí, así vestida y rodeada de... babosos, y me empecé a poner enfermo. Decidí coger el coche y plantarme allí, pero antes de entrar, me cagué. Al fin y al cabo, fui yo quién decidí marcharme y tú eras libre de hacer lo que quisieras, así que me metí en un pub cercano y empecé a beber. No paraba de mirar la foto que me había enviado Joey y cuando ya llevaba tres o cuatro copas, ideé mi... plan. Me acordé de tus celos y llamé a Claire. Ella aceptó encantada. Yo no quise darle falsas esperanzas, no pretendía... besarla, pero cuando te vi bailando con ese tío... todo se desmoronó a mi alrededor. Entonces fui plenamente consciente de que te había perdido. Estabas en los brazos de otro, divirtiéndote, y yo no pintaba nada allí.

Llegamos a su casa y yo sigo sin articular palabra y sin mirarle a los ojos. No quiero flaquear, y si le miro, caeré en su trampa sin remedio.

—Alex... hálbame, por favor. Pégame, grítame o insúltame, pero no me ignores...

—Me voy a casa, Patrick.

—Alex —insiste, agarrándome del brazo para detenerme.

Me zafo de un manotazo y él me mira sorprendido.

—¡No me toques! ¿Quieres que te hable? Perfecto.

Le agarro del brazo, le llevo hasta el sofá y, de un empujón, le obligo a sentarse. Con una mueca de dolor en los labios, se agarra las costillas y, aunque me sabe mal por él, tengo que ser fuerte y soltarle todo lo que pienso. Me quedo de pie, haciéndole frente.

—Eres un imbécil engreído. —La primera frase le deja alucinado y me mira fijamente, con los ojos muy abiertos—. Te piensas que todo gira a tu alrededor y no es así. No voy a permitir que cuestiones si quiero a Will o no. Nunca, y repito nunca, le utilizaría para acercarme a ti. ¿Y sabes por qué? Porque para mí Will es mucho más importante que tú. Y si me haces elegir, tengo muy clara mi respuesta.

Las lágrimas empiezan a caerme por las mejillas de nuevo. Patrick agacha la cabeza, avergonzado.

—Y por favor, llama a Claire para pedirle disculpas por lo que has hecho esta noche. La usaste para darme celos... ¡qué idiota eres! ¡Jugar así con

los sentimientos de una persona!

Me seco las lágrimas de la cara y Patrick intenta cogerme la mano, pero la aparto. Me dirijo a la puerta, sacando el móvil para llamar a un taxi. Envalentonada, no puedo parar de hablar, así que me doy la vuelta y entonces le encuentro a escasos centímetros de mí.

—Y sí, era una imbécil y una cagada, pero, sobre todo, estaba enamorada —susurro mientras los ojos de Patrick recorren toda mi cara, deseando tocarme, pero temiendo hacerlo—. Me enamoré de ti desde el primer día que me crucé contigo en el parque. Necesitaba verte. Cada día, a cualquier hora. Por eso te hacía las fotos, para poder verte siempre que quisiera. Era tan tonta, que en lugar de atreverme a dar el paso y conocerte, me inventé una vida para ti. Planeé varias cosas para conseguir hablar contigo. Empecé a correr y soñaba cada día con los dos segundos durante los que nos cruzábamos. Mi cabeza reproducía ese instante a cámara lenta. Qué tonta, ¿verdad? Pero no me arrepiento de nada. A veces se cometen locuras y eso es lo que yo cometí, una locura, no un crimen. Adiós, Patrick.

# Capítulo Diecisiete

El despertador suena a las diez de la mañana. Es la primera vez en mucho tiempo que no me despierto antes de que suene. Anoche, el taxi me dejó en casa cerca de las dos de la madrugada, agotada por el cúmulo de emociones de la noche. Nada más llegar, le envié un mensaje a Joey informándole de que ya estaba en casa, apagué el teléfono y me metí en la cama. Ni siquiera tuve fuerzas para desmaquillarme, así que lo primero que hago ahora es meterme en la ducha. Dejo que el agua resbale por mi cuerpo mientras flashes de lo ocurrido ayer asaltan mi cabeza. Parece que fue una pesadilla.

No puedo negar que me costó dejarle allí en las condiciones en las que estaba. No veía por uno de los ojos, que tenía completamente cerrado por la hinchazón. Además, los puntos en el labio le impedían hablar con claridad, no quiero ni pensar cómo se las arreglará para comer. Y me pregunto cómo se habrá desvestido al no poderse mover bien por culpa de la fisura en las costillas.

Salgo del baño y me enfundo unos vaqueros y la camiseta de los Giants que me regaló Joey hace unos años y con la que voy la mar de cómoda.

Ya en la cocina, pongo en marcha la máquina del café y enciendo el móvil, que dejé anoche apagado sobre la encimera. A los pocos segundos, mientras me sirvo mi primera taza de café, y sospecho que no la última, empieza a sonar y vibrar como un loco. Arrastro los pies hasta él, café en mano y, con pereza miro la pantalla: nueve mensajes de texto y tres mensajes en el buzón de voz.

Me dejo caer en uno de los taburetes, tentada de volver a apagar el teléfono, porque tengo la ferviente convicción de que sé quién es el remitente de todo.

—No estoy preparada... —me digo a mí misma.

¿Lo estarás algún día? Me pregunta mi cerebro, pinchando donde sabe que duele.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Los borro, sin más?

Enfréntate a él como hiciste anoche.

Respiro profundamente y, sin darle más vueltas, me dispongo a escuchar todos los mensajes.

Pitido. Silencio. Sólo se escucha una respiración pesada y un gran suspiro.

La comunicación se corta y, sin pausa, la voz del contestador me informa de que el segundo mensaje fue grabado media hora después.

Pitido. Más silencio, hasta que, por fin, oigo la voz de Patrick.

**“Alex, yo sólo... Sólo quería darte las gracias por cuidar de mí esta noche a pesar de... de todo lo que he hecho —deja de hablar y le oigo respirar con muchísima dificultad. Esas fisuras en las costillas le estaban haciendo pasar un mal rato—. Siento haberos decepcionado, sobre todo a ti... Me gustaría recuperar algún día tu confianza, que vuelvas a quererme. ¡Joder! Soy un gilipollas y no te merezco... Lo siento”**

Sin tiempo para digerir sus palabras y con un nudo en la garganta, la puñetera voz me recuerda que me queda un mensaje por escuchar. Este es de esta misma mañana.

Pitido.

**“¡Hola, Alex! ¿Por qué tienes apagado el móvil? ¿Estás durmiendo aún? ¡Pero si son las nueve! —Escucho la voz de Alice de fondo, advirtiéndole que se le va a acabar el tiempo del contestador—. Vale, ya voy, sin presiones, ¿eh? Alex, hoy es el cumple de Charlie y Alice dice que vengas a comer, que van a hacer una barbacoa. Espera. ¿A qué hora? —Se separa el teléfono de la oreja durante unos segundos—. Que vengas a la hora que quieras. Alice ha hecho una tarta”**

El pitido corta el mensaje, que ha conseguido hacerme olvidar a Patrick durante unos segundos. Algo más animada, me pongo en pie y enciendo mi portátil, porque sé exactamente qué regalarle: una foto de Will para que la coloque en la estantería del salón, junto al resto de fotos de los niños que han pasado por la casa. Seguro que le encanta.

Mientras se imprime la foto, doy los últimos sorbos al café y aprieto el icono del sobrecito de los mensajes. Dos de ellos son de Joey. Uno, a los pocos minutos de enviarle yo anoche el mío.

**“Vale. Si necesitas algo, llámame”**

Y el segundo es de esta mañana, de hace un par de horas.

**“¿Estás bien?”**

Le contesto de inmediato, para no preocuparle.

**“Una ducha y un café me están devolviendo a la vida. En un rato me voy a casa de Alice para celebrar el cumpleaños de Charlie. ¿Cómo estás tú?”**

**“Me alegro por ti. Borrón y cuenta nueva. He escrito a Claire...”**

Casi escupo el sorbo de café que tengo en la boca. ¿Desde cuándo mi hermano se preocupa tanto por una mujer que no sea yo? ¿Sentirá realmente algo?

**“¿Tú? ¿Mostrando interés por una chica?”**

**“No tenía que haberte dicho nada”**

**“Entiéndelo., Joey. Es un comportamiento algo extraño en ti... ¿Y bien? ¿Qué te ha dicho?”**

**“Que está bien, aunque algo abochornada por... Ya sabes... Se siente un poco ridícula por haberse dejado utilizar...”**

**“Creo que necesita un amigo. Alguien que la haga sentir importante por como es ella, no para poner celosa a otra”**

Entonces, me suena el teléfono. Sonrío al leer su nombre.

—Hola, Joey.

—¿Qué quieres decir? ¿Crees que...? ¿Crees que debería invitarla a... salir? En plan... amigos, y eso...

—Sí, lo creo.

—Quizá lo haga.

—Harías bien.

—Vale.

—Ahora mismo, incluso.

—Sí. Sí. Yo también lo había pensado...

Cuando cuelgo, voy a por los últimos siete mensajes. Todos enviados esta misma madrugada y todos con el mismo remitente. Me doy cuenta de que no sólo escuchar su voz provoca que el corazón me dé un vuelco, también ver su nombre escrito. Respiro profundamente varias veces, con los ojos cerrados, justo antes de ponerme a leer.

**“No puedo creer que después de cómo me he portado esta noche, hayas cuidado de mí”**

**“Quiero que sepas que tienes razón en todo lo que me has dicho y que voy a hablar con Claire personalmente para pedirle perdón”**

**“Sé que no te aprovechaste de Will. Solo lo dije porque soy un capullo y quería hacerte daño”**

Trago saliva con dificultad.

**“También quiero decirte que me da igual lo de las fotos. No puedo creer que alguien se enamore de mí de esa manera... Y ahora solo espero que no me hayas olvidado y que me perdones...”**

Mierda, mierda, mierda... ¿Ahora por qué estoy llorando...?

**“Yo nunca he hecho locuras por amor, porque nunca he estado enamorado... hasta que te conocí”**

Vale ya. Deja de leer ya. Te prohíbo que abras el siguiente mensaje.

**“No quiero perderte. Volveré a ganarte, haré que te vuelvas a enamorar de mí”**

Por Dios, ¡¿pero a ti qué cojones te pasa?! ¡Deja de abrir mensajes! ¡Deja de torturarte de esta manera!

**“No te rindas conmigo, por favor. Dame tiempo. Nadie me ha querido nunca como tú y es una sensación que no quiero dejar de sentir. Alex, no te olvides de mí, por favor”**

¿Por qué consigue siempre agitar mi corazón como si se tratara de una coctelera? Puede conmigo... Ahora mismo saldría corriendo a su casa, le diría que sigo queriéndole como el primer día que le vi y que, a pesar de todo, sigo enamorada de él.



—Hola, soy Alex —saludo al niño que me abre la puerta.

—Hola, soy Wayne. Tú debes ser la futura madre de Will. Pasa.

Futura madre. Aún no sé cómo me suena eso. Quizá a mucha responsabilidad, ¿no? Pero no me asusta. Necesito asumir esa responsabilidad. Quiero hacerlo.

Wayne ha desaparecido corriendo hacia la parte posterior de la casa, así que cierro la puerta y entro en la casa con tiento. En la cocina está Alice, hablando con una chica de más o menos mi edad.

—¡Hola, Alex! —me saluda con energía, dándome un abrazo—. Mira, te presento a mi hija Sara.

—Encantada, Sara.

—¡Hola! Tú debes ser la famosa Alex. Me alegro de conocerte al fin.

Charlamos durante un rato en el que me cuenta que es arquitecta en Boston, que está casada y tiene dos hijas, una adolescente y otra de diez años, que se han quedado con su padre. Me enseña cientos de fotos que guarda en su teléfono. Me explica que ha hecho un viaje relámpago para estar con su padre el día de su cumpleaños, y que, en vacaciones de verano, vendrán todos a pasar unos días.

—Te lo aseguro, la adolescencia de un hijo es una época horrorosa... —

dice—. No sé cómo pueden mis padres bregar con tantos durante toda su vida...

En ese momento, entra Charlie por la puerta con el teléfono en la oreja.

—Qué solicitado está papá, ¿eh? —dice Sara.

—Es bonito saber que muchos de los niños que han pasado por esta casa se acuerdan de nosotros en ocasiones especiales... —comenta Alice.

—Vale hijo, cuídate. ¿Cuándo te pasarás? —Escucho a Charlie preguntar—. Para decírselo a tu madre, digo. Vale, lo entiendo, no te preocupes. Yo también te quiero.

En cuanto cuelga la llamada, me acerco a él y le doy un largo abrazo.

—Feliz cumpleaños —susurro.

—Gracias.

—No viene, ¿verdad? —le pregunta Alice.

—No. Dice que se pasará la semana que viene. Voy a avisar a Will de que has llegado, Alex. Está en el jardín, jugando.

—Bueno, pues parece que tu hermano no vendrá finalmente... —le comenta Alice a Sara, manteniéndose la mirada durante unos segundos.

Por lo que parece, no voy a tener el gusto de conocer a todo el mundo, pienso, cuando el torbellino de Will entra en la cocina.

—¡Hola, Alex!

Se me tira a los brazos y le abrazo con fuerza, pensando que me encantaría detener el tiempo y no soltarle en años. Sara nos mira y sonrío agachando la cabeza.

—Es perfecta —escucho que le susurra a su madre.

—Ven, que te enseñe la bici que me ha regalado Patrick. Está fuera. Es súper chula y la monto genial y dice que me va a enseñar a hacer saltos. Pero hasta que no me compre un casco, me ha dicho que no lo intente.

—Bien pensado... —sonrío.

Me va hablando mientras me lleva a rastras a la calle para que vea lo bien que pedalea. Me siento en las escaleras del porche y le observo ir calle arriba y abajo sin parar.

—¡Mira, Alex! ¡Mira cómo me pongo en pie! ¡Mira, Alex, voy a soltar un momento las manos!

Cuando nos llaman para comer, todos nos vamos sentando alrededor de la gran mesa de madera del jardín. Hay cierto orden a pesar del caos y barullo de gente, algo que observo maravillada. Charlie, ayudado por alguno de los chicos mayores, empieza a sacar bistecs de carne de la barbacoa mientras el

resto pasamos los platos para que nos sirvan. Will se sienta con todos los demás niños. Le veo sonreír y hablar sin parar, aunque, de vez en cuando, me mira y me enseña las dos filas de dientes.

Charlie y Alice ocupan cada una de las puntas de la mesa y ella me guarda un sitio a su lado, junto a Sara. Después de comer y antes de sacar el pastel, los chicos se van a jugar con Charlie, mientras que nosotras tres nos quedamos hablando.

—¿Al final qué hiciste anoche? ¿Saliste con tu hermano? —me pregunta Alice.

—Sí... —contesto, mordiéndome la parte interna de la mejilla.

Al ver mi cara de circunstancias y mi respuesta poco entusiasta, acerca su silla a la mía y pone su mano sobre la mía, de forma cariñosa.

—¿Qué pasó? ¿Algo no fue bien?

Miro a Sara, que enseguida hace el ademán de levantarse para darnos privacidad.

—No. Quédate. No pasa nada... Me vendrán bien vuestros consejos... A ver... por donde empiezo... La noche empezó muy bien. Joey, mi hermano — le aclaro a Sara—, me llevó a un local muy de moda. Me lo estaba pasando bien. De hecho, muy bien. Conocí a un tipo muy simpático que me invitó a varias copas... muchas, en realidad. Enseguida me vi bailando, totalmente desinhibida. Hasta que, de repente, descubrí a Patrick mirándonos fijamente a pocos metros.

—¿Qué...?! ¿Qué hacía allí?! ¿Y qué pasó?! ¿Hablasteis?!

—Mamá, por favor. Relájate un poco y déjala hablar... —la reprende Sara.

—Lo siento...

—Por partes. Resulta que Joey me hizo una foto y se la envió al móvil, escribiéndole algo en plan “mira lo que te estás perdiendo”.

—¡Me encanta tu hermano! Bien hecho, que ese cabezota sepa lo que se pierde.

—Mamá, te estás viniendo arriba. Relájate un poco, por favor. Y déjala acabar.

Miro a una y a otra discutir, incapaz de disimular la sonrisa. Hoy estoy descubriendo que no solo me encantan Alice y Charlie, si no que toda la familia es genial.

—Pues resulta que vino acompañado por Claire, que es la directora del colegio donde trabaja, de la que yo sospechaba que estaba loca y



perdidamente enamorada de Patrick.

—¿Y lo está? —me pregunta Sara.

—Pero bueno... Luego dices de mí.

—Calla, mamá. Eso es una información de vital importancia.

—Supongo que sí lo está. O estaba. En realidad, creo que llevarla allí no fue la mejor de sus ideas... Él quiso, de algún modo, darme celos y, al verme con Henry bailando, cuando nuestras miradas se cruzaron, no se le ocurrió otra cosa que agarrar a Claire y meterle la lengua hasta la tráquea.

—¡No! ¡Pero qué idiota...! —maldice Alice, llevándose luego las manos a la boca.

—Y eso me hizo tanto daño... O sea, sé que yo estaba divirtiéndome también con Henry, pero, en realidad, nunca quise ir más allá de un baile. Nunca se me ocurriría hacerle daño a Patrick besando a otro delante de él... Así que salí corriendo. Y Patrick salió corriendo detrás de mí. Y Joey también. Y Claire detrás de Patrick.

—Esto se pone feo... —dice Sara.

La cara de Alice, en cambio, es un poema. Se ha quedado con la boca abierta e incapaz de reaccionar.

—Yo corría y él gritaba mi nombre hasta que me alcanzó y me obligó a escucharle. Me pidió disculpas, pero yo ya no quería escucharle. Entonces salió Joey y le dijo que me dejara en paz. Luego Claire, y yo le conté que Patrick la había utilizado. Luego Patrick insistió en que le perdonara y Joey perdió la paciencia. Primero le dio un empujón, pero Patrick no cejaba en su empeño, así que le pegó un par de puñetazos. —Alice se lleva las manos a la boca, y veo cómo se le escapan algunas lágrimas. Sara la abraza por los hombros—. A pesar de todo, Patrick seguía poniéndose en pie e implorándome con la mirada... Así que, al final, le pedí a Joey a gritos que parara. Cuando le convencí, no podía dejarle como estaba, así que le llevé al hospital. Salió con un corte en el labio, la ceja partida, el ojo hinchado y fisuras en algunas costillas. Le llevé a su casa, intenté... explicarle por qué estaba enfadada con él y... —Chasqueo la lengua y agacho la vista a mi regazo —, me volví a mi casa.

Las dos se han quedado de piedra, incapaces de reaccionar.

—¡Queremos el pastel! ¡Queremos el pastel! —nos interrumpen los niños.

Alice reacciona por fin y se mete en la casa sin decir nada. Saca el pastel y, mientras todos cantamos el cumpleaños feliz a Charlie, ella se queda

en un segundo plano. Me acerco a él y le doy mi regalo. Cuando saca la foto del sobre, una gran sonrisa se dibuja en su cara.

—¡Gracias, Alex! Es preciosa. Ya puedo hacerle sitio en el salón.

Mientras le dan el resto de los regalos, me acerco a Alice.

—Alice, ¿está bien?

—Ven —dice, cogiéndome de la mano y llevándome al interior de la casa.

Me lleva al salón, coge una foto de la estantería y la pone en mis manos. En ella veo a un niño de unos diez años. Es moreno, tiene una sonrisa grande y preciosa y unos ojos espectaculares. Azules, cristalinos a la vez que intimidantes como los de... Levanto la vista y miro a Alice, abriendo la boca para decir algo, aunque de mi garganta no sale ningún sonido.

—Alex, él es Patrick. Mi hijo.

Confundida, miro de nuevo la foto de ese niño. Es indudable que es él. Esos ojos son inconfundibles y esa sonrisa también, una sonrisa que hace días que no veo. Meneo la cabeza en señal de negación porque no entiendo nada... ¿Por qué no me lo dijo? ¿Por qué nadie me dijo nada?

Las piernas empiezan a flaquearme. Necesito sentarme. Agarrando la foto con fuerza y sin quitarle los ojos de encima, retrocedo hasta dejarme caer en el sofá. Alice se sienta a mi lado y me observa mientras se enjuga las lágrimas con un pañuelo. No dice nada, deja que me tome mi tiempo para ordenar las decenas de preguntas que se acumulan en mi cabeza.

Pasados varios minutos, trago saliva e intento que las palabras salgan de mi boca de una forma ordenada y clara.

—¿Por qué...?

Es lo único que soy capaz de decir, y soy consciente de que esa pregunta puede tener decenas de respuestas.

—Perdóname, por favor —dice, agachando la cabeza—. Y perdónale a él también. Es lo único que te pido... Yo no debería haberte dicho nada, porque iba a hacerlo él...

—Pues ya ves que no ha sido así —la corto.

—Estoy segura de que lo hará... Podemos hacer ver que no te he dicho nada... Ha sido culpa mía. Compréndelo, es mi hijo y saber que tu hermano le había dado una paliza... Estaba preocupada.

—Alice, necesito respuestas. Y dudo mucho que las obtenga de él.

—¿Por qué no? ¿Por qué no os sentáis a hablar?

—Él fue el que se negó a escucharme. Y luego, cuando intentaba

olvidarme de él, va y aparece, montando ese numerito...

—Pues está claro que no conseguiste olvidarle del todo, porque, a pesar de todo, estuviste a su lado toda la noche. De verdad que no puedo creer la suerte que tuvo al encontrarte y sólo pensar que te está perdiendo...

—Era lo menos que podía hacer, pero no me está contestando a la pregunta...

—Alex, yo no debería decirte nada. Sólo te pido una cosa, confía en Patrick, hay una buena razón...

—No me sirve, Alice.

Alice suelta un suspiro.

—Está bien... Pero te pido que lo hables con él, ¿vale? —Cuando asiento con la cabeza, se toma unos minutos, sopesando la respuesta—. La misma noche que murió la madre de Will, Patrick me llamó para explicarme lo sucedido y me dijo que movería los hilos para que viniera aquí. Habló con sus contactos en servicios sociales y arregló todo el papeleo. Él iba a contártelo todo, pero entonces tú le dijiste que querías adoptar a Will y vosotros estabais, digamos, empezando a salir. Si los de servicios sociales se enteraban de que Patrick intercedió en que Will viniera aquí y que además tú y él estabais saliendo, tu solicitud de adopción se vería afectada, quizá incluso denegada.

Me quedo callada, procesando toda la información. Alice prosigue con la historia.

—Así que nos pidió que no dijéramos que éramos sus padres, ni a ti ni a Will. Mis dos hijas y los chicos mayores también saben la historia y nos han guardado el secreto. Todo ha sido por vuestro bien. Patrick iba a contártelo todo cuando la adopción de Will fuera un hecho.

Mi cabeza funciona a toda velocidad. Todos sabían el secreto menos Will y yo. Sí, por nuestro bien, de acuerdo, pero Patrick no confió en mí... de nuevo. Entiendo que no le dijera nada a Will, es un niño y ya conocemos sus prácticamente nulas habilidades para mantener la boca cerrada, pero me duele que no me lo dijera a mí.

—Ahora me doy cuenta, por ejemplo, de que Patrick nunca entró conmigo aquí...

—Sí, los chicos le conocen y no quiso que le relacionaran contigo para evitar problemas.

—¿Y por qué se enfada conmigo por ocultarle lo de las fotos? —Alice me mira sin saber bien qué decirme—. Lo siento. Sé que hicisteis lo que

Patrick os pidió, y no estoy enfadada con vosotros.

—Pero tampoco quiero que te enfades con él. Lo hizo por ti, para que pudieras adoptar a Will.

Miro la foto que tengo en las manos y acaricio el cristal, como si estuviera acariciando a ese niño. Entonces, quizá envalentonada por mi actitud compasiva, decide contarme toda la historia.

—Patrick llegó a casa cuando tenía cinco años junto con su hermano, Owen, que tenía doce años. Su madre era drogadicta y murió de una sobredosis.

Levanto la vista de la foto de golpe, y miro a Alice fijamente, con la boca abierta.

—Como... Will... —susurro. Chasqueo la lengua, contrariada conmigo misma. Alice me coge la mano y la aprieta con cariño—. Le acusé de no entender a Will... Le grité, echándole de mi casa cuando se lo llevaron...

—Lo sé, me lo contó, pero no te lo tuvo en cuenta. Él sabía que estabas muy triste y enfadada, y preocupada por Will...

—¿Y... cuando murió su madre...? ¿Les trajeron aquí, con vosotros?

Cuando les encontraron en su casa los de servicios sociales, alertados por los vecinos, hacía un mes que su madre había muerto, y aún yacía en la cama, tapada por una manta. Owen siempre cuidó de Patrick, cuando la madre estaba colocada, y también durante ese mes que estuvieron completamente solos. Por eso, siempre iba a su lado y nunca hablaba con nadie más. Cuando le trajeron, estaba muy asustado porque no entendía qué hacían aquí y no en su casa. Owen le distrajo en todo momento para que no se diera ni cuenta de lo que le había pasado a su madre. Por eso, cuando se escapó una noche, Patrick se encerró aún más en sí mismo. Seguía sin hablar. Vinieron varios psicólogos, y ninguno consiguió sonsacarle una sola palabra. Fue adoptado en dos ocasiones, pero le acabaron devolviendo a las semanas.

Miro a Alice, horrorizada por lo que estoy escuchando.

—¿Devolver a un crío como si fuera mercancía? No puedo comprenderlo...

—Patrick convertía la vida de las familias que le adoptaban en una pesadilla. Gritaba como un animal, rompía cosas, se escapaba, se peleaba constantemente en el colegio... Nadie nunca tuvo la paciencia de quererle excepto supongo que nosotros, que le dimos todo el tiempo que necesitó. Cada tarde, antes y después de cenar, Patrick se sentaba en el porche delantero con su maleta y esperaba a que Owen le viniera a buscar. Nosotros, aunque le

vigilábamos, nunca se lo impedimos.

Se me escapan las lágrimas al intentar imaginarme a Patrick, tan pequeño y tan solo... Debió pasar por una pesadilla.

—¿Cuánto duró eso...?

—Varios años. —Abro los ojos de par en par—. Una noche, cuando tenía cerca de once años, no salió a esperar a Owen. Ni siquiera cenó. Se metió en la cama y lloró durante horas. Antes de irme a dormir, entré a ver cómo estaba y cuando me senté en la cama, se incorporó de repente y me abrazó. Se quedó así varios minutos, y cuando ya no le quedaron más lágrimas, se volvió a estirar en la cama y me habló por primera vez en todos esos años. ¿Te quedas conmigo?, me preguntó. Eso me rompió el corazón y esa noche dormí estirada a su lado.

Alice me alcanza un pañuelo para secar mis lágrimas.

—Pocos meses después, tras discutir los pros y contras durante mucho tiempo, Charlie y yo decidimos adoptarle. Y resultó ser la mejor idea que hemos tenido nunca. Gracias a él, nos animamos luego a adoptar a Sara y a Megan. Patrick resultó ser un niño maravilloso. Era muy buen estudiante. A pesar de su complicado pasado, nunca se metió en líos. Y conforme iba creciendo, nos ayudaba con los niños que teníamos en acogida. Desde entonces, supo a qué se dedicaría cuando fuera mayor. Necesitaba, de algún modo, ayudar a otros niños. Se pagó sus estudios universitarios porque nosotros no podíamos permitirnoslo e intentaba sacar matrículas para que le dieran becas. Y ahora se ha convertido en un hombre maravilloso, con sus defectos, como sabrás, pero no podemos estar más orgullosos de él.

Tengo la cabeza hecha un lío. Muchas de mis preguntas se han respondido ya, pero, aún así, siento que necesito más explicaciones... y las necesito de él.

—¿Por qué no confió en mí?

—Porque estaba asustado. No quería que perdieras a Will, pero él tampoco quería perderte a ti. Sé que te quiere con locura, Alex. Conozco a mi hijo, y se lo noto. Tendrías que haberle visto hablando de ti cuando venía a vernos, los ojos se le iluminaban. Aún más de lo habitual.

—Necesito tiempo para pensar...

Me levanto del sofá bajo la atenta mirada de Alice. Confundida, cojo mi bolso y me dirijo a la puerta de la calle. Agarro el pomo y entonces miro a Alice. Sigo teniendo la cabeza hecha un lío y necesito un poco de aire fresco.

—Voy a... Dile a Will que...

Alice asiente con la cabeza, de forma comprensiva.

—Tómate el tiempo que necesites, pero, por favor, no pierdas la fe en él...

Giro el pomo y abro la puerta. Como un autómatas, recorro el trayecto hasta la parada de metro. Me siento en uno de los asientos y apoyo la cabeza en la ventana del vagón. Solo en ese momento soy consciente de que aún sostengo en las manos la foto de Patrick. Me la he llevado conmigo sin darme cuenta y la sigo agarrando con fuerza.

Tuvo que pasar por una pesadilla. El sentimiento de abandono que sintió entonces, primero por su madre y luego por su hermano, debió de ser horrible. Y ahora le abandono yo...

Ahora entiendo que se enfadara tanto al pensar que yo podría haber usado a Will para acercarme a él. Defiende a esos niños por encima de todo y supongo que, en el caso de Will, el sentimiento de protección es aún más grande al haber pasado por lo mismo que él. Por eso también le afectó tanto que Will le viera como el padre que nunca tuvo.

Y entiendo que quisiera que las mismas personas que salvaron su vida hace unos años, ayudaran a Will en esos momentos tan difíciles.

Entiendo que no quisiera que se supiera que los tutores temporales de Will eran sus padres, ni que él estuviera saliendo con la mujer que ha solicitado la adopción de Will para que el tribunal de menores no sospechara que podría haber algún trato de favor.

Mi cabeza entiende todas las razones por las que me pudo ocultar ese secreto, pero siempre aparece la misma pregunta al final de cada razonamiento... ¿Y por qué no confió en mí?

Necesito pedirle explicaciones, pero, a la vez, no quiero poner en un compromiso a Alice. Mi cabeza se debate entre decirle que lo sé todo y pedirle explicaciones, o seguir viviendo la mentira y así cubrir a Alice... Y sé perfectamente a quien pedirle consejo.

—¡Hola, hermanita! ¿Cómo estás?

—Bien, aunque creo que no mejor que tú... Suenas bastante... ¿contento?

—Sí... bueno... He quedado con Claire.

—¡¿En serio?!

—¡Sí! La llamé para saber cómo estaba y... una cosa llevó a la otra y... acabamos quedando para tomar una cerveza.

—¿Y...?

—Y la acabo de dejar en su casa.

—Necesito más datos.

—No hay más que contar. Bueno, sí, que mañana cenamos juntos.

—Esto promete, ¿no?

—Puede ser. No me quiero hacer ilusiones... No sé si me cansaré de ver siempre a la misma tía...

—Joey, por favor...

—O ella de verme a mí. Quizá ella quiera ver a un Patrick, y yo no soy tan... perfecto.

—Si yo te contara acerca de Don Perfecto...

—Desembucha.

Tardo unos diez minutos en hacerle un resumen de todo lo que me he enterado hoy, intentando no dejarme nada.

—Y entonces mi pregunta es, ¿qué hago? ¿Le digo que lo sé todo y que necesito que me dé más explicaciones o sigo con la mentira y espero a que me lo cuente él?

—Yo opto por la tercera opción. Vas a verle, le dices que lo sabes todo, que ya es tarde para explicaciones y le pegas una patada en los huevos.

—Hablo en serio, Joey.

—Y yo.

—Lo que no quiero es comprometer a Alice. Se supone que ella no me tenía que haber dicho nada.

—Alice entenderá que se lo hayas dicho. Y si lo prefieres, no le pegues la patada en los huevos, pero hazle saber que lo sabes todo. A ver cómo reacciona él ahora.

Cuando cuelgo, me siento mucho más segura de mi decisión. Creo que, en el fondo, sólo necesitaba escuchar en boca de otra persona lo que ya tenía intención de hacer, así que cojo el móvil y le envío un escueto mensaje.

**“¿Cuándo pensabas contármelo?”**

## Capítulo Dieciocho

El timbre de la puerta me despierta de sopetón. Suena de forma larga e insistente. Me incorporo, algo confusa y desorientada, mirando alrededor. Me he quedado dormida en el sofá, con el móvil aún en la mano. Al mirar por la ventana, veo que ha anochecido y que, además, llueve a cántaros.

Algunos segundos después, el timbre deja de sonar, pero me llegan varios mensajes de texto seguidos.

**"Alex, ábreme por favor. Tengo que hablar contigo"**

**"Sé que estás ahí. Quiero explicártelo, necesito hacerlo..."**

**"Por favor..."**

—¡Alex! —Entonces escucho su voz, llamándome a gritos desde la calle—. ¡Alex! ¿Como no quieres abrirme, necesito que me escuches, porque no pienso descansar hasta que oigas lo que tengo que decirte!

¿Dice que no quiero abrirle? Pero si prácticamente no me ha dado tiempo a despertarme del todo...

Se calla durante unos segundos, supongo que esperando a que me asome por la ventana. Camino lentamente, sin creerme lo que está pasando. Nunca me podría imaginar que él, tan tímido y correcto siempre, fuera capaz de hacer algo así.

—¡Lo siento! ¡Siento no habértelo explicado antes! ¡Sé que has estado hablando con mi madre y que ella te lo ha contado!

Aparto la cortina, me asomo a la ventana y le veo subido encima del capó de su coche, totalmente empapado por la lluvia, apartándose el pelo de la cara con la mano, mientras con la otra se agarra la zona de las costillas. Mira hacia arriba, hacia mi ventana, a pesar de que la intensa lluvia moja los cristales de las gafas hasta el punto de tener que quitárselas varias veces para intentar secarlas con la ropa, igualmente empapada. La verdad es que la escena resulta bastante cómica.

—¡Hola! —dice en cuanto me ve asomada—. ¡Alex, no te vayas! ¡Escúchame, por favor!

—¡A ver, gilipollas! —grita de repente un vecino—. ¿Quién tiene que escucharte? ¿Ella o todo el vecindario?

Patrick mira algo más arriba de mi ventana mientras se quita las gafas y se seca la cara con la manga.

—¡Lo siento, señor! ¡Pero necesito hablar con ella y no quiere abrirme!



¡No la culpo, por cierto, porque me he portado como un gilipollas!

—¿Te piensas que me importa tu vida?! ¡O te callas o llamo a la policía! ¡Por favor, que no son horas!

—¡Cállese usted y deje que el chico diga lo que tenga que decir!

¿Y esa voz de dónde viene? Patrick se gira hacia el bloque de enfrente.

—¡Gracias, señora! —dice Patrick.

—De nada, cariño. Sigue, que esto es mejor que la novela que estaba viendo. Es muy bonito y romántico —insiste ella.

La escena empieza a ser muy cómica, y más aún cuando las luces de otros apartamentos empiezan a encenderse y sus inquilinos se suman a la fiesta. Entonces, decidida, abro la ventana y miro a Patrick, que me sonrío alzando los brazos.

—Alex, la verdad es que vine en cuanto hablé con mi madre... No tengo ningún discurso preparado, y ahora que me prestas atención y estoy delante de ti, me doy cuenta de que no sé cómo decirte todo lo que te quiero decir.

Está nervioso, sin saber qué hacer con las manos, frotándose las contra el pantalón, y luego peinándose el pelo hacia atrás.

—Verás... Lo que quiero que sepas es que te quiero y estoy locamente enamorado de ti. Lo de la otra noche... No era yo. Me volví loco al verte bailar con ese tío.

Se agacha un poco, agarrándose el estómago con ambas manos mientras respira con fuerza por la boca. Este discursito a pleno pulmón le está haciendo daño, pero la verdad es que quiero que siga hablando.

—No tenía derecho a ponerme celoso. Lo sé. Y cuando te vi, no pensé, quise ponerte celosa y sé que hice mal besando a Claire. Pero a pesar de todo eso, te quedaste conmigo, cuidando de mí...

—¿Besaste a otra y aún así te perdonó?

Ambos miramos hacia la ventana de donde proviene la voz, y vemos a una chica asomada en uno de los bajos del bloque de enfrente, cerca de la señora que habló antes. Lleva incluso una taza de café en las manos.

—Esto... Sí... —le contesta Patrick, rascándose la cabeza.

—Pues date con un canto en los dientes porque te esté escuchando ahora. A mí me haces eso y te plantas frente a mi ventana y te escupo en la cara.

—Pues yo creo que todo el mundo merece una segunda oportunidad —interviene otra voz femenina procedente de algún apartamento por debajo del mío.

—¡Gracias! —dice Patrick—. Espero que ella piense igual que usted.

—¡Y el gesto que estás haciendo me parece de lo más romántico! —añade otra espectadora, que no puedo precisar dónde está.

Patrick mira a todos lados, dando vueltas sobre sí mismo con una sonrisa en la cara, hasta que se detiene frente a mi ventana, mirándome fijamente.

—Y encima, además de todo eso, debí haber confiado en ti para contártelo todo... Y quise hacerlo. Cada día... Te lo juro. Y me cabrea que te hayas tenido que enterar por mi madre... —Agacha la cabeza—. Pero estaba asustado, Alex. No quise que eso pudiera entorpecer tus planes con Will...

—¡Acabo de llamar a la policía! —Vuelve a la carga el vecino gruñón—. ¡Ya lo has conseguido!

—¡Oh, venga ya! —se queja la chica del bajo de enfrente.

—¡Pues muchas gracias, caballero! —le dice Patrick, haciendo aspavientos con los brazos.

—Alex... yo... Nunca confié lo suficiente en nadie como para contarle mi historia... hasta que te conocí. Quise decirte que entendía perfectamente a Will porque yo estuve exactamente en la misma situación que él. Quise contarte el dolor que sentí cuando perdí a mi madre y el sentimiento de abandono cuando mi hermano se fue. Quise explicarte lo solo que me sentía cada noche, en una casa que no era la mía, acompañado de gente que no era mi familia.

Conforme habla, su respiración se entrecorta cada vez más, coloca una mano sobre su pecho mientras una mueca de dolor se dibuja en su cara. Las pausas entre frases son cada vez más frecuentes y largas, todo ello, sin perder de vista el final de la calle, controlando la llegada inminente de la policía.

—Pero luego vino lo de la adopción de Will, y pensé que sería mejor explicártelo cuando todo se solucionara. No es que no confiara en ti, Alex. Es que tenía tanto miedo de que algo de lo que yo hiciera pudiera perjudicaros...

En ese momento, empieza a escucharse una sirena a lo lejos.

—¡Te lo dije! ¡O te callabas o llamaba a la policía!

Patrick agacha la cabeza y baja los brazos.

—¡Aguafiestas! —grita una vecina que hasta ahora había disfrutado del espectáculo en silencio.

—¡Corre! ¡Sigue hablando hasta que lleguen! ¡No te desanimes! —dice otra—. ¡Sigue intentándolo!

Parece que esas palabras dan fuerza a Patrick, que levanta la vista hacia

mí. Me mira fijamente y se deja caer de rodillas encima del capó, con los brazos extendidos, justo cuando un coche de policía se detiene a pocos metros de él.

—¡Necesito que me perdones! ¡Necesito que me des otra oportunidad! ¡Todo lo que hago, digo y pienso es por ti!

—Caballero —dice un agente, acercándose a Patrick mientras mira alrededor, alucinado por el espectáculo formado.

—¡No se lo lleve agente! —dice la vecina de enfrente—. ¡No ha hecho nada malo! ¡Solo le está declarando su amor a esa chica de allí!

—De acuerdo señora, pero lo está haciendo a altas horas de la noche y a grito pelado.

—¡Alex! ¡Por favor! ¡Te lo suplico!

—Señor... Debería acompañarnos a comisaría.

Patrick baja los brazos con resignación y se sienta sobre los talones. Se pone las gafas de nuevo mientras el policía se acerca y le ayuda a bajar del coche.

—¿Ha bebido? —le pregunta el otro agente.

—No. Es... No es nada.

Los policías conversan con él un rato y él asiente varias veces, hasta que uno le coge por el codo y le llevan hasta el coche patrulla.

—¡Maldito viejo cascarrabias! —grita la señora de enfrente.

—¡Cállese o les digo que se la lleven a usted también! —le contesta el viejo.

—¡Atrévase! —contesta, mientras se oye la ventana del hombre cerrarse con fuerza.

Entonces, sin pensármelo demasiado, corro hacia la puerta y bajo los escalones de dos en dos, a riesgo de perder el equilibrio y abrirme la cabeza. Una vez en la calle, corro hacia el coche patrulla, en el que están a punto de entrar Patrick.

—¡Esperen! —grito.

Patrick es el primero en darse la vuelta al reconocer mi voz. Su expresión se transforma, expectante. Luego se gira el agente, que parece resignado, seguro que maldiciendo su mala suerte por haber tenido que ser él el que acudiese a este servicio.

Cuando llego a ellos, cojo la cara de Patrick y, sin decirle nada, le beso. Al principio, él no reacciona, supongo que, porque el agente le tiene sujeto, pero segundos después siento sus brazos alrededor de mi cintura. Entonces,

hunde la cara en mi cuello y me abraza con fuerza. Escucho su respiración pesada en mi oreja, y creo que también algún que otro sollozo. Enredo los dedos en el pelo empapado de su nuca, acariciándole para intentar tranquilizarle.

—Vas descalza —me susurra un rato después.

Solo entonces, al mirarme los pies, me doy cuenta de ello y sonrío.

—Tenía algo de prisa... —digo.

—Siento interrumpir... —Después de carraspear levemente, el policía se vuelve a acercar a nosotros—. Es mi deber advertir su mala conducta por alteración del orden público...

—Lo siento mucho, señor agente... No era mi intención... Bueno, en realidad sí era mi intención gritar para que ella me escuchara, pero nunca quise molestar a nadie...

—Lo sé. Y es por eso por lo que lo dejaremos en una mera advertencia.

—¿Soy libre?

—Tampoco teníamos intención de meterle en la cárcel por esto... Señores... —dice, alejándose hacia el coche patrulla sin poder dejar de sonreír.

Cuando el coche se aleja y nos quedamos solos, volvemos a besarnos y entonces escuchamos los vítores de algunos vecinos. Apoyando la frente en la mía, Patrick sonrío con los ojos cerrados.

—Hemos montado un buen espectáculo... —dice.

Entonces, ni corta ni perezosa, me separo de él y les hago a los vecinos una reverencia muy teatral.



Ha sido una noche espectacular, como las de antes, pero con una extraña sensación: la de no tenernos nada que esconder. Yo la he sentido, y sé que él también. Era como si nos hubiéramos quitado un gran peso de encima.

Ahora estoy totalmente atrapada en la cama, con su pierna sobre las mías, su brazo sobre mi vientre y su cabeza en mi hombro. Giro ligeramente la cabeza para verle dormir. Con sus facciones relajadas y una ligera sonrisa dibujada en los labios... Creo que podría quedarme toda la noche despierta para observarle dormir. Acercó mi boca a la suya y le beso, y entonces se remueve.

—Buenos días... —susurra, abriendo solo un ojo.

—Hola. ¿Te he despertado?

—Sí, pero da igual. Tenía que hacerlo igualmente. Tengo clase a primera hora y quiero pasar por casa a cambiarme. Además, quiero disculparme con Claire...

—Aquí tienes ropa.

—¿No la quemaste?

—No soy tan mala.

—No te habría culpado por hacerlo. Me comporté como un capullo con lo de las fotos... y luego, lo fui aún más en la discoteca.

—Bueno... entiendo que lo de las fotos te pareciera... algo... siniestro. Ni siquiera recuerdo cómo empezó... O sea, un día estaba en el parque, creo que volvía de la redacción e iba dando un paseo, y me crucé contigo. Corrías en dirección contraria a la mía, y nos cruzamos solo un par de segundos, pero me miraste y me quedé... traspuesta. No sé cómo explicarlo. Me giré incluso para seguir viéndote, pero me supo a poco porque enseguida te perdiste por uno de los caminos... Y sin saber bien por qué, al día siguiente, estaba allí otra vez, esta vez esperándote. Y volviste a aparecer...

—¿Por qué nunca me dijiste nada?

—¿En serio? ¡Venga ya! ¡Nunca te fijaste en mí!

—Porque cuando corro, me concentro plenamente en ello. Creo que ha quedado claro que, si me hubieras dicho algo, si me hubieras parado, me habría fijado en ti...

Se coloca sobre mí, inmovilizando mis piernas y mis brazos mientras me hace cosquillas con sus labios y su barba.

Entonces, mi teléfono empieza a sonar. Giro la cabeza hacia la mesita de noche, donde lo dejé anoche.

—Aparta, Patrick... —digo riendo mientras intento zafarme de su agarre y de sus cosquillas.

—No lo cojas...

—Puede ser del trabajo...

—Por eso mismo.

—¡Patrick...! —A regañadientes, me libera de su agarre. Me lo llevo a la oreja mientras con la otra mano intento apartar a Patrick—. Patrick, por favor... ¿Diga?

—¿Alexandra Mason?

—Eh... Sí, soy yo... —contesto extrañada, apartando el teléfono de mi oreja para comprobar la pantalla, donde aparece un número largo que no tengo grabado en la agenda.

—La llamamos del Departamento de Servicios Sociales en referencia a su solicitud de adopción de William Matthews...

Giro la cabeza hacia Patrick y le miro con los ojos llenos de lágrimas.

—Alex... ¿estás bien? ¿Qué te pasa? —me pregunta, incorporándose muy nervioso.

Abro la boca para contestarle, pero soy incapaz de emitir ningún sonido salvo algún sollozo.

—¿Está usted ahí, señorita Mason?

Asiento con la cabeza, como un autómatas. Patrick, realmente asustado, me coge el teléfono de las manos lentamente y se lo lleva a la oreja.

—¿Diga? —Escucho la voz al otro lado del teléfono, explicándole quién es. Entonces levanta la cabeza y me mira, asintiendo con la cabeza, sonriendo—. Sí, sí. Claro que sí. Solo necesita un momento. ¿Me disculpan?

Entonces, deja el teléfono a un lado y me coge la cara con ambas manos. Me da varios besos en los labios, hasta que apoya la frente en la mía.

—Alex... Tienes que coger esta llamada...

—No puedo... —consigo balbucear al fin—. ¿Y si me dicen que no?

—No lo sabrás hasta que hables con ellos.

—Pero si me dicen que no, no lo podré soportar... ¿Qué le diré a Will?

—Le dirás que estarás a su lado siempre. Pase lo que pase.

—Pero...

—Cógelo.

Con manos temblorosas, cojo el teléfono de nuevo y me lo llevo a la oreja.

—Hola...

—Señorita Mason... ¿está usted bien?

—Pues no mucho, la verdad... —río—. Estoy muy nerviosa... Quiero escuchar lo que tenga que decirme, pero, a la vez, temo hacerlo...

Sonrío, aunque creo que es una mueca algo tétrica. Patrick me coge de la mano y me da un beso en la cabeza, mientras espero esos segundos interminables...

—Entonces, en este caso, me parece que soy portadora de muy buenas noticias, señorita Mason. Su solicitud de adopción ha sido aprobada.

—¡Oh, Dios mío! ¡¿En serio?! ¡No puedo creerlo! —grito, ya sin el teléfono en las manos, porque lo he dejado caer.

—¡¿Sí?! ¡¿Sí?! —Patrick se abalanza sobre mí y me abraza, besándome sin parar—. Sabía que lo aceptarían. No podían negarse. Eres la mejor, y vas

a ser la mejor madre del mundo. Lo sabía.

Mientras le escucho, no dejo de llorar de absoluta felicidad. Me siento como cuando de pequeña, mi padre me llevó a montar en pony por primera vez. Mientras estaba sobre el animal, lloraba y reía a la vez. Pues ahora es igual...

—¿Y ahora qué? ¿Cuándo tienes que ir al juzgado? —me pregunta.

Me quedo muy quieta, de repente acordándome de que solté el teléfono, dejando colgado a mi interlocutor.

—¡Mierda! ¡Ah, joder! Perdón, perdón, perdón... —repito al coger el teléfono. Afortunadamente, escucho risas al otro lado.

—No pasa nada. Le iba a decir que el viernes por la mañana debería pasar por los juzgados para firmar los papeles. A partir de ese día, será usted legalmente la madre adoptiva de William.

—No lo puedo creer aún... Es... perfecto...

—Enhorabuena, señorita Mason.

—Gracias, gracias, gracias...

—No. Gracias a usted.

Cuando cuelgo, miro a Patrick apretando los labios con fuerza, muy emocionada. Soy incapaz de moverme y de decir nada, solo lloro a mares. Él me mira sonriente, muy feliz.

—Corre. Ve a decírselo.



Nada más abrir la puerta, Alice se abraza a mí. A pesar de no ser una hora normal de visita, me estaba esperando.

—Charlie ha ido a llevar a los otros niños al colegio. A Will le hemos dado fiesta hoy, así que le hemos dejado dormir un rato más. Tiene permiso de su profesor... —me dice, guiñándome un ojo.

—Lo sé. Él estaba... Estábamos juntos cuando me han llamado esta mañana para darme la noticia.

—Me alegro mucho... —afirma, agachando la cabeza, incapaz de disimular su alegría.

—Le dije que lo sabía todo. Le envié un mensaje.

—Me llamó —asiente con la cabeza.

—Lo siento, pero necesitaba que supiera que lo sabía y que estaba dolida por no haber confiado en mí. Otra vez.

—No te culpo. Yo habría hecho lo mismo.

—Igualmente, siento haberla puesto en un aprieto.

—Para nada. Él sabía que había hecho mal ocultándotelo.

Empieza a caminar hacia la cocina, y yo la sigo de cerca. Saca dos tazas y, después de verter café en ellas, nos sentamos alrededor de la gran mesa.

—Me vino a ver por la noche...

—Buen chico... Me hizo caso, entonces —dice, pensativa, Al ver mi expresión confundida, añade—: Le recordé que una vez, de bien pequeño, aprendió a dejar de esperar, a dejar de estar enfadado con el mundo y aprovechar las oportunidades que le brindaba la vida, y que quizá ahora debería hacer exactamente lo mismo.

—Gracias.

—Gracias a ti. Nunca en la vida le vi así de feliz. Siempre se implicó mucho en todo lo que hacía, pero nunca se implicó tanto en una relación, ni amorosa ni de amistad. Con nadie. Ni siquiera conmigo. Nunca me contó, por ejemplo, lo que sentía cada noche, cuando se sentaba ahí fuera a esperar a que su hermano viniera a buscarle.

—Bueno, tampoco hemos profundizado demasiado. Me temo que no hemos ido mucho más allá del hola, perdóname, te perdono, sé que eres adoptado, debí habértelo contado antes...

—Pero lo hará. Lo presiento. Contigo es diferente.

En ese momento, Will aparece, apoyándose en el marco de la puerta de la cocina mientras se frota los ojos. Confundido, mira en todas direcciones, parpadeando sin cesar.

—¿Es fin de semana? —pregunta al verme.

—No, cariño... —responde Alice.

—¿Y dónde están todos?

—En el colegio.

Will levanta las cejas y abre mucho los ojos.

—¿Estoy... enfermo...? —pregunta con mucho tiento, desatando las risas de ambas.

—No... He venido porque tengo que contarte algo, y no podía esperar a la tarde para hacerlo...

—Eso quiere decir que es bueno, ¿no?

—Ajá... —contesto, sonriendo tanto que me empiezan a doler las mejillas. Me mira extrañado, así que estiro el brazo para que coja mi mano. Cuando lo hace, tiro de él hacia mí y le siento en mi regazo—. Verás... ¿Aún quieres venirte a vivir conmigo?



Me mira fijamente a los ojos, abriendo la boca y cerrándola pocos segundos después, indeciso. Entonces, me coge la cara con ambas manos.

—¿Va en serio?! ¿Ya puedo? —Asiento apretando los labios con fuerza, muy emocionada, con lágrimas en los ojos—. No me mientes, ¿verdad?

—Te lo prometo.

Se abraza a mí, enterrando la cara en mi cuello. Siento sus lágrimas en mi piel, mojando mi camiseta. Mucho rato después, le escuchamos soltar un largo suspiro, como si se quitara un gran peso de encima.

—Voy a portarme súper bien —susurra—. No te arrepentirás de haberme adoptado. Te lo juro. Prometo hacerme la cama todos los días, estudiar mucho, lavarme los dientes tres veces al día, recoger mi habitación y, si me enseñas, incluso te preparo el café.

—No hace falta, Will —ríó—. No te adopto para usarte de esclavo... ¿Sabes qué? Yo prometo darte besos a todas horas y abrazarte siempre que lo necesites. Cogerte de la mano para llevarte al colegio, incluso cuando vayas al instituto, si quieres.

Will ríe y se remueve en mi regazo, hasta que entonces se acuerda de Alice, que ha estado a nuestro lado en todo momento, y su expresión se entristece.

—¿Quiere decir eso que no volveré a veros más? —le pregunta entonces.

—Eso no te lo crees ni tú. ¿Acaso te piensas que sería capaz de vivir sin tus miles de preguntas?



Cuando está oscureciendo, después de pasar todo el día juntos, al volver de un largo paseo por la playa, vemos a Patrick esperándonos en el porche, hablando con Alice y Charlie. O sea, con sus padres. Me cuesta un poco hacerme a la idea.

—Es Patrick —dice Will, frenándose en seco y mirándome.

—Lo sé. Le dije que viniera...

—Espera... ¿Ya no estás enfadada con él? —Niego con la cabeza—. Y... ¿Lo sabe?

—Ajá.

—¿Y está contento?

—¿A ti qué te parece? Corre. Ve con él.

—¡Patrick! —grita, corriendo con los brazos abiertos.

—Cuidado... —escucho decir a Patrick, justo antes de que Will se le eche encima.

Paso por su lado, pero decido darles un tiempo para ponerse al día, así que me uno a Alice y Charlie en el porche. Patrick, agachado a la altura de Will, le habla mientras este se le agarra al cuello, como si no quisiera dejarle escapar. Entonces, Patrick seca las lágrimas de las mejillas de Will con los pulgares.

—Quería contarle toda la verdad... —me informa Alice—. Acerca de nosotros...

—Lo sé.

Al rato, ambos nos miran y sonrían. Patrick se pone en pie y nos saluda con la mano. Le miro embelesada de arriba abajo, incapaz de disimular mi descaro. Hoy va vestido en tonos azules que le resaltan aún más el color de sus ojos. Alice se da cuenta de que no podemos apartar la vista el uno del otro y se lleva a Will al interior de casa.

Ya estamos solos los dos, mirándonos a sólo unos pasos de distancia. Patrick avanza hacia mí lentamente, cauteloso, pero con ese caminar suyo tan sexy y a la vez tan natural. Se queda a sólo unos centímetros de mí.

—Hola —dice casi en un susurro.

—¿Cómo ha ido?

—Supongo que bien... —contesta, encogiéndose de hombros—. Tu hermano allanó mucho el terreno con ella... Tendré que darle las gracias. Me ha llamado idiota varias veces por haber pensado que lo nuestro sería un... problema para el colegio, le pedí disculpas cientos de veces y parece que todo está... bien. Supongo.

—¿Y con Will?

—Bien. Con él muy bien. Me ha dicho que, en el fondo, él sabía que yo le entendía mejor que los demás, que él sabía que teníamos mucho en común —dice, tragando saliva varias veces, muy emocionado.

Acerco mi mano a su ceja, llena de puntos aún. Empieza a tener mejor pinta que cuando salimos del hospital y la hinchazón empieza a remitir, aunque el color es muy morado aún. Acaricio su cara poco a poco, intentando que sienta el contacto y no dolor. Patrick cierra los ojos dejándose llevar, relajado, sin muecas de dolor.

—Dime que no has cambiado de opinión... —me susurra al oído. —Me separo unos centímetros para mirarle a la cara, confundida—. Que me has perdonado, digo.

—Por supuesto que te he perdonado.

—Gracias...

Mira alrededor, sin soltarme las manos hasta que al final, camina hacia el porche, arrastrándome con él. Nos sentamos en los escalones, uno al lado del otro, y él pierde la vista en un punto al final de la calle.

—Hacia mucho tiempo que no me sentaba aquí —comenta, agachando la cabeza—. Años, en realidad.

Agarrándome las rodillas, apoyo la barbilla en mis brazos y le miro.

—Tu madre me lo contó.

—Lo sé. —Me mira sonriendo durante unos pocos segundos, justo antes de continuar—. Le esperé tantos años, Alex... Me dijo que volvería a por mí... y le creí. Siempre le creía. Él fue...

Se rasca la cabeza, algo incómodo.

—No tienes que contármelo si no estás preparado...

Pero Patrick niega con la cabeza, obcecado en hacerlo.

—Él creó un mundo imaginario para mí, para protegerme de la realidad que nos rodeaba. Owen me mantuvo alejado del mundo de drogas y prostitución en el que vivíamos. Me distraía, encerrados en una habitación, o me subía a la azotea del edificio en el que vivíamos. Cantaba a pleno pulmón para acallar gritos, golpeaba los muebles de madera para crear música... Me hizo creer que yo era el campeón del mundo del escondite y así se aseguraba de que me quedara horas encerrado en un armario, por ejemplo.

Traga saliva, muy emocionado, mirando al infinito. Yo aprovecho para agarrarme de su brazo y apoyar la cabeza en su hombro.

—No recuerdo a mi madre drogada, nunca vi a ningún hombre en casa, nunca escuché sus gritos cuando alguno de esos tipos la pegaba... De todo eso me enteré cuando la policía nos encontró a los dos, cuando los de servicios sociales hablaron con Owen. Solo entonces fui consciente de todo lo que hizo por mí.

—¿Tuviste contacto con tu madre? ¿Ella... ejercía de madre?

—No mucho, supongo... En realidad, yo nunca tuve claro el papel de una madre hasta que conocí a Alice... Owen era todo mi mundo, y él consiguió que no me planteara ni creyera nada aparte de lo que él me contaba...

—¿Por qué crees que se fue de aquí?

—Para protegerme... otra vez. Es muy difícil que una familia adopte a dos niños de golpe, pero yo me negaba a separarme de él. Ni siquiera hablaba con nadie más —contesta, encogiéndose de hombros—. Owen sabía que, sin

él, era más posible que yo encontrara a una familia que me adoptase. Pero yo no lo entendí, y cada tarde me sentaba aquí a esperarle durante horas. Incluso tenía preparada una maleta con mis cosas. Durante años, me sentí abandonado, primero por mi madre y luego por mi hermano. Y, a pesar de tener a mi lado a unas personas que me querían muchísimo, esperé a que Owen me sacara de aquí.

Tiene los ojos vidriosos mientras me lo explica y sigue sin mirarme.

—¿Alguna vez piensas qué habrá sido de él?

—Todos los días de mi vida.

—¿Has intentado buscarle?

—No sabría ni por donde empezar... —contesta, encogiéndose de hombros.

—Si quieres, puedo hablar con Joey... Quizá él pueda intentarlo... No sé...

—¿Sabes qué? —prosigue después de varios segundos valorando qué decir—. No sé si me atrevo a saber de él... Me encantaría verle, aunque solo fuera una vez, para decirle que le perdono, que entiendo que me dejara aquí, y agradecerle todos los años que me cuidó. Pero si las cosas no le han ido bien, creo que no podría cargar con ese cargo de conciencia... Saber que se sacrificó para darme un futuro, cargándose el suyo...

—Owen estaría muy orgulloso de ti.

Me acerco y le doy un cariñoso beso en la mejilla. Entonces él se gira hacia mí y apoya los labios en mi cabeza, cerrando los ojos.

—Estuve la mayor parte de mi infancia enfadado y no quise que eso le pasara a Will —dice, girando su cuerpo para quedar frente a mí—. Es muy duro verte en una casa ajena con personas que no conoces de nada. Mi madre era una drogadicta que no cuidaba de nosotros, pero era mi madre, y yo quería estar con ella. No entendí que había muerto, por eso tampoco entendí que nos trajeran aquí. Solo la paciencia de Charlie y Alice obraron el milagro. Nunca me impidieron salir aquí fuera, nunca me quitaron de la cabeza la idea de hacerlo, nunca me dijeron que Owen no volvería jamás. Se limitaron a estar ahí cuando yo me diera cuenta de ello por mí mismo. Por eso supe que eran perfectos para Will. Si no podía estar contigo, no me imaginaba a nadie mejor para cuidarle.

—Tus padres son increíbles.

—Lo sé. Y te adoran como si fueras su hija. Mi padre ya me ha amenazado con que, si no te cuido, me pateará el culo.

—Lo sé —afirmo, con una sonrisa de satisfacción.

—¿Habéis tenido suficiente intimidad? —nos pregunta Will, apareciendo a nuestra espalda.

Nos giramos para mirarle, y le descubrimos agarrando su bicicleta nueva.

—¿Por favor? —pregunta con cara angelical, enseñando las dos filas de dientes.

—Pero un rato solo, ¿vale?

Le observamos subir y bajar la calle, saludándonos y enseñándonos cómo lleva la bici con una sola mano o cómo quita los pies de los pedales. No deja de llamarnos a gritos, así que no podemos hacer otra cosa que mirarle, pero no nos importa a ninguno de los dos, que le miramos llenos de orgullo.

—Creo que podría hacer esto todos los días de mi vida —me sorprende diciendo—. Quiero que sepas que no tengo miedo de lo que siento. Estoy enamorado de ti desde el primer segundo que te vi en el pasillo del colegio. Y no te arrepentirás de haberme dado una segunda oportunidad.

## Capítulo Diecinueve

Abro los ojos con los primeros rayos de luz que entran por la ventana de mi habitación. Compruebo la hora y veo que son algo más de las seis de la mañana. Para lo poco que he dormido, me siento estupendamente bien.

Me giro a la derecha para ver a uno de los motivos por los que estoy tan animada. La sábana le tapa hasta la cintura y está durmiendo boca arriba con la cabeza girada hacia el otro lado. La venda que le cubre las costillas me impide ver todo su torso, pero aún así, es una imagen de lo más sugerente. Poso la mano sobre su pecho y observo cómo sube y baja al compás de la respiración. Al final, decido acercarme a él y acurrucarme a su lado, apoyando la cabeza en su pecho, y nos tapo con la sábana.

—¿Qué hora es? —gruñe.

—Temprano. Sigue durmiendo.

—¿Y qué haces tú despierta?

—Espiarle mientras duermes. De los antiguos hábitos es difícil quitarse...

Patrick sonríe con un ojo cerrado.

—En realidad, no podía dormir. Estoy algo nerviosa...

—No tienes porqué. Es un mero trámite. Lo duro ya pasó. Mis padres llevarán a Will al juzgado.

—¿Vendrás?

—Lo intentaré, pero tengo clase. De hecho... —alarga la mano para coger su reloj, que reposa en la mesita de noche—, debería ir levantándome ya. Me voy a dar una ducha, con tu permiso...

—Por supuesto. Pero ¿me haces un favor? —le pregunto, trazando con el dedo una línea imaginaria por su pecho.

—Claro.

—No te afeites. Me gusta ese toque algo... desaliñado.

Me mira levantando una ceja.

—Está bien, pero si la amiguita de tu hermano me llama la atención, le diré que ha sido cosa tuya.

—Correré ese riesgo —digo, sentándome a horcajadas sobre él y quitándome la camiseta—. Y si llegases, digamos, diez minutos tarde, tampoco sería una catástrofe, ¿no?

—Para nada —responde, abalanzándose sobre mí hasta quedar estirada

boca arriba, con sus labios contra mi piel.



Una hora después, estamos los dos vistiéndonos con prisa.

—Tendremos que comprar un café para llevar por el camino, porque no nos da tiempo a desayunar con calma.

—Soy capaz de renunciar a ello de por vida si me prometes que cada mañana será tu imagen lo primero que vean mis ojos.

Le aliso la camiseta y le sonrío, peinándole con los dedos algunos pelos rebeldes y colocándole bien las gafas.

—Listo, perfecto. Como siempre.

—Alex, hablo en serio.

—¿Qué?

—Que puedo... renunciar al desayuno si despierto a tu lado cada mañana.

—Vale —respondo sonriendo, antes de darme la vuelta para coger mi bolso y colgármelo del hombro.

Cuando me doy la vuelta para encararle, él sigue en el mismo sitio, muy quieto, mirándome fijamente.

—Creo que no me estás entendiendo. Necesito despertarme cada día a tu lado. Me gustaría que viviéramos juntos. Con Will, por supuesto.

Abro los ojos como platos y me quedo con la boca abierta, sin saber bien qué decir. Sé mi respuesta, pero las palabras no salen de mi boca.

—Suenan miles de alarmas dentro de mi cabeza que me advierten que hace poco que nos conocemos, que quizá no es el mejor momento para hacerlo, que nunca he confiado tanto en nadie como para... compartir mi vida, que quizá tú no quieras y te pienses que estoy loco... o patético por ponerme tan nervioso... —Y realmente lo está, porque es incapaz de mirarme a los ojos y se frota las manos contra el pantalón sin cesar. Pero no me parece patético, ni mucho menos. Me parece adorable—. No hace falta que me respondas ahora...

—Quiero hacerlo —le corto.

—Ah, ¿sí? Vale. Estoy preparado sea cual sea la respuesta. Creo.

—Creo que no me estás entendiendo —digo, repitiendo sus palabras de antes.

Sus ojos se abren como platos y recorre los escasos dos pasos que nos separaban hasta coger mi cara con sus manos y empezar a besarme repetidas

veces.

—¿Va en serio? —dice de repente, separándose de mí.

—Ajá. Pero con una condición: quiero una hamaca bien cómoda para tomar el sol en tu jardín.



Llego al juzgado cuando aún falta algo más de media hora para que empiece la vista. Compró un café e, intentando no enseñar mi ropa interior, sentándome para ello de una forma poco ortodoxa y aún menos cómoda, me siento en las escaleras del juzgado. Me entretengo leyendo algunas noticias en el móvil, cuando me llega un mensaje de Joey.

**“Hoy es el gran día. Intenta que no te tiemble el pulso al firmar. Vas a ser una madre estupenda”**

Voy a ser una madre estupenda. Voy a ser una madre estupenda. Voy a ser madre... Sonríó mientras repito esas palabras una y otra vez. El corazón me late a toda velocidad, con fuerza, como si quisiera escapar del pecho.

—¡Alex!

Levanto la vista y ahí está mi chico, mi niño precioso. Viene corriendo hacia mí, vestido con un traje de color azul marino oscuro, una camisa blanca y una corbata en tonos azules.

Cuando llega hasta mí, le acojo en mis brazos y le abrazo con fuerza, apretándole contra mi pecho, incapaz de soltarle.

—Alex, ¿qué te parece? —me pregunta muy excitado, abriendo los brazos y girando sobre sí mismo para que le vea bien.

—Estás guapísimo, cariño.

—Hay que causar buena impresión —dice, agarrándose las solapas de la americana mientras sube y baja las cejas.

Alice y Charlie llegan es ese momento y me saludan abrazándome y dándome decenas de besos.

—Hola, preciosa. ¿Has visto al Casanova que te llevas a casa?

—Ya veo... Te queda genial —digo, volviéndome a agachar a su altura.

—Es nuevo. Me lo ha comprado Patrick. Y también me llevó a una peluquería. ¿Lo has notado?

—Básicamente, ahora puedo verte los ojos. Así que sí, lo he notado levemente.

—¿Entramos? —nos interrumpe Alice—. Es la hora.



Empezamos a subir las escaleras cuando escuchamos la voz de Will a nuestras espaldas.

—¡No! ¡Falta Patrick!

—Cariño, Patrick está dando clase —le informo.

—Ya lo sé. Pero me dijo que vendría —dice, dándose la vuelta para mirar a un lado y otro de la calle—. ¿Lo ves?

Miro hacia donde apunta el dedo y veo la silueta de Patrick, acercándose a la carrera. Viste con los mismos vaqueros negros de esta mañana, pero lleva una camisa, una corbata y una chaqueta de traje oscura que no llevaba esta mañana. Will sale corriendo hacia él y le da un fuerte abrazo. Patrick se agacha con torpeza y le da unas cuantas instrucciones a las que Will responde asintiendo y colocándose bien el traje. Patrick ríe mientras le alisa la americana. Luego comparten algunas confidencias al oído y yo no puedo dejar de mirarlos, muy orgullosa.

Escucho unos sollozos a mi espalda. Es Alice, incapaz de contener las lágrimas, secándolas con un pañuelo, mientras Charlie la abraza por la cintura.

—¿Está bien, Alice?

—Sí... Es solo que... estoy muy orgullosa de él. Y de ti y... de lo que vais a hacer por él y...

—Hola —nos interrumpe Patrick.

—Hola... —le devuelvo el saludo, besándole mientras me dejo abrazar—. ¿Qué haces aquí?

—No podía perderme esto. No me lo hubiera perdonado nunca. Así que pedí el resto del día libre y... aquí estoy. ¿Te parece bien?

Incapaz de contestarle, me tiro a sus brazos llorando desconsolada.

—Mierda. Lo siento. —Me tapo la boca con una mano, mirando a Will, que sonrío de oreja a oreja—. Te estoy estropeando el traje.

—Me da completamente igual —asegura, levantándose en el aire y estrechándome aún con más fuerza.

—¡Las costillas, Patrick!

—No te preocupes, tengo más.



A las once nos hacen pasar a una pequeña sala del juzgado. Patrick está ya dentro, hablando con el asistente social que conocí en su día y al que entregué los primeros papeles cuando todo esto empezó. Charlan muy animados, haciendo patente que se conocen de tiempo.

Nos saludamos y el asistente nos da unas instrucciones de cómo va a ir la cosa. Es un puro trámite porque la adopción está aceptada. Habla también con Will y le explica qué tendrá que responder cuando le pregunten. Poco después, aparece el juez en la sala, que nos sonrío nada más vernos. Entonces, hace una cosa sorprendente. En lugar de sentarse en su sitio, se acerca hasta nosotros y se sienta en una silla a nuestro lado. Se presenta, dándonos la mano y acto seguido, dice:

—Estoy seguro de que se saben de memoria el informe de la adopción, así que no voy a leérselo de nuevo. —Will me coge de la mano, apretándomela con fuerza—. Así que vamos a centrarnos en la personita importante aquí. Señorito William Matthews, ¿es usted?

—Sí, señor.

—¿Cómo estás, jovencito?

—Muy bien, señor. Muy contento.

—¿En serio? Pues me alegro. ¿Entiendes lo que va a pasar hoy?

—Sí, señor —afirma Will, asintiendo a la vez con la cabeza.

—Fantástico, entonces. También quiero que sepas que es algo que solo sucederá si tú quieres. Yo sé que ella quiere, pero tú tienes la última palabra, y tengo que asegurarme de ello. ¿Quieres que la señorita Alexandra Mason te adopte?

—¡Pues claro que quiero! Señor. Claro que quiero, señor. Perdona, se me olvidaba.

—No pasa nada. Puedes llamarme Oliver.

—Y usted puede llamarme Will.

—De acuerdo. Pues viendo que el jovencito lo tiene tan claro y los señores aquí presentes están todos de acuerdo, no voy a ser yo quien me oponga. Felicidades Will y gracias a usted por ser tan generosa de querer compartir su vida con él.

—¿Ya está? —pregunta Will—. ¿Así de fácil?

—Ajá.

—¿Y ya puedo estar con ellos? ¿Puedo vivir con Alex?

—Claro que puedes.

—¡Genial! —grita, echándose a mis brazos.



Al salir del juzgado, Charlie va al coche a coger la maleta de Will. Mientras, Alice no puede evitar las lágrimas.

—Alice, ¿por qué lloras? —le pregunta Will.

—Porque estoy muy feliz por ti, y porque te voy a echar de menos.

—Alice, no llores. Te vendré a ver muchos días y me quedaré a comer y Charlie me llevará al fútbol. También podemos vernos en Halloween, Acción de Gracias, Navidad... También os invitaré a mi fiesta de cumpleaños, y me podéis comprar juguetes, si queréis.

—¿Habéis visto qué sutileza? —bromea Patrick, mientras todos reímos —. También podrás quedarte a dormir en su casa cuando Alex y yo queramos ir al cine, a cenar y esas cosas...

—¡Vaya! Qué pronto me queréis perder de vista...

Alice abraza a su hijo con mucho sentimiento, estrujándole con fuerza.

—Venid a comer algún día, ¿vale?

—Hecho —responde él justo antes de darle un beso.

Nos dirigimos al aparcamiento donde Patrick ha dejado el coche. Will camina entre los dos, agarrado a nuestras manos, dando pequeños saltos. La verdad es que yo me siento tan exultante de felicidad como él. Sigo en una nube de la que tengo miedo de caerme, pero a la que juro que me voy a agarrar con uñas y dientes.

—¿Qué te parece si se lo enseñamos? —me susurra Patrick, ya metidos en el coche.

—Me parece bien.

—¿Qué pasa? ¿Por qué habláis así? ¿Es un secreto? Es de mala educación esconder cosas a un niño.

—¿Y eso quién lo dice?

—Yo.

—No te preocupes. Lo descubrirás enseguida —le tranquiliza Patrick.

El tráfico es muy denso en la ciudad, así que nos pasamos un buen rato metidos en el coche. De vez en cuando miro a Will para ver cómo está, y siempre le encuentro mirando por la ventanilla, pensativo. De repente, con la voz tomada por la emoción, empieza a hablar:

—Hasta que fui a vivir con Alice y Charlie, no había montado nunca en coche. Mamá no podía permitírselo, y luego se puso mala... ¿Sabéis qué? Me estoy dando cuenta de que he hecho muchas cosas nuevas desde que murió mi mamá. Como que me arropen en la cama cuando me voy a dormir... A lo mejor mi mamá lo hizo alguna vez cuando estaba bien, pero no me acuerdo. O como cenar con mucha gente sentada alrededor de la mesa. O comer tarta de cumpleaños. O ropa nueva con etiquetas... de una tienda, y no de los donativos

de la iglesia...

Incapaces de decir ni una palabra, Patrick y yo le miramos sonriendo con cariño, gesto que él nos devuelve. Cuando vuelve a girar la cara hacia la ventanilla, su expresión ha cambiado, es mucho más relajada y feliz.

Poco después, aparcamos el coche en la calle de Patrick, a unos metros de su casa. Le ayudamos a desabrochar el cinturón y empezamos a caminar calle abajo.

—¿Dónde estamos?

—Pues en nuestra calle, llegando a nuestra casa, que es... esa de ahí — le informa Patrick, señalando con el dedo.

—Pero aquí no es dónde vivías antes... —afirma, mirándome con el ceño fruncido.

—No, aquí es donde vive Patrick. Pero hemos pensado que quizá, tú y yo podamos mudarnos con él... ¿Qué me dices?

Will se humedece los labios y echa la cabeza hacia atrás para poder admirar la fachada entera de la casa.

—¿Cuánta gente vive aquí? —pregunta.

—Sólo yo.

—¿En serio?

—En serio.

—¿Toda para ti?

—Bueno, y para vosotros, si es que decís que sí...

Patrick le tiende una mano que, después de pensárselo varios segundos, Will coge. Cuando entramos, su cara de sorpresa no desaparece. Pasea por todo el salón inspeccionando cada rincón con la boca muy abierta. Se acerca a la librería y coge el marco de una foto. La mira durante unos segundos, y luego repite la acción con varios más.

—Si quieres, podemos enmarcar alguna foto tuya y ponerla ahí, junto a esas otras...

Will sigue sin abrir la boca, y se dirige a la cocina, donde se sube a uno de los taburetes de la barra. Se impulsa para darse vueltas, hasta que se queda parado de cara al pequeño jardín. Se baja del taburete y camina hacia la vidriera. Patrick se acerca y abre la puerta para que pueda salir.

—Si quieres, podríamos poner aquí una portería de fútbol, ¿verdad, Patrick?

Este asiente, bajo la atenta mirada de Will. De repente, se empieza a formar una tímida sonrisa en los labios del pequeño. La expresión de Patrick

se relaja, así como la mía, y empezamos a respirar aliviados.

—Ven, que te enseñamos el piso de arriba.

Nada más subir, le enseñamos la que hemos pensado que sería perfecta para ser su habitación.

—Aquí te cabe la cama con forma de coche que querías, sin problemas...

—Y mis muñecos de Star Wars... —susurra Will—. ¿Y vosotros? ¿Dormís cerca de mí?

—Justo al otro lado de esta pared. Si nos llamas, estamos aquí en dos segundos —contesto.

—Y yo había pensado que te gustaría tener una habitación de juegos aquí encima.

—¿En el techo?

Will levanta la cabeza mientras Patrick y yo reímos a carcajadas.

—Ven, mira. Hay una entrada secreta que sólo conocemos los que vivimos aquí —le informa Patrick.

Salimos al pasillo y le enseña la trampilla al desván. Tira de la cuerda hacia abajo y la escalera se despliega.

—¡Alaaaaaa!

—De momento, no llegas a coger la cuerda así que nos tendrás que avisar cuando quieras subir, ¿de acuerdo?

Will asiente con la cabeza, ansioso por subir. Patrick le ayuda con los primeros escalones y sube justo detrás de él.

La estancia no se parece en nada a los desvanes de las películas, sucios y oscuros. Es muy luminoso gracias a unas claraboyas en el techo y a un ventanal que da a la parte trasera de la casa. La estancia es completamente diáfana, ideal para un crío pequeño y tan grande como toda la planta de la casa. Por el momento no hay nada excepto unos enormes cojines en el suelo y un telescopio al que Will se acerca enseguida.

—¿Se ven las estrellas desde aquí?

—Bueno, unas pocas. ¿Te gusta?

—¡Me encanta! ¡Me quiero quedar aquí! ¡Por favor! ¡Por favor!

—Esa era nuestra idea.

—Desde esta misma noche.

—Cariño, no tienes cama...

—Con vosotros.

—Me parece a mí que estaríamos demasiado apretados.

—Pues Patrick en el sofá y tú y yo en su cama.

—Pero ¡qué pronto me mandáis al sofá!

—¿Y puedo tener perro? En el jardín podría tener la caseta.

—¿Perro? Pero se pasaría casi todo el día solo...

—Pero le sacaría mucho, y le daría muchos besos y abrazos. Lo prometo.

—Bueno, ya veremos. Todo a su debido tiempo.

—¿Y puedo invitar a mi amiga Emma a jugar? Nunca he invitado a nadie a mi casa antes, porque me daba un poco de vergüenza...

—¿Emma? —pregunta Patrick, entornando los ojos—. ¿La niña nueva que ha venido de España?

—Sí.

—¿De qué la conoces? No va a tu curso...

—Hemos hablado en el recreo. Está casi siempre sola. No tiene amigos aquí, porque sus amigos están en España. Así que le he dicho que yo puedo ser su amigo provisional hasta que vuelva a casa y esté de nuevo con los de verdad.

—Pues... supongo que sí. No veo ningún problema en ello —contesta Patrick, encogiéndose de hombros mientras nos miramos de forma cómplice, orgullosos de esta pequeña persona que se ha instalado en nuestras vidas para ponerlas patas arriba.

## Capítulo Veinte

Llevamos algo más de dos semanas viviendo juntos y, aunque ya hemos vaciado del todo mi antiguo apartamento, hemos invadido cada metro cuadrado de la casa de Patrick, que está llena de cajas por desembalar. Me siento algo culpable por ello, pero adaptarnos a la nueva vida es algo que nos va a llevar nuestro tiempo, y no ocupamos mucho de él abriendo cajas.

Will se ha acostumbrado muy rápido a la nueva casa y su lugar favorito es el desván que con tanto esmero preparó Patrick para que pudiera jugar allí. Incluso alguna noche nos ha pedido dormir allí, estirados sobre varias mantas. La verdad es que la experiencia fue muy divertida y hubiera sido incluso romántica si no fuera porque se empeñó en dormir entre los dos y nos cosió a patadas y codazos.

Su habitación fue lo primero que decoramos. Le compramos la cama en forma de coche que quería y, aunque al principio tuve mis reparos en ella, tengo que reconocer que queda genial. Patrick se encargó además de ponerle un escritorio donde poder hacer los deberes, y entre los dos se dedicaron a forrar las paredes de la habitación con posters, y en llenar las estanterías de cómics que han ido comprando.

—Buenos días, preciosa —dice, estampando un beso en mis labios. Huele a jabón y a espuma de afeitarse, olores a los que me he vuelto adicta.

Las cosas entre nosotros van de maravilla, a pesar de que la llegada de Will ha disminuido por completo nuestros momentos de intimidad. De todos modos, estamos tan felices, que su compañía compensa con creces esa falta.

—¡Will, baja, que vamos justos de tiempo!

Meto los desayunos de Patrick y Will en sendas bolsas y les doy un beso a cada uno. Hoy han decidido ir en metro al colegio, y yo tengo que hacer unas fotos para un reportaje antes de pasar por la redacción, así que me puedo permitir el lujo de salir más tarde de casa.

—¿Nos llamamos luego?

Asiento lentamente mientras me acerco a él, rodeando su cintura con ambos brazos.

—¿Me echarás de menos? —le pregunto.

—Pues claro que sí. ¿Lo dudas?

—Valeeeeeee, venga va. Dejad de daros besos de una vez. Que siempre estáis igual.

—Oye, que nosotros no te molestamos cuando estás con Emma —  
replico.

—Nosotros no hacemos esas cosas asquerosas.

—Lo que pasa es que estás celoso —digo, agachándome a su altura y  
estrujándole entre mis brazos mientras le doy decenas de besos y él se  
retuerce, riendo a carcajadas.

Después de meter la bolsa del desayuno en su mochila y de ayudarle a  
colocársela en los hombros, le miro a los ojos y se me tira a los brazos.

—Te quiero, Alex —me dice al oído.

—Y yo, mi vida.

Entonces, antes de que salgan por la puerta, corro hacia Patrick y me  
subo a él de un salto. Mientras me sostiene en alto, agarrándome con un brazo  
alrededor de la cintura yo rodeo la suya con mis piernas.

—No mires, enano —le pide Patrick girando la cabeza de Will para  
otro lado.

Hunde la lengua dentro de mi boca, haciendo volar de nuevo el millón  
de mariposas que viven en mi estómago desde el primer día que le vi correr  
por el parque. Presa de la lujuria, le doy un pequeño mordisco en el mentón,  
donde sigue estando la perilla que le pedí que se dejara.

—Te amo —susurra a escasos centímetros de mi boca.

—¿Ya me puedo girar?

La aguda voz de Will nos vuelve a interrumpir, como siempre. Apoyo mi  
frente en la de Patrick, sonriendo de oreja a oreja, como siempre.

Cierro la puerta y me apoyo en ella, mirando el salón de mi nueva casa,  
nuestra casa. Enciendo la radio de la cocina mientras me preparo un sándwich.  
El locutor comenta las noticias del tráfico y el estado de los transportes  
públicos, y parece concluir que es un lunes tranquilo para ser Nueva York, así  
que cojo la mochila de las cámaras, me calzo las zapatillas de deporte y salgo  
a la calle.



Tres horas y casi doscientas fotos después, empujo la puerta de entrada  
del edificio del periódico. Es casi la hora de comer, así que, para intentar  
adelantar al máximo posible la criba de las fotos para el reportaje, me comeré  
el sándwich sentada en mi mesa, pegando un mordisco entre instantánea e  
instantánea. No sería la primera vez que lo hago.

Echo un vistazo hacia la recepción y me sorprendo al ver el puesto



vacío. Esto debería ser un hervidero de gente entrando y saliendo, así que me resulta extraño. Aprieto el botón del ascensor y las puertas se abren al momento. Creo que es la primera vez que subo sola en él, y me doy cuenta de lo grande que es... con lo pequeño que parece por la mañana, cuando subimos un mínimo de treinta personas, apretujados unos contra otros.

Al llegar a mi planta, saco una botella de agua fría de la máquina dispensadora y empujo las puertas de la sala de redacción con el trasero porque llevo las manos ocupadas. Cuando me doy la vuelta, descubro que toda la sala está desierta. Camino lentamente hasta mi mesa, dejando mis cosas sobre ella. Doy una vuelta por los despachos del redactor jefe y del editor sin encontrar a nadie, hasta que oigo mucho barullo procedente de una de las salas de reuniones. Está llena de televisiones en las que están sintonizados varios canales diferentes, incluso de cadenas extranjeras. Dentro, mi jefe da indicaciones a varios compañeros, que salen despavoridos en distintas direcciones.

Cuando entro, me doy cuenta de que están todos allí, unos mirando fijamente los televisores, otros hablando a través de sus móviles, unos gritando, otros con la boca abierta. Incapaz de saber a qué le prestan tanta atención, me intento hacer paso poco a poco hasta que descubro a Mike, el fotógrafo que me acompaña algunas veces y al que he sustituido otras tantas.

—Mike, ¿qué pasa?

—Un loco.

—¿Cómo? No entiendo...

—Un pirado ha entrado en un colegio con una escopeta y ha empezado a disparar.

Mi cerebro empieza a procesar la información mientras mis ojos se centran en las imágenes de los televisores. La fachada de un colegio aparece en todas las pantallas mientras los reporteros de las cadenas informan de la noticia. Soy capaz de registrar solo unas pocas palabras o frases cortas. Antiguo alumno... Escopeta... Varios disparos... Niños y profesores retenidos...

Las piernas empiezan a flaquearme y noto una sensación de mareo en el estómago que me sube hacia la garganta. Un enorme nudo me impide respirar y siento náuseas.

—Alex, ¿estás bien? Estás muy pálida... —me pregunta Mike.

Le miro, aunque soy incapaz de articular palabra mientras mi cabeza ha tomado ya las riendas de la situación y obliga a mis piernas a empezar a correr hacia las puertas. Ni siquiera espero al ascensor y bajo de dos en dos los

escalones. Cuando salgo, corro calle abajo, echando rápidos vistazos al asfalto, en busca de un taxi libre. Saco el móvil y llamo al número de Patrick. Después de varios tonos, me salta el buzón de voz. Plan B, llamo a Joey.

—¡Joey! —le grito en cuanto descuelga.

—Estoy de camino. Tranquila, todo va a ir bien. Estarán bien. Ya han sacado a muchos niños y profesores. Quedan pocos dentro. Te mantendré informada.

—Voy para allá.

—No, Alex. Espera a mi llamada y...

Cuelgo antes de escucharle acabar la frase. No me va a convencer. No puedo, simplemente, esperar cruzada de brazos. Sin dejar de correr, sigo buscando un taxi y llamando una y otra vez al teléfono de Patrick, con el mismo resultado que antes.

Consigo un taxi libre que me deja a una manzana del colegio, ya que la zona está acordonada y es imposible acercarse más. Cuando llego al cordón policial, sin pensármelo dos veces, agarro la cinta y paso por debajo.

—Señorita, no puede pasar —escucho que me grita un agente de policía al que dejo enseguida atrás, corriendo como una desesperada por acercarme al colegio.

Entonces, alguien me agarra del brazo y me retiene, impidiéndome avanzar más.

—Señorita, le digo que no puede pasar.

—Mi hijo está en ese colegio.

—Los agentes están trabajando en ello...

—Y mi pareja también. Es profesor en el centro...

—De acuerdo. Quédese aquí y le mantendremos...

—¡Agente! —Joey se acerca, enseñando la placa—. Déjela pasar, está conmigo.

Cuando me abraza, le cojo de las solapas de la chaqueta y le miro a los ojos, y lo que leo en ellos no me gusta nada.

—Siguen dentro, Alex. Claire ha conseguido salir por las escaleras de incendio. Los más pequeños y sus maestros siguen dentro, en la planta baja del edificio.

Intento correr hacia el colegio, pero Joey me agarra a tiempo, apartándome a un lado, donde los profesionales de la sanidad y psicólogos están atendiendo a los alumnos y profesores que han salido ya.

—De momento no hay nadie herido de gravedad. Solo rasguños y algún

golpe. Se han oído disparos, pero algunos testigos dicen que disparaba al techo. Ahora mismo hay varios grupos de agentes preparados para entrar y un negociador intentando ponerse en contacto con el capullo del arma para distraerle. Según el recuento que nos ha facilitado Claire, dentro quedan cuarenta y dos niños y dos profesores, Patrick y otra chica, Susan.

Me agarra la cara y me obliga a mirarle mientras me repite que todo va a salir bien, que los van a sacar de allí, pero yo soy incapaz de ser tan optimista. Hasta que no los tenga conmigo, no estaré tranquila.

Pasados unos minutos que se me antojan horas, un agente informa a Joey de que tienen localizado al sospechoso y él se dispone a entrar en el edificio junto a otros agentes.

—Patrick no permitirá que les pase nada, no te preocupes... —me asegura Claire, que aparece a mi lado para intentar tranquilizarme.

Se escuchan varias frases a través de los walkies de los agentes, pero el sonido no es nítido y somos incapaces de entender nada. El sonido de tres disparos de escopeta rompe el silencio expectante que reinaba en el lugar.

—¿Qué ha pasado? ¡¿Eran disparos?! ¡¿Qué ha pasado?! —

Segundos después, el sonido de otra ráfaga de disparos vuelve a salir del edificio, pero entonces se oye a través de los walkies, alto y claro:

“Sospechoso abatido, repito, sospechoso abatido. Vía libre”

Una multitud de agentes entran en el colegio protegidos con chalecos antibalas. El caos reina en el lugar durante un buen rato, durante el cual soy incapaz de encontrar a Joey.

Poco después, las puertas de colegio se abren y los cuarenta y dos niños salen acompañados por algunos policías. Muchos lloran, otros tienen cara de pánico. Busco a Will desesperadamente, llamándole a gritos. Cuando por fin nos encontramos, se me abraza con fuerza.

—Cariño, ¿estás bien? —le pregunto, acariciando su cara con ambas manos, como si intentara asegurarme de que está realmente conmigo.

—Sí... —responde con los ojos abiertos como platos—. Escuchamos gritos y Patrick se asomó al pasillo... Y entonces nos pidió que nos escondiéramos en los armarios y que no saliéramos. No hemos visto nada, sólo hemos oído como petardos. Algún niño dijo que eran disparos...

—¿Y Patrick, cariño? ¿Dónde está? —le pregunto.

Intento no sonar desesperada, pero me cuesta mucho disimular.

—No lo sé. Nos metimos en los armarios y ya no vimos nada... —contesta él, agachando la cabeza y mordiéndose los labios.

Busco de nuevo a Joey, sin éxito. Pero lo que sí veo son a varios paramédicos entrar con prisas en el edificio, cargando material médico y una camilla. El corazón me late tan fuerte y rápido que parece que se me va a salir del pecho en cualquier momento. Siento los latidos retumbando en mis oídos y un extraño sabor en la boca. Y entonces, el mundo se paraliza a mi alrededor cuando veo la camilla salir de nuevo con Patrick estirado en ella. Joey corre hacia mí y, cuando me alcanza, me agarra de los brazos.

—¡Suéltame! ¡Tengo que verle!

—¡Alex, tranquila! ¡Le van a llevar al hospital y...!

Le golpeo para apartarle, cogiéndole por sorpresa, y salgo corriendo hacia él, llamándole a gritos. Nadie me lo impide, aunque tampoco creo que pudieran. Los paramédicos empujan la camilla a toda prisa mientras uno de ellos está sobre Patrick, haciéndole un masaje cardiaco.

—¡Patrick! ¡Patrick! ¡Háblame, por favor!

—Tranquila, señora. Apártese. Déjenos trabajar —me pide el conductor de la ambulancia.

Los brazos de Patrick caen inertes a ambos lados de la camilla, tiene los ojos cerrados, la boca abierta y varios electrodos enganchados en el pecho para monitorizarle. Tiene la camiseta manchada de sangre, sobre todo en el abdomen, donde uno de los médicos hace presión con una gasa. Joey me aparta de la escena y me arrastra hasta su coche.

—Vamos al hospital. Claire va a llamar a Alice para contárselo y se ocupará de Will el tiempo que haga falta.

—Joey... ¿Está...?

—Te aseguro que están haciendo todo lo que pueden.

—Pero toda esa sangre... —digo, señalando con un dedo tembloroso.

—Lo sé.

—Y le están haciendo un masaje cardiaco. —Joey asiente con la cabeza, apretando los labios—. Joey, no puedo perderle... No puede ser... No puedo hacer esto sin él... No sé... Yo solo... Quiero... Necesito...

Me escucho balbucear palabras sin sentido mientras Joey me estrecha entre sus brazos y me guía hasta su coche.

## Capítulo Veintiuno

Entramos por la puerta de urgencias del hospital justo detrás de la ambulancia. Joey ha puesto la sirena en el techo de su coche, y eso nos ha abierto camino hasta aquí. No puedo evitar fijarme en un pequeño reguero de sangre en el suelo que se pierde más allá de la puerta de los quirófanos y que una empleada de la limpieza se afana en limpiar. Joey se acerca al mostrador y allí le indican dónde podemos sentarnos a esperar. Me agarra por la cintura y me guía hacia una sala de espera atestada de gente.

—¿Qué te han dicho?

—Que podemos esperar aquí.

—¿Crees que me importa dónde narices nos podamos sentar? Me refiero a Patrick. ¿Qué te han dicho de él?

—Nada. Seguro que, en cuanto puedan, saldrá un médico a informarnos

—responde con paciencia.

Resoplo para demostrar mi frustración, cruzando los brazos sobre el pecho. De repente, siento frío y empiezo a tiritar.

—¿Has comido? ¿Te traigo...? —me pregunta.

Niego con la cabeza sin ganas de hablar. En realidad, no tengo ganas de nada más que de correr a través de esas puertas para estar al lado de Patrick. Necesito que sepa que no pienso dejarle solo, ni voy a permitir que me deje sola...

—Alex, mírame por favor...

Con desgana, giro la cabeza hacia él, apoyándola contra la pared.

—Está en buenas manos. —Me encojo de hombros, negando levemente con la cabeza. No es que no lo crea, simplemente, no puedo creer que esto esté pasando—. Va a salir de esta. Tienes que ser fuerte, por ti, por Patrick, y, sobre todo, por Will.

—Ahora mismo, no puedo... Solo quiero... —Miro hacia la puerta basculante por la que entran todas las camillas.

—Mira. Tengo un mensaje de Claire... Dice que no te preocupes por Will. Se lo ha llevado a casa y van a preparar pizza. Dice también que ha avisado a los padres de Patrick y que vienen de camino. ¿Quieres hablar con ellos? ¿O con Will? Para tranquilizarles, digo...

—¿Tranquilizarles? ¿Y qué les digo? ¿Que no sé nada desde que le he perdido de vista mientras le llevaban en una camilla que iba dejando un rastro

de sangre?

—Alex... No...

—Ahora no puedo, ¿vale? —le corto con voz quebrada.

—Está bien, tranquila. Eh, mírame —me pide cogiéndome de la barbilla, girándome la cara hacia él—. Si salió de una pieza de una de mis palizas, podrá con esto sin dudarlo.

Agradezco sus palabras de aliento, pero soy incapaz de sonreír, y él parece entenderme, porque se limita a abrazarme y frotarme los brazos y la espalda, apoyando los labios en mi pelo. Minutos después, cuando un médico se dirige hacia nosotros, sigo en sus brazos.

—Hola, soy el Dr. Wayne. ¿Son ustedes familiares de Patrick Wilson?

—Sí, ella es su novia —se apresura a contestar Joey cuando ve que yo he abierto la boca, pero no ha salido ningún sonido de mi garganta.

—De acuerdo. Verán... —empieza a decir, llevándonos a una zona más tranquila de la sala—. La buena noticia es que el corazón vuelve a latir con normalidad, aunque le hemos conectado a una máquina de respiración asistida para evitar esfuerzos. Si todo va bien, en unos días probaremos de quitársela y ver cómo lo hace sin ayuda.

Intento procesar las palabras. ¿Su corazón ha vuelto a latir? ¿Acaso dejó de hacerlo en algún momento? Siento cómo me fallan las rodillas, pero Joey me agarra con fuerza.

—¿Que su corazón dejara de latir, pero ya no, aunque le hayan conectado a una máquina, es la buena noticia?

Tanto el médico como Joey me miran durante unos segundos con gesto comprensivo.

—El proyectil de la escopeta era un calibre veinte —Joey hace una mueca de preocupación, así que supongo que eso debe ser malo—, y desgarró el hígado. La hemorragia es intensa y estamos haciendo todo lo posible para cerrar la herida. En caso de no poder cerrarla, necesitaría un trasplante urgente, pero estamos haciendo todo lo posible para que no haga falta. En cuanto cerremos la herida, seremos capaces de ver si ha afectado algún órgano más, aunque a simple vista no lo parece.

El doctor me mira entonces fijamente y parece comprender mi desconcierto y temor.

—Le prometo que en cuanto sepa algo más, saldré a explicárselo y que en cuanto pueda verle la vendré a buscar y la llevaré con él. Lo que ha hecho en el colegio es algo increíble. Es un héroe... y quiero que sepa que todos los

médicos del hospital daremos lo mejor de nosotros para que salga adelante.

—Gracias...

Es lo único que puedo decir.

—En cuanto la cirugía acabe, vendré a avisarles.



He perdido la conciencia de lo que pasa a mi alrededor. Las imágenes su suceden ante mí como si estuviera dentro de una película muda. Todo se mueve, todos hablan, pero soy incapaz de entender ni escuchar nada. Joey no deja de darme conversación para intentar distraerme, pero yo sólo soy capaz de contestarle con meros movimientos de cabeza. De vez en cuando le veo hablar por teléfono, aunque sin perderme de vista ni un segundo.

Alice y Charlie han llegado hace un rato. Joey le ha puesto al corriente de todo y luego se han sentado uno a cada lado. Charlie se frota la cara con ambas manos, con gesto preocupado, mientras Alice me abraza, consolándome. Sé que ellos lo están pasando tan mal como yo, pero soy incapaz de hacer nada, solo llorar y dejarme cuidar. Soy muy egoísta, pero estoy rendida, sin fuerzas para nada más que quedarme aquí sentada y esperar.

No sé si llevo minutos, horas o incluso días en esta silla de plástico cuando aparece de nuevo el doctor, tal y como prometió. Al mirarle a la cara intuyo una sonrisa y me levanto como un resorte, movida por la esperanza.

—Bueno, hemos conseguido cerrar la herida. No hay lesiones en la columna ni en ningún otro órgano. Eso es una gran noticia —dice, incapaz de disimular su optimismo—. Ahora sólo queda esperar. Las próximas veinticuatro horas son cruciales, porque ha perdido mucha sangre. Dependiendo de cómo las pase, valoraremos la posibilidad de quitarle la respiración asistida.

Un largo y sonoro suspiro sale de mi boca. Parece como si llevara conteniendo la respiración durante horas, y me permito el lujo de esbozar una tímida sonrisa. Joey me abraza por la espalda y me da un beso en la cabeza. Alice y yo nos miramos de forma cómplice y sonreímos. Aunque no estaremos tranquilas hasta que no veamos sus ojos azules brillar de nuevo, ahora mismo somos mucho más optimistas que hace un rato.

—¿Quiere verle? —me pregunta el médico.

—¿Puedo? —contesto, sorprendida.

—Bueno, en teoría no, pero podemos hacer una excepción. Le hemos llevado a una sala en cuidados intensivos. Le daremos una tarjeta que debe

usar siempre que quiera entrar. Hoy tiene que descansar, y sólo puede entrar una persona. A partir de mañana ya podrán entrar a verle los demás, aunque siempre de uno en uno. —Y, dirigiéndose a mí, añade—: Verá muchos tubos y máquinas, pero todo es normal. No se asuste, ¿de acuerdo?

Miro a los demás, sobre todo a Alice, buscando su aprobación. Sé que ella debe de tener muchas ganas de verle y siento que le estoy robando algo suyo, pero ella sonrío y asiente con su cabeza, apoyando su mano en mi brazo.

—Ve y dale muchos ánimos de parte de todos.

—Pero tú...

Me corta dándome un abrazo, mientras susurra en mi oído:

—Y un gran beso de mi parte, ¿vale?

El doctor me acompaña por los pasillos del hospital hasta llegar a la unidad de cuidados intensivos. Me da la tarjeta de la que me ha hablado antes y se acerca al puesto de enfermeras. Habla con ellas durante un rato, señalándome, hasta que una de las chicas nos acompaña hasta la puerta de una de las pequeñas habitaciones.

—Rita es la enfermera que se encargará siempre de Patrick —me informa el médico, acercándose al enorme cristal a través del cual se puede ver el interior de la habitación. Ahora mismo, por eso, las cortinas están corridas—. Está dentro con él ahora mismo.

Pocos segundos después, la puerta se abre y de ella sale una enfermera negra de unos cincuenta años. Al vernos, se sorprende, así que el doctor se apresura a aclarar nuestra presencia.

—Rita, ella es Alex, la novia de Patrick. Le he dejado estar con él un rato y ella me ha prometido no tocar nada y no llorar en su presencia. —Le miro con la boca abierta, dispuesta a replicarle, pero él me guiña un ojo mientras empieza a alejarse por el pasillo—. Mañana por la mañana me pasará para ver cómo está y hablamos.

Le observo perderse por una puerta, viendo cómo esta se balancea, abriéndose y cerrándose. Luego clavo la vista en la cristalera de la habitación de Patrick, a pesar de que no veo nada por culpa de la tupida cortina. Rita busca mi mirada, ladeando la cabeza. Cuando la miro, me sonrío abiertamente, apretando una carpeta contra su pecho.

—Primero, déjame decirte que lo que hizo tu chico es increíble. Tengo nietos y solo pensar que un loco se colara en su colegio con una escopeta... Se me ponen los pelos de punta... Pero ese chico de ahí dentro es un héroe. Lo sabes, ¿verdad?



Asiento con la cabeza. No estoy tan segura de que me guste que se haya comportado como un héroe... Por un lado, sé que sus actos han mantenido a salvo a los niños, Will entre ellos, pero si no sale de esta...

—Segunda —dice, cortando mis pensamientos—. Tienes mala cara. ¿Has comido algo?

Sorprendida, niego con la cabeza lentamente, frunciendo el ceño.

—Verás, cariño, que esté dormido no quiere decir que no te oiga ni te sienta, y lo que Patrick necesita ahora más que nunca es que seas positiva, estés animada y al cien por cien. Si no te cuidas, ¿cómo vas a poder cuidarle a él?

—¿Puede oírme? ¿No es un mito?

—Por supuesto que puede. Patrick te necesita más que nunca. Necesita que le hables y le digas lo mucho que le quieres. ¿Tenéis hijos?

—Bueno... tenemos... Sí, tenemos un hijo de ocho años.

—Pues sería fantástico que él también entrara... Los tubos y máquinas pueden impresionarles, pero son fantásticos en estos casos porque hablan muchísimo y transmiten mucha energía, y créeme, llevo muchos años en esto y sé que eso es vital para la recuperación. Piénsalo, ¿vale? —Rita espera hasta verme asentir, y entonces, sin perder un segundo, prosigue—: Las cortinas siempre están corridas. Ahora entraremos las dos y luego te dejaré sola con él. Yo estaré en ese mostrador para lo que necesites.

Vuelvo a asentir, mirando hacia la puerta de la habitación. Siento una contradicción muy grande. Por un lado, quiero entrar y verle. Acariciarle para asegurarme de que está de verdad detrás de ese ventanal. Por otro, temo asustarme al verle conectado a todas esas máquinas.

—No te asustes —dice, leyéndome la mente, agarrando el tirador de la puerta—. Verás un tubo grande en su boca. Es la respiración asistida. Además, tiene varios electrodos por el torso que monitorizan sus constantes. Debes estar tranquila porque está sedado y no siente ningún dolor. ¿Lista?

Nada más abrir la puerta, escucho varios pitidos que emiten las distintas máquinas. Entro detrás de ella, pero no la sigo hasta la cama, si no que me quedo paralizada junto a la puerta. La imagen que me encuentro, aun habiéndome prevenido, me impacta sobremanera. Patrick está en la cama, vestido con una bata de hospital y tapado hasta el pecho con una sábana.

—Acércate, no pasa nada. —Titubeo antes de hacerle caso—. Puedes tocarle, con cuidado. Os voy a dejar a solas.

Cuando sale de la habitación, me quedo varios segundos, inmóvil,

mirándole sin saber bien qué hacer. Miro a mi alrededor, hasta que encuentro una silla. La cojo y, con todo el cuidado del mundo, la coloco pegada a la cama. Me siento en ella y acerco una mano temblorosa a su brazo. A pocos centímetros, me detengo, dudando unos segundos, hasta que al final le toco. No sé por qué imaginaba que estaría frío, pero no lo está. En ese momento, cuando por fin me atrevo a tocarle, me desmorono y las lágrimas brotan de mis ojos. Empiezo a sollozar y se entrecorta mi respiración, hasta que recuerdo las palabras de Rita y me obligo a tragarme el dolor. Me seco las lágrimas con el dorso de ambas manos y me aclaro la garganta.

—Hola... —digo, incapaz de disimular la emoción.

El nudo de mi garganta me hace muy difícil seguir hablando, así que le acaricio el pelo, como si estuviera peinándoselo. Mis dedos acarician su ceja, por encima de la cicatriz que le han dejado los puntos que le quitaron hace unos días. Resoplo con fuerza, aunando el valor para poder seguir hablando.

—Will y el resto de los chicos están todos bien. La otra profesora también... Lo que hiciste... fue increíble. —Me enjugo las lágrimas de forma compulsiva—. Mierda... Joder... No tengo que llorar... Oye, te tienes que poner bien, ¿vale? Porque no me puedes dejar sola. No nos puedes dejar solos a Will y a mí...

Al quedarme callada vuelvo a ser consciente de todos los pitos y sonidos que me rodean. Miro alrededor, fijándome en toda la estancia hasta volver a posar los ojos en el cuerpo de Patrick. Nunca le había visto así de indefenso y necesitado. Él, siempre tan seguro de sí mismo, tan capacitado, a merced de esas máquinas...

—Will está con Claire... Está bien, aunque un poco asustado... Tus padres están ahí fuera...

Miro hacia las ventanas y pienso en ellos, sentados en la sala de espera... Decidida, me pongo en pie y salgo de la habitación.

—Rita, perdone...

—Hola, cariño. ¿Todo bien? —me pregunta, con una gran sonrisa en la cara.

—Sí... Bueno... Los pitos y las máquinas me... intimidan un poco... Estaba pensando... Los padres de Patrick están ahí fuera, esperando. ¿Cree que sería posible que le dejara mi pase a su madre...? Sólo serían unos minutos... —Rita me mira con los ojos entornados y los labios apretados hasta formar una fina línea—. No es justo que sólo le vea yo... Ella es su madre... Sé que está prohibido, pero...

Rita levanta un dedo y lo mueve, abriendo la boca para hablar, pero me adelanto.

—Diez minutos. Entrar y salir. Será nuestro secreto...

—Está bien... —claudica al final.

Salgo antes de que se arrepienta, y enseguida llego a la sala de espera. Los padres de Patrick se ponen en pie nada más verme.

—¿Le has visto? ¿Cómo está? —me pregunta Alice.

—Está... intubado y tiene muchas máquinas pitando a su alrededor, pero parece... tranquilo.

Los dos resoplan con fuerza, aliviados.

—Gracias a Dios —dice Charlie.

—Alice, tome mi pase.

—Pero el médico dijo que...

—Un pequeño favor —la corto—. Rita, la enfermera de Patrick, está esperándola dentro.

Charlie agarra el brazo de su esposa con cariño, mientras a ella le cuesta retener las lágrimas. Los dos se sonríen. Cuando por fin Alice traspasa las puertas, Charlie me sorprende, estrechándome entre sus brazos. Su calor me reconforta, igual que sus palabras.

—Conozco a mi hijo. Nunca se rendirá.

## Capítulo Veintidós

El sonido de la puerta me despierta y, como un resorte, me incorporo. Me he quedado dormida sentada en la silla, con la cabeza apoyada en el brazo de Patrick, agarrándole la mano.

—Buenos días —me saluda Rita, con tono cariñoso—. Ha pasado una noche tranquila, ¿verdad?

—Sí... supongo. La verdad es que, aparte del ruido constante de las máquinas y del respirador automático... no ha pasado nada.

—Eso son buenísimas noticias. Traigo la ropa que llevaba Patrick. La camiseta se la llevó la policía, pero el resto está aquí. También la cartera, el teléfono móvil y sus gafas.

Abro la bolsa que me tiende y saco las gafas. Las sostengo en la mano durante unos segundos, justo antes de dejarlas sobre la mesita auxiliar. Luego cojo su chaqueta azul y la huelo con los ojos cerrados, dejando que el olor de Patrick me llegue al cerebro e invada todo mi cuerpo.

—Deberías tratar de descansar un poco, en condiciones. Además de comer algo. No tienes buena cara.

—No quiero separarme de él. Quiero que me sienta a su lado y que sepa que no le voy a dejar sólo. Además, en un rato vendrá Will...

—Vale... ¿y si nos tomamos un café en la sala de enfermeras? Sería solo un momento y está aquí al lado.

Acepto a regañadientes, girando la cabeza a cada paso mientras me voy alejando de la habitación.

—Tranquila... Si hay algún cambio, lo oiremos, te lo aseguro.

Nada más entrar, nos sentamos en unos de los sofás y Rita me pone una gran taza de café en las manos. Doy un par de sorbos que me saben a gloria, y entonces me ofrece un poco de bizcocho. Me como tres trozos en un abrir y cerrar de ojos. La tranquilidad del lugar y el silencio que nos rodea me tranquilizan, haciéndome sentir como si fuera el primer momento de relajación que tengo en varias horas.

—¿Quién es Will? —me pregunta Rita.

—Es... Él es... mi hijo. Es adoptado. Will perdió a su madre hace poco. Yo le cuidaba mientras ella estuvo enferma y, cuando murió, no pude soportar la idea de perderle, así que pedí su custodia.

—Eso es precioso, Alex... ¿Y Patrick? ¿Hace mucho que salís?

—Él es el profesor de Will. Así fue como nos conocimos. Bueno, yo ya le había visto antes, pero realmente empezamos a... intimar después de saber que era el profesor de Will... Y de eso debe hacer... pocos meses...

—A eso se le llama flechazo.

Sonríó agachando la cabeza. La verdad es que sí, las cosas parecen haber ido muy rápidas.

—Patrick es adoptado, ¿sabes? Él... tuvo una infancia parecida a la de Will y... —Chasqueo la lengua, muy emocionada, mirando el techo para intentar calmarme—. Les podía haber perdido a los dos, Rita...

—Pero no ha sido así. Les tienes a los dos.

Saco mi móvil del bolsillo cuando lo noto vibrar dentro. Joey me acaba de enviar un mensaje para informarme de que ya está en la sala de espera, con Will.

—Mi hermano ha traído a Will.

—Pues ve a buscarle y tráele.

No dudo que Will tendrá muchas ganas de ver a Patrick, pero tengo miedo de que la imagen que vea de él le asuste. Aunque soy consciente de que tenerle cerca ayudará muchísimo a Patrick.

Cuando llego a la sala de espera veo a Will cogido de la mano de Joey. Mira de un lado a otro, nervioso, hasta que me ve y sale corriendo a mi encuentro.

—Hola, cariño mío. ¿Cómo estás? ¿Te lo has pasado bien con Joey y Claire? —Le abrazo con fuerza y cuando le aparto de mí, le miro de arriba abajo, acariciando cada centímetro de su cara y torso.

—No quiero irme a casa de nadie. Quiero estar contigo y con Patrick. Aunque sea aquí, en el hospital. Me he traído la mochila con mis cosas.

Joey me mira encogiéndose de hombros.

—Bueno... ya veremos cómo lo hacemos, ¿vale? ¿Quieres ver a Patrick?

—Sí, Joey y Claire me han explicado que los médicos le han curado y que está conectado a unas máquinas. Joey me ha dicho que es como Robocop.

—Levanto la vista hacia mi hermano al instante y él se vuelve a encoger de hombros, con impotencia—. Espero que esas máquinas hagan bien su trabajo, porque cuando me escondió en el armario me dijo que no iba a pasar nada malo...

—Vale, pues ven conmigo —le pido, cogiéndole de la mano.

—Alex, yo me voy a trabajar —me informa mi hermano, al que me

abrazo—. Llámame si quieres que me ocupe de Will.

Mientras caminamos, acercándonos al puesto de enfermeras, no pierdo de vista a Will, que mira a un lado y a otro con curiosidad, atento a cada sonido y cada conversación. Nada más vernos, Rita se acerca a nosotros con una sonrisa sincera dibujada en el rostro.

—¡Hola! Tú debes de ser Will. Yo soy Rita, la enfermera que cuida de tu papá.

—Hola... —contesta distraído, mirando todas y cada una de las puertas de las habitaciones que nos rodean—. Patrick no es mi papá...

—¿Ah no?

Will la mira entonces fijamente. Valora su respuesta durante unos segundos, hasta que finalmente se decide:

—Bueno... vivo en su casa porque él es novio de Alex y ella es mi nueva mamá. Aunque me lleva al cole, pero es mi profesor... Supongo que quedaría un poco raro que llegáramos por separado viviendo en la misma casa... Y me lleva al parque también... Y leemos cómics juntos... Y me ha enseñado a montar en bici... Y ha convertido el desván en un sitio genial para jugar...

—¿Y seguro que no es tu padre teniendo en cuenta todo lo que hace por ti? —Will frunce el ceño y agacha la vista al suelo. Sé que está pensando en las palabras de Rita, consciente quizá, de repente, de que ese padre al que tanto anhelaba estaba más cerca de lo que él creía. Rita no espera respuesta, prefiere dejarle pensando en ello, así que continúa—: Tengo entendido que Alex ya te ha contado un poco cómo está Patrick. Yo quiero decirte que lo que verás ahí dentro son sólo tubos y máquinas, y que no le duele nada, ¿vale? Puedes tocarle, aunque con mucho cuidado. Pero ¿sabes qué es lo más importante que tienes que hacer? Hablarle. Oírte le va a ayudar mucho. ¿De acuerdo?

Cuando Will asiente, Rita abre puerta de la habitación. Siento cómo Will me aprieta la mano con más fuerza, sin quitar los ojos de Patrick. Sé que está asustado, aunque intenta hacer ver lo contrario. Para tratar de infundirle confianza, me agacho a su lado y le abrazo por la espalda.

—Está dormido, ¿lo ves? ¿Nos acercamos?

Will asiente y, cogiéndole en brazos, le subo en la silla donde he pasado toda la noche, que sigue al lado de la cama. Se le queda mirando mucho rato, primero la cara y el tubo que le sale de la boca, y luego los cables que le salen por debajo de la bata. Le mira el brazo y la vía teñida de rojo. Poco a poco,

Will mueve su mano, la posa sobre la de Patrick y entrelaza sus pequeños dedos con los de él.

—Hola... Soy Will... ¿Me escuchas?

Se acerca un poco más y, cogiéndole la cara entre sus manos, a escasos centímetros uno del otro, empieza a susurrarle, como si le estuviera contando un secreto—. El malo ya se ha ido, así que ya puedes despertarte. Todos te hicimos caso y nos quedamos escondidos en los armarios y estamos bien. Queremos que vuelvas, pero yo más que ninguno. ¿Por qué no se despierta, Alex?

—Porque está muy cansado, cariño.

—Los otros niños dicen que el malo disparó con una pistola y le dio a Patrick... ¿Es verdad?

—Sí, es verdad. Pero le han curado y ahora está descansando. Pero la herida era grande, y tenemos que cuidarle mucho para que descanse y se despierte.

Will vuelve a mirar a Patrick. Traga saliva y mueve la mano hacia el tubo de la boca, que toca con miedo.

—¿Seguro que no le duele? Es muy grande...

—Seguro. Le han dado muchas medicinas. Y no tienes que tenerle miedo a ese tubo, porque le está ayudando a respirar, para que no lo tenga que hacer él y pueda descansar.

Will entonces apoya su cabeza en el pecho de Patrick y permanece así durante varios minutos. Incluso cierra los ojos. Está tan relajado, escuchando el latir del corazón de Patrick, que decide no molestarle. Entonces entra Rita en la habitación y sonríe al ver la escena.

—¿Me puedo estirar en la cama? Hay sitio...

—Podríamos intentarlo —responde Rita—, pero no te muevas demasiado. ¿Me lo prometes?

Entonces, con sumo cuidado, le ayuda a estirarse al lado de Patrick, en el pequeño hueco que él deja libre. Después de comprobar las constantes de Patrick, Rita vuelve a dejarnos solos. Me siento en la silla, observando la escena. Will traza una línea imaginaria con el dedo por su rostro, hasta que llega al tubo que sale de su boca y lo roza levemente. En cuanto lo hace, levanta la vista hasta los ojos de Patrick, que permanecen cerrados.

—Sé sincero... ¿te duele esto? Es enorme, y tiene pinta de doler... Pero mucho más que cuando me caí de la bici y me hice sangre en la rodilla, ¿te acuerdas? Fue la tarde en la que me quitaste los ruedines... Era un secreto —

dice, esta vez dirigiéndose a mí—. No quisimos decirte nada para que no te pusieras histérica...

Intento parecer ofendida, y esbozo una mueca extraña que no resulta nada convincente. No puedo evitar sonreír al enterarme de que mis chicos se alían y tienen secretos. Will sigue hablándole sin descanso, contándole todo lo que se le pasa por la cabeza, haciendo planes de los sitios donde quiere que le llevemos o pidiéndole las cosas que quiere que le enseñe. No deja de hablar ni un momento, con un tono optimista y divertido hasta que, de repente, se queda mudo durante unos segundos y se le escapan algunos sollozos. Me pongo en pie como un resorte y me acerco a él.

—Will... Cariño...

—Es que no quiero que se muera como mi mamá. He intentado no llorar, pero no puedo. Sé que tengo que portarme como un niño mayor y no llorar, aunque quiera hacerlo, o no gritar porque estoy enfadado con el capullo que disparó a Patrick... Pero no sé cómo hacerlo...

Le cojo en brazos y le abrazo con fuerza.

—¿Sabes qué te digo? —le digo pasado un rato—. Que llores, grites o rías cuando quieras o lo necesites. No pasa nada, cariño. Seguro que saldrá de esta, y ahora mismo está luchando para ponerse bien y poder estar con nosotros de nuevo. —Will asiente, ya más tranquilo, mientras me siento en la silla con él en mi regazo—. Por cierto, ¿has dicho capullo?

—Sí —ríe—. Me la ha enseñado Joey. Capullo. Capullo. Capullo. Me gusta.

—Vale, vale, vale... No hace falta que la repitas demasiado.

Entonces, la puerta vuelve a abrirse y aparece el médico.

—Hola. Rita me ha dicho que hoy había una visita especial, y no quería perdérmela —dice, dirigiéndose a Will.

—Will, este es el médico de Patrick —le informo.

—Hola... —le saluda, algo cohibido.

—¿Me quieres ayudar? Voy a comprobar las constantes de tu papá. —Esta vez, Will no intenta aclarar que Patrick no es su padre. En vez de eso, asiente con firmeza—. Y si todo va bien, mañana le quitaremos el tubo de la boca e intentaremos que se despierte.

El médico sienta a Will al lado de la cama y le tiende la carpeta con el historial médico de Patrick. Se mueve alrededor de la cama, comprobando los datos de las diferentes máquinas. También le comprueba la tensión y la temperatura.



—Está todo perfecto. Esta noche le quitaremos la sedación y veremos cómo reacciona. Y si todo va bien, mañana por la mañana le quitaremos la respiración asistida —dice dirigiéndose a mí—. Esta noche es crucial, pero lo está haciendo fenomenal, no hay rastro alguno de infección así que el hígado está cicatrizando perfectamente.

—Gracias —susurro. Luego le dice adiós con la mano a Patrick, y nos vuelve a dejar solos—. ¿Sabes qué vamos a hacer? Vamos a contarle a Alice la buena noticia.

Alice está sentada en una de esas incómodas sillas de la sala de espera. Will corre hacia ella y empieza a hablarle de forma precipitada. Cuando llego a ellos, Alice me recibe con una enorme sonrisa y lágrimas en los ojos.

—¿Es cierto? —me pregunta.

Incapaz de hablar, me limito a asentir con la cabeza.



He vuelto a quedarme dormida cuando escucho ruido a mi alrededor. Abro los ojos, sobresaltada, y me encuentro al médico de guardia y a una enfermera. Tanto el Doctor Wayne como Rita deben haberse marchado a casa al acabar su turno, así que doy por hecho que es bien entrada la noche. La enfermera le quita una de las vías del brazo izquierdo y se lleva el gotero, dejándome a solas con el médico.

—Hemos quitado la sedación, así que poco a poco debería ir despertándose... Cuando eso suceda, vendremos a quitarle la respiración asistida. Estoy de guardia toda la noche, así que a la que haya cualquier cambio, alguna de estas máquinas pitará y vendré volando —me informa, antes de salir por la puerta.

Acerco la silla lo máximo posible a la cama de Patrick, y me siento en ella, muy atenta. Aunque el médico me ha dicho que pueden pasar horas, yo estoy ansiosa por ver una reacción por su parte. Le doy varios besos por la cara y le acaricio con ternura.

—Sigo aquí... —susurro—. No me marchó...



Me agarran. Me aprietan la mano. Poco a poco, abro los ojos y levanto la cabeza. Los dedos de Patrick se mueven. ¡Se mueven! Me incorporo de un salto y acerco mi cara a la suya, acariciándole las mejillas.

—Patrick... Patrick, estoy aquí. ¿Puedes oírme?

Mueve la cabeza hacia un lado, con un movimiento brusco, mientras me da otro fuerte apretón de mano.

—¡Hola...! Mírame, cariño. Abre los ojos...

De repente, se incorpora abriendo los ojos de par en par. Parece muy nervioso e incómodo. Asustado y muy desorientado. Entonces le vuelvo a coger la cara con las manos y le obligo a mirarme. Cuando enfoca la mirada y por fin me ve, parece relajarse lentamente. Sin dejar de mirarme, ni siquiera cuando los médicos entran corriendo y se empiezan a mover por toda la habitación, yo sigo susurrándole mientras le estiro de nuevo en la cama. Me aparto un poco, dejándoles espacio para trabajar, observándoles, nerviosa, hasta que escucho las palabras mágicas.

—Está recuperando la conciencia. Vamos a quitarle el tubo.

## Capítulo Veintitrés

—Patrick, escúchame: cuando saque el tubo de tu boca, tose con fuerza, ¿de acuerdo? ¿Me oyes?

Patrick le mira con los ojos muy abiertos, gesto que el médico entiende como una respuesta positiva. Entonces, con mucho cuidado, pero con decisión, tira del tubo hasta sacarlo de su boca y Patrick empieza a toser sin parar, agarrándose el estómago con ambas manos, a la altura del impacto de bala.

Cuando parece que se calma, la enfermera le acerca un vaso de agua del que bebe un sorbo. Parece asustado e incluso confundido, paseando la vista del médico a la enfermera. Ésta le toma la temperatura mientras el doctor empieza a hablarle.

—Hola, Patrick. Soy el doctor Wayne. Estás en el hospital. ¿Recuerdas lo que pasó?

Patrick le mira fijamente durante un buen rato, como si su mente estuviera procesando la información poco a poco. Consigue a duras penas mantener los ojos abiertos, pero el médico insiste.

—Patrick, no hace falta que hables, sólo necesito saber que me escuchas y que entiendes lo que te digo, así que me conformaré con verte mover la cabeza.

Patrick mira alrededor, aún algo confundido. Después de unos interminables segundos, mueve la cabeza arriba y abajo, y a mí se me escapa un sollozo.

—Fantástico. ¿Recuerdas lo que pasó?

Vuelve a asentir con la cabeza y acto seguido se le cierran los ojos, aunque el doctor parece haberse dado por satisfecho y le deja descansar.

—Todo perfecto, Alex —dice, dirigiéndose a mí—. Parece ser que oye, entiende y además recuerda, así que todo va según lo previsto. Hay que dejarle descansar. Le seguiremos monitorizando y hoy se quedará en la UCI, pero seguramente mañana decidamos subirle a una habitación de planta.

—Gracias. Muchísimas gracias por todo. Voy a... —Señalo hacia el pasillo con un dedo, secándome las lágrimas— salir para avisar de que ha despertado.

Pero cuando intento dar un paso para salir de la habitación, noto cómo me agarran de la mano. Me giro sobresaltada y veo a Patrick mirándome fijamente, mientras su pecho sube y baja con rapidez, haciendo un

sobreesfuerzo considerable. Mueve los labios, intentando hablar, pero no sale ningún sonido de su boca. Con los ojos bañados en lágrimas, me acerco y poso un dedo sobre sus labios.

—No hace falta que hables. Tranquilo. Descansa.

Acerca una mano temblorosa a mi mejilla. Cuando me roza, cierro los ojos y ladeo la cabeza. Sus ojos intentan hablarme, contarme todo eso que su boca no es capaz, mirándome como si intentara memorizar cada centímetro de mi piel. Acerco mis labios y los apoyo en los suyos, sin más, permitiéndole seguir respirando en mi boca. Y aunque me encantaría besarle, sentir su lengua y su cuerpo contra el mío, ahora mismo me conformo con escucharle respirar.

—No hay nadie más herido. Gracias a ti—. Mueve afirmativamente la cabeza, casi de forma imperceptible, mientras las comisuras de los labios se le curvan hacia arriba. Trazo una línea imaginaria por su rostro, pasando por sus cejas, sus pómulos y su mentón—. Y Will está perfectamente. Ayer estuvo aquí, hablando sin parar para ayudarte a despertar. Tocaba el tubo de tu boca y te preguntaba si te dolía.

Patrick sonrío cansado y respira con muchísimo esfuerzo.

—Tú tienes que descansar y yo tengo que informar a todos de que te has despertado. —Sonrío acariciándole la cara y nos quedamos un buen rato absortos el uno en el otro, mirándonos a los ojos—. Si no me sueltas la mano, no podré salir...

Me atrae de nuevo hacia él, haciendo acopio de toda la fuerza que es capaz. Atrae mi cara a la suya con torpeza, y lentamente acerca la boca a mi oreja.

—He... soñado... contigo... —Traga saliva con dificultad—. Sabía... que estabas... aquí...

Emocionada, me tapo la boca con una mano, y él, esbozando una tenue sonrisa, hace un verdadero esfuerzo por acercar su mano a mi mejilla y enjugarme algunas lágrimas.

—Por supuesto que estaba aquí. No pienses ni por un segundo que te vas a librar de mí... Ya te perseguía cuando no te conocía, imagínate ahora...



Estoy en la puerta del hospital, cuando veo a Joey y a Will acercándose a lo lejos, cogidos de la mano. Les saludo y Joey me señala. Will sale corriendo hacia mí.

—¡Alex! ¡Alex! —grita— ¡¿Ya se ha despertado?!

Me agacho a su altura cuando está a punto de llegar a mí, y él da un gran salto para tirarse a mis brazos.

—¿Se ha despertado? —me vuelve a preguntar, muy ilusionado.

—Sí, cariño.

—¿Y ha preguntado por mí? ¿Sabe que le vine a ver? ¿Me escuchó?

—De hecho, te está esperando. Pero tienes que ir con calma y cuidado, ¿vale? Aún está muy cansado...

—Sí, sí, con calma —dice, despegándose de mí y tirando de mi mano para obligarme a caminar hacia las puertas de entrada al hospital—. ¡Vamos! ¡Rápido! ¡Llévame dentro! ¡Perdón! ¡Con calma! Ya me calmo... Te prometo que entraré caminando despacio.

Will se mueve lentamente, exagerando sus movimientos, cuando Joey llega hasta nosotros y me abraza, dándome un largo beso.

—Me alegro mucho, preciosa. Luego nos vemos, que tengo que ir a trabajar... El monstruo este no ha dormido prácticamente nada... Nos ha tenido en vela casi toda la noche, deseando que amaneciera para venir al hospital. —Miro a Will, que me enseña todos los dientes con una gran sonrisa forzada—. Sí... Tú riéte, cabrito...

—Gracias, Joey. Y lo siento...

—Hasta luego. Adiós, Will.

—Adiós, capullo —se despide.

—¡Will! —le reprocho.

—Tranquila. Es lo justo. Yo le he llamado cabrito antes... Hasta luego.

Will tira de mí, obligándome a traspasar las puertas del hospital. Cada pocos pasos se acuerda de la promesa que me ha hecho, hasta que ya no puede aguantar más, me suelta y sale corriendo.

—¡Will! —grito, intentando darle alcance—. ¡Will!

Cuando entramos en la Unidad de Cuidados Intensivos, Will pasa volando al lado de Rita, que le mira divertida, sin siquiera intentar detenerle.

—Lo siento... —me disculpo, cuando paso por su lado, poco después.

—No te preocupes —contesta ella, divertida, mientras vemos cómo Will se cuelga en la habitación de Patrick.

Cuando llego a la puerta, le descubro subido en la silla que ha acercado a la cama, estirado sobre Patrick.

—Cuidado... —digo, aunque sé que es demasiado tarde.

Patrick mueve la mano, dándome a entender que no le importa, abrazando a Will con fuerza.

—Sabía que no me mentirías, pero estuve muy asustado —solloza Will, escondiendo la cara en el cuello de Patrick—. Y todos me decían que no llorara y fuera fuerte, pero no soy fuerte. No quería perderte. Estaba... cagado de miedo.

Patrick se ríe e intenta hablar, pero, aunque carraspea, es incapaz de emitir ningún sonido. Supongo que ha gastado su único cartucho conmigo, pienso sonriente.

—Will, ¿te acuerdas del tubo que tenía Patrick en la garganta? —intervengo—. Pues, aunque se lo han quitado, va a estar unas horas sin poder hablar porque le duele bastante.

Will, con la boca abierta, nos mira a ambos.

—¿En serio? ¿Y te ha dolido cuando te lo han quitado?

Patrick contesta con gestos y movimientos de cabeza y con infinita paciencia a todo lo que Will le pregunta. No calla ni cuando entran una enfermera y un camillero para trasladar a Patrick a una habitación de planta.



Cuando Alice y Charlie llegan, les guío hasta la habitación, pero antes de entrar, nos detenemos en el umbral de la puerta al comprobar que Will se ha quedado dormido encima de Patrick. Éste le acaricia la cabeza, y tiene los labios posados en su pelo, con los ojos cerrados. No me cansaré nunca de verlos juntos, cuidando el uno del otro. Y, aunque me parece un crimen interrumpir esa escena, y sé que Alice tiene unas ganas locas de abrazar a su hijo, a ambas se nos derrite el corazón.

—Al final cayó... Joey me ha dicho que no ha dormido prácticamente nada porque estaba nervioso por venir —digo, acercándome a ellos y cogiendo a Will en brazos para trasladarlo al sofá.

Le tapo con la chaqueta de Patrick, que llevo siempre encima desde que Rita me la dio.

—Hola, cariño —escucho a Alice, emocionada, justo antes de abalanzarse sobre Patrick para abrazarle.

Charlie también se acerca y abraza a su hijo con los ojos bañados en lágrimas. Sin decirles nada, decido darles algo de intimidad y aprovechar para tomarme un café.



Cuando vuelvo a la habitación, casi una hora después, Patrick está sentado en la cama, y me recibe con una sonrisa algo cansada.

—Sigue durmiendo... —digo, señalando a Will—. Mira lo que te traigo...

Saco sus gafas del bolsillo de mi chaqueta, limpio los cristales con mi camiseta y se las pongo con cuidado.

—Ahora sí eres mi Patrick.

Le doy un casto beso en los labios y, a la que intento separarme, me agarra la cara para impedírmelo.

—No... No te alejes...

—Patrick... Cuando te recuperes, nos besamos lo que quieras —susurro—, pero ahora casi prefiero que sigas respirando.

—¡Eeeeh! ¡Que corra el aire, que lo del boca a boca ya no cuele... — Escucho la voz de Joey a mi espalda.

Al darme la vuelta, les descubro en la puerta y, tras saludarnos a todos, se acercan a Patrick. Claire le da un beso en la mejilla mientras que Joey, en su línea, le da un pequeño golpe en el hombro y le choca la mano.

—¿Ahora duerme, el bicho? —pregunta, señalando a Will ¡Ni hablar! ¡A éste le despierto yo ahora mismo!

—Joey, no seas malo... —le reprende Claire.

—¿Ya no te acuerdas de la noche que nos ha dado? —se queja, justo antes de agacharse justo a Will y empezar a meterle el dedo en la oreja y a abrirle los párpados—. ¿Era así como nos hacía esta noche, Claire? ¡Hola, Will...! ¡Despierta...!

Will se mueve, remoloneando, y lentamente se sienta en el sofá. Nos mira a todos con los ojos entornados, descolocado.

—Hola, Joey —le saluda, frotándose los ojos.

—¿Qué haces durmiendo? ¿No querías pasar el rato con Patrick? ¡Pues aprovecha!

Al instante y como si hubiera recobrado las fuerzas, se levanta y se acerca a Patrick, que le deja algo de sitio a su lado en la cama, moviéndose con mucho esfuerzo.

—¿Estás mejor? —le pregunta.

—Algo más que hace una hora —responde Patrick con un hilo de voz y una sonrisa cansada en los labios.

—Genial... Oye, Patrick... te quería preguntar algo... Lo he estado pensando mucho, y he hablado con gente que me ha dado su opinión, y me han

hecho ver otros puntos de vista...

Alucinados, nos miramos unos a otros. Cuando Patrick lo hace, me encojo de hombros, confundida.

—Que a lo mejor... si no te importa... —prosigue Will—. Quizá podría llamarte papá porque, aunque no lo seas de verdad, eres lo más parecido a uno... Supongo que porque nunca he tenido, pero así es como todo el mundo me dicen que son... ¿Tú quieres que te llame papá?

Patrick carraspea y traga saliva con dificultad.

—¿Quieres tú? —Will agacha la cabeza, mordiéndose el labio inferior—. Will, yo querré lo que tú quieras. Si quieres llamarme papá, hazlo y yo estaré encantado de que lo hagas. Pero si no estás preparado, o si no te sientes cómodo llamándome así, tampoco pasará nada... La manera que uses para referirte a mí no cambiará para nada lo que sentimos el uno por el otro, ¿no crees?

Will asiente con la cabeza durante unos segundos.

—Papá... Papá... —repite, hasta que por fin levanta la vista y mira a Patrick a los ojos—. Papá... —Patrick le mira, aún sonriendo—. Me gusta. Creo que sí. Creo que lo voy a hacer.

—Perfecto.

—¿Esta noche puedo dormir aquí contigo?

—¿Y no estarás más cómodo en casa de Joey o de Alice y Charlie, en lugar de en ese sofá?

—¿Y quién dice que voy a dormir en el sofá? Quiero dormir aquí a tu lado.

Patrick le mira arqueando las cejas, mientras los demás reímos por el desparpajo y la sinceridad de Will. Entonces, Charlie posa su mano en el hombro de su hijo.

—Bienvenido al maravilloso mundo de la paternidad.



Han pasado dos semanas desde aquel fatídico día. Desde ese instante en el que mi mundo se paralizó por completo. Dos semanas muy duras que no podría haber superado sin la ayuda de Joey, Claire, Alice, Charlie y, por supuesto, sin la sonrisa de Will. Dos semanas en las que prácticamente no me he separado de la cama de este hospital, comiendo, durmiendo e incluso trabajando sin despegarme de Patrick.

Así, he sido testigo de la lenta pero constante recuperación de



Patrick. Ha recuperado su tono de voz habitual y la irritación de la garganta ha desaparecido. Respirar ya no supone un esfuerzo extra para él y el ritmo cardíaco se ha estabilizado del todo. Hasta puedo besarle sin temer dejarle sin respiración. La herida de bala está cicatrizando a la perfección, aunque siguen haciéndole las curas. Así mismo, el hígado está respondiendo perfectamente, señal de que la curación va según lo previsto. Su movilidad también ha experimentado una notable mejoría. Primero sentándose en la cama, luego en una silla de ruedas y finalmente poniéndose en pie, ayudado por unas muletas. Hace dos días que damos paseos por el pasillo del hospital, a paso muy lento y parándonos cada cierto tiempo. Esos paseos, aunque cortos, suponen un esfuerzo físico enorme para él, soy consciente e intento ayudarle, pero él no se deja. Es muy independiente, y no quiere parecer o sentirse un inválido.

—Te compensaré.

—¿Por qué dices eso?

—Estoy siendo una carga y me temo que lo seguiré siendo durante algunas semanas más... No quiero ser un estorbo y te prometo que haré todo lo posible para recuperarme lo antes posible.

—No digas tonterías. ¿Acaso no te gusta la enfermera a domicilio que vas a tener? —le digo, acercándome a él hasta apoyar las manos en su pecho.

Me mira durante largo rato, hasta que en su boca se dibuja una sexy sonrisa de medio lado.

—El problema es que me gusta demasiado y no quiero que me vea como un inválido y se canse de mí...

—Pero ¿cómo puedes pensar que me voy a cansar de ti?

Sin molestarse en contestarme, coloca una mano en mi nuca y me atrae hacia él con cuidado, posando con suavidad sus labios en los míos. Introduce su lengua poco a poco, acariciando mi mejilla, enredando los dedos de la otra mano en mi pelo.

Poco a poco, mi cuerpo recuerda sus caricias, el sonido de sus jadeos o el sabor de su boca, y empieza a reaccionar. Mis manos se cuelan por debajo de su camiseta. Le noto mucho más delgado que antes, e incluso se le notan algunas costillas. Con sumo cuidado paso mi mano por encima del apósito que tapa la herida de bala mientras la otra se dirige al hueso de la ingle. Patrick cierra los ojos y de su boca sale un largo jadeo.

—Te necesito, Alex... Ahora...

—Patrick, no... Es una locura... —consigo decir entre jadeos, consciente a regañadientes de que no es el momento ni el lugar más indicado para dar

rienda suelta a nuestro deseo.

—Necesito demostrarte que te sigo deseando como el primer día y que soy tan capaz de hacerte disfrutar como siempre.

—Pero eso ya lo sé. No hace falta que me lo demuestres así... —le digo, separándome unos centímetros.

—No, escucha —me detiene, agarrándome por los brazos—. Aunque necesite las muletas para mantenerme en pie por el momento, volveré a ser el mismo de siempre en breve, te lo prometo.

—Patrick, al final me vas a hacer cabrear de verdad. Escúchame bien porque no te lo voy a repetir más. Me gustas de todas las maneras, con muletas o sin ellas. Y me da igual lo que tardes en recuperarte, porque siento comunicarte que no te va a ser nada fácil librarte de mí. Además, cuanto más jodido estés, más tiempo estarás estirado en la cama...

Con un movimiento bastante ágil para las condiciones en las que está, me atrapa entre su cuerpo y la pared y mete una de sus manos por debajo de mi camiseta mientras la otra se apoya en la mesita auxiliar para mantener la verticalidad. Con una habilidad pasmosa, me desata el sujetador como quien chasquea los dedos, y acaricia uno de mis pechos. Mi cuerpo, que le echaba mucho de menos, reacciona al mínimo roce de su piel y mis pezones se endurecen al instante.

—Patrick... no... —consigo apenas articular, oponiendo nula resistencia.

Vuelve a hundir su lengua en mi boca, acallándome, y un calor abrasador invade todo mi cuerpo. En un arrebató de locura, presa de la lujuria y la excitación del momento, le quito la camiseta y la lanzo sin preocuparme de donde caiga. Entonces, Patrick aprieta su entrepierna contra mi vientre y noto su erección y mis manos, a las que ya soy incapaz de controlar, se dirigen a su culo para apretarle aún más contra mí.

—¡Holaaaaaa!

No puede ser... Tiene el don de la oportunidad, una especie de radar para destrozár los pocos momentos de intimidad que tenemos. Patrick apoya su frente en la mía y suspira, resignado.

—Esto no puede estar pasando otra vez...

Al girarme hacia la puerta, le veo en el umbral, mirándonos con la boca y los ojos muy abiertos. Pocos segundos después, llega Joey.

—Joder, chaval, no hay quien te siga el ritmo... —Entonces levanta la vista y, al vernos, comprende la situación y le tapa los ojos a Will—. Me parece que hemos interrumpido algo, Will.

Por si fuera poco, Alice y Charlie se unen a la fiesta en ese momento.

—¡Hola! —nos saludan, hasta que, como le pasó hace unos segundos a Joey, enseguida reaccionan—. Oh, vaya... Hola...

—¿Volvemos algo más tarde...? —nos pregunta Charlie, con una sonrisa socarrona dibujada en los labios.

—No me lo puedo creer —resopla Patrick—. ¿Alguien más?

—¿Queréis que haga de canguro esta noche también...?

—¡Ni hablar! —se apresura a contestar Will, soltándose del agarre de Joey y acercándose a nosotros—. ¡Quiero irme a casa con vosotros...! ¡Ya os daréis besos cuando me vaya a dormir! ¡Y ponte la camiseta, que vas a coger frío!

Dejándonos a todos atónitos, coge la camiseta de Patrick del suelo y se la da sin muchos miramientos.

—De... acuerdo...

## Capítulo Veinticuatro

—¿Cómo han ido las clases?

—Bien, pero queremos que vuelvas ya.

—Yo también quiero volver cuanto antes... Pero la jefa no me deja...

—¡Ah, no! ¡No me eches a mí la culpa! ¡El médico está de acuerdo conmigo! —grito desde la cocina, donde estoy preparando la cena.

—Claro que lo está... Cómo para no estarlo... Le mira con esos ojos de loca desquiciada capaz de rajarle de arriba abajo...

—¡Te sigo oyendo!

—¿Quieres jugar a los videojuegos?

—¿No tienes deberes?

Los escucho hablar a lo lejos, en el salón. Es cierto que prefiero que se quede unos días más en casa para que se recupere del todo. Aún camina ayudado por las muletas, y le conozco lo suficiente como para saber que, si recibe el alta y va al colegio, las dejará aparcadas todo el día y forzará demasiado. Al fin y al cabo, solo ha pasado un mes desde que recibió el disparo...

Me agacho la sacar una olla para cocer pasta del cajón de abajo y, al incorporarme, todo da vueltas a mi alrededor y me tengo que agarrar al mármol de la cocina para no caerme. La olla se me resbala de la mano, y cae al suelo, provocando un fuerte estruendo.

—¡¿Alex?! ¡¿Estás bien?! —grita Patrick.

Los dos vienen hasta la cocina, corriendo. Patrick se agacha y busca mi mirada, con expresión preocupada.

—¿Estás bien? —repite.

—Sí... Creo que me he mareado... Me he incorporado muy rápido, pero ya estoy mejor...

Pero, al agacharme para recoger la olla, vuelvo a perder el equilibrio, cayendo hacia un lado. Patrick salta como un resorte. Me ayuda a incorporarme y me lleva en volandas al sofá.

—Patrick, por favor... La herida... —le recuerdo.

—Estoy bien. Escucha, Alex, ¿quieres que vayamos al hospital?

—¡Qué va...! Debe ser cosa del cansancio... Un baño me vendrá bien para relajarme y descansar.

—¿Segura?

—Sí... Voy a... preparármelo...

Cuando hago el intento para levantarme del sofá, siento como si estuviera en un columpio giratorio y alguien lo hubiera hecho girar con mucha fuerza. Tengo incluso ganas de vomitar, y me llevo las dos manos a la boca.

—Nos vamos al hospital. Will, ayúdame. Coge las llaves de casa y las del coche. Yo llevo a Alex en brazos, y tú cierras la puerta de casa y corres hasta el coche para abrirlo.

—No hace falta, Patrick... No seas exagerado. Sólo estoy cansada...

—Me da igual. Si es cansancio, que me lo diga un médico. Con toda esta mierda, llevas un tiempo sin cuidarte demasiado. Mi madre me ha dicho que has dormido muy poco y que has comido nada y menos, así que no está de más que te examine un médico.

—Es verdad. Ha comido muy poco —añade Will.

Sin fuerzas para discutir, consciente de que tengo todas las de perder, claudico y cinco minutos más tarde estoy en el asiento de atrás del coche, con Will pegado a mí, cogiéndome la mano y sin perderme de vista, mientras Patrick conduce nervioso, tocando el claxon de forma insistente.

—Patrick, por favor... Ni que estuviera de parto...

Llegamos al hospital en una media hora, y enseguida nos hacen pasar a la sala de espera. Yo que me había prometido a mí misma tardar mucho en pisarlo de nuevo, y solo hace un par de semanas que lo abandonamos...

—¿Y tus muletas, Patrick? —le pregunto al verle cojear nervioso por la sala de espera.

—Me las dejé en casa —contesta de forma despreocupada.

—Ah, pues fantástico, ¿no? Tú sigue forzando... Podemos aprovechar e ir a ver a tu médico y que nos cuente qué le parece que te las olvides día sí y día también...

—Dame un respiro, ¿quieres? —me contesta algo brusco, pero entonces, se da cuenta de ello y se deja caer en una silla a mi lado—. Vale, vale... Ya me siento. ¿Contenta?

—¿Srta. Mason? —me llama entonces una enfermera—. Puede pasar.

Como un resorte, Patrick vuelve a ponerse de pie y enseguida me sostiene por el codo para ayudarme. Le miro con los ojos entornados.

—¿Qué? No es mi culpa que te hayan llamado nada más sentarme... —se excusa, encogiéndose de hombros mientras entramos en la consulta.

—Claro, pero si nos hicieras caso más a menudo, y no solo a mí, que conste, si no a tu médico...

—Se ha mareado y se ha caído —dice entonces Will, que se ha cansado de esperar a que dejemos de discutir.

—¿Quién de los dos? —pregunta el médico.

—Ella. Él va cojo porque le dispararon, pero ya está curado.

Cuando Patrick y yo nos damos cuenta, estamos frente a un médico que nos mira con los ojos y la boca muy abiertos.

—Últimamente no come mucho...

—¿Él? —señala el médico a Patrick.

—Ella —contesta este, señalándome con un dedo.

—Y tampoco duerme demasiado —prosigue Will—. Siempre está preocupada por los demás, cuidando de Patrick y de mí, pero ella no se cuida mucho...

—Bueno, pues me parece muy bien que la hayas traído, amiguito —le dice el médico, que ahora ya me mira y se centra en mí—. Vamos a la sala de aquí al lado, que le tomaré la tensión y le sacaremos sangre. ¿Le había pasado antes o ha sido la primera vez?

Los tres me miran expectantes, esperando mi respuesta. Agacho la mirada, consciente de que lo que voy a decir no les va a gustar.

—Confiesa —me apremia Will, que me conoce lo suficiente como para imaginarse mi respuesta.

—Bueno... Ayer, creo, o antes de ayer... en el metro. Pero se me pasó enseguida, en cuanto me bajé y salí a tomar el aire.

—De acuerdo... —contesta, con los ojos entornados, pensativo—. Si me acompaña... Ustedes dos pueden esperar aquí.

Me estiro en la camilla mientras el médico se mueve por la sala. Miro todo alrededor, algo nerviosa, hasta que su pregunta me deja helada.

—¿Recuerda la fecha de su último periodo? —me pregunta mientras me toma la tensión.

—¿Perdone...? ¿La... regla...? ¿Qué tiene que...? Oh, espere... Cree que... Pues...

Miro el techo, intentando recordar, estrujándome la cabeza sin éxito. Mientras, el médico ya me ha tomado la tensión y me tiende un bote de plástico transparente. Sonríe sin despegar los labios.

—Tranquila. Tómese su tiempo...

—Es que no lo recuerdo bien... —contesto, con la voz tomada por la emoción—. Ha sido todo tan...

Arrastro los pies hasta el pequeño baño y tomo la muestra de orina. Aún

con la boca abierta, haciendo números en mi cabeza, le entrego el bote, que él se guarda en el bolsillo de la bata.

—¿Quiere que avise a su pareja al salir...?

—Eh... Sí...

Cuando Patrick entra, se sienta a mi lado y me coge de la mano con expresión asustada.

—¿Está todo bien...?

—Están... descartando cosas... El médico parece tener alguna sospecha clara... y puede que... bueno, puede que sea eso... —Por el rabillo del ojo veo cómo Patrick me mira fijamente, atento a mis palabras—. Me ha pedido una muestra de orina y...

Se suceden unos segundos de desconcierto hasta que los ojos de Patrick se agrandan, de repente consciente del significado de todo. Derrotada, hundo los hombros y miro al suelo.

Durante mucho rato, estamos solos en la consulta, totalmente en silencio, haciendo frente a los cientos de pensamientos que nos asaltan. No puedo evitar tener muchas dudas, porque quizá sea algo precipitado, porque mi carrera no ha despuntado del todo, porque la situación con Will aún es muy nueva... Tengo miedo de que Patrick salga huyendo... Pero, por otro lado, a una parte de mí le apetece hacerlo, me apetece ser madre y sé que él es el indicado. No se me ocurre un padre mejor para mis hijos. Supongo que mi vida ha estado estancada durante tanto tiempo, que recibo estos cambios con mucha ilusión.

—Si es que sí... —balbuceo, pero me quedo callada, incapaz de demostrar lo que realmente pienso.

Patrick me mira y se limita a asentir, sin mostrar ningún sentimiento.

En ese momento, el médico irrumpe en la habitación con un informe en las manos. Los dos levantamos la cabeza de golpe y entonces sé lo que quiero de verdad. Si me dijera que no estoy embarazada, me hundiría y rompería a llorar, así que, definitivamente, quiero tener un bebé.

—Bueno, pues... parece que... —Hace una pausa y levanta la vista del informe—. Ya sabemos la causa de los mareos.

Miro a Patrick de reojo, tragando saliva. Unas gotas de sudor empiezan a poblar su frente.

—Oh, mierda... —susurro en voz baja—. No quiere...

—Estás embarazada de unas seis semanas —prosigue el médico—. Si os apetece, podríamos hacer una ecografía y así podríamos escucharle el corazón.

Miro mi regazo, donde froto las manos de forma compulsiva. La vista se me empieza a nublar por culpa de las lágrimas, pero entonces veo la mano de Patrick cogiendo las mías. Levanto la vista y le veo sonreír mordiéndose el labio inferior. Además, lo hace asintiendo con la cabeza, con un brillo especial en sus ojos.

—¿Quieres que...? —balbuceo de forma incomprensible, menos para él, que asiente con firmeza.

—Les voy a dejar solos unos minutos mientras preparo todo para la ecografía... —interviene el médico, carraspeando.

—¿Podemos hacer pasar a Will? —le pregunto.

—Por supuesto.

Cuando el médico sale de la consulta, Patrick se me acerca para darme un beso tierno en los labios, apoyando la mano en mi vientre. Deja ir un largo suspiro, justo antes de decir:

—Soy infinitamente feliz. Siento que he estado esperando por algo toda mi vida, y ha llegado el momento de dejar de hacerlo.

Incapaz de añadir nada, me limito a acariciarle las mejillas hasta que se incorpora y va a buscar a Will. Con cara de susto, mirando a un lado y a otro, intrigado, agarra con fuerza la mano de Patrick, que no suelta ni cuando este le sienta en su regazo.

—Hola, cariño —le saludo, aún muy emocionada.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras? ¿Te vas a morir?

—¡No, cariño, no...!

—Entonces, ¿estás curada?

—Sí.

—¿Y por qué no nos vamos a casa?

—Porque queremos explicarte por qué me encontraba mal. Y no es nada malo. De hecho, estamos muy contentos y creemos, o nos gustaría, que tú también lo estuvieras.

Will me mira fijamente, parpadeando, y luego a Patrick.

—¡¿Qué pasa?! ¡Decídmelo ya!

—Pues verás —continúa Patrick—. Alex y yo vamos a tener un bebé. Vas a tener un hermanito o hermanita...

Will le mira con los ojos muy abiertos y luego clava la vista en mi vientre, señalándolo con su pequeño dedo.

—Y vamos a necesitar tu ayuda, ¿sabes? Porque vas a ser el hermano mayor y vas a tener que cuidar mucho del bebé. Será como si te convirtieras



en profesor, porque podrás enseñarle muchas cosas...

—Voy a ser un hermano mayor... —susurra Will.

—Y si quieres, ahora podremos escuchar su corazón. ¿Quieres?

Minutos después, el sonido de unos rápidos latidos rompe el silencio de la habitación. Miramos absortos la pantalla del televisor, incapaces de distinguir nada, en realidad, solo un pequeño punto negro dentro de una bolsa, que parece ser el causante de ese ruido tan maravilloso que inunda la habitación.

Patrick tiene a Will en su regazo mientras me acaricia la mano con el pulgar. Tiene los ojos llenos en lágrimas, como yo. Mientras, Will ladea la cabeza, con una ceja levantada y una mueca extraña en la boca.

—¿Qué te parece, Will? —le pregunta Patrick.

—Pues que, de momento, es más bien feo.



—Estoy nervioso, ¿sabes?

—¿Por qué?

Escucho sus voces cuando salgo de la ducha. Me pongo el pijama y me cubro el pelo con una toalla.

—Porque ser un hermano mayor es un cargo de mucha responsabilidad... No sé si sabré hacerlo...

—Nadie sabe... Yo tampoco sé ser padre, pero mírame ahora... En menos de un año, conviviré con dos renacuajos... Creo que todo se aprende sobre la marcha, pero que tener ciertas aptitudes, ayuda. Por ejemplo, tú tienes muchos amigos en el colegio, eres muy espabilado, sabes leer cómics, montar en bici... Esas cosas les molan a los hermanos pequeños. Te lo digo yo, que fui uno...

—¿Cómo era tu hermano mayor?

—Pues era... Él... En realidad, creo que la imagen que tenía de él era como muy idealizada... Para mí, él siempre fue mi superhéroe. Las cosas en mi casa no estaban bien, pero él consiguió que yo no me diera cuenta de prácticamente nada.

—Pero luego, te dejó solo...

—Cuando tenía tu edad, yo también lo veía así. Pero luego me di cuenta de que me dejó en un sitio donde podría tener oportunidades. Podría crecer con alguien que me daría todo lo que con seguridad él no podría... Así que creo que incluso cuando me dejó con Alice y Charlie, se comportó como un

perfecto hermano mayor...

Con sigilo, me acerco por el pasillo para seguir escuchándolos.

—¿Pues sabes qué? —dice entonces Will—. Yo creo que tú también tienes muchas... acritudes para ser un buen padre.

Patrick estalla en carcajadas.

—Aptitudes.

—Eso. Tienes aptitudes, porque hablas bien, se te entiende todo, no te enfadas mucho y cuando lo haces, no pones castigos “chungos”, sabes jugar al fútbol, lees libros, sabes mucho de estrellas, eres fuerte como para llevarnos en brazos, cuando vamos a los museos sabes explicar muchas cosas...

—Vaya... ¿Todo eso? —le corta Patrick.

—Y mucho más...

Se me escapa un sollozo e, incapaz de quedarme en mi escondite más, irrumpo en la habitación con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Estás bien? ¿Te duele algo? —me pregunta Will, asustado.

—¡No...! ¡Solo que os quiero mucho...! —consigo decir a duras penas, entre sollozos.

Will mira a Patrick, que me estrecha entre sus brazos, haciéndole señas a Will para que él también lo haga.

—Y nosotros también te queremos un montón.

—Pero no hace falta que llores —interviene Will—, porque me asusto y pienso que he hecho algo mal.

Me estiro en su cama y le estrecho entre mis brazos. Patrick se acerca y apoya la cabeza en mi hombro. Cierra los ojos y, cuando se piensa que no le veo, en su cara se refleja una mueca de dolor.

—¿Te duele? —le pregunto.

—No —contesta de inmediato.

—Conmigo no hace falta que te hagas el valiente, porque no me engañas. Sé que te sigue doliendo la herida cada vez que te mueves. Y pienso cuidarte y hacerme pesada hasta que el médico nos asegure que está todo bien.

—Pues estamos apañados... Se supone que yo debería cuidar de vosotros en estos momentos, ¿no? —dice, posando una mano en mi vientre.

—Ya tendrás tiempo de compensarlo. Mientras pueda, antes de que me convierta en una ballena, déjanos que te cuidemos y así te recuperarás antes. Y Will me ayudará. ¿A que sí, Will?

Pero él no nos está haciendo caso. Mira fijamente mi barriga, como si esperara que de él fuera a salir un Alien en cualquier momento.

—¿Will?

—¿Por qué no se mueve? —pregunta sin siquiera parpadear.

—Porque es muy pronto aún. Es muy pequeño —le dice Patrick.

Entonces, acerca su boca y empieza a susurrar:

—Hola. Soy Will, tu hermano mayor. ¿Me oyes? —Apoya la oreja en la barriga y poco después vuelve a preguntar—: ¿Hola? ¿Estás despierto o estás durmiendo?

—Cariño, no sabe hablar y aún es tan pequeño que no tiene brazos ni se mueve. Dentro de un tiempo, a lo mejor te da una patada si te acercas mucho a la barriga, pero aún es pronto. Pero tú sigue hablándole porque cuando nazca, reconocerá tu voz y sabrá que eres su hermano mayor, el que le ha estado cuidando desde antes de nacer.

—Vale. ¿Y es un niño o una niña?

—No se sabe aún... Nos lo dirán más o menos en la mitad del embarazo.

—¿Y cómo se va a llamar si es niño? ¿Y si es niña?

—Pues yo había pensado que quizá el nombre te gustaría elegirlo a ti...

Patrick le mira afirmando con la cabeza y Will sonríe orgulloso y muy contento, justo antes de volver a hablarle a la barriga.

—Me da igual si eres niño o niña porque te voy a cuidar un montón. Tengo ganas de que salgas ya para que veas lo guay que es vivir en esta casa y lo geniales que son Alex y Patrick... Tienes mucha suerte porque son tus papás desde ya mismo... Yo he tenido que esperar un poco, y antes tuve otra mamá, pero estaba malita y se fue... Pero ellos no se van a ir, y yo soy tu hermano mayor y tampoco te voy a dejar solo nunca, te lo prometo.

Patrick le mira orgulloso y le coge en brazos, con los ojos llenos de lágrimas.

—Te quiero mucho, ¿lo sabes? Y estoy seguro de que lo vas a hacer de maravilla. Serás el mejor hermano mayor del mundo —le abraza con mucho sentimiento, escondiendo la cara en el pequeño cuello de Will—. Y ahora, a la cama.

—¡Espera! Un beso al bebé —le pide, inclinándose y besando mi vientre.

—Hasta mañana, mi vida —le digo.

—Hasta mañana.

Después de darle un beso cada uno, apagamos la luz de su habitación y caminamos hacia la nuestra con sigilo, cogidos de la mano. Cuando entramos, cierro la puerta a mi espalda y, agarrándole por la cintura, me pongo de

puntillas para besarle.

—¿Por dónde íbamos esta mañana cuando nos han interrumpido? —le pregunto, susurrando.

—Espera... ¿estamos solos? ¿En serio? No puede ser verdad...

—Solos, lo que se dice solos, técnicamente no estamos —afirmo, señalando mi barriga.

—Bueno, pero él o ella no nos molestará hasta dentro de unos meses. ¿Verdad? —pregunta, dirigiéndose a mi vientre—. Tenemos un pacto, ¿eh?

Me mira sonriendo, sin despegar los labios, acercándose hasta pegar su cuerpo contra el mío. Me besa lentamente, acariciándome la piel con sus labios. Poco a poco, sus manos cobran vida y mientras una se posa en mi trasero, atrayéndome a su entrepierna, la otra se enreda en mi pelo apretando mi boca contra la suya. Estoy de nuevo a su merced, respirando con dificultad, jadeando incluso, y con un calor abrasador subiendo desde mis pies hasta el centro de mi estómago.

Dios mío, cuánto echaba de menos sus besos, sus caricias, su cuerpo...

Me desnuda lentamente, sin dejar de besarme. Entonces, se aleja un poco y me mira de arriba abajo. Su respiración es lenta y pesada, casi jadeando mientras la punta de su lengua asoma por entre sus labios. Entorna los ojos y agacha la mirada. Parece hambriento, muy excitado. Se quita la camiseta y veo cómo el pantalón del pijama se le apoya en los huesos de las caderas. Desde el accidente ha adelgazado mucho y se le marcan mucho más que antes.

—Elige una pared —susurra entonces.

—No. Esta vez no. —Le cojo de la mano y camino de espaldas hacia la cama mientras él esboza una mueca de resignación—. Suave y lento, ¿de acuerdo?

# Capítulo Veinticinco

—A lo mejor, podría pedir permiso para salir... Que me busquen un sustituto mientras estoy fuera...

—Patrick, tranquilo. No te preocupes. No voy a ir sola. Me va a acompañar tu madre.

—Pero es que quiero estar ahí contigo... Quiero saber si vamos a tener un niño o una niña, y verle y escucharle de nuevo...

—Y lo sabrás. Serás la cuarta persona en saberlo, después del médico, de tu madre y de mí —le digo, dándole un beso—. Y le verás, porque te enseñaré las fotos de la ecografía. No puedes dejar a tus niños solos en un día tan importante como hoy. ¡No se acaba tercer curso todos los días!

Lleno dos tazas de café y me siento a su lado, en uno de los taburetes de la cocina.

—¡Will! ¡Date prisa! ¡Baja a desayunar! —grito mirando el reloj.

—¡Ya voy!

Escucho sus pasos bajando las escaleras a toda prisa.

—¡Y no corras! ¡Que no quiero tener que volver a tener que pelearme con alguien por unas muletas nunca más!

—Tranquila... —me pide, gesticulando con las manos para pedirme que me calme—. Este estrés no puede ser bueno para el bebé. Luego no te quejes si llora toda la noche...

A Patrick se le escapa la risa, aunque intenta contenerla, y se lleva un manotazo por mi parte de regalo. Respiro profundamente un par de veces, antes de levantarme y verter los cereales en su cuenco con leche caliente.

—Toma, tus cereales.

—¿Llegarás a tiempo para el festival? —me pregunta.

—Claro que sí. Alice y yo iremos pitando nada más salir del médico. No me pierdo el festival de fin de curso por nada en el mundo.

—Espero que no tengas unas expectativas muy altas puestas en mí. Al fin y al cabo, soy un personaje secundario. Solo digo una frase de cinco palabras: “Se ha ido por allí”. Aunque, no me quejo. Cuanto menos digo, menos posibilidades tengo de cagarla.

—Esa es la actitud, sí señor —ironiza Patrick, poniéndose en pie para dejar la taza en el fregadero, dándole una suave colleja a Will de camino.



Dos horas después, estoy estirada en una camilla, con Alice a un lado y el médico al otro, viendo a través de la pantalla a mi bebé, con su cabecita, sus manitas, sus piecitos y su corazón latiendo con fuerza por toda la consulta.

Miro a Alice, que tiene los ojos llenos de lágrimas.

—Qué preciosidad —dice, cogiéndome de la mano—. Gracias por dejarme vivir este momento contigo...

Le aprieto la mano con cariño, yo también muy emocionada.

—No lo dudé ni un segundo.

—Bueno, pues aquí está. —El médico congela la imagen justo antes de ponerse a apuntar varios datos en un papel, hasta que, finalmente, añade—: Estás de dieciocho semanas y el bebé está perfecto. Mide diecisiete centímetros y pesa aproximadamente doscientos gramos. Su corazón late a buen ritmo y sus extremidades están perfectamente formadas. Si, además, tú te encuentras bien, no tengo nada más que decir, excepto si queréis saber el sexo...

—¿Se ve? —le pregunto con los ojos muy abiertos.

—Sí. ¿Habéis hablado Patrick y tú acerca de ello? ¿Queréis saberlo?

—Sí, lo estamos deseando.

—Pues... es una niña.

—¿Una niña? —pregunto, llorando de nuevo a mares—. Will va a tener una hermanita.

—¡Una niña! —exclama Alice.

—¡Vamos a tener una niña preciosa...!



En cuanto llegamos al colegio, me sigo sintiendo en una nube. Me siento incapaz de dejar de sonreír, más consciente si cabe de la vida que crece en mi interior.

Nos dirigimos al gimnasio, donde se tendrá lugar el festival, y enseguida vemos a Claire, charlando con algunos padres y guiándoles hasta las sillas. En cuanto nos ve, se disculpa y corre hasta nosotras.

—¡Alex! —me saluda, dándome un largo abrazo—. ¿Todo bien?

—Todo perfecto —contesto, mirándola con complicidad.

—¿Ya lo sabes? —me pregunta, posando ambas manos en mi vientre.

—Sí, pero le prometí a Patrick que sería la cuarta persona en saberlo después del médico, de su madre y de mí. Así que tendrás que esperar un ratito más.

—Está bien. Intentaré aguantarme, aunque ya tengo ganas de saber si voy a tener que comprar vestiditos o botas de fútbol. —Y agachándose a la altura de mi vientre, empieza a susurrar—: Hola... Soy la tita Claire de nuevo, ¿me recuerdas? Sigue en pie nuestro trato. Si eres niña te llevaré de compras siempre que quieras. Recuerda, no hagas caso a tío Joey... Eres una niña... Una niña...

—Estáis fatal... —digo, dándole un abrazo—. ¿Nos vemos luego en casa?

—Por supuesto. Iremos en cuanto Joey acabe el turno.

Poco después de sentarnos, empiezan a desfilar por el escenario los niños de los diferentes cursos, empezando por los más pequeños. Unos cantan, otros bailan, o recitan poesía.

Entonces le toca al grupo de Will. Han preparado una obra de teatro. Ellos se inventaron el guion, pensaron en el vestuario e hicieron los decorados. Es una obra corta y divertida, que saca varias carcajadas a los padres. Will me va echando rápidos vistazos, e incluso me saluda de forma disimulada con una mano. Cuando la obra acaba, veo a Patrick en un lateral del escenario, aplaudiendo a sus alumnos con una enorme sonrisa en la cara. Entonces, Claire sube al escenario.

—No te vayas, Patrick —le pide, ante el asombro de este. Espera a que los aplausos cesen poco a poco para volver a hablar—: Como todos sabéis, hace unos meses sufrimos uno de esos momentos para olvidar, una pesadilla de la que pudimos salir gracias en parte a una persona, uno de nuestros profesores: Patrick Wilson.

Todo el mundo estalla en aplausos y los chicos saltan, gritan y le vitorean. Patrick está perplejo, mirando a Claire sin saber qué hacer. Ella le hace señas con las manos para que se acerque y, aunque él tarda en reaccionar, al final empieza a caminar hacia ella, rascándose la nuca con timidez.

Claire le da dos besos y le abraza, justo antes de empezar a hablar de nuevo.

—Lo que hiciste ese día... fue increíble. Pusiste incluso tu vida en juego por salvar a los niños y demás profesores, evitando una tragedia. Es imposible que podamos agradecerte con palabras todo lo que sentimos, así que pensamos que quizá esto ayude...

Claire se aparta a un lado, agarrando a Patrick del brazo para que la siga. Entonces, del techo baja una gran pantalla y, tras unos segundos, se empieza a proyectar un vídeo. En él aparecen muchos niños de todas las edades que son o han sido alumnos de Patrick.

—Nos explica las cosas muy bien y de forma divertida —dice uno de los niños.

—Sabe mucho de todo y no se enfada nunca —afirma otra niña.

—Nos pone música.

—Nos coge en brazos cuando nos caemos en el patio.

—Es muy guapo —asegura una niña, que se sonroja y se tapa la cara con sus pequeñas manos.

Se escuchan muchas risas e incluso algunas lágrimas mientras se van sucediendo los comentarios de decenas de niños.

—Con él no tengo miedo a decir lo que pienso, no me da vergüenza.

—Me ayuda cuando me cuesta entender algo y se queda conmigo después de clase.

—Es el “profe” más “guay” que he tenido en el cole —asegura un niño de los cursos superiores.

Patrick también se tapa la cara con las manos, realmente emocionado. Durante unos segundos, gira la cabeza hacia el público y nuestros ojos se encuentran. Le lanzo un beso mientras él me mira embelesado. Se muerde el labio inferior y yo junto las manos delante de mi boca, feliz por él, por este reconocimiento que tanto se merece.

Pero entonces, los dos escuchamos una vocecilla que nos resulta muy familiar y miramos hacia la pantalla a la vez.

—Patrick estuvo a mi lado cuando mi mamá murió y me explicó las cosas sin mentiras. Él... es muchas cosas para mí... Es el mejor profesor que he tenido... Es mi mejor amigo... Es... como yo querría que fuera mi papá de verdad.

Los dos miramos a Will, que se seca las lágrimas con el dorso de la mano, sobrecogido por la emoción.

Cuando acaba el video, los aplausos vuelven a sonar y Patrick, sonriendo avergonzado, no sabe dónde meterse. Le conozco lo suficiente como para saber que, aunque está agradecido, lo está pasando fatal siendo el centro de atención. Se ha puesto rojo como un tomate y su mirada no hace más que dirigirse al suelo. Claire le abraza y él hunde la cara en su cuello y le susurra algo al oído. Luego ella hace señas a sus alumnos para que suban al escenario



con él. Patrick se agacha a su altura y les abraza con ternura y les choca los cinco uno a uno y, aunque no hace distinción con Will, sí veo que no le suelta la mano en todo el rato.

—Me parece que ahora solo falta que diga unas palabras, ¿no? —dice Claire, desatando los aplausos del público, que se ha puesto en pie.

Patrick coge el micrófono que ella le tiende y se detiene un momento, valorando qué decir. Es incapaz de dejar quietas las manos, colocándose bien las gafas o peinándose el pelo hacia atrás.

—Eh... Hola... Vaya, no me esperaba esto... Gracias... Yo... No creo que hiciera nada tan heroico... Creo que todos en mi situación habrían hecho lo mismo: proteger a los que más queremos, ¿no?

Aunque es algo tímido y siempre evita ser el centro de atención, es un gran orador, y enseguida las palabras brotan sin ninguna dificultad de su boca.

—Verán... Me quedé sin familia cuando era muy pequeño, pero tuve la grandísima suerte de que me adoptara una pareja encantadora a los que ahora llamo papá y mamá. Mis padres acogían a muchos niños, les ayudaban a empezar una nueva vida, les daban otra oportunidad... Fue entonces cuando decidí seguir su ejemplo, y supe que yo también quería aportar algo a los niños...

El silencio que reina mientras habla es casi aplastante. Miro alrededor y me doy cuenta de que todo el mundo le mira fijamente, muy atento a sus palabras.

—Y entonces, hace unos meses, conocí a una persona que, literalmente, puso mi vida del revés. Regalándome más de lo que ella se imagina... Me estoy enrollando un poco —dice entonces, con la cara sonrojada, frotándose la nuca—. Lo que pretendo decir con eso es que yo solo quiero devolver todo lo que he recibido. Darles algo que puedan llevarse toda la vida con ellos. Enseñarles esos valores que les distinguirán el día de mañana. No dudaría en volver a arriesgarlo todo por ellos, porque estoy seguro de que eso marcará una diferencia. Solo eso. Gracias.

Recibe aplausos y vítores, saludando con timidez, con Will abrazado en un costado, rodeado de sus chicos. A mi lado, Alice se seca las lágrimas con un pañuelo. Y entonces soy plenamente consciente de que Patrick se ha convertido en quién es gracias a ella, y que yo puedo hacer lo mismo por Will.



Cuando acaba el festival, Will corre hasta nosotras y Alice le coge en

brazos.

—¿Lo he hecho bien? ¿Me habéis visto?

—Lo has hecho de maravilla, cariño.

Patrick y yo nos miramos, pero una multitud de gente nos separa. Muchos padres han querido felicitarle y darle las gracias en persona, y se agolpan a su alrededor. Habla con la gente mientras no me quita ojo de encima hasta que, finalmente, incapaz de aguantar más, se disculpa educadamente y camina con paso decidido hacia nosotros, esquivando a la multitud. Le da un beso a su madre en la mejilla y me coge de la mano para llevarme a un aparte, a un sitio más tranquilo y menos a la vista de todo el mundo, y me besa durante largo rato. Nuestro escondite ha resultado ser algo improvisado, y veo por el rabillo del ojo que muchos padres y alumnos nos observan, pero ya nos da igual.

—Con que he puesto tu mundo patas arriba, ¿eh? —le digo cuando nuestras bocas se separan.

Patrick sonrío sin despegar los labios, con la frente apoyada en la mía.

—Pues sí. Tú, Will y esta personita de aquí... ¿Niño o niña? Dímelo ya, por favor.

—Pues... es... —Patrick me mira con los ojos muy abiertos y las cejas levantadas, expectante—. Es...

—Te gusta hacerme sufrir... —dice, haciéndome reír.

—Una niña.

—¡¿Una niña?! ¡¿Una niña?! ¡¿Una niñita preciosa?! —repito, exultante de felicidad—. ¡Pero eso es... fantástico! Dios mío... —Me vuelve a besar infinidad de veces, abrazándome a la vez, cogiéndome la cara con ambas manos, incapaz de mantenerse quieto. ¿Lo sabe Will?

—No. Solo el médico, tu madre y yo. Te lo prometí.

—Vamos a decírselo. Vámonos los tres... Alejémonos de toda esta gente y vayamos a... no sé... a cualquier sitio, solos los tres... Necesito estar con vosotros...



Poco después de despedirnos de todos y conseguir salir del colegio, paseamos por Central Park, rodeando el lago, muy cerca de donde le vi por primera vez.

—Me encanta verte así —dice Patrick, mirándome.

—¿Feliz? —contesto, asintiendo con la cabeza, igual que él—. Hace

unos meses cuando te veía correr por aquí, soñaba con compartir algo así contigo. Para mí era como un cuento de hadas, algo que imaginaba hacer pero que nunca creí conseguir. Era como... una película romántica. De esas que miras embelesada, estirada en el sofá y tapada con una manta, pero que sabes perfectamente que es pura ficción.

—Así que se puede decir que este es nuestro sitio especial, ¿no? —me pregunta.

—Supongo que sí...

Caminamos abrazados, él rodeando mis hombros, yo apoyando mi cuerpo en el suyo, mientras Will corre arriba y abajo, delante de nosotros.

—¿Tú sabías algo del vídeo?

—No. No me contó nada —contesto, viéndole correr, buscando piedras para lanzarlas al lago—. Eres su mejor amigo...

Patrick agacha la cabeza, soltando aire por la nariz.

—¿Nos compras a Emma y a mí un helado? —dice entonces Will, que ha aparecido a nuestro lado de repente.

—Tu hermana aún no ha nacido, así que no come helados...

—Ya lo sé. Pero te lo puedes comer tú, y entonces lo comerá ella. Y si no te apetece, me lo como yo también y ya le contaré yo a qué sabe y cómo es...

—Muy listo... Pero a tu favor diré que me encanta el nombre que has elegido para ella —digo, tocándome la barriga.

—Sí... En realidad, mi primera opción fue Brooke, como mi primera mamá. Pero ese nombre me pone triste y no quiero que ella me ponga triste —dice, señalando mi barriga—, así que luego pensé que me gustaría que se llamara Emma porque la Emma que conozco me encanta y es súper guapa y sé que es feliz.

Patrick y yo nos miramos perplejos. Entonces, me agacho a su altura y, tocándole la nariz de forma cariñosa, digo:

—Pues me encanta, cariño. Emma me parece un nombre precioso. ¿Qué opinas, Patrick?

—Que me parece perfecto. ¿Y a ti Emma? —dice dirigiéndose a la barriga—. Emma Wilson. Suena bien.

Will se queda quieto y callado, frunciendo el ceño.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—Las familias tienen el mismo apellido, ¿no? —Patrick y yo asentimos, imaginando lo que le preocupa—. ¿Entonces por qué Patrick y Emma se

apellidan Wilson, y tú y yo Mason?

—Porque Patrick y yo no estamos casados. Y tú eres hijo mío, no de los dos. —Will se muerde el labio inferior mientras asiente con la cabeza—. Y ahora, me parece que te has ganado ese helado. Y Emma también se va a comer uno.

—¡Genial! —dice, cogiéndose de mi mano y caminando feliz a mí lado, hacia el puesto ambulante.

—Y por curiosidad, ¿qué nombre tenías pensado en caso de que hubiera sido niño? —le pregunta Patrick.

—Iron Man. ¿A que es genial? Iron Man Wilson. Molaría mucho.

## Capítulo Veintiséis

—¡No sé qué ponerme! ¡Todo me queda fatal! ¡Mírame! ¡Por favor, parezco una ballena...!

—Alex, estás preciosa... —asegura Patrick con cara de resignación, sentado en la cama, mirándome mientras yo voy de un lado a otro de la habitación, probándome prácticamente todo mi vestuario.

—¡No! ¡Estoy gorda!

—Estás embarazada, ¿qué esperabas?

—¡O sea, que no lo niegas!

—Yo no he dicho eso... —dice, con el miedo reflejado en sus ojos.

Me giro de nuevo hacia el espejo, resoplando con fuerza. Estoy en la recta final de mi embarazo y todos y cada uno de los once kilos que he engordado, se han concentrado en mi barriga, así que me veo fea, hinchada, lenta, torpe y es imposible que encuentre nada que ponerme para asistir a una puñetera gala benéfica.

—¿Por qué narices me tienen que enviar a mí a cubrir esa gala? ¿Acaso no había disponibles periodistas de menos de cien kilos a las que mandar allí?

—Si hubieras cogido ya la baja, tal y como te ha recomendado tu médico y yo te he repito infinidad de veces, no te habrían...

Se queda callado al percatarse de la mirada asesina con la que intento fulminarle. Niega con la cabeza y se deja caer hacia atrás en la cama, tapándose la cara con ambas manos.

—Me encuentro bien y me gusta mi trabajo —me vuelvo a excusar por centésima vez—. No estoy hecha para quedarme en casa... Me aburriría... Ya lo hemos hablado, si me sigo encontrando bien y Emma se sigue portando así de bien, pienso seguir trabajando hasta el último día. El problema es que pensaba seguir haciéndolo en pantalones enormes de embarazada y mis converse, no embutida en un vestido de la talla treinta y ocho que ambos sabemos que haré explotar en cuanto intente dar un paso... ¡Y ahí estirado no me ayudas nada!

Patrick resopla mientras se incorpora y se acerca hasta el armario arrastrando los pies.

—¿Y si te pones este vestido...?

—Es algo elástico... —susurro, valorando la opción, que resulta ser quizá la más acertada—. Pero está algo anticuado.

—Créeme, no creo que nadie te lo tenga en cuenta.

Le miro torciendo el gesto.

—Supongo... —acato, justo antes de volver a ponerme nerviosa—. ¡Pero ¿con qué zapatos?! ¡¿Qué zapatos me pongo que peguen con este vestido?! ¡Estoy acabada...!

—Hola... ¿Qué pasa? —pregunta Will, entrando en la habitación con sigilo.

—¡Muchas cosas pasan! —grito, con las lágrimas agolpándose en mis ojos.

Me doy cuenta de que su mirada se pierde más allá de mi espalda, así que me giro y descubro a Patrick gesticulando, advirtiéndole que huya lo antes posible.

—Eso. Fantástico. ¿Por qué no os vais los dos y me dejáis aquí sola? —digo, ya llorando a moco tendido.

—Alex... yo...

—No pasa nada, Will. Está cansada —interviene Patrick, abrazándome mientras gesticula de nuevo para que salga de la habitación.

Me mantiene entre sus brazos durante un rato largo sin dejar de acariciarme la espalda y besarme el pelo.

—Alex, créeme, te pongas lo que te pongas, estarás preciosa.

—Lo siento... Estás teniendo mucha paciencia conmigo... Me parece que últimamente estoy un poco irascible...

—¿Irascible? Qué va... Para nada...

—Tampoco hace falta que mientas —le digo dándole un manotazo en el pecho—, porque lo haces fatal y se te nota.

—Vale... quizá un poco tensa, sí. Pero no me importa.

—¿Me echaréis de menos esta noche?

—Mucho.

—Mientes de nuevo.

—Te juro que no.

—¿Qué tenéis planeado?

—No gran cosa... Noche de machos... Videojuegos, peli, pizza, cerveza, refresco sin cafeína para Will... ¡Fiesta a tope!

—Me da mucha envidia vuestro plan... —Apoyo la frente en su pecho, agarrándome de su camiseta.

—Venga, va... Que no quiero ser el culpable de que llegues tarde...

—Me da mucha pereza...

—Va, que luego seguro que no está tan mal... Además, es en la azotea del hotel de nuestra primera cita. Ese sitio te encanta.

—Lo sé, pero me encanta contigo...

Cuando bajo las escaleras, una media hora después, los dos están en el salón, viendo la tele estirados en el sofá. Al final me he decidido por el vestido que me propuso Patrick, e incluso me he atrevido a ponerle un cinturón de ante marrón anudado muy suelto, justo debajo de la barriga, y me he calzado unas botas marrones con muy poco tacón. Voy todo lo arreglada como mi enorme barriga me permite.

En cuanto me ven, se ponen en pie y empiezan a lanzarme piropos.

—¡Estás guapísima!

—Estás preciosa, cariño. Bueno, las dos lo estáis.

—Ese vestido te queda súper bien, Alex.

—Vale, vale... No hace falta que os paséis, que empieza a oler a confabulación para hacerme sentir mejor.

—¿Y funciona? —pregunta Will.

—La verdad es que sí —contesto, justo antes de que los dos me abracen—. Me voy, que el taxi me está esperando fuera. Primero tengo que pasar por casa de mi jefe para que me dé la acreditación, ¿de acuerdo?

—Pásatelo bien, ¿vale? Y tú, Emma, cuida de mamá.



Media hora más tarde, el taxi se detiene frente a la casa de mi jefe, en Brooklyn. Es increíble la vuelta que tengo que dar por toda la ciudad, y todo porque se olvidó de enviarme la acreditación a casa.

—Espéreme un momento aquí, que ahora vuelvo —le pido al taxista.

Recorro el pequeño camino de entrada y llamo al timbre. La puerta se abre pocos segundos después.

—¡Hola, Alex! ¡Guau, estás preciosa!

—No lo estoy. Tengo los pies tan hinchados que no me caben todos mis zapatos, las tetas a punto de estallarme y, además, parezco una ballena vestida con una kilométrica bata de estar por casa...

—Esto... vale... Entonces, de nuevo gracias por... —Deja la frase a medias y me tiende la acreditación.

—Lo siento. No quería contestarte así... Supongo que estoy un poco irascible... y no sabía qué ponerme...

—Me parece que le gustarías hasta vestida con un saco —susurra.

—¿Cómo dices?

—Nada... Que las embarazadas estáis preciosas os pongáis lo que os pongáis. Haz unas cuantas fotos y, sobre todo, diviértete.

—Haré lo que pueda...

Vuelvo al taxi y miro el reloj. El evento ha empezado hace diez minutos, y ahora tenemos que volver de nuevo al centro, soportando un atasco que seguro que me retrasará bastante más.

Treinta y cinco minutos, para ser exactos. Entre unas cosas y otras, hace unas dos horas que salí de casa y estoy agotada sin siquiera haber empezado a trabajar.

Me temo que va a ser una noche muy larga... —resoplo.

Cuando pago y me bajo del taxi, traspaso la puerta giratoria y camino hasta la recepción del hotel enseñando mi acreditación.

—Hola... Venía a...

—Sí. Ahí están los ascensores que la llevarán a la azotea —me corta la recepcionista tras echar un vistazo a la acreditación, sonriéndome de oreja a oreja.

Subo en uno de ellos, completamente sola, así que aprovecho para descolgar la bolsa con la cámara de fotos del hombro. Cuando se abren las puertas, me sorprende la oscuridad y, sobre todo, la tranquilidad que se respira. Debería estar oyendo música, y seguro que el murmullo de las voces de los asistentes. Mientras sigo las indicaciones que llevan hasta la terraza de la azotea, compruebo en la acreditación que no me haya equivocado de hora o incluso de día...

Antes de salir, veo que todo está a oscuras. Me tengo que haber equivocado... pienso mientras pongo un pie en el exterior. Entonces, unas pequeñas luces blancas se encienden a mi alrededor, iluminando tenuemente todo. Me quedo inmóvil, sin entender nada, mirando de un lado a otro asombrada.

—Hola...

Sobresaltada me doy la vuelta al escuchar su voz a mi espalda. Y ahí está él. Vestido con traje oscuro y corbata azul, a juego con sus ojos. Lleva el pelo, que desde hace un tiempo luce algo más largo de lo habitual por petición expresa mía, peinado hacia atrás, y está recién afeitado. Me mira desde la distancia, con las manos metidas en los bolsillos, luciendo una pose de lo más sexy e interesante.

—¿Qué...? ¿Qué está pasando...? ¿Qué haces aquí...? —pregunto.



—¿No querías estar aquí conmigo?

—Pues... sí... pero...

—Pues deseo concedido.

—¿Pero...? ¿Y la gala...? —Patrick niega con la cabeza, con una mueca divertida en el rostro—. ¿Pero...? ¿Tengo una acreditación...? —Vuelve a negar con la cabeza—. ¿Es toda una farsa...?

Mueve la cabeza afirmativamente, mordiéndose el labio inferior, expectante por mi reacción.

—Estás muy guapo —digo finalmente, mirándole de arriba abajo.

—La ocasión lo requiere.

—¿Qué ocasión? ¿Qué es...? ¿Es una cita o...? —Me quedo callada al verle acercarse lentamente. Entonces, se detiene justo frente a mí e hinca una rodilla en el suelo—. ¡¿Qué estás haciendo?!

—Cambio de planes. No había tenido en cuenta a Emma, y desde aquí no me deja verte bien —dice, volviendo a ponerse en pie y cogiendo mi mano.

—¿Qué haces? Patrick, yo...

Me pone un dedo en los labios para hacerme callar y me acerca a la barandilla de la azotea. Se coloca detrás de mí, rodeándome con sus brazos. Me relajo y me apoyo contra su pecho. Su respiración me mece, acompasando la mía, hasta que acabamos respirando al unísono. Frente a nosotros, se extiende parte de la ciudad, iluminada por miles de luces, y al fondo vemos los puentes que unen Manhattan con Brooklyn y Williamsburg.

—Me has enseñado muchas cosas, Alex, pero la lección más valiosa que he aprendido de ti es a amar sin miedo. A confiar ciegamente en las personas que quieres, sin temor a que te hagan daño. A arriesgarte y expresar los sentimientos. A cometer locuras por ver sonreír al amor de tu vida, aunque sea por unos segundos. Allí abajo, en Central Park, cometiste varias locuras por mí, y ahora, aquí arriba, es mi turno.

Su respiración se agita cada vez más. Agarrándome por los hombros, me obliga a darme la vuelta para quedarnos cara a cara.

—Alex, ¿quieres casarte conmigo?

Miles de imágenes se agolpan en mi cabeza.

Recuerdos de mi infancia, cuando soñaba que un día un príncipe me llevaría lejos en su caballo y me pediría que me casara con él... O de mi adolescencia, cuando deseaba que el chico que me gustaba me pidiera que le acompañara al baile... Recuerdos de la universidad y mi relación con Jeff, que no me aportó nada más que sexo... Imágenes de esas semanas en las que mi

máxima era verle durante escasos dos minutos, fantaseando con nuestra vida en común... Recuerdo las lágrimas de Will al morir su madre, mi primera cita con Patrick aquí mismo, el dolor cuando descubrió las fotos y me dejó, el shock que me produjo saber que era hijo de Alice y Charlie, la compasión que sentí al conocer su infancia... El amor incondicional que nos hizo volver a estar juntos... El sentimiento maternal que el embarazo de Emma ha hecho aflorar en mí...

Han sido meses de muchos sentimientos encontrados y la mayoría de ellos provocados por la misma persona. Por este hombre que tengo frente a mí y que me mira impaciente.

—Claro que quiero casarme contigo —contesto justo antes de posar mis labios en los suyos, inmóvil, incapaz de mover un solo músculo para no romper la magia.

—De acuerdo —Patrick se separa de mí de sopetón—. ¿Ahora?

—¿Cómo? No te entiendo... ¿Ahora? ¿Ahora de ya mismo?

—Ajá. ¿Por qué esperar?

—Pero... ¿aquí?

—¿Se te ocurre un sitio mejor que el de nuestra primera cita?

—Estás loco... Pero... ¿así sin más? No entiendo mucho de bodas, pero diría que no es tan fácil...

Me mira con expresión pícaro, levantando una ceja, mientras saca su teléfono del bolsillo del pantalón.

—Subid —dice sin más, y luego cuelga.

Menos de un minuto después, un hombre mayor con alzacuellos aparece y nos saluda a ambos.

—Tú debes de ser Alex —dice dándome la mano—. Encantado. Hola, Patrick.

—Reverendo.

—Esto es una locura... —susurro mirando a Patrick.

—¿Echas de menos a alguien más? —me pregunta entonces.

—Pues... Claro... Supongo que, si vamos a hacer esto, necesito a Will y a Joey a mi lado...

Entonces sus ojos se pierden en algún lugar a mi espalda y, sonriendo, señala hacia allí con el dedo. Cuando me giro, no puedo creer lo que veo. A escasos metros de nosotros están Will, Joey, Claire, Alice, Charlie, Megan, la hermana pequeña de Patrick y... ¿mi madre? ¿Qué hace ella aquí? Me mira y me saluda mientras me lanza un beso, radiante de felicidad.

—¿Qué hace aquí mi madre? —le pregunto entre dientes.

—Es una mujer encantadora, que lo sepas —me contesta.

—Te ha echado algo en el café... —bromeo, levantando una ceja—.

Ahora en serio, ¿cómo has organizado todo esto? ¿Cuándo lo has hecho?

Se encoge de hombros y me sonrío.

—Quiero casarme contigo... No, en realidad, necesito casarme contigo. Soy así de simple, quiero ese papel que diga que tengo una familia, mi familia. Y si por mí fuera, te hubiera secuestrado y habríamos huido lejos, solos los dos, pero algo me dice que algunos no nos lo iban a perdonar nunca, así que intenté contentar a todo el mundo... Sobre todo, a ti, trayendo a todos aquí. Así que, si lo de antes iba en serio, ¿nos casamos?

—Pues claro que sí —contesto, muy emocionada.

Mira hacia Will y le hace una seña con el dedo para que se acerque. Este viene corriendo y se coloca entre los dos. Levanta la cabeza para mirarme.

—En serio que estás muy guapa —me dice—. La más guapa de todas. Siempre.

—¿Y tú sabías algo de esto?

—Todo —contesta con orgullo.

—De hecho, es el que más me ha ayudado —añade Patrick.

—¿Listos? —nos pregunta entonces el cura.

—Cuando quiera.

Mientras habla, no puedo dejar de mirar alrededor, embriagada de felicidad. Todo me abruma: el maravilloso hombre que tengo a mi lado, nuestro pequeño Will, nuestra hija en común creciendo en mi interior, nuestras familias acompañándonos, el sitio, las vistas, lo mucho que le habrá costado prepararlo todo a mis espaldas...

—Alexandra Jane Mason, ¿aceptas a Patrick Wilson como tu legítimo esposo, en la salud y en la enfermedad, para amarlo y respetarlo todos los días de tu vida?

Abro la boca para contestar cuando, de repente, me hago pis encima. Literalmente. Con cara de susto, agacho la cabeza y veo el vestido totalmente empapado. Miro a Patrick, que me observa con un atisbo de pánico dibujado en la cara.

—¿Alex...? —balbucea, nervioso—. ¿Ahora es cuanto tú deberías decir...?

—He roto aguas —le corto.

—¿Qué?! —Me mira con las cejas levantadas y los ojos muy abiertos —. ¡¿Ya?! ¡¿Aquí?! ¡Dios mío! ¡Respira! ¡Respira!

Incapaz de pensar por mí misma, empiezo a inspirar y espirar de forma exagerada mientras todos me rodean, me hablan a la vez y me resulta muy complicado centrarme. Aturdida, doy vueltas sobre mí misma, algo desorientada, hasta que siento que alguien me coge en volandas. Cuando consigo enfocar la vista, veo que es Patrick. Levanto una mano y le agarro de la corbata para llamar su atención. Estoy cagada de miedo, y quiero decírselo, así que abro la boca para hacerlo, cuando él me corta:

—Tranquila. Estoy aquí. He llamado a una ambulancia y está de camino. —Aún conmigo en brazos, a punto de traspasar la puerta en busca de los ascensores, se vuelve a dar la vuelta—. ¡Mierda! ¡Reverendo! ¡Sí, quiero! ¡¿Con eso sirve?! ¡¿Estamos casados?!

No escucho la respuesta del cura, pero sí veo a Patrick sonreír, así que doy por hecho que, oficialmente, somos marido y mujer.



Cuando entramos en el hospital, siento un fuerte dolor en la parte baja del vientre y, aunque resoplo agarrada a la camilla, soy incapaz de contener los gritos. Patrick nos sigue a la carrera, hasta que llegamos a la zona de los quirófanos y le pierdo de vista.

—Alex, el bebé va a salir ya, no tenemos tiempo de ponerte la epidural porque no haría efecto a tiempo. ¿Lo entiendes?

—¿Cómo?! ¡No, no, no! ¡Quiero la epidural! ¡La necesito! —Nadie parece hacerme caso, y se mueven con agilidad por el quirófano, interpretando una perfecta coreografía—. ¡¿Y dónde está Patrick?! ¡Sin él, esta niña no va a salir! ¡Me niego!

Siguen sin hacerme caso, así que, totalmente derrotada, rompo a llorar. Afortunadamente, pocos segundos después, aparece Patrick, vestido con una bata azul.

—Hola... Hola... Hola, preciosa. Ya estoy aquí. ¿Qué pasa? ¿Por qué lloras?

—¡Porque no estás aquí!

—Bueno... es evidente que eso ya está solucionado... —me intenta

calmar, acariciando mi pelo y dándome besos en la frente.

—¡Y porque no quieren ponerme la epidural! —continúo, aún llorando a moco tendido.

—No se la podemos poner porque no haría efecto a tiempo. La cabeza del bebé está casi asomando ya... —le aclara una enfermera a Patrick.

—Pero tengo mucho miedo... —insisto casi suplicando.

—Alex, mírame —me pide entonces Patrick—. Yo sé que puedes hacerlo. Estoy convencido de ello. Además, no me voy a separar de ti ni un segundo. Cuando veas la cara de Emma sentirás que todo habrá valido la pena, te lo aseguro.

En ese momento, sufro una contracción brutal y le aprieto la mano a Patrick con tanta fuerza que creo que se la voy a romper.

—¡Sigue empujando, Alex! —me pide una doctora que emerge de entre mis piernas. Durante unos segundos de estupor, me doy cuenta de que todos están colocados a mi alrededor, mirándome, preparados para actuar en cuanto Emma aparezca. Así pues, sacando fuerzas de donde creía que no las tenía, vuelvo a empujar con todas mis fuerzas—. ¡Eso es! ¡Ya le vemos la cabeza! ¡Sólo un poco más!

Patrick asiente, mirándome a los ojos. Me acaricia la mejilla con el pulgar para tranquilizarme, y cuando me lo piden, vuelvo a empujar y él me tiende la mano para que se la estruje como si no hubiera un mañana.

—Eres increíble... —me susurra al oído, y cuando se separa unos centímetros, veo que está llorando de emoción.

Varios minutos después, escuchamos un llanto estridente que nos corta la respiración. Mi corazón no vuelve a latir a un ritmo normal hasta que tengo a mi niña sobre el pecho, envuelta en una mantita, descansando tranquila con los ojos cerrados.

—¡Hola...! —la saludo emocionada, incapaz de dejar de mirarla, acariciando su pequeña cabeza sin pelo y sus mejillas sonrosadas—. Tenías razón, ha merecido la pena.

—Es perfecta —asegura Patrick, también sin quitarle los ojos de encima.

—Les hemos asignado una habitación —le informa una de las enfermeras, tendiéndole un papel donde está apuntado el número—. En un rato las subiremos. Si quiere, vaya a buscar a su otro hijo y pueden esperarlas allí.

—Oh, Dios mío, Will... ¿Está bien? Me olvidé de él...

—No te preocupes. Tiene muchos canguros cuidando de él. Nos vemos

ahora, ¿vale? Aprovecharé para informar a todos.



Las visitas por la habitación se han ido sucediendo durante toda la tarde, pero a pesar del gentío y el ruido, Emma no ha abierto los ojos en ningún momento. Ha dormido todo el rato en la pequeña cuna del hospital. Ni siquiera cuando la comadrona me animó a darle el pecho a media tarde, abrió los ojos.

Ahora ya es de noche, y por fin estamos los cuatro solos. Will se estira a mi lado en la cama, apoyando la cabeza en mi hombro, mirando a Emma, que está a mi otro lado.

—¿Qué te parece? —le pregunto.

—Ha sido todo un poco... asqueroso y... caótico, pero es guapísima. Tanto como tú.

—¿Quieres cogerla? —le pregunto.

—Pero... Me da miedo hacerle daño...

—Es muy fácil. Ya verás. Ven, siéntate aquí —le anima Patrick, sentándole en la cama.

Me incorporo con cuidado y la pongo en los brazos de Will. Él la mira con los ojos muy abiertos, e incluso aguanta la respiración.

—Tranquilo, respira, si se despierta no pasa nada —le tranquiliza Patrick dándole un beso en la cabeza.

—Hola... ¿Te acuerdas de mí? Soy Will, tu hermano mayor, el que te hablaba cuando estabas en la barriga de mamá. Siento haber dicho que eras un poco fea cuando te vi en esa pantalla, porque eres súper guapa, ¿sabes?

En ese momento Emma empieza a hacer muecas con la boca y mueve los brazos hasta que sus pequeñas manos tocan la cara de Will.

—Se mueve... —dice este, totalmente embelesado.

En ese momento, abre los ojos por primera vez desde que nació y me enamoro aún más si cabe de ella.

—¡Alaaaaaa! ¡Mirad! Tiene los mismos ojos que Patrick —asegura Will.

—Es verdad. Es perfecta.

Aprieto la mano de Patrick mientras vemos a Will hacerle carantoñas y sacarle la lengua a Emma, que parece estar pasándolo en grande, incluso sonriendo.

—Te quiero mucho, chiquitaja. Y voy a cuidar siempre de ti. Jugaré

contigo todos los días, incluso a princesas. Te lo prometo.

—Definitivamente, Emma tiene mucha suerte —asegura Patrick  
—. Tiene el mejor hermano mayor del mundo.

# Epílogo

Estoy sola en el desván. Hace unos años que hicimos obras aquí arriba para crearme mi propio cuarto oscuro en el que poder revelar las fotos como a mí me gusta, a la antigua usanza. Uno a uno voy pasando los papeles fotográficos por los diferentes líquidos y colgándolos de las cuerdas para secarlos. Cuando acabo, me siento en el taburete y paseo la vista de una foto a otra, mientras las imágenes se vuelven más nítidas poco a poco. Son los recuerdos impresos de uno de los días más felices de mi vida. Repaso las caras de las fotografías, llenas de felicidad, y sólo puedo sentir un amor incondicional al verlas...

—Mama, ¿no encuentro la liga!

—Emma, cariño, tranquila... Estará en algún cajón, donde la dejamos cuando la compramos.

—¡He buscado en todos y no está!

Los abro uno a uno y rebusco un par de minutos hasta dar con ella.

—Toma.

—Gracias, mamá... Lo siento... Estoy tan nerviosa... No sé qué haría sin vosotros. Me caso en una hora y tengo la sensación de que todo va a salir mal. ¿Y papá? ¿Y Will? Sin Will no me caso, ya se lo dije. Si no llega, no me caso.

—Tranquila. Papá ha ido a buscarle al aeropuerto. Su vuelo llegaba con algo de retraso, pero han aterrizado hará como una hora, así que deben estar a punto de llegar.

La abrazo con fuerza y cuando nos separamos no puedo reprimir las lágrimas.

—Mamá, por Dios. Otra vez no...

—Es que... estás preciosa...

Y es cierto... Lleva un sencillo vestido blanco de tirantes, con un leve plisado en la falda y algo de cola. El maquillaje también es muy natural, y el pelo recogido en un moño, con algunos mechones sueltos.

Es igual que su padre, con unos impresionantes ojos azules, el pelo castaño y unos labios carnosos impresionantes. Desde que nació, se convirtió en la niña mimada de todos, sobre todo de Will, que ejerció el papel de hermano mayor a la perfección. La llevaba orgulloso en el carrito por la calle y luego, en el parque, nunca la dejaba sola. Prefería jugar con ella que con los niños de su edad. Él se encargó de enseñarle a caminar, a montar en bici, a patinar o a escribir su nombre. Así fue como se convirtieron en inseparables



incluso ahora, que viven a más de trescientos kilómetros de distancia.

—¡Papaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa!

—Ben, papá ha ido a buscar a Will. ¿Qué quieres?

—¿Cómo se pone esto?

—¿Y qué es esto?

—Esto —dice mientras aparece por la puerta con la corbata al cuello atada con una especie de nudo marinero.

—Anda, ven aquí que te ayude —le digo, intentando deshacer el lío que ha montado. Tardo un buen rato en lograr hacer algo decente. Cuando lo consigo, le agarro por los hombros y le doy la vuelta para que se mire en el espejo—. Ya. Mírate. Estás guapísimo.

—Estoy buenísimo, ¿verdad, hermanita?

Le miro y no puedo creer lo rápido que han pasado estos dieciocho años. Ben fue un terremoto desde que estaba en mi barriga. Pasé un embarazo horroroso, vomitando todos los días, incluso en el quirófano, minutos antes de dar a luz. Engordé como quince kilos, y todos los olores me daban asco. Sufrí de ciática y, además, no contento con eso, cuando nació, lloró todas las noches durante semanas, haciendo imposible conciliar el sueño para nadie en casa. Desde que nació, me recordó a Joey, y conforme iban pasando los años, se iba pareciendo más y más a él, rubio y con esos hoyuelos suyos tan característicos. Además, era muy travieso y se metía en líos en el colegio cada dos por tres.

Ahora le veo tan guapo y mayor, con el traje negro y la corbata azul que eligió Emma para los padrinos, y que Will llevará igual, y me siento tan orgullosa de él... Es un chico muy extrovertido y simpático, y este año empezará a estudiar interpretación, porque quiere ser actor.

—Emma, ¿crees que alguna de tus amigas querrá... probar la mercancía?

—Por favor, Benny... La mayoría de mis amigas te sacan más de diez años.

—Pues eso, un “yogurín” es difícil de despreciar...

—Sigue soñando, enano. La mayoría vienen con pareja y las que no, créeme, se fijarán más en Will o en papá que en ti.

—¿Perdona? ¿En ese par de viejos?

—¿Perdona? —les interrumpo—. ¿En tu padre?

—¿Te sorprende? Vamos, mamá. No puedes decir que te sorprenda. Papá es guapísimo y es un... digamos... madurito interesante, aunque tenga cincuenta años. Fíjate en Richard Gere, o en George Clooney.

—Mamá, tendrás que sacar las uñas para que no se acerquen a papá —ríe Ben, contagiándonos a las dos.

—Gracias, renacuajo. Necesitaba reírme un rato... Esto me sobrepasa un poco. Estoy muy nerviosa.

—Es normal, cariño —le digo—, pero todo saldrá bien.

—¿Tú también estabas nerviosa cuando te casaste con papá? —me pregunta Ben, sentándose en la cama.

—A mí no me dio tiempo a ponerme nerviosa, cariño. Media hora después de proponérmelo, estábamos casados.

—¡Y Will y yo estuvimos presentes! —asegura Emma, con una enorme sonrisa en la cara—. Me encanta esa historia...

—Tú no estuviste.

—Por poco.

—Sí... —ríe—. La verdad es que la gente suele recordar con cariño el día que les propusieron matrimonio, el día que se casaron o el nacimiento de sus hijos. Supongo que entre tu padre y tú me ahorrasteis mucho tiempo...

En ese momento, oímos la puerta principal.

—Ya están aquí —dice Ben, corriendo hacia el pasillo—. ¡Will!

—¡Hola! ¡Ya estamos aquí! —escucho gritar a Patrick.

Mientras bajo las escaleras, veo a Will después de varios meses. Vestido ya con el traje de padrino, igual que el de Ben, y con el pelo alborotado, como siempre. Sus ojos vivos e inquietos y su sonrisa perenne en la cara. Ahora ya tiene treinta años y se ha convertido en un hombre hecho y derecho que vive en Boston desde que acabó la carrera de medicina, se especializó en pediatría y le contrataron en el Children's Hospital, uno de los más importantes del país. Allí conoció a Rachel, enfermera del mismo hospital, con la que vive desde hace unos años y con la que tendrá un bebé en algo más de tres meses. Vamos a ser abuelos de un niño que se llamará Owen. Recuerdo la noche que llamaron para darnos la noticia, y las lágrimas de Patrick cuando supo cómo querían llamarle.

Emma me adelanta por la escalera y, una vez abajo, se tira en brazos de Will.

—¡Guau! ¡Estás guapísima! —le dice él, sin dejar de abrazarla.

—Tú también estás muy guapo.

Mientras mis tres hijos hablan, Patrick se acerca a mí y me da un beso, justo antes de subir a arreglarse.

—Hola, cariño. ¿Cómo estás? —le pregunto a Rachel.

Es un encanto, dulce y simpática, perfecta para Will.

—Bien. Owen empieza a pesar, y cada vez acabo más cansada al final del día, pero sigue portándose muy bien.

—Me alegro —digo, posando una mano en su vientre.

—Hola, mamá —me saluda entonces Will.

—Hola, mi amor.

Nos fundimos en un larguísimo abrazo, y de repente soy consciente de lo pequeña que soy a su lado. Parece que fue ayer cuando me tenía que agachar para abrazarle y ahora es él el que lo hace.

—Te he echado de menos, mamá.

Hay tres personas en este mundo que me llaman así, pero él, solo él, consigue erizarme la piel cada vez que lo hace.

La ceremonia ha sido preciosa, sencilla y corta a petición expresa de los novios. Emma y Bruce se conocieron en la universidad, cuando ambos estudiaban derecho y lo suyo, como lo mío con Patrick, fue amor a primera vista. Empezaron a salir el segundo año de carrera y ya no se han separado jamás.

—Tita, ¡hazme una foto! —Escucho la voz de mi sobrinita Emily a mi espalda, con el pelo lleno de flores que debe haber cogido de los centros de mesa.

—Emily, pero ¡qué guapa estás! ¿Ya te han visto papá y mamá?

—No, *eztán buzcando* a Jack y Kevin porque no *loz* encuentran y *ezo ez* muy *peligroso*.

Jack y Kevin son los hermanos mayores de Emily y son un verdadero peligro. Tienen trece y dieciséis años y son la causa de que mi hermano y Claire tardaran tanto en atreverse a tener otro bebé. Siempre están metidos en líos y castigados en clase. Se han roto casi todos los huesos del cuerpo porque no saben estar quietos y sus ideas no son precisamente brillantes. Por suerte, los dioses se debieron apiadar de ellos y les premiaron con una niña muy buena.

—Sí, que tus hermanos desaparezcan sin dejar rastro, es verdaderamente peligroso.

Cojo la cámara y muevo el objetivo para enfocar, enmarcando su risueña cara, sacando unas cuantas fotos.

—*Puez eztán* con Ben.

Separo la cámara de mi rostro de golpe, mirando a Emily muy seria.

—Hola, preciosa —la saluda entonces Patrick, cogiéndola en brazos—.

¿Te cuento un secreto? Eres la niña más guapa en cien kilómetros a la redonda.

—Hola, tito Patrick. ¿Te *guzto*?

—Mucho. ¿Crees que la tía Alex dejará aparcada un rato la cámara y vendrá a bailar conmigo? ¿O tendrás que sustituirla tú?

—¡Yo! —contesta la niña, riendo a carcajadas—. Dame vueltas como a una princesa.

Les dejo hacer durante un rato, hasta que me acerco a ellos. Abrazo a Patrick por la espalda, acercando la boca a su oreja.

—Emily dice que mi hermano y Claire están buscando a Jack y Kevin. ¿Los has visto?

—Pues no... Hace rato que no los veo, pero no es buen augurio, ¿no?

—Ajá... Y Ben está con ellos.

Patrick me mira con los ojos muy abiertos, dibujando una mueca de susto en la cara, justo en el momento en el que aparecen Will y Rachel.

—No puedo más... —resopla Rachel, dejándose caer en una silla—. Ya no puedo bailar más.

—¿Qué pasa? —nos pregunta Will al ver nuestras caras de preocupación.

—Tu hermano, Jack y Kevin andan... desaparecidos. Voy a buscarlos. — Y entonces, señalándome, añade—: No te muevas de aquí. Me debes un baile.

—Ya les busco yo. Saca a mamá a bailar y que deje de hacer fotos ya — interviene Will, quitándome la cámara de fotos de las manos y dejándola sobre la mesa—. Emma te lo prohibió, te dijo que no quería que en su boda parecieras la fotógrafa más que la madre de la novia.

—Vale... De acuerdo —me disculpo, levantando las palmas de las manos—. No me echéis la bronca.

—Pues entonces, aprovechemos —dice Patrick, tendiéndome una mano e inclinándose como un verdadero caballero—. Señora, ¿me concede este baile?

Me lleva a la pista y bailamos mirándonos a los ojos.

—¿Te he dicho que estás preciosa?

—No demasiadas veces...

—Pues estás preciosa —dice, acariciando mi mejilla lentamente, con el dorso de su mano, mientras sus ojos me miran como si quisieran memorizar cada poro de mi piel.

—Tú también estás impresionante —contesto, agarrándole de las solapas de la americana—. Esta corbata gris tiene algo que me gusta mucho.

De hecho, hoy me he enterado de que muchas de las amigas de tu hija piensan que eres muy atractivo y Ben me ha recomendado que saque las uñas para defender lo que es mío.

—Mmmm... Jovencitas...

—¡Oye! —le reprocho, dándole un manotazo en el hombro.

Cuando acaba la canción, Emma se nos acerca y nos da un beso a ambos en la mejilla.

—¿Dónde están Will y Ben? —nos pregunta extrañada—. Aún no he bailado con el renacuajo y lleva mucho rato sin molestar a ninguna de mis amigas.

—Pues de Ben hace rato que no sabemos nada. Está desaparecido junto con tus primos y Will ha ido a buscarlos.

—¡¿Qué?! ¡Como la llien el día de mi boda, los mato!

—Venga, vamos a buscarlos. Esperad que coja la cámara.

Nos alejamos de la carpa convertida en pista de baile justo en el momento en que nos alcanzan Joey y Claire con Emily en brazos.

—¿Los habéis encontrado? —les pregunto.

—Ni rastro —contesta Joey, realmente preocupado—. Te juro que les arrestaré y les haré pasar el resto del verano encerrados.

—Will también les está buscando... Ben está con ellos.

—Tu hijo es una mala influencia para los míos.

Le miro de reojo, levantando una ceja, y entonces se les escapa la risa.

Nos adentramos en la parte más alejada del jardín cuando empezamos a escuchar unas risas, y cuando estamos lo suficientemente cerca, vemos los aspersores en marcha y a los chicos, Will incluido, haciendo el loco, resbalando por el césped, totalmente empapados.

—¡Pero ¿qué hacéis?! —les grita Emma.

Los cuatro se detienen de golpe, mirándonos con los ojos y las bocas muy abiertos. Al menos, han tenido la delicadeza de quitarse la americana, pero la camisa la llevan totalmente pegada al cuerpo.

Patrick y Joey sonrían y se miran divertidos mientras yo aprovecho para hacerles unas fotos a todos.

—Pues a mí no me parece tan mala idea —susurra Patrick.

—Pues a mí tampoco... —añade Joey.

Emma los mira a ambos con los ojos abiertos como platos.

—No os atreveréis... ¿Papá...? ¿Joey...?

De repente, Joey sale corriendo hacia los chicos, empapándose

enseguida con el agua de los aspersores y resbalando por el césped tal y como estaban haciendo los chicos. Patrick ríe a carcajadas, al igual que Emily, que ha salido disparada detrás de su padre.

—¡Papá! ¡Ven! —le gritan Will y Ben a Patrick.

Entonces Patrick me mira y, sin pensárselo dos veces, me quita la cámara de las manos, se la da a Emma, y corre conmigo a cuestras hasta quedarnos en el centro de los aspersores.

Nos besamos mientras el agua resbala por nuestra cara y nos empapa toda la ropa y entonces, todo a mi alrededor vuelve a desaparecer. Ese es su don, algo que Patrick consigue cada vez que sus labios rozan los míos.



Unos golpes en la puerta me devuelven a la realidad.

—¿Se puede? —pregunta Patrick, muy prudente, antes de entrar.

—Adelante.

Se sienta en el taburete y me agarra de la mano, atrayéndome a él. Apoya la barbilla en mi hombro y observa las fotos que cuelgan de la cuerda.

—Qué bonitas... Me gusta esa —dice, señalando una en la que salimos los dos debajo del chorro de los aspersores.

—Nos la hizo Emma... A mí me encanta esa...

Señalo una foto que les hice a Patrick y a Will sin que se dieran cuenta, bien entrada la noche. Están sentados en unas escaleras, con las mangas de las camisas arremangadas a la altura de los codos y sin corbata, charlando tranquilamente con una cerveza en la mano. Se palpa su complicidad, claramente. Sé que Patrick quiere a nuestros hijos por igual, pero es innegable que con Will tiene una conexión especial.

—Los hemos hecho bien, ¿verdad? —me pregunta, algo melancólico.

—Muy bien. Alice y Charlie estarían muy orgullosos de ti —digo, girándome de cara a él—. Cuidas a la perfección de tus familias, no solo de la nuestra, si no también de los chicos de la casa de acogida.

—Sé que a veces paso menos tiempo contigo del que debería... —dice, agachando la cabeza—, pero desde que mis padres no están, me veo en la obligación de ayudar a Megan con los chicos...

Le acaricio la cara mientras le beso con ternura.

—Bueno, me lo puedes compensar... Ahora que tenemos la casa para nosotros solos después de varios años, podemos volver a ser como novios de nuevo, sin nadie que nos interrumpa...

—Mmmm... Eso suena bien...

Y empieza a besarme, mordiendo mis labios suavemente mientras me acaricia la espalda. Entonces, cuando nuestra respiración está muy agitada y mi cuerpo pide sexo a gritos, se separa de mí y me susurra al oído:

—Elije una pared.

**FIN**

## Agradecimientos

Este año ha sido una verdadera montaña rusa para mí, llenito de altibajos, de grandes momentos y de otros no tan buenos, de risas y de llantos, de agobio y estrés y de paseos al lado del mar, de decepciones y demostraciones de amistad verdadera. Lo que no ha cambiado nada, y que me ha mantenido a flote en muchos momentos, es la gente a la que le quiero dar las gracias aprovechando estas líneas.

En primer lugar, a ÉL. Gracias por estar siempre ahí, por hacerme llorar de risa y sonreír cuando tengo la cara llena de lágrimas. Por esos silencios con tu frente apoyada en la mía y esos “todo va a ir bien” que me dieron el valor para saltar al vacío y tomar, quizá, una de las decisiones más importantes de mi vida

A mis dos pequeños, fuente constante de risas, abrazos e inspiración. ¡Qué bonita aventura está siendo veros crecer...!

A mi madre y mi tía, fieles lectoras y presidentas de mi club de fans. ¡Vaya dos...!

A Conchi, Laura, Meri, Milena y Neli, fieles compañeras y confidentes de todos esos altibajos. La vida, a vuestro lado, es mucho más fácil.

A Gabriella y Ana, porque siempre están a un click de distancia, dispuestas a conversar.

A Sara, mi gurú. Ella es de esas personas que necesitas tener cerca, aunque esté a cientos de kilómetros de ti. Gracias por tener siempre una libreta a mano para mí.

A Ili, Isa, Kristine, Luce, May, Meg, Sonn (mis zapatillas) y al resto de Hadas, porque su apoyo está siendo vital para que este sueño siga adelante. ¡Qué afortunada soy de teneros!

A Lucía Herrero, que me prestó a su Emma para convertirla en la amiga de Will. Si queréis saber más de ella, corred a Amazon y comprad “La tentación más dulce”. No os arrepentiréis.

A Olga, porque espero que Will te saque más de una sonrisa. Te tengo siempre presente, amiga.

A Carmiña, porque escuchar su acento gallego en los audios que me envía siempre me hace sonreír. Gracias por estar siempre ahí, cerca en la lejanía.



Y como siempre, y os aseguro que nunca perderé la costumbre de hacerlo, quiero dar las gracias a esas personas que confían en mí para contarles todas mis historias. Esas que, incansables, libro tras libro, se empeñan en sacarme una sonrisa, y a menudo los colores, con sus palabras de aliento y cariño.